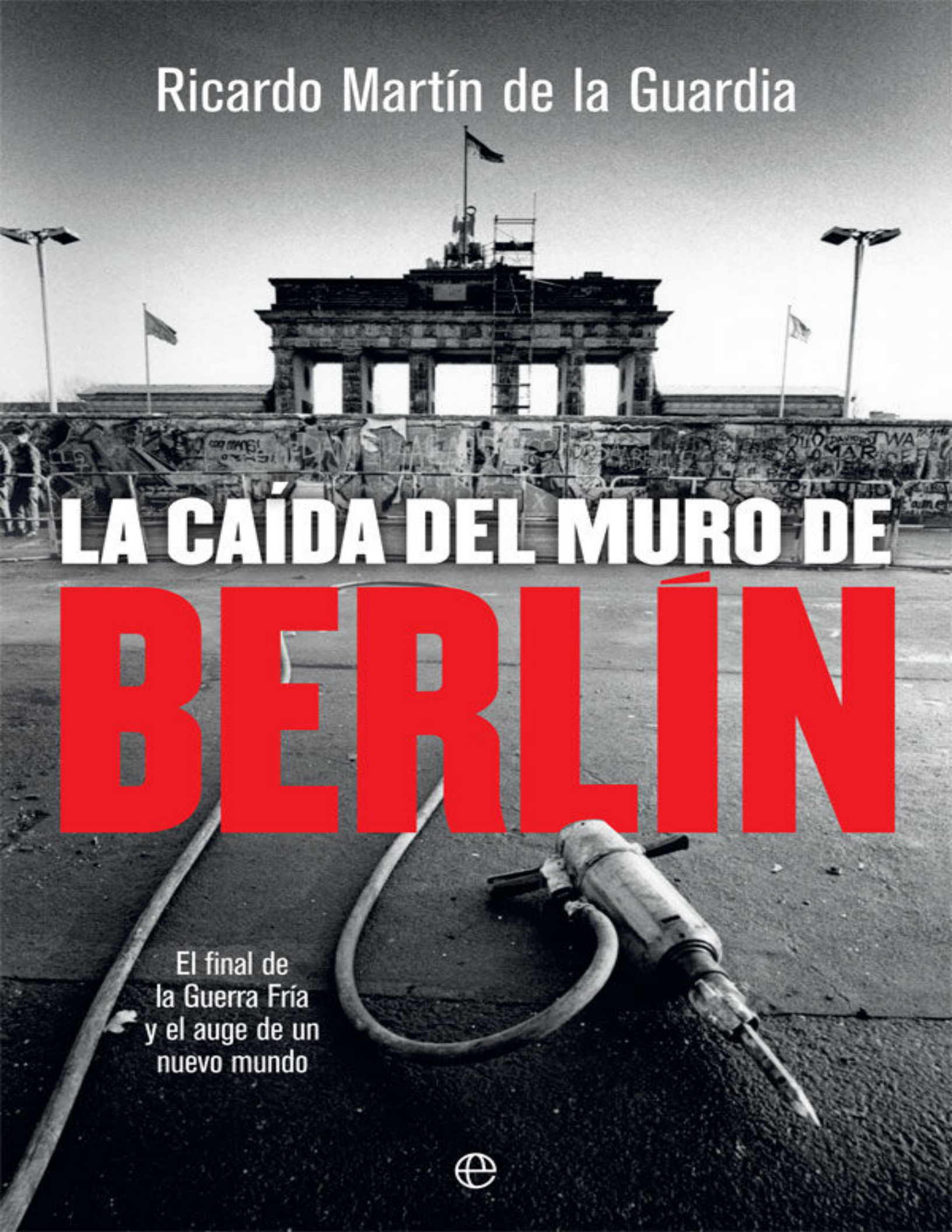
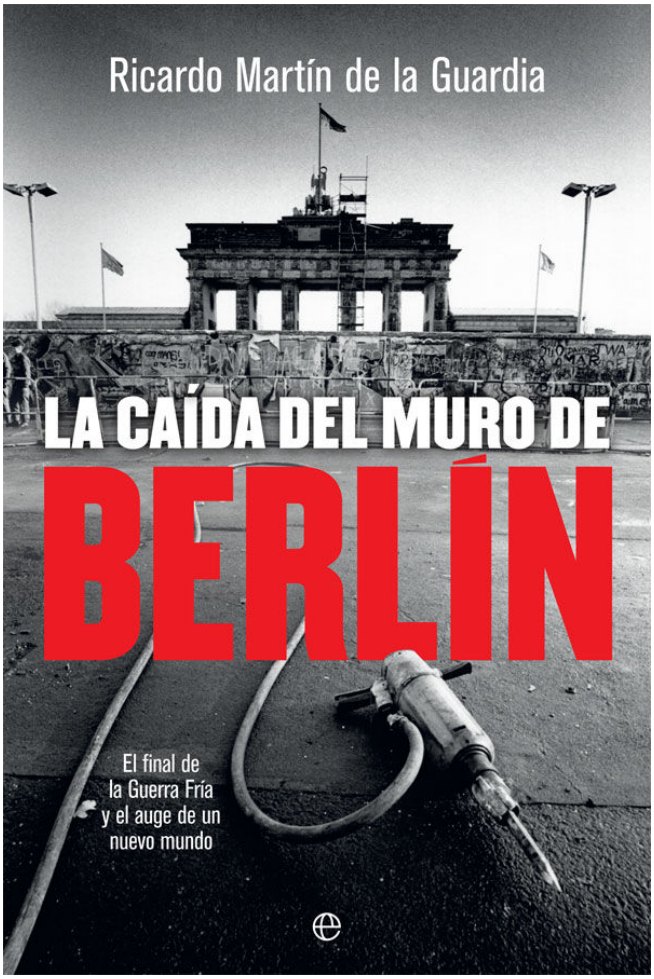
Ricardo Martín de la Guardia



LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

El final de la Guerra Fría y el auge de un nuevo mundo


Ricardo Martín de la Guardia
LA CAÍDA DEL MURO DE
BERLÍN
El final de
la Guerra Fría
y el auge de un
nuevo mundo

Ricardo Martín de la Guardia

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

El final de la Guerra Fría y el auge de un nuevo mundo

la esfera de los libros

INTRODUCCIÓN.
EL MURO DE BERLÍN, EMBLEMA DE UNA ALEMANIA DIVIDIDA

Noviembre de 1989 fue, sin duda alguna, el mes que abrió definitivamente las puertas al fin del sistema internacional surgido después de la Segunda Guerra Mundial. La caída del Muro de Berlín el día 9 trascendió el símbolo de una ciudad, de un país y de un continente divididos por mor de las circunstancias vividas varias décadas atrás para ofrecer un futuro incierto pero esperanzador, el de un escenario radicalmente distinto de la Guerra Fría en el que los actores principales y secundarios deberían reconsiderar sus respectivos papeles. Desaparecía la gran frontera del mundo moderno.

La siniestra eficacia del Muro se había dejado sentir desde su construcción en agosto de 1961. El Muro había hecho de Berlín Oeste una isla rodeada de una inmensa cárcel, la de uno de los sistemas de dominación comunista más represivos de la historia. En los veintiocho años siguientes unas cinco mil personas habían intentado franquear esta barrera contra las supuestas agresiones del capitalismo. Utilizando los más variopintos medios, habían decidido jugarse la vida para abandonar la República Democrática Alemana. Entre uno y dos centenares habían sido interceptados o eliminados por la policía germano-oriental cuando intentaban alcanzar el otro Berlín. Según cifras oficiales de la Fiscalía de la República Federal de Alemania, entre el 13 de agosto de 1961 y el 9 de noviembre de 1989 murieron 86 personas tratando de pasar al otro lado, si bien otras fuentes señalan, —empleando otros criterios— que fueron hasta 125 o, incluso, 227 personas[1]. Aunque cada muerte es una tragedia en sí misma, puede sorprender el hecho de que fuera un número no demasiado elevado a lo largo de tantos años, pero es importante tener en cuenta que

nos referimos tan solo a las víctimas que perdieron la vida y que sería casi imposible calcular cuántas familias quedaron deshechas, cuántas vidas frustradas, cuántos derechos conculcados.

Pero hagamos algo de historia. Establecida como aplicación de los acuerdos adoptados por las potencias vencedoras en 1945, la división entre los sectores oriental y occidental de Berlín perjudicaba ampliamente a la RDA. Al comenzar la década de los sesenta, unas cincuenta mil personas pasaban cada día del este al oeste de la ciudad para trabajar en las empresas, más numerosas y modernas, instaladas en esta zona, y regresaban a pernoctar a los barrios orientales debido, en gran parte, a que los alquileres eran más baratos. A esta situación se añadían el problema del abastecimiento y el caos derivado de la circulación de dos monedas. Las diferencias en la reconstrucción de la ciudad, en las formas de vida… en definitiva, la grieta que se iba abriendo resultaba inquietante para las autoridades comunistas. La floreciente marcha del enclave capitalista en pleno corazón del mundo sovietizado era intolerable no solo para la legitimidad del Estado germano-oriental, sino también para el prestigio de la Unión Soviética.

Al menos desde 1959 rondaba a los dirigentes de la RDA la idea de tomar medidas drásticas respecto a la cuestión berlinesa, pero la decisión se iba posponiendo en función de las relaciones más o menos tensas entre las dos superpotencias. Precisamente, la coyuntura internacional tuvo una influencia notable en la construcción del Muro, como la tendría en todos los episodios trascendentales de la Guerra Fría.

Walter Ulbricht, mandatario de Alemania oriental, había hablado en numerosas ocasiones con Nikita Kruschov, secretario general del PCUS, sobre la problemática frontera entre los dos sectores de Berlín; ante lo cual, el secretario general del PCUS se había mostrado reticente a adoptar decisiones tajantes. A lo largo de 1960, Ulbricht se había quejado insistentemente, por carta, de la creciente gravedad de los problemas económicos de la RDA provocados por la salida de la población hacia el oeste e, incluso, parecía decidido a tomar alguna medida drástica, como el

cierre fronterizo de Berlín, según informó la Embajada soviética a Moscú[2]. Al finalizar el año, Kruschov le prometió una ayuda económica mayor así como, en cuanto tuviera ocasión, tratar de manera prioritaria la cuestión berlinesa con el nuevo presidente norteamericano.

El secretario general del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) nunca tuvo en gran consideración a Kruschov y llegó a atreverse varias veces a disentir de sus criterios. Por ello, a comienzos de enero de 1961, desconfiando de él, propuso al Politburó la creación de un comité de trabajo para analizar la situación de Berlín y proponer medidas que detuvieran la huida de la población. En este reducido equipo figuraban dos de sus más estrechos colaboradores: Erich Mielke, jefe de la Stasi, y Erich Honecker, ministro de Seguridad. Durante los meses siguientes, sin informar ni pedir el consentimiento de los soviéticos, el Gobierno germano-oriental endureció los dispositivos de control en la frontera.

La preocupación de Kruschov por la actitud de su homólogo tenía mucho que ver con la cumbre prevista en Viena durante los primeros días de junio, en donde tendría que discutir con el presidente Kennedy la espinosa cuestión de Cuba. Un empeoramiento de las relaciones en función de la postura de Ulbricht respecto a Berlín podía hacer peligrar el encuentro, del que la opinión pública internacional esperaba una distensión entre las superpotencias. Además de para debatir sobre Cuba y Berlín, la Cumbre de Viena sirvió para abordar cómo limitar la carrera nuclear en pro de un desarme capaz de garantizar una nueva etapa de mayor tranquilidad. En efecto, entre la primavera de 1961 y el otoño de 1962, el grado de confrontación iba a aumentar a causa de la revolución cubana y la crisis de los misiles. En aquel contexto, las declaraciones de Kruschov en las que reiteraba su completo apoyo al Régimen de Berlín Este y mostraba su voluntad de firmar por separado un tratado de paz con la RDA provocaron una avalancha de huidos, en torno a las diez mil personas entre el 1 y el 10 de agosto de 1961.

Antes de que se enconasen las relaciones, la foto del apretón de manos entre Kruschov y Kennedy, tomada en Viena el sábado 3 de junio de 1961

hacia la una menos cuarto de la tarde, recorrió las rotativas de los principales periódicos de todo el mundo. Al día siguiente, según el orden del día establecido, tocaba hablar de Berlín. Kruschov fue muy claro y propuso a Kennedy un tratado de paz para dar definitivamente por concluida la guerra y, en consecuencia, modificar el estatuto de Berlín. Si Estados Unidos no aceptaba, la URSS se dispondría a firmar la paz por separado. Aunque un tanto intimidado por la vehemencia del soviético y atenazado por su menor experiencia en este tipo de reuniones de alto nivel, Kennedy no cedió. Pretendía lograr un acuerdo general entre ambas potencias y entre ambos Estados alemanes que, con el tiempo, tendiera a solucionar de una vez por todas el futuro de Alemania. El equilibrio de poder en Europa no sufriría variaciones.

Acto seguido, Kruschov le entregó en mano un memorando donde explicitaba las ideas expuestas, gesto que sorprendió a la delegación norteamericana por la presión añadida que suponía. Contenía muchos de los argumentos del discurso trabado por Ulbricht desde hacía tiempo. Para satisfacción de este, parecía que Kruschov había asumido una posición irreversible: llegaría cuanto antes a un tratado de paz con Alemania oriental cuyas consecuencias alterarían profundamente el estatus de Berlín Oeste, pues las comunicaciones con la ciudad y la presencia de tropas norteamericanas deberían ajustarse a un futuro acuerdo con la RDA. Obviamente, cuando, pocos días después, el embajador soviético informó a Ulbricht, su satisfacción fue completa: con su persistencia había logrado influir en el ánimo y en la toma de decisiones del máximo responsable de la URSS.[3]

Sin lugar a dudas, el secretario general del SED no desaprovechó la oportunidad que le brindaba Viena para proseguir sus planes y acelerarlos antes de que el Kremlin pudiera cambiar de opinión o perder interés en la cuestión si aparecían nuevos focos de tensión con Estados Unidos. Aunque, con el tiempo, Kruschov se atribuyera la radical resolución para Berlín[4], a la larga, el soviético dio su plácet a la planificación de Ulbricht, según se lo comunicó el embajador Mijaíl G. Pervujin el 6 de julio. Tres días antes,

Ulbricht había aterrizado en Moscú para fijar detalles con Kruschov e informar de sus pretensiones a los miembros del Pacto de Varsovia. No hubiera sido posible dar el paso de construir el Muro dejando a un lado al Kremlin, pero la insistencia del Gobierno germano-oriental resultó un factor indispensable. Para este, lo que estaba en juego era la pervivencia de la RDA: todos los informes sobre la situación preveían un colapso de su economía si no se cortaba la sangría de población y de recursos.

A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. En la reunión se había fijado una fecha para cerrar la frontera entre ambos sectores de Berlín con un muro de alambre que sería sustituido lo antes posible por otro de mayor fuste: la noche del sábado 12 al domingo 13 de agosto. Era básico constreñir las acciones al territorio oriental de la ciudad sin irrumpir en Berlín Oeste para frustrar una eventual intervención norteamericana. En las reuniones de los días siguientes, los Gobiernos comunistas de los países del Pacto aceptaron la propuesta del cierre fronterizo «para poner fin a las actividades subversivas». A los ojos de los Estados socialistas la consolidación de la RDA servía para justificar ante sus poblaciones el vigor de sus respectivos regímenes frente a Estados Unidos, pero también les suscitaba dudas, como en el caso checoslovaco, puesto que su floreciente comercio con Europa occidental podía verse afectado. Ello no obstante, acabó imponiéndose la disciplina soviética.

Así pues, el sábado 12 de agosto de 1961, mientras la RFA se encontraba inmersa en plena campaña electoral por la Cancillería —tanto Brandt en Nuremberg como Adenauer en Lübeck habían aludido, en sendos mítines, a los refugiados de la Alemania comunista—, el secretario general del SED organizó una velada en su residencia de Wandlitz; a ella fueron invitados los principales dirigentes del Partido-Estado, cuya mayoría residía allí desde comienzos de la década de los sesenta. El lugar había sido cuidadosamente elegido: estaba situado a unos treinta kilómetros al norte de Berlín, una distancia prudente si tenemos en cuenta el motivo que había impulsado a los responsables máximos del Estado a cambiar la ubicación de sus viviendas. En los años cincuenta vivieron en Pankow, mucho más cerca

del centro de la capital y donde se habían concentrado los puntos de decisión política y la vida administrativa. Sin embargo, las manifestaciones obreras de junio de 1953 y el temor a un contagio revolucionario tras lo ocurrido en el otoño húngaro de 1956 habían aconsejado preservarlos de cualquier acción que pudiera perturbar su actividad cotidiana. Sin lugar a dudas, Wandlitz, rodeada de bosques y bien comunicada con Berlín, ofrecía las ventajas deseadas por el círculo de poder. La obsesión por la seguridad también se exteriorizó en la construcción de un muro de cuatro kilómetros que acotaba la zona residencial, a la que se accedía a través de estrictos controles.

Sobre las diez de la noche, ante el asombro de la mayoría de los asistentes, Ulbricht les transmitió el cierre perentorio de las fronteras entre las dos zonas berlinesas. Igual perplejidad invadió a los responsables políticos de los países occidentales, cuyos servicios de inteligencia no habían detectado ningún movimiento importante al respecto hasta que soldados y trabajadores germano-orientales comenzaron a realizar el peculiar encargo en la noche de aquel caluroso día de verano. Se había puesto en marcha la «Operación Rosa» coordinada por Erich Honecker, máximo responsable de seguridad dentro del Comité Central del Partido. Fueron más de diez mil personas las que contribuyeron a instalar en torno a Berlín Oeste bloques de hormigón y alambradas de púas.

En la madrugada del día 13, la radio que emitía en el sector oriental difundió una resolución del Consejo de Ministros de la RDA aprobada el día anterior según la cual «para impedir las actividades agresivas de las fuerzas militares y revanchistas de Alemania occidental y de Berlín Oeste se mantendrá un control en las fronteras de la RDA, incluyendo las fronteras con el sector occidental del Gran Berlín, como es normal en las fronteras de todo Estado soberano»[5]. En los días siguientes solo permanecieron abiertos siete pasos de tránsito fuertemente controlados entre ambas zonas de la antigua capital del Reich; según la acertada definición del Senado berlinés en su reunión extraordinaria a la mañana siguiente, «se había erigido la pared de un campo de concentración».

Una de las grandes figuras de la literatura germano-oriental, Christa Wolf, militante del Partido durante cuarenta años —prácticamente los mismos de existencia de la RDA—, reflejó en *Cielo partido* (*Der Geteilte Himmel*), publicado en 1953, la particular relación entre las dos zonas de la Alemania surgida tras la Segunda Guerra Mundial. La trama se sitúa en los meses previos al levantamiento del Muro: Rita Seidel y Manfred Herrfurth son una joven pareja que vive en Halle y manifiestan opiniones divergentes respecto al futuro. Desencantado de la evolución de la República Democrática, Manfred decide huir hacia el oeste. Lo mismo hace Rita, menos convencida, pero empujada por el amor. Sin embargo, ella no se acostumbra a la nueva vida y decide regresar a Halle. La pareja se rompe definitivamente unos días después, en la fecha de construcción del Muro, como irreconciliables quedan sus aspiraciones: Manfred no ve ninguna posibilidad de mejora personal ni afectiva dentro de la RDA, mientras Rita está convencida de que trabajando junto a sus conciudadanos puede contribuir a superar las deficiencias del Régimen comunista.

Parece, por tanto, que la decisión final sobre la construcción del Muro se tomó, con el beneplácito de la URSS, en una reunión de altos representantes del Pacto de Varsovia en aquellos primeros días del mes. Como hemos visto, la madrugada del domingo día 13 voluntarios del Partido Comunista y fuerzas de la policía comenzaron a levantar, primero con alambre de espino y luego con hormigón, un muro de separación que la elite del Régimen denominaría «la protección antifascista». El esfuerzo continuado hizo que en una semana estuvieran listos los cuarenta kilómetros de pared alrededor del sector occidental. Hasta esa fecha más de 2,7 millones de ciudadanos germano-orientales habían abandonado su país: la sangría demográfica ponía en entredicho las bondades de la República Democrática, además de resultar muy preocupante no solo por la imagen que proyectaba sino también porque los que huían, sobre todo jóvenes y miembros de los sectores de la población más preparados, obstaculizaban la recuperación económica.

El canciller Adenauer reclamó de sus aliados occidentales el bloqueo económico de la Unión Soviética como réplica a la escisión de la antigua capital del Reich pero, una vez más, la Guerra Fría impuso su propia lógica. Aunque Washington envió al vicepresidente Lindon B. Johnson a Berlín para conocer de primera mano lo que estaba sucediendo y pese a que tanto desde la capital norteamericana como desde París se solicitaron garantías totales para los vuelos hacia el sector occidental, parecía que todos consideraban la división un hecho consumado.

De todos modos, los países aliados contestaron tardíamente al reto lanzado desde Moscú: la nota oficial de protesta llegó el 17 de agosto. Es más, la conocida carta enviada por Brandt a Kennedy un día antes no surtió efecto en el presidente norteamericano, en quien las autoridades alemanas habían depositado la confianza. El contenido de la carta era inequívoco: después del paso dado por los soviéticos tendría lugar un segundo episodio en el que Berlín acabaría convirtiéndose en un gueto, escindido de Alemania, y perdería su función como símbolo de la libertad. En su respuesta del día 18 Kennedy solicitaba a Brandt, en un tono muy mesurado, que le concretara medidas dentro del nuevo escenario, invitándole a aceptar la situación de hecho. La decepción cundió entre la población de Berlín Oeste, que sentía el abandono de la superpotencia. El éxito de la operación dio la razón a Ulbricht, el cual, pese a la oscura sombra proyectada por el Muro, logró estabilizar la RDA.

En efecto, como veremos con más detalle, a lo largo de aquella década de los sesenta el Estado germano-oriental aseguraría su existencia afirmándose ante Europa y ante el mundo como una alternativa viable. Las esperanzas de Adenauer sobre una posible reunificación desaparecieron; había encallado su estrategia de fuerza. El fracaso fue constatable cuando Ludwig Erhard, tras sucederle en la Cancillería federal, lanzó en vano una propuesta para que las cuatro potencias redactaran un tratado de paz global para el territorio de «las dos Alemanias», el cual, con posterioridad, sería aceptado por un Gobierno elegido en unas elecciones celebradas en el conjunto de Alemania. La Guerra Fría dictó el marco de actuación y las dos grandes

potencias dejaron pasar el tiempo sin mostrar interés por modificar el estado de cosas.

Volviendo a aquel fatídico agosto de 1961, el día 22 un rutilante Ulbricht, convencido de pasar a la historia por el gran paso que habían supuesto el asedio y la derrota del capitalismo en suelo berlinés, hizo público el establecimiento de una tierra de nadie de cien metros a cada uno de los lados del Muro y, poco después, la reducción de los pasos fronterizos para los berlineses occidentales a tan solo uno: el llamado «Checkpoint Charlie» de la Friedrichstrasse, que acabaría convirtiéndose en referente de la Guerra Fría. Ninguna de estas dos decisiones había obtenido la aquiescencia del Kremlin, el cual le había obligado a desdecirse de la primera para evitar un enfrentamiento con los países occidentales[6].

Desde el día siguiente, el 23, la población de Berlín Este tuvo vedado el acceso al otro sector, instalándose el estatus de Guerra Fría. Los aliados de la República Federal tan solo hicieron constar protestas ante las autoridades soviéticas; es conocida la ya citada carta enviada el 16 de agosto por Willy Brandt, en calidad de alcalde de Berlín Oeste, al presidente John F. Kennedy, en la que expresaba un profundo pesar por la inacción de su Administración, una actitud que, según él, daba carta de naturaleza a la ilegalidad cometida[7].

Desde la perspectiva de los dirigentes germano-orientales, en la construcción del Muro había influido —además de las gravosas pérdidas socioeconómicas provocadas por la salida constante de alemanes que, bien formados en sus distintas especialidades, encontraban salarios y condiciones laborales muy favorables en el oeste— la erosión a la legitimidad de un Estado socialista, técnicamente igualitario, del que huía su población. La justificación residía, pues, en la constante amenaza imperialista que se cernía sobre las democracias populares. Los servicios de espionaje occidentales recurrían a corromper ciudadanos de la RDA con el fin de sabotear su economía e inducir a personas poco instruidas a salir del país. Según las autoridades comunistas, Estados Unidos, la OTAN y, en general, los Gobiernos capitalistas estaban detrás de esta operación y

gastaban en ella millones de dólares. Por supuesto, tanto la Unión Soviética como el Pacto de Varsovia emitieron comunicados alabando la decisión tomada en Berlín Este. Por si esto no bastase, durante aquel mes y el siguiente la presión soviética se intensificó a la búsqueda de un acuerdo que convirtiera a Berlín Oeste en lo que Kruschov denominaba «una ciudad libre desmilitarizada». El Kremlin aspiró a esta fórmula dentro de las conversaciones iniciadas a finales de aquel año de 1961 entre las dos superpotencias sobre reducción de armamento aunque, finalmente, no se dio ningún paso al respecto[8].

El día 24 el Muro se cobró su primera víctima. Günter Liftin había trabajado de sastre en Berlín Oeste y era una de las cerca de cincuenta mil personas que hasta hacía algunos días habían cruzado diariamente la ciudad. Cobraba en marcos occidentales y lo cambiaba en el mercado negro por un tipo muy provechoso (un *Deutsche Mark* o marco alemán por cinco marcos orientales). Los primeros días después del 13 habían transcurrido entre la sorpresa y el estupor, hasta llegar a la convicción de que la medida tomada por las autoridades comunistas no era provisional. Poco a poco, se fueron sustituyendo las alambradas por muros de hormigón de tres metros y medio de altura. La tarde de aquel caluroso día de agosto Liftin se lanzó a las aguas del Spree en la zona de Humboldthafen. No sobrevivió a los cerca de treinta metros que separaban ambas orillas. En este caso, un policía de tráfico, después de advertirle, le ametralló. A sus familiares no se les permitió ver el cuerpo antes del entierro, ni siquiera para reconocerlo. El castigo debía ser ejemplar[9].

Como en otros momentos críticos del enfrentamiento entre los bloques, la tensión comenzó a relajarse —en este caso en octubre— cuando, por un lado, durante las sesiones del vigesimosegundo congreso del PCUS, Kruschov valoró la actitud positiva de los aliados occidentales para tratar de encontrar una solución al problema mientras, por otro, Kennedy aseguró que su principal objetivo era garantizar la comunicación con la isla recién creada.

Por su parte, las autoridades de Berlín Este, a través del Frente Nacional (que, bajo la hegemonía del SED, agrupaba a otras formaciones políticas como meras correas de transmisión del Partido Comunista), emitirían en 1962 un comunicado, el llamado «Documento de la Nación», en el que se justificaba la erección del Muro y se legitimaba su Estado: «La República Democrática Alemana no solo es el único Estado alemán legal desde el punto de vista del derecho internacional por lo que se refiere al Acuerdo de Potsdam y, por consiguiente, el único Estado alemán en virtud de la legalidad histórica […]»[10]. El documento ponía el énfasis en la voluntad de convivir pacíficamente con la RFA, proponiendo una confederación de ambos Estados. La naturaleza socialista de la RDA aparecía consignada en el texto como el pilar sobre el que se asentaba el Estado y, por tanto, como el elemento clave irrenunciable para mantener sus señas de identidad.

La construcción del Muro, vista desde el otro lado

A la altura de la primavera de aquel año de 1961 Konrad Adenauer, canciller de la República Federal de Alemania, sabía ya que, fueran cuales fueran sus simpatías hacia el nuevo presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, debía establecer cuanto antes un contacto directo con él, y por ello en abril cruzó el Atlántico para efectuar lo que, en realidad, se redujo a una visita de cortesía. Antes del viaje Dean Acheson, uno de los hombres fuertes del Departamento de Estado norteamericano —de hecho, había sido su titular entre 1949 y 1953—, le había tranquilizado al asegurarle que, aun cuando se iban a replantear parcelas de la política internacional, la defensa de Alemania ante una plausible agresión soviética estaba garantizada.

Pronto iba a surgir la oportunidad de comprobar hasta dónde estaban dispuestos a llegar los aliados en esa defensa de Alemania, de Berlín en particular, como baluarte del mundo libre. A lo largo de 1960, tras la reunión de Eisenhower y Kruschov en Camp David los días 26 y 27 de septiembre de 1959 —que generó un momento de optimismo respecto a la crisis de 1958—, el desencuentro entre ambas superpotencias había vuelto a

manifestarse. El mandatario soviético seguía apostando por firmar la paz con la RDA de forma unilateral. Ante la creciente tensión, el nuevo presidente norteamericano, John F. Kennedy, inició su andadura en enero de 1961 con una concepción muy diferente de la política sobre Berlín y, a finales de julio, afirmó que garantizaría la continuidad de las fuerzas aliadas en la ciudad y el libre paso desde la República Federal a Berlín para los ciudadanos no solo de la antigua capital y de la RFA, sino de todas las naciones aliadas[11].

En la primera reunión de ambos mandatarios en Viena durante la primavera de 1961, Kruschov amenazó con un nuevo ultimátum. Antes de concluir el año las potencias occidentales debían firmar un tratado de paz con los Estados alemanes; de no ser así, Moscú lo haría de forma unilateral con la RDA y, en virtud de ello, el Gobierno de Berlín Este controlaría todas las vías de entrada a la ciudad.

Una grave amenaza se cernía nuevamente sobre el escenario europeo, máxime si consideramos que, en el caso de que se produjese, se trataría de una guerra nuclear. En esta ocasión nada parecía persuadir al Kremlin de dar marcha atrás y menos aún la sugerencia británica de volver a la mesa negociadora sobre las bases del verano de 1959, cuando se truncaron las conversaciones.

Adenauer volvió a ser el más firme en desestimar la propuesta al tiempo que le llenaban de incertidumbre las declaraciones, provenientes del otro lado del Atlántico, de altos representantes del Congreso y de la Secretaría de Estado: el canciller creía que Kennedy estaba tratando de alejar el peligro de una guerra a toda costa[12]. Este cambio que había detectado podía hacer tambalearse los pilares de la política exterior alemana asentados desde la inmediata posguerra. Las esperanzas depositadas en Estados Unidos y en la OTAN para derrotar en el campo diplomático a la Unión Soviética se difuminaban ante la tibia respuesta occidental, o así lo interpretaba el dirigente renano. Ello no obstante, a pesar de la cautela, la Casa Blanca tomaba medidas. Con agudeza escribía en su diario Herbert Blankenhorn (embajador en París y uno de los asesores en asuntos

exteriores más cercano a Adenauer), después de la reunión de ministros de Estados Unidos, Francia, Reino Unido y la RFA, mantenida en París durante los primeros días de agosto de 1961:

> En estas semanas el mundo occidental se enfrenta en sus relaciones con la agresiva Unión Soviética a su hora más difícil desde 1945. Es como si este enorme duelo de fuerzas que, ya sea por error, ya sea por incidentes de cualquier tipo, puede conducirnos rápidamente a una catástrofe, nos exigiera el postrer y máximo esfuerzo que, quizá en el último momento, permita que el mundo libre resista al embate del comunismo. Aciertan en decir los expertos norteamericanos […] que otra oportunidad igual en los próximos años implicaría un peligro mucho mayor y una probabilidad de éxito mucho menor. Tenemos que llevar a cabo la prueba de fuerza. Cuanto más seguro se muestre Occidente, tanto más seguros podemos estar de que el Gobierno soviético recapacite[13].

En las semanas siguientes, siempre atento a las reflexiones de su embajador, Adenauer no tensaría la cuerda ni con exigencias ni con declaraciones estentóreas, confiando en que, una vez celebradas las elecciones legislativas en la RFA, comenzasen las conversaciones con Moscú sobre la cuestión alemana.

Por desgracia, el castillo de naipes se vino rápidamente abajo. El 12 de agosto por la tarde Adenauer llegó a Rhöndorf desde su querida Cadenabbia, en el lago Como, donde había veraneado tantos años y de donde siempre regresaba con fuerzas renovadas. Horas después, Hans Globke, secretario de la Cancillería, le informó del cierre de las calles que comunicaban las dos partes de la ciudad de Berlín. Lo que vino a continuación ya lo sabemos.

La declaración oficial del canciller fue mesurada en un intento de apaciguar los ánimos y evitar el enfrentamiento directo con las autoridades comunistas. Como prueba de ello, mantuvo los actos electorales previstos en esos días —ante la convocatoria de legislativas para el 17 de septiembre —: un gesto excesivamente claro para los numerosos alemanes que le juzgaron más preocupado por el resultado electoral que por la gravedad de la situación. Peor aún, en aquellos días las críticas —e incluso las ofensas— a su directo contrincante, Brandt, estuvieron por encima de las

intervenciones en solidaridad con el pueblo berlinés, a quien no acudió a visitar hasta los días 22 y 23 de agosto.

La misma falta de resolución se había apoderado de británicos y norteamericanos: el miedo a una conflagración paralizaba la respuesta occidental, que fue muy débil. Como ya hemos visto, tanto la Casa Blanca como el Elíseo solicitaron garantías totales para los vuelos hacia el sector occidental, lo cual suponía aceptar la división[14].

El 16 de agosto Willy Brandt se dirigió desde el Ayuntamiento de Berlín Oeste, en Schöneberg, a unos doscientos cincuenta mil berlineses escandalizados por lo ocurrido. Mientras tanto, Adenauer firmó en Bonn un comunicado con Andrei Smirnov, el embajador soviético: «La República Federal no tomará ninguna decisión que pudiera poner en peligro la situación internacional»[15]. El mensaje lanzado era absolutamente conformista, pero tampoco podía hacer mucho más la autoridad federal que indignarse en privado cuando la respuesta norteamericana había sido contemporizadora. Por su parte, Brandt atacó con firmeza el cierre fronterizo comparando, incluso, el Régimen comunista de la RDA con el Tercer Reich, y mostró la solidaridad del resto de los berlineses con sus hermanos del este. Por último, entre muestras de fervor entre los congregados, pidió acciones políticas más que palabras, tal como —decía— había trasladado por carta al presidente Kennedy[16]. En su respuesta, este solo se avino a mandar más tropas como muestra de repudio, pero se cerró en banda a la posibilidad de plantear un estatus diferente para Berlín Oeste. El inquilino de la Casa Blanca no contemplaba una injerencia mayor en los asuntos soviéticos en Alemania. De hecho, Kruschov había demostrado gran habilidad a la hora de captar en la Cumbre de Viena el interés fundamental de Kennedy y había actuado en consonancia: para el norteamericano lo sustancial era la seguridad del acceso a Berlín, algo que le había garantizado Kruschov, siempre que Washington no interviniera en las decisiones soviéticas sobre el sector oriental de la ciudad.

En el año 1962 aumentó la tensión entre Estados Unidos y la URSS a raíz del estallido del conflicto de los misiles en Cuba. Los aviones U2

norteamericanos obtuvieron pruebas irrefutables de los preparativos para establecer plataformas de lanzamiento de misiles de medio alcance a pocos kilómetros de la costa de Florida. Después de días de amenazas y negociaciones que a punto estuvieron de provocar un enfrentamiento entre las superpotencias, a finales de octubre la situación se había calmado y la imagen del presidente Kennedy aparecía reforzada ante la opinión occidental como defensor de los principios y valores de esta parte del mundo.

Todavía aureolado de éxito, en la primavera de 1963 el presidente Kennedy llevó a cabo un viaje de cuatro días por la RFA y el 26 de junio aterrizó en el aeropuerto berlinés de Tegel. Había una gran expectación ante lo que pudiera decir; de hecho, previamente habían existido tensas discusiones en el seno de su equipo respecto de la oportunidad de hacer escala en tan conflictivo enclave. Los cálculos más ajustados hablan de unas trescientas mil personas concentradas en torno al ayuntamiento de Schöneberg para escuchar al carismático líder norteamericano. Era el primer mandatario occidental que pisaba Berlín una vez construido el Muro y el discurso que concluiría con el conocido «*Ich bin ein Berliner*» se convertiría en uno de los más famosos de su trayectoria política. La moderación expresada en alocuciones anteriores, con claras muestras de un espíritu conciliador con la URSS, se trastocó en un alegato en la línea más ortodoxa de la doctrina de contención del comunismo formulada por Truman.

El discurso fue corto y rotundo: «Todavía algunos afirman que es cierto que el comunismo es un sistema perverso, pero que les permite alcanzar un progreso económico. Que vengan a Berlín»; «El Muro es la demostración más terrible y dura del fracaso del sistema comunista»; «La libertad es indivisible y cuando una sola persona está esclavizada, nadie es libre». Estas y otras frases serían muy difundidas por los medios de comunicación, pues rompían el antes señalado talante contemporizador con los soviéticos. De hecho, el presidente no siguió el guion preconcebido, a causa, probablemente, de la presión ambiental[17].

La posición norteamericana había sido por fin expuesta con contundencia por el presidente. Durante los meses posteriores se extendió un ambiente de cierta tranquilidad. La situación de hecho se convirtió en rutina, interiorizada progresivamente por los berlineses del oeste, mientras su Senado emprendía negociaciones y alcanzaba algunos acuerdos con las autoridades germano-orientales para flexibilizar en fechas señaladas las visitas de uno a otro lado.

Los años inmediatamente posteriores a esta apertura de negociaciones fueron, pues, de continuados enfrentamientos dialécticos y desencuentros sobre el estatuto y el futuro de la antigua capital del Reich. El Tratado de Amistad, Asistencia Mutua y Cooperación, suscrito entre la URSS y la RDA el 12 de junio de 1964, consideraba Berlín una «unidad política independiente», lo cual, en realidad, venía a significar un hecho concreto: todo el territorio berlinés formaba parte de la RDA, aunque una parte hubiera sido tomada ilegalmente por la RFA. Pocos días después los aliados occidentales negaban dicha posibilidad alegando sus derechos de ocupación[18]. De igual forma, el artículo séptimo de dicho tratado establecía que «la creación de un Estado único alemán, un Estado pacífico y democrático, puede conseguirse solo por la vía de la negociación, a base de igualdad y de acuerdo, con la voluntad de los dos Estados alemanes».

Ante esta negativa, los soviéticos adoptaron la estrategia de obstaculizar todo lo posible el tráfico a la zona occidental con el objetivo de minar paulatinamente la economía de la ciudad y la confianza de sus habitantes. Algunas medidas tomadas por Berlín Este a finales de la década de los sesenta fueron especialmente tajantes. Así, el 13 de abril de 1968 se prohibía la entrada a los miembros del Gobierno y a altos funcionarios de la Administración de la RFA; dos meses después, el 11 de junio, se obligaba a obtener pasaporte y visado para el paso entre ambos Estados alemanes y entre Berlín Oeste y la RDA[19].

El Muro tras la *Ostpolitik*

En la RFA, la llegada de los socialdemócratas al poder, aunque en coalición con la CDU, había supuesto en 1966 el inicio de un cambio de orientación en la política exterior de Bonn, cambio que conduciría a la *Ostpolitik*. El acceso de Willy Brandt a la Cancillería federal en octubre de 1969, con el apoyo del Partido Liberal, sirvió para fortalecer esta política de acercamiento a los países comunistas, entre ellos a la RDA. La posibilidad de obtener resultados exitosos dependía de los vínculos que pudiera establecer el Gobierno con la Unión Soviética, pilar del sistema. El primer asunto que se resolvió fue el económico, de enorme relevancia para el Kremlin, teniendo en cuenta la potencialidad de la RFA. Tras el acuerdo suscrito en Essen el 1 de febrero de 1970, meses después, el 12 de agosto, se firmó en Moscú un tratado político por el cual se renunciaba explícitamente al uso de la fuerza además de aceptar la inviolabilidad de las fronteras existentes, haciéndose, de esta forma, un reconocimiento tácito del *statu quo*. Ambos Estados asumían como frontera entre la RDA y la RFA la trazada tras la guerra, así como la línea Oder-Neisse para la separación entre Polonia y la RDA. Quedaba confirmado el derecho de las cuatro potencias a la ocupación de Berlín al mismo tiempo que el Gobierno de Bonn admitía sin reconocimiento oficial la existencia de la República Democrática Alemana.

Después de esta firma, las perspectivas de un mayor entendimiento sobre la cuestión berlinesa mejoraron ostensiblemente. Berlín estaba en el foco de una posible distensión entre los bloques, gracias a lo cual volvió a abrirse el diálogo entre las cuatro potencias para aliviar la tensión en este punto neurálgico de la Guerra Fría. Después de varios intercambios de documentos de trabajo, así como de cesiones por ambas partes, en el verano de 1971 lo fundamental del texto estaba pactado, y el 3 de septiembre quedó rubricado el Acuerdo Cuatripartito de Berlín, así como su protocolo final, que sería complementado por el Acuerdo de Tránsito entre la RFA y RDA el 17 de diciembre de aquel mismo año. Tras los problemas generados por el bloqueo a la zona occidental en distintos momentos, el cambio de actitud de la URSS plasmado en el documento implicaba una nueva

atmósfera de entendimiento, verdaderamente favorable a la distensión: Moscú aceptaba de manera explícita el compromiso de levantar los impedimentos al tráfico con Berlín. En este mismo sentido se aligeraba el procedimiento para controlar a los viajeros que transitaban directamente de Berlín Oeste hacia la RFA al limitar este control a la identificación de las personas. Los soviéticos obtenían la garantía de que tanto los aliados occidentales como el Gobierno de la República Federal renunciaban a «actos de soberanía sobre Berlín», esto es, a cualquier manifestación institucional u oficial como las reuniones del *Bundestag*, las elecciones del presidente federal y otras ceremonias de Estado que habían suscitado tensiones entre ambas partes. Los vínculos entre Berlín Oeste y la RFA seguirían constreñidos por los derechos de ocupación, lo cual reafirmaba su particular estatus —el hecho de que la ciudad no pertenecía a la República Federal— pero, en todo caso, era muy significativo que Moscú reconociera los lazos especiales que unían a aquella con esta[20].

Tras una época de cierta tranquilidad —fruto, sin duda, de la *Ostpolitik*—, en agosto de 1984 las declaraciones de Hans Apel, cabeza de lista socialdemócrata en las elecciones de Berlín Oeste previstas al año siguiente, provocaron una controversia al afirmar en un aniversario tan señalado como el de la construcción del Muro que estaría dispuesto a aceptar la existencia de los dos Estados alemanes. Inmediatamente, mientras sus colegas del SPD valoraban su realismo, las fuerzas conservadoras lo tacharon de adoptar la posición del Kremlin, rompiendo así el consenso sobre la política exterior federal.

La polémica en los medios, alimentada por opiniones diversas, devolvió a la actualidad el, por otra parte, sempiterno tema de la unificación. El goteo de ciudadanos germano-orientales a la búsqueda de subterfugios para poder pasar a la otra zona era constante ante la restrictiva política de Berlín Este sobre los permisos de salida de sus ciudadanos. El refugio en las embajadas occidentales de los países del Este continuaba siendo la mejor opción, pero resultaba muy difícil conseguirlo. Por ejemplo, entre octubre y diciembre de 1984 más de ciento cincuenta alemanes del Este se refugiaron en la

embajada de la RFA en Praga, en la misma sede donde, en febrero, una sobrina de Willi Stoph —uno de los máximos dirigentes del Estado— había pedido también protección y garantías de que se le permitiría pasar al Oeste. Los datos oficiales de la propia República Democrática dejaban poco espacio a la duda respecto a las intenciones de una gran parte de su población. A lo largo de 1984, un país con 16,3 millones de habitantes recibió unas 400.000 peticiones de salida, de las que solo se aceptó el diez por ciento[21].

En aquel otoño de 1984 había prevista una visita de Erich Honecker a Bonn; las expectativas sobre la intensificación de las relaciones interalemanas no eran muchas, pero el viaje era ya de por sí un hito. La presión soviética se hizo notar y el encuentro con Helmut Kohl se anuló, pero ni este hecho ni los escándalos de espionaje que saltaron a los medios en 1985 empeoraron la relación. El volumen de intercambios comerciales continuó la marcha ascendente, como también aumentó el número de permisos de salida hacia la RFA. Además, nuevos vientos soplaron en el Kremlin tras el acceso de Mijaíl Gorbachov a la Secretaría General del PCUS en marzo de 1985. Dos meses después, a finales de mayo, Willy Brandt mantuvo conversaciones con personalidades políticas relevantes y con el propio Gorbachov durante una visita a la capital rusa. Pasados quince años desde la firma del Tratado germano-soviético, ambos Gobiernos valoraron dicho acuerdo por su relevancia para la paz en Europa y para el reconocimiento de fronteras, por el gran avance que había supuesto en la normalización de las relaciones entre ambos Estados sobre los pilares del entendimiento y el diálogo permanentes.

El 13 de agosto de 1986 el Muro cumplió un cuarto de siglo, edad suficiente para valorar las repercusiones de aquel acto en un momento en que la Guerra Fría parecía entrar en una nueva fase de la mano del cambio de relaciones entre bloques auspiciado por Gorbachov. En un gran acto organizado por el SED ante miles de trabajadores, Erich Honecker —su máximo dirigente, a la vez que excelente conocedor de los entresijos que habían conducido a la decisión de levantar el Muro y actor fundamental en

la vida política germano-oriental durante las últimas décadas— expresó con contundencia la importancia de mantener el cerco sobre Berlín Oeste: había sido «la piedra angular para el subsiguiente desarrollo de nuestro Estado socialista», además de garantía de la paz en toda Europa. El imperialismo capitalista, la OTAN, la beligerancia de Estados Unidos… toda la batería propagandística articulada desde el primer momento del cierre fronterizo aparecía reflejada en el discurso de Honecker, sin que pudiera presagiarse lo que iba a ocurrir pocos años después.

Tampoco el Gobierno de la RFA desaprovechó la efemérides para hacer públicas sus propias consideraciones. En un acto en el edificio del antiguo Reichstag intervinieron, entre otros, el canciller federal Helmut Kohl y Willy Brandt, alcalde de Berlín Oeste a principios de los años sesenta. Los oradores reiteraron la imposibilidad de convivencia entre los derechos humanos y el Muro, plasmada en la separación forzosa de familias, las ejecuciones de quienes querían abandonar la RDA y la cerrazón frente a un mundo cada vez más abierto y plural. Con gran instinto político, Brandt señaló que «no hay perspectiva local ni nacional para superar el Muro; solamente una perspectiva europea»[22]. Los medios de comunicación resaltaron las palabras pronunciadas por el canciller Kohl tanto en aquella jornada como durante los días previos en las que subrayaba su intención de dirigirse a todos y cada uno de los ciudadanos alemanes, sin distinción: un preludio de la necesaria reunificación. El enfrentamiento verbal y de comunicados entre unos y otros no fue más allá ni alteró el proceso de mejora en las relaciones interalemanas que culminaría al año siguiente con la «visita de trabajo» —eludiendo el término «visita de Estado»— de Honecker a la RFA, pero sí manifestó una voluntad más viva por parte del mandatario germano-occidental a la hora de apostar por un futuro integrador.

En efecto, la mejora de las relaciones entre Bonn y Moscú y la posibilidad real de cerrar un pacto sobre los euromisiles influyeron positivamente en la fluidez del diálogo entre los dos Estados alemanes. De 1981 databa la invitación girada por el canciller Helmut Schmidt a

Honecker para que visitara Alemania Federal. Tuvieron que darse estas novedosas condiciones para que entre el 7 y el 11 de septiembre de 1987 el máximo líder germano-oriental pisara el suelo de la otra parte. El acontecimiento, como veremos más adelante, fue verdaderamente histórico. Durante aquellas jornadas las televisiones de medio mundo retransmitieron imágenes inéditas, como el ondear de las dos banderas juntas o la interpretación de sendos himnos. Más allá de los símbolos, los resultados de la visita se plasmaron en distintos acuerdos gubernamentales de carácter político y económico, lo que frustró a sectores de la población del Este en cuya percepción el acercamiento entre los dos países iba en contra de sus afanes de libertad.

Como acabamos de señalar, el viaje de Honecker a la República Federal en septiembre de 1987 revistió una importancia trascendental para la buena marcha de los vínculos entre ambos Estados. En el ámbito personal, encontró muy reconfortante volver a Wiebelskirchen, la localidad del Sarre que le había visto nacer. Sin embargo, el seguimiento realizado por los medios de comunicación, intenso y extenso, que en otras circunstancias habría contribuido a legitimar todavía más su figura y su política, contrastaba con la gravedad de la situación de la República Democrática. No debemos olvidar que los gastos de seguridad y defensa eran los más voluminosos de todo el bloque comunista en Europa, superados tan solo por la Unión Soviética.

La celebración del 750.º aniversario de la fundación de Berlín en 1987 fue un acontecimiento de enorme relevancia para los dos Gobiernos alemanes, que compitieron en fastos para lanzar al mundo una imagen de fuerza y prosperidad de sus respectivos Estados. En el caso oriental, el propio Honecker había asumido, desde comienzos de 1985, la presidencia del comité organizador, en el que figuraban más de cien personalidades de distintos ámbitos de la vida pública: era la muestra más obvia de la trascendencia que el Régimen otorgaba al evento. Al formar parte de Berlín Este los barrios con mayor importancia histórica, el Gobierno invirtió grandes sumas en la recuperación de monumentos, muchos de los cuales

habían permanecido sin reparación alguna desde 1945. La capital debía ser el escaparate para ese futuro próspero del Estado socialista alemán.

Por su parte, los germano-occidentales aprovecharon para insistir sobre la afrentosa realidad del Muro. A los actos de celebración se sumó Ronald Reagan el 12 de junio, en una intervención ante las masas reunidas frente a la puerta de Brandeburgo:

> Hoy os digo: mientras esta puerta esté cerrada, mientras se permita que siga existiendo esta herida, no se trata solo de que la cuestión alemana siga abierta, sino de la cuestión de la libertad, que afecta a toda la humanidad. Pero yo no vengo aquí a lamentarme, porque yo encuentro en Berlín un mensaje de esperanza incluso a la sombra de este Muro, un mensaje de triunfo.

Para, inmediatamente, exhortar a Gorbachov: «Señor secretario general: si usted busca la paz entre los pueblos, si busca el bienestar para la Unión Soviética y para la Europa del Este, entonces ¡venga a esta puerta! Señor Gorbachov, ¡abra esta puerta! Señor Gorbachov, ¡derrumbe este muro!»[23].

Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, el secretario general del PCUS no iba a decidir personalmente la caída del Muro, la cual, no obstante, fue sin duda alguna consecuencia directa de su política. Aquel 9 de noviembre de 1989 se iniciaría una nueva era en la historia de Berlín, de Alemania, de Europa y del mundo. El proceso de unificación que siguió permitió que la situación jurídica de la ciudad fuera acomodándose a la cambiante realidad. De esta forma, el 8 de junio de 1990 las potencias aliadas eliminarían la prohibición de que los habitantes de Berlín Oeste eligieran diputados para el *Bundestag*. En aquella fecha la división de Berlín iba a convertirse en pura historia.

Como el Muro. Provistos con picos o con tan solo las manos, cientos de ciudadanos golpearían con rabia contenida durante años los ciento sesenta kilómetros de doble pared y de oprobio hasta desmenuzar la mayor parte de lo que fue el símbolo por excelencia de la Guerra Fría y convertirlo de esa forma en miles de inofensivos *souvenirs*. A principios del nuevo año el Consejo de Ministros de la República Democrática aprobaría la demolición. En el mes de junio comenzaría en Mónaco la subasta de ochenta y un

fragmentos, decorados con pintadas, cuya puja mínima iba a ser de cincuenta mil francos por cada uno. Finalmente, se destruirían más de cien kilómetros de hormigón, la mayor parte de los cuales iban a venderse a veinte marcos la tonelada.

El 2 de diciembre de 1990, el mismo día de las elecciones generales, Berlín abriría los colegios electorales para decidir sobre la alcaldía de la ciudad, que volvería a estar unida. Las desavenencias entre las formaciones de izquierda y el ambiente general de entusiasmo en las filas cristianodemócratas ante las encuestas que, sin dudas, otorgaban la victoria en el ámbito nacional a Kohl, influirían en el triunfo de la CDU. Su candidato, Eberhard Diepgen, iba a superar el 40,4 por ciento de los votos, dejando muy atrás —a diez puntos— al anterior alcalde, el socialdemócrata Walter Momper. La extrema derecha perdería sus representantes en el Senado berlinés mientras volvían los liberales al lograr el 7,1 por ciento de los sufragios. Por su parte, con un 9,2 por ciento, los excomunistas del Partido del Socialismo Democrático (PDS) se convertirían en la tercera fuerza más votada. Los Verdes presentaron listas diferenciadas en el oeste y en el este de la ciudad y obtuvieron con ellas un 5 por ciento y un 4,4 por ciento, respectivamente.

La disparidad del voto y la consiguiente ausencia de mayorías obligarían a gobernar a una gran coalición entre CDU, SPD y FDP, que iba resultar muy inestable por las diferencias entre los programas presentados por cada uno de ellos y por la falta de empatía entre Momper y Diepgen. En todo caso, estas discrepancias serían fruto de la normalidad institucional y propias, por tanto, de la vida democrática.

A mediados de 1991 Berlín volvería a convertirse en la capital de Alemania. Además de su trascendencia histórica y simbólica, el traslado de la capital al Este debía servir de estímulo para la integración efectiva de la población con la esperanza de construir un futuro común. En la actualidad, lo que supuso esta frontera puede percibirse en la Bernauer Strasse, donde las paredes de hormigón están preservadas íntegramente para alojar el Centro de Documentación del Muro de Berlín.

[1] TAYLOR, Frederick, *El muro de Berlín. 13 de agosto de 1961 – 9 de noviembre de 1989*, Barcelona, RBA, 2009, p. 503.

[2] KEMPE, Frederick, *Berlín 1961. El lugar más peligroso del mundo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, p. 73.

[3] *Ibid.*, pp. 301-303.

[4] KHRUSHCHEV, Nikita S., *Khrushchev Remembers: the Last Testament*, Boston, Little Brown, 1974, p. 508.

[5] Cit. en GARZÓN, Dionisio, *El Muro de Berlín. Final de una época histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2013, p. 94.

[6] KEMPE, Frederick, *Berlín 1961.., op. cit.*, p. 431.

[7] HEIDELMEYER, Wolfgang y HINDRICHS, Günter (Eds.), *Dokumente zur Berlin-Frage 1944-1966*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 1967, pp. 479-481.

[8] Este proceso se explica en CATE, Curtis, *The Ides of August. The Berlin Wall Crisis of 1961*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1978.

[9] HERTLE, Hermann, *Die Todesopfer an der Berliner Mauer 1961-1989: Ein biographisches Handbuch*, Berlín, Christoph Links, 2009, pp. 37-39.

[10] Cit. en ABELLÁN, Joaquín, *Nación y nacionalismo en Alemania. La "cuestión alemana" (1815-1990)*, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 215-216.

[11] El texto se encuentra en WETZLAUGK, Udo, *Berlin und die deutsche Frage*, Oranienbaum, Wissenschaft und Politik, 1985, pp. 165-166.

[12] MAYER, Frank A., «Adenauer and Kennedy: an Era of Distrust in German-American Relations?», *German Studies Review*, 17/1 (February 1994), pp. 83-104.

[13] Cit. en SCHWARZ, Hans-Peter, *Adenauer. II (1952-1967). El estadista*, Santiago de Chile, Aguilar, 2003, p. 1.702.

[14] GEPPERT, Dominik, *Die Ära Adenauer*. Darmstadt, Wissentschaftliche Buchgesellschaft, 2002, pp. 104-110.

[15] Cit. en KEMPE, Frederick, *Berlín 1961…, op. cit.*, p. 412.

[16] www.chronik-der-mauer.de/ (consultado el 26 de febrero de 2018).

[17] Véase SMYSER, W. R., *Kennedy and the Berlin Wall*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2009.

[18] LÓPEZ-ESPEJO, Sergio, *El problema de Berlín. Ensayo de historia diplomática*, Madrid, Istmo, 1995, pp. 105-106.

[19] *Ibid.*, p. 111.

[20] Véase CATUDAL, Honoré M., *A Balance Sheet of the Quadripartite Agreement on Berlin. Evaluation and Documentation*, Berlín, Berlin Vertrag, 1978.

[21] MÉNUDIER, Henri, «La République Fédérale d'Allemagne», en VV. AA., *Les deux Allemagne 1984-1989*, París, La Documentation Française, 1990, pp. 33-34.

[22] Cit. en GARZÓN, Dionisio, *El Muro de Berlín…, op. cit.*, p. 146.

[23] *Ibid.*, pp. 148-149.

1. LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA: UN ESPEJISMO EN LA EUROPA SOVIETIZADA

Legitimación y consolidación del Estado socialista alemán

Desde comienzos de la década de los setenta hasta su desaparición, la vida de la República Democrática Alemana estuvo guiada por la figura de Erich Honecker. Si, por definición, el Partido Socialista Unificado era la vanguardia de la sociedad para alcanzar el comunismo, su política determinaba la acción del Estado. La aplicación del centralismo democrático funcionó muy bien en el desarrollo histórico de la RDA hasta la crisis final del sistema.

Honecker fue acaparando poder desde que en el congreso del partido celebrado entre mayo y junio de 1971 fuera nombrado secretario general. Había nacido en 1912 en Wiebelskirchen (junto a la ciudad de Neunkirchen, en el Sarre) y muy joven, en 1926, ingresó en las Juventudes Comunistas. Entre 1921 y 1931 recibió formación política en Moscú y en 1935 fue detenido por la Gestapo y condenado a diez años de cárcel por su vinculación política. En abril de 1945 fue liberado por las fuerzas soviéticas y junto a otros dirigentes históricos, Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht, fundó el SED. Desde el nacimiento de la RDA fue diputado de la *Volkskammer* (el parlamento de la RDA) y miembro del secretariado del Comité Central del Partido desde 1950.

Su trayectoria era, pues, impecable para acceder a la máxima responsabilidad de la República. Aquel mismo año de 1971 también asumió la presidencia del Consejo de Defensa Nacional y en 1976, la del Consejo de Estado. Honecker mantuvo una inquebrantable fidelidad a las directrices de Brezhnev, aunque supo jugar con una cierta independencia de criterio basada en la justificación que le otorgaba una economía teóricamente más

avanzada que la del resto de los países socialistas europeos. Su criterio propio se plasmó en la modificación que propuso en 1974 de la Constitución de 1968: el nuevo texto definía a la República como el «Estado socialista de los obreros y campesinos», y su artículo 8.2 expresaba como única posibilidad de unidad entre los dos Estados alemanes que esta se realizara «con la democracia y el socialismo como fundamentos».

Esencia medular del texto constitucional, la aspiración del SED era conseguir un «hombre nuevo» a través de una activa política de ingeniería social cuya destreza en el manejo de la personalidad lograra el arraigo de actitudes y formas de ver el mundo propias del marxismo-leninismo. Los derechos y libertades, entendidos desde una perspectiva liberal, atañen a los individuos y no pueden aplicarse a las colectividades; de ahí que, una vez consumada la revolución socialista, desaparecieran las clases y los derechos y libertades de carácter burgués quedaran fuera de lugar. Con brillantez mostró Václav Havel en *El poder de los sin poder* (1978)[24] las vidas corrientes de personas corrientes bajo un sistema totalitario comunista a través de un verdulero que, tanto en su fuero interno como en conversaciones privadas, critica la incompetencia y ausencia de libertad, pero lo hace mediante un discurso manido, estereotipado, fruto de un sistema que ha logrado que cada individuo interiorice un código de conducta preestablecido por el poder. La persona alcanzaría su plenitud vital en el vacío de la utopía consumado gracias a que el Estado de la RDA, destructor de las contradicciones, habría terminado por liberar al hombre de sus condicionantes familiares, religiosos y nacionales e integrarlo en su geométrica frialdad[25].

A la búsqueda de ese hombre nuevo, incontaminado de los seudovalores burgueses, se lanzó el sistema cultural del Estado-Partido, donde educación y propaganda raramente se diferenciaban. La enseñanza de los principios del marxismo-leninismo comenzaba, de forma rudimentaria, en los jardines de infancia y se extendía, ampliados y perfeccionados, a lo largo del sistema educativo, sin excepción alguna. En los medios de comunicación no había fisuras a través de las cuales insuflar aire nuevo, pues el control de la

censura era extremadamente efectivo. Es conocida la práctica de Honecker, hasta el final de sus días en el poder, de revisar el contenido del *Neues Deutschland*, el diario oficial, para asegurarse de su ortodoxia. El periódico, a pesar de las dificultades económicas que atravesó el país en los años ochenta, mantuvo la calidad de papel e impresión: en esta ocasión más que nunca, el fin comprometía los medios.

Con gran acierto ha descrito Jana Hensel, en *Zonenkinder*, publicado en 2002, el control sobre la juventud ejercido desde el poder, comenzando por los «Pioneros» y la «Juventud Alemana Libre» de su generación: tenía trece años cuando cayó el Muro y fue entonces cuando pudo contrastar con la realidad lo que se le había contado. Como jóvenes ciudadanos de la RDA, tenían el honor y el deber de difundir el socialismo; siempre había un encargo, una tarea pendiente a favor del Régimen, de sus principios e ideales. Todavía en junio de 1989, durante el transcurso del noveno Congreso de Pedagogía, Margot Honecker, ministra de Educación y esposa del líder, criticaba los fundamentos y la práctica de la perestroika arengando a los presentes: «Nos encontramos en un momento de lucha en donde se necesita a la gente joven que esté deseando luchar para defender el socialismo […] y, si fuera necesario, con los fusiles en la mano»[26].

Aunque los países socialistas no eran muy proclives a las encuestas de opinión, son muy reveladores los análisis realizados por el Instituto Central para la Investigación sobre la Juventud de Leipzig: entre 1975 y 1989 la juventud alemana del Este fue perdiendo de manera progresiva su identificación con el Estado. A la pregunta «¿Está de acuerdo con la afirmación “Estoy orgulloso de ser ciudadano de nuestro Estado socialista”?», en 1975 el 57 por ciento estaba plenamente de acuerdo; un 38 por ciento lo estaba con reservas y solo el 5 por ciento no estaba de acuerdo en absoluto. En 1986 los porcentajes respectivos eran del 48, 46 y 6 por ciento, pero dos años después habían pasado al 28, 61 y 11 por ciento; en septiembre de 1989 el 26 por ciento de los encuestados no se sentían comprometidos con la RDA[27].

En efecto, el largo proceso de adoctrinamiento iniciado en el jardín de infancia y prolongado durante toda la vida hacía menos mella en la conciencia de las jóvenes generaciones que las emisoras de radio o de televisión occidentales, donde se ofrecían las ventajas de vivir en la República Federal o en cualquier otro país de su entorno. La relación entre el Estado de la RDA, en declive y gobernado por una vetusta elite incapaz de comprender los cambios sociales, y, sobre todo, la imagen de vitalidad y desarrollo de la República Federal quebraban el adoctrinamiento en los valores supuestamente solidarios y armónicos del marxismo-leninismo.

Pieza clave para continuar por esta senda revolucionaria era la obligada condición de una fraterna alianza con la Unión Soviética. Este irrevocable destino situaba el centro de atención de las relaciones internacionales de la RDA en la defensa de los intereses que compartía con la URSS y los demás países de su órbita y, por consiguiente, dejaba claro hasta qué punto la *Ostpolitik* tenía unos límites precisos. Nadie debía llamarse a engaño. El estrechamiento de relaciones con la RFA y demás Estados capitalistas no iría nunca en detrimento de los inextricables lazos con las naciones hermanas del socialismo real. En esta materia de las relaciones exteriores desempeñaba un papel importante el Consejo de Estado, elegido por la *Volkskammer*, ya que acaparaba la máxima representación. Por su parte, el Consejo de Ministros, en correspondencia con el resto de democracias populares, dirigía la política general en los distintos ámbitos de actuación, además de «desarrollar y profundizar la cooperación en todas las materias con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los restantes Estados socialistas y garantizar una contribución activa de la República Democrática Alemana al fortalecimiento de los Estados socialistas» (artículo 76.3).

Aunque la vía efectiva hacia la unidad entre los dos Estados estuviera cegada o, al menos, fuera mucho más difícil su consecución después de que en el texto constitucional revisado en 1974 desapareciera la mención a la «nación alemana», las conversaciones entre ambos Gobiernos se intensificaron. Ya antes de la llegada de Honecker al poder Willi Stoph,

presidente del Consejo de Ministros de la RDA, y Willy Brandt, canciller federal, se habían reunido en lo que constituyeron hitos históricos en la normalización de relaciones entre ambos países[28].

En efecto, las conversaciones entre estos altos representantes de ambos Estados fructificaron en dos cumbres, la primera en Erfurt el 19 de marzo de 1970 y la segunda en Kassel el 21 de mayo, con el fin de tender puentes hacia el establecimiento de un tratado bilateral. Había que resolver muchas cuestiones pendientes durante años, entre otras, facilitar el tránsito de la población entre ambos Estados para dar una respuesta al sentimiento de impotencia de tantas familias separadas por la frontera. La República Democrática no debería ser tratada como un país extranjero, lo cual facilitaría los acuerdos entre ambos Estados. En Kassel, Brandt planteó la necesidad de que fueran las cuatro potencias quienes preservaran los derechos sobre Berlín, respetándose los acuerdos firmados con anterioridad.

La conclusión de la larga marcha de negociaciones fue feliz: el 21 de diciembre de 1972 ambos Estados firmaban un fundamental «Tratado sobre las Bases de la Relación» entre la RFA y la RDA, que con la aquiescencia soviética sería ratificado en junio del año siguiente. El avance no dejaba lugar a dudas: ambos se reconocían mutuamente sus respectivas soberanías e intercambiaban representantes permanentes en Berlín Este y Bonn. Se estrechaban los lazos económicos y comerciales, así como las vías de comunicación —condición, esta última, que favorecía a la República Democrática para recibir con mayor facilidad créditos y tecnología punta occidental a través de la RFA—.

Sin embargo, la puesta en marcha de la *Ostpolitik* tuvo sus contrapartidas negativas para el Régimen de Berlín Este al provocar cambios ostensibles en la forma de pensar de los alemanes orientales. La llegada a la RDA de más visitantes del otro lado del Muro y la mayor penetración de las señales de radio y televisión ofrecieron un panorama de Occidente muy distinto del que presentaba la versión oficial. Los beneficios económicos para la RDA derivados del fomento de las relaciones desde mediados y finales de los setenta repercutían en que la apertura, aunque fuera muy controlada,

generara distorsiones en la forma en que muchos ciudadanos del Este habían considerado hasta entonces al Estado capitalista de la RFA. El «nuevo hombre alemán» veía ahora la posibilidad de cambios reales que reportaran, sobre todo, una mejora en las condiciones de vida en un sentido amplio; unas expectativas que, como venimos insistiendo, crecieron con la llegada de Mijaíl Gorbachov al poder en la URSS.

El pragmatismo guio a Honecker en este áspero terreno de las relaciones interalemanas, como quedó de manifiesto en la ya comentada modificación del texto constitucional. Frente a Ulbricht, obstinado en considerar la «cuestión alemana» una de las claves de su acción política, Honecker enfocó su atención en fortalecer los contactos con la República Federal con el fin de obtener recursos y, en general, mejorar las bases de la economía, dejando en un lugar muy secundario la preocupación por la unidad. De hecho, en el noveno congreso del SED, celebrado en mayo de 1976, evitó cualquier alusión al tema. No obstante, como bien ha escrito Christoph Klessmann, «Alemania occidental fue omnipresente en la política y en la sociedad de la RDA, ya fuera de forma directa o indirecta. Su mera existencia presionaba constantemente al SED bien para que, directamente, hiciera frente a Occidente, bien para que aislara al Este de la amenaza que percibía»[29]. En el contexto de la coexistencia pacífica entre bloques, los contactos entre ambos Estados debían efectuarse con la normalidad que había introducido el Tratado de Bases. La reconciliación interalemana condujo a las dos Repúblicas a ser admitidas en la ONU en 1973, muestra de cómo la sociedad internacional asumía la realidad de una división que parecía estar llamada a perpetuarse en el tiempo.

La crisis del petróleo, la obsolescencia de parte del tejido industrial y la disminución de las inversiones en el aparato productivo redujeron las expectativas de mejora económica para los últimos años de la década de los setenta. Sin embargo, la mayor atención a la RDA en los medios de comunicación occidentales —dado que su política exterior era ahora más activa— dio aire al Régimen de Honecker, que festejó en 1974 el vigesimoquinto aniversario de su fundación. El líder alemán reiteró la

marcha del socialismo en la República Democrática, cuyos principales éxitos habían sido transformar el país en una de las potencias más industrializadas del mundo, así como haber alcanzado el pleno empleo con unas condiciones de vida dignas para la población. Las grandilocuentes palabras tenían un difícil ajuste en los hechos. La «unidad de la política económica y social» pautaba, en teoría, el desarrollo de la República desde que el Partido la proclamó en 1971; en la práctica, el intento de mantener el control de la situación terminó por dilapidar los recursos y minimizar las inversiones. Por tanto, en una situación económica no precisamente boyante a pesar del discurso propagandístico del Régimen, la dimensión internacional fue la más destacada después de entrar en vigor el Tratado de Bases. A lo largo de los meses siguientes, tanto Francia como Gran Bretaña y Estados Unidos abrieron embajadas en Berlín Este, y más adelante también lo hizo la inmensa mayoría de los países pertenecientes al bloque occidental.

Este clima de mayor entendimiento, fruto de la denominada «coexistencia pacífica», se concretó en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), cuya tercera y última fase tuvo lugar en Helsinki el 31 de julio y el 1 de agosto de 1975, día, este último, en que se rubricó su Acta Final. El éxito fue indudable, al considerar las enormes discrepancias de partida entre los treinta y cinco países firmantes, sometidos a la permanente tensión entre bloques. De forma general, los países de la órbita soviética habían fijado en su agenda una prioridad: que las democracias occidentales aceptasen definitivamente el *statu quo* europeo. En última instancia, para evitar cualquier tipo de injerencia, el acuerdo alcanzado estableció como intocable la soberanía de los Estados, por lo cual un cambio fronterizo solo podría aceptarse de mutuo acuerdo entre las partes y siempre en conformidad con las normas del derecho internacional[30].

Con la *Ostpolitik*, la RDA obtuvo mejoras ostensibles gracias a acuerdos con la República Federal, de los que no se beneficiaron los restantes miembros del CAEM (Consejo de Ayuda Económica Mutua). A principios de la década de los ochenta, prácticamente el 8 por ciento del comercio

exterior de la RDA se realizaba con la RFA, la cual, además, la proveía de suministros y créditos en condiciones ventajosas hasta el punto de que le permitirían superar la grave crisis que atravesaba. Esta situación de cierta estabilidad comenzó a alterarse con los cambios producidos en la URSS a partir de la primavera de 1985, con el trascendental relevo en la Secretaría General del PCUS.

Otra cuestión abierta desde la fundación de la República, potenciada ahora por la *Ostpolitik*, era la identitaria. Pocos meses antes de los trascendentales cambios en la cúpula soviética, cuyas consecuencias para los países sovietizados en Europa serían determinantes, la evolución de la RDA parecía confirmar la solidez del Régimen, también en el ámbito de la identidad nacional. La celebración, el 8 de octubre de 1984, del trigesimoquinto año de existencia de la RDA resultó una magna concentración de efectivos y material armamentístico, además de contar con una gran participación popular. La presencia de mandatarios soviéticos y del resto de países socialistas confirmaba el apoyo a Honecker y a los suyos. En aquel momento la cuestión alemana estaba cerrada. Tanto el secretario general del SED como los representantes del Kremlin expresaron su convicción de que las relaciones interalemanas eran las propias entre Estados soberanos, con los derechos y obligaciones que les otorgaba la legislación.

La búsqueda de una identidad germana propia para legitimar la existencia de la RDA más allá de su oposición a la Alemania capitalista se acompañó de la recuperación, de mano de historiadores, politólogos y periodistas, de figuras clave en la historia de Alemania que habían sido postergadas o, sencillamente, negadas por el Régimen y que, a mediados de los ochenta, comenzaban a integrarse en el elenco de personalidades reconocidas también como forjadoras de la identidad del país: de Lutero a Schiller, incluso de Wagner a Bismarck. El 750.º aniversario de Berlín en 1987 constituyó un momento excelente para reivindicar la evolución histórica de Alemania como elemento indisociable de la RDA. Berlín había sido —en la interpretación de los panegiristas del Régimen— el ejemplo, no solo alemán

sino europeo, de ciudad obrera, siempre en la vanguardia cultural y social, masacrada por el nazismo y luego sometida a una división provocada por el capitalismo imperialista en la inmediata posguerra. Ese componente obrero, socialista, progresista propio de la historia de la ciudad enlazaba con la naturaleza de la República Democrática. Como ya hemos señalado, el embellecimiento del casco histórico y la mejora de la construcción y las infraestructuras lanzaban a Berlín Este a un futuro prometedor, a convertirse en la capital cultural de la Europa comunista.

Por otro lado, tras años de letargo, el contexto internacional parecía empezar a agitarse. Como ya hemos visto, el 4 de noviembre de 1986 comenzó en Viena la tercera conferencia de seguimiento de la CSCE, acusando, lógicamente, la llegada de Gorbachov al poder en la Unión Soviética. Durante los dos años y medio de su transcurso no estuvo tan marcada por el característico enfrentamiento entre el Este y el Oeste, sino por las disensiones en el bloque occidental —sobre todo, por la diferencia entre las perspectivas de Francia y Estados Unidos— y por el recelo que generaba en las cancillerías occidentales la propuesta de desarme unilateral del ministro de Exteriores soviético, Eduard Shevardnadze, interpretada como un cheque en blanco a la política de Gorbachov, de la cual, por aquel entonces, todavía desconfiaban.

Medio año antes, el undécimo congreso del SED, celebrado en abril, había sido un buen momento para auscultar el estado de la organización a pocos años de la debacle final. Según el partido, sus militantes ascendían a 2,3 millones de una población cercana a los 12,5 millones[31]. La pertenencia a la organización comunista era requisito necesario para ocupar un puesto de responsabilidad en la Administración del Estado en un sentido amplio, por lo que las altas cifras de la militancia no deben llamar a engaño al no reflejar de forma directa una adscripción ideológica, sino la voluntad de mejora personal.

El congreso sirvió para apuntalar todavía más la figura de Honecker a pesar de las discrepancias de base con el recientemente elegido secretario general del PCUS. Fracasaba el intento de traer sangre joven al Comité

Central: aunque el número de miembros se amplió de cincuenta y siete a sesenta, la media de edad pasó de sesenta a sesenta y tres años, manifestando el escaso entusiasmo que podían despertar para el SED los cambios anunciados por Gorbachov[32]. Mientras a la competencia de los productos de Europa occidental se añadía la de los asiáticos, en el congreso se exponía, al margen de la realidad, cómo la República Democrática iba a transformar a corto plazo su estructura industrial para convertirse en vanguardia tecnológica. Para lograrlo, debía obtener financiación y aumentar las exportaciones, partiendo de la base de la modernización. El máximo responsable de la Oficina de Planificación, Gerhard Schürer, proponía, por un lado, reducir los cuantiosos subsidios que hipotecaban el futuro de la economía casi duplicando el crecimiento del PIB[33]; por otro, la mayor parte de los recursos disponibles atenderían a las necesidades de expansión de los sectores punta con el objetivo último de transformar la RDA en la vanguardia tecnológica de todo el bloque socialista.

Sin embargo, el contraste entre los grandes proyectos y la vida cotidiana era cada vez más profundo. Las tiendas normales, a las que accedía la población regularmente, estaban mal abastecidas. Proliferaban las colas para obtener determinados productos, algunos de primera necesidad, y solo los más privilegiados podían comprar en las *Intershops*, donde se adquirían pantalones tejanos, zapatos de marca o vinos del sur de Europa. El hecho de que la compra tuviera que abonarse en monedas fuertes occidentales era una contradicción más de un Estado que permitía estas licencias capitalistas mientras proclamaba su cerrada defensa del socialismo.

La vivienda era otro de los indicadores que dejaban malparada la política social del Estado. En el propio congreso de abril de 1986 Honecker hubo de reconocer que solo el 74 por ciento disponía de baño o ducha. El año de construcción de los edificios se remontaba, en demasiadas ocasiones, a la época previa a la Gran Guerra; los materiales usados para la construcción después de 1945 eran, en general, de mala calidad y las reformas posteriores habían sido escasas. En definitiva, no era un panorama halagüeño.

Como excepcional testigo a la vez que gran especialista en la interpretación de los acontecimientos de los años ochenta y noventa en Alemania —y, en general, de toda Europa —, la profesora Mary Fulbrook hizo una radiografía que no por sencilla resultaba menos elocuente de la comparación que un viajero podía establecer, a primera vista, por poco conocimiento que tuviera de la realidad germana:

> La diferencia más evidente que cualquier observador casual apreciaría entre las dos Alemanias en la década de los ochenta era la existente entre sus niveles de vida: Alemania occidental era claramente una sociedad próspera, occidentalizada, orientada al consumidor, en la que los coches elegantes y rápidos recorrían a toda velocidad las ciudades a través de —aunque a veces atestadas—autopistas y donde, a pesar de las quejas cada vez mayores sobre cuestiones tales como la «muerte de los bosques», la atmósfera general era de limpieza, con un medio ambiente bien conservado y gran abundancia material. Por el contrario, los visitantes recibirían de Alemania oriental la visión de un país más bien gris, triste, contaminado por el sucio humo del lignito, en el que coches pequeños y más modestos avanzaban dando tumbos por carreteras llenas de baches y a menudo todavía empedradas (con excepción de las bien mantenidas autopistas que comunicaban Alemania occidental con Berlín), donde el estado de conservación de las casas era por lo general lamentable y la oferta de tiendas muy limitada a una restringida gama de productos[34].

La salida al Oeste estaba estrictamente reglamentada y, en puridad, quedaba reservada a los jubilados, que así se convertían, teóricamente, en el grupo social más privilegiado, aunque en la práctica los severos controles a los que se los sometía eran auténticas humillaciones. Para los demás ciudadanos, el lento procedimiento estaba sujeto al criterio de la autoridad local y quedaba reducido a casos muy concretos, tales como una boda o el fallecimiento de un familiar. No obstante, en los años ochenta aumentaron las posibilidades gracias a la presión del Gobierno de la RFA, a la cual hubo de plegarse el Politburó para continuar recibiendo las ayudas económicas occidentales: si en 1985 viajaron 139.000 personas, en 1987 la cifra ascendió hasta 1,3 millones[35].

En 1988 el Politburó estaba constituido por veintidós miembros, de los cuales catorce habían obtenido este privilegio durante la época de Honecker. Aunque se reunían una vez por semana para debatir los asuntos

específicos que competían a cada uno, el encuentro era formal, sin interrupciones ni interferencias entre ellos. La gerontocracia había impuesto sus reglas; había conocido y festejado en 1949 el nacimiento de la RDA. Erich Honecker era de 1912; Willi Stoph, de 1910; Hermann Axen, el responsable de las relaciones con otros partidos comunistas, de 1916; si bien la mayoría había nacido en la década de los veinte, como Kurt Hager, a cargo del departamento ideológico; Günter Mittag, de la economía; Harry Tisch, máximo dirigente sindical, o Günter Schabowski, director de *Neues Deutschland*. El conservadurismo primaba, en contraste con la vitalidad reformista de Gorbachov —y de buena parte de su equipo—, que en ningún momento desde su llegada a la Secretaría General del PCUS tuvo una buena sintonía con los dirigentes germano-orientales.

El poder real residía en el Politburó y no en el Comité Central, el órgano teóricamente encargado de elegir aquel, pero cuyas deliberaciones eran, en la mayoría de los casos, puramente retóricas. Solía reunirse cuatro veces al año para confirmar las líneas de actuación del Politburó, sin que hubiera voces discordantes. Se elegía cada cinco años en el congreso del SED, a propuesta del Comité Central saliente.

Con el fin de fortalecer su posición en aquellos años, Honecker era consciente de la necesidad de cultivar el escenario internacional para extender entre sus conciudadanos la imagen de un líder fuerte, requerido por sus homólogos. Entre 1985 y 1986 recibió, entre otras personalidades, a Laurent Fabius (primer ministro de Francia), a Willy Brandt y a una delegación de senadores norteamericanos. Él, por su parte, giró visitas a Suecia, Holanda y la República Federal, entre otros destinos. La pugna latente con Gorbachov quedaba también manifiesta en estos encuentros con líderes europeos y mundiales: la RDA tenía capacidad propia para estrechar lazos con países muy diferentes sin seguir las pautas marcadas por la nueva acción exterior definida por el Kremlin.

Así pues, como venimos insistiendo, a mediados de los ochenta Honecker reforzó las relaciones con los países occidentales. Un ejemplo muy simbólico fue la autorización para crear un centro cultural francés en Berlín

Este en 1984. Fue el primer centro de estas características en funcionar en la RDA. Además de cursos de idiomas y de biblioteca, contaba con prensa diaria occidental, lo cual suponía un cambio verdaderamente significativo. Los encuentros de Honecker con Palme, Craxi o Trudeau, entre otros, permitían atisbar —al menos en teoría— puentes con países y Gobiernos del otro bloque pero, sobre todo, añadían un valor indispensable a la RDA como era la afirmación internacional de su soberanía, de su independencia. La República Federal no era ya el único interlocutor alemán con el mundo occidental.

Por supuesto, esta política no implicaba desatender los compromisos principales con la URSS y sus aliados. Tanto Yuri Andrópov como Konstantín Chernenko siguieron apostando por Honecker, incluso cuando, en agosto de 1984, se atrevió a viajar a Bucarest para celebrar con Ceaucescu el cuadragésimo aniversario de la Rumanía socialista. Ningún otro mandatario de su rango en los países del Este asistió a la ceremonia: así dio Honecker a entender su fortaleza política, su capacidad para desarrollar una acción exterior propia aunque dentro de los límites tolerados por Moscú.

El citado undécimo congreso del SED, celebrado en abril de 1986 y que contó con la presencia de Gorbachov, constituyó la culminación del poder de Honecker en la RDA. Los propios analistas soviéticos elogiaban la marcha de la economía, los éxitos de todo tipo del «Estado socialista de los obreros y campesinos». En aquellas jornadas, un jubiloso Honecker destacó la apertura internacional del país y los éxitos en el desarrollo de los vínculos con la RFA. A su vez, criticó con vehemencia la política sumisa de Bonn respecto a la política belicista del presidente Reagan, dejando patente la filiación prosoviética en todo momento. Ello no obstante, Honecker jugaba bien sus cartas en el contexto internacional, pretendiendo ganar posiciones como mediador entre los bloques de la Guerra Fría. De hecho, los contactos entre altos responsables de la política de los dos Estados alemanes se prodigaron en 1985 y 1986, hasta el punto de cerrarse algunos acuerdos de interés que, aun pareciendo poco relevantes, ofrecían una imagen de

entendimiento hasta hacía poco desconocida; tal fue el caso del acuerdo cultural de mayo de 1986, tras largos años de negociaciones.

En cambio, las buenas relaciones con Moscú, cuyo epítome había sido la citada presencia de Gorbachov en el congreso de 1986, sufrieron un deterioro al año siguiente, cuando el líder soviético anunció y puso en marcha una batería de reformas que iban a trastocar el socialismo realmente existente. En febrero de 1987, Honecker reunió a los secretarios regionales del Partido —y en abril, a los delegados sindicales— para reafirmar las bases político ideológicas y negar expresamente una vía de reforma como la emprendida en la URSS. Dependiendo de los días, *Pravda* era difícil de encontrar en los kioscos y *Neues Deutschland*, el órgano oficial del SED, recogía informaciones o determinados discursos de Gorbachov. La estrella de Honecker parecía seguir rutilante, incluso a través de ciertos desafíos al nuevo liderazgo soviético. Especialistas en Alemania oriental escribían que «el congreso del SED ha confirmado a la RDA como el país más fuerte y estable económicamente de todos los aliados de la URSS, además de consagrar el poder político de Erich Honecker, reelegido para el puesto de secretario general»[36]. En efecto, a mediados de la década de los ochenta, a pesar de las citadas discrepancias con el Kremlin, la nave de la República Democrática se presentaba ante la opinión y los políticos europeos bajo el firme y resuelto timón de Honecker.

De este momento de cierto optimismo provino el asentimiento del líder del SED a la declaración oficial de Kohl, el 18 de marzo de 1987, para abordar el desarme, tan en boga entonces. Sobre esta cuestión, haciéndose eco de las palabras e intenciones de Gorbachov, Kohl planteaba un diálogo franco con el fin de establecer un marco estable de negociación que permitiera alcanzar acuerdos concretos. Honecker recogió el guante para apostar por una colaboración interalemana en beneficio de la seguridad europea. A esta buena acogida se añadieron las múltiples visitas entre ministros, presidentes de *Länder* y autoridades económicas de los dos países; encuentros que serían difundidos por extenso en los medios de

comunicación y que culminarían con la citada visita de Honecker del 7 al 11 de noviembre de 1987.

De igual forma, la diplomacia germano-oriental se prodigó en contactos con las capitales occidentales. En noviembre de 1986, en la apertura en Viena de la ya citada Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, el ministro de Exteriores Oskar Fischer se permitió hablar de una identidad alemana y europea de la RDA que trascendía la división en bloques.

Sin embargo, el contexto favorable para Honecker y su política de mayor autonomía en busca de una posición de cierta influencia en las relaciones internacionales cambió pronto de orientación hasta el punto de que la política germano-oriental pasó, sin solución de continuidad, de la atmósfera de optimismo a un callejón sin salida. Conforme fueron pasando los meses, las discrepancias con la perestroika de Gorbachov se transformaron en una clara oposición, algo que el Kremlin —necesitado de que sus satélites europeos anduvieran por su misma senda reformista— no podía tolerar. Adoptando los planteamientos de una vía propia hacia la construcción del socialismo, el aparato ideológico y propagandístico de Honecker reforzó a lo largo de 1987 la idea de que la fortaleza económica, la cohesión social y el dinamismo del Partido no necesitaban de transformaciones, sino mantener la evolución natural, profundizando en las medidas que habían convertido la RDA en un ejemplo de país socialista. Con todo, la desafección de Gorbachov hacia el Régimen de Berlín Este crecía día a día, como lo hacían, en el interior del país, las voces disidentes, síntoma claro de la disociación existente entre la elite del SED y los ciudadanos de a pie. En conciertos alternativos de *rock*, en declaraciones de escritores y académicos, en la posición adoptada por las Iglesias, en los movimientos a favor de preservar el medioambiente… en tantos y tan distintos foros aumentaba el descontento por el inmovilismo del Gobierno, y ello a pesar de la represión continuada por parte de las fuerzas de Seguridad del Estado.

Aun así, Honecker persistió en mantener activa su presencia internacional. En mayo de 1987 envió una carta a los mandatarios del Reino

Unido, Países Bajos y Bélgica solicitando su apoyo en la eliminación de los misiles de medio alcance en Europa, y en diciembre se desarrolló en Berlín Este una reunión con representantes acreditados de más de un centenar de países para tratar la desnuclearización armamentística[37]. Esta línea en apariencia progresista asumida en la acción exterior chocaba frontalmente con la vida política en el interior del país.

Algo semejante sucedía en la actividad económica. Como ya hemos señalado, en mayo de 1986 Geshard Schürer había asumido la dirección de la Oficina de Planificación con la intención de abordar una auténtica reforma del sistema productivo para frenar su deterioro constante. Las propuestas de su equipo de trabajo expuestas en abril de 1988 fueron rechazadas por el secretario de economía del Comité Central, Günther Mittag, que gozaba entonces de la confianza de Honecker. Había prevalecido la «unidad de la política económica y social», convertida en eslogan propagandístico frente al hecho constatado de que el nivel de vida empeoraba al menguar los recursos para las políticas sociales en favor de las inversiones en sectores punta encaminadas a lograr un salto modernizador.

El conservadurismo de la gerontocracia en el poder era verdaderamente letal para todo el sistema de dominación, aunque los líderes no lo apreciaran. Las grandes decisiones —incluso muchas otras de menor trascendencia— comenzaron a tomarse, al menos desde mediados de la década de los ochenta, en un círculo cada vez más cerrado en torno a Honecker. Fuera del Comité Central o del Politburó, el mandatario comunista hacía partícipe de sus preocupaciones y de sus ideas de futuro a miembros de la cúpula con los que le unían lazos de amistad o generacionales, casos de Mittag o Erich Mielke. Este hecho aislaba aún más a quienes ejercían el auténtico poder: los aislaba no solo del resto de dirigentes del Partido sino, con mayor razón todavía, de la población. Wandlitz era una fortaleza inmune a las necesidades reales de los ciudadanos, al creciente desasosiego social por la evolución de las condiciones de vida.

El control social y los primeros síntomas de malestar

La estructura de poder en la RDA estaba fundamentada en el aparato represivo, cuyo fin era someter la sociedad a una estricta vigilancia para evitar cualquier disensión respecto a la irrenunciable marcha hacia el socialismo. Sin duda, el principal escudo frente a los enemigos del Régimen era el Servicio de Seguridad del Estado o *Staatssicherheitsdienst*, la llamada «Stasi», nacida por una ley de 8 de febrero de 1950, casi contemporánea, por tanto, de la fundación de la República Democrática. El gran diseñador de la organización fue Erich Mielke, que la dirigió desde noviembre de 1957. Estalinista declarado, convirtió su departamento en un verdadero Estado dentro del Estado, convencido como estaba de que la ampliación constante de informantes y colaboradores contribuiría a crear una ligazón indeleble entre los ciudadanos y el aparato estatal, y de que al vincular a los alemanes orientales con la seguridad se extendería la idea de una defensa conjunta y articulada contra el enemigo interior y exterior. Llegó a tener bajo su potestad más de una veintena de servicios secretos especializados[38], reclutando personal en todos los ámbitos públicos y privados: estudiantes, amas de casa, intelectuales…, aunque había sectores muy sensibles, como el personal de bares, recepcionistas de hotel y, por supuesto, entre los diversos servicios policiales. No era extraño que circulara entre sus miembros el dicho «*Vertrauen ist gut, Kontrolle ist besser*» («Confiar es bueno; controlar es mejor»). En la ciudad de Leipzig, ciento veinte funcionarios de la Stasi abrían diariamente entre 1.500 y 2.000 cartas: era lógico que el correo en la RDA tuviera fama de ser el más lento de todo el bloque socialista.

El paso del tiempo hizo cada vez más extensa y compleja la red de miembros colaboradores y las distintas categorías del personal de la Stasi, como también las formas de espionaje y el procedimiento seguido. A lo largo de la existencia de la RDA, cerca del medio millón de alemanes del Este informaron en algún momento a la Seguridad del Estado. Esta trasladaba directamente sus conclusiones al Partido en los distintos niveles

—local, regional y central—, aunque las decisiones principales sobre cómo actuar y contra quién quedaban siempre en manos de las más altas jerarquías del Régimen. El Consejo Nacional de Defensa constituía el órgano coordinador entre la Stasi, la Policía Popular (*Volkspartei*), el Ejército (*Nationale Volksarmee*) y el propio SED. A pesar de la intrincada y extremada burocracia del sistema, el Consejo desempeñó con eficacia su labor hasta la caída del Muro. Indudablemente, este factor es clave para entender el grado de control ejercido por el Estado sobre la población a lo largo de las décadas de existencia de la RDA, cuya consecuencia fue la estabilidad social y la escasa relevancia de los grupos disidentes hasta muy entrada la década de los ochenta. El psicólogo germano-oriental Hans-Joachim Maaz analizó con perspicacia la influencia del Estado de la RDA a través de sus múltiples mecanismos de adoctrinamiento y represión. Tales estructuras de dominación generaban la sensación de una vida con pocas perspectivas de futuro, amurallada, dependiente de un sistema —muy simple pero eficaz— de premios y castigos con la sumisión como última finalidad[39].

El nivel de vigilancia, unido a la socialización del individuo a través de los canales del Partido-Estado, conducía a que sus organizaciones de masas agruparan, en la práctica, a la totalidad de la población. Los sindicatos alcanzaban más de nueve millones y medio de afiliados en los últimos años ochenta, con lo cual encuadraban a la masa trabajadora en los principios de defensa a ultranza del sistema económico vigente. Después de los sucesos de 1953, el control sindical resultaba primordial para inculcar entre los trabajadores el acatamiento de las políticas sociales del Estado para conseguir una obediencia a los dictados del SED en el intento de erradicar cualquier tipo de manifestación contraria, pública o privada: así se garantizaba la disciplina laboral. De igual modo, la «Juventud Alemana Libre» cumplió con suma diligencia los cometidos de formación política, supervisión ideológica y selección de mandos desde la organización de los «Pioneros», para la infancia, hasta la entrada en la universidad.

En efecto, la juventud fue siempre una gran preocupación para el Partido. Como en cualquier Régimen totalitario, la búsqueda de nuevos horizontes vitales tenía a menudo difícil acomodo en las propuestas del Régimen y el adoctrinamiento podía provocar rechazo. No obstante, durante los años setenta hubo una aceptación mayor de la República Democrática, de sus valores y sus prácticas políticas que a lo largo de los años ochenta; una confianza que finalmente se derrumbó en el otoño de 1989[40]. A pesar de los filtros dispuestos por las autoridades, el interés de la juventud germano-oriental por el *rock*, las drogas y el cine occidental, entre otros elementos, se generalizó en la última década de vigencia del Régimen.

Del flagrante desconocimiento, por parte de la gerontocracia, de la realidad de los jóvenes dio buena muestra la esposa de Erich Honecker, miembro del Comité Central y ministra de Educación desde 1963. Su ya citada intervención en el noveno Congreso de Pedagogía, el 13 de junio de 1989, fue muy celebrada por atacar en él la senda reformista emprendida por algunos países socialistas. Muchos de quienes habían optado por esta vía no podían llamarse socialistas: en realidad, carecían de los valores propios de esta ideología y su objetivo era, en última instancia, demoler el edificio creado con tanto esfuerzo por millones de trabajadores y entregar sus países al capitalismo. Frente a esta traición, Margot Honecker propuso reforzar el marxismo-leninismo como pilar de la educación en la República Democrática.

En todo caso, el hecho trascendental es que no había grupo social o profesional al que no llegara el Partido-Estado con algún tipo de organismo y de actividad, por muy trasnochados que pudieran resultar. El componente ideológico estaba presente en todas las actividades públicas y, a través de ellas, empaparía el transcurso de la vida privada. En las acertadas palabras de Mary Fulbrook, «la República Democrática Alemana no era un Estado pluralista, ni tampoco una sociedad abierta. Había una línea oficial a la cual la población tenía que adaptarse»[41]. No había división de poderes; en realidad, la *Volkskammer* no disponía de plenas competencias para dictar leyes: era el Consejo de Ministros el que asumía la iniciativa legislativa.

Tampoco existía un Tribunal Constitucional, ni uno de lo Contencioso-Administrativo. El derecho penal era eminentemente represivo respecto al ámbito político dentro de un sistema judicial con tribunales dependientes del poder del Partido: el Estado era omnipresente; es más, no podía recurrirse contra él.

Las filas del Partido Socialista Unificado estaban bien nutridas en los años ochenta: en torno a dos millones de militantes en un país de unos diecisiete millones. Era la vanguardia activa de la sociedad y el guía del fantasmagórico Frente Nacional, dentro del cual, según la constitución de 1974, «los partidos políticos y las organizaciones de masas unen a todas las fuerzas populares para la acción común con vistas al progreso de la sociedad socialista». En efecto, y junto al SED, el texto reconocía los cuatro partidos que desde la fundación de la RDA integraban el Frente, pero cuya existencia era, en la práctica, ficticia: la Unión Cristiano-Demócrata, el Partido Liberal, el Partido Demócrata Campesino y el Partido Nacional Demócrata. Mucho más importante para el Régimen era el dominio que ejercía sobre las correas de transmisión ideológica entre la población. El Partido-Estado disponía de una extensa red de grupos, de distinta índole y naturaleza, pero con un mismo objetivo: el control social. Así, por ejemplo, a mediados de la década, la Sociedad de Amistad Germano-Soviética agrupaba a unos seis millones de personas y la Sociedad de Consumidores, en torno a unos cuatro millones y medio[42].

El Estado logró mantener la calma social hasta muy avanzado el decenio, casi hasta las puertas de la caída del Muro: una aquiescencia con las normas impuestas traducida en conformismo. Pesaba sobre las conciencias individuales la capacidad del aparato represivo de vigilar y castigar, con lo cual la mayoría de la sociedad se refugió en el ámbito privado y en la familia. Es muy conocida la tesis de Günter Gauss —representante permanente del Gobierno de Bonn en la RDA entre 1974 y 1981 y excelente conocedor, por tanto, de la época Honecker en su apogeo— según la cual definió al país como una sociedad *nicho*[43]. La toma de conciencia de la imposibilidad de cambiar el Régimen hizo a la población retraerse hacia la

esfera privada, donde la crítica ante la situación vivida podía hacerse de forma algo más abierta. Durante los setenta y los ochenta, las delaciones dentro del núcleo familiar y de amistades ampliaron el radio de acción, como demuestran los documentos de la Stasi. Las cautelas se extendieron a la vez que el conocimiento de la realidad occidental a través de los medios de comunicación intensificó la sensación de aislamiento.

El castillo de naipes se vino abajo meses antes de la caída del Muro. A finales de los setenta, pese a la buena imagen que mantenía en el exterior, la situación de la economía germano-oriental distaba de la bonanza. Ciertamente, frente a otras economías socialistas el nivel de vida era mejor, pero no resistía la comparación con la República Federal. No obstante, en la RDA de Honecker no había paro ni inflación, al menos así lo afirmaban las estadísticas oficiales. Como en otras economías de inspiración soviética, el crecimiento extensivo fundamentado en el incremento de recursos financieros y laborales, sin introducir en el sistema modificaciones capaces de mejorar ostensiblemente la productividad y lograr una mayor aplicación de nuevas tecnologías, conducía hacia el agotamiento del modelo. Por si esto fuera poco, la subida de los precios de las importaciones disparó la deuda externa. Las materias primas se encarecieron, en especial por el aumento de los precios del petróleo entre 1979 y 1980, lo cual sacudió las estructuras productivas del país. Los Servicios de Seguridad del Estado comenzaron a detectar la crispación social mientras corrían las aguas turbulentas por los despachos del Comité Central. Incluso, al parecer, peligró la continuidad de Erich Honecker al frente de la Secretaría General del Partido, salvado, finalmente, por la confianza que todavía le demostraba Brezhnev. Como consecuencia, el plan diseñado para el periodo 1976-1980 hubo de rectificar sus ambiciosas pretensiones de ampliar las industrias de consumo para beneficio de los ciudadanos y, en la medida de lo posible, alentar las exportaciones para reducir el déficit[44]. En 1988, el producto interior bruto era tan solo el 9 por ciento del que tenía la RFA, y los restantes índices continuaban ofreciendo un panorama cada vez más desalentador. Era necesaria una reestructuración profunda de la economía, y

muy cerca tenían las autoridades el ejemplo soviético. Sin embargo, la ortodoxia ideológica se impuso, más aún cuando los cambios económicos introducidos por Gorbachov en la URSS tampoco mejoraron su maltrecho sistema productivo.

El Régimen comunista, por tanto, luchaba contra cualquier interferencia que despertara en la población dudas sobre sus principios. La importancia histórica del protestantismo en esta zona de Alemania lo convertía en un problema real. Aunque en marzo de 1978 Iglesia y Estado habían alcanzado un acuerdo, el Régimen pretendió desde un primer momento no solo poner todo tipo de obstáculos a la extensión de los sentimientos religiosos, sino aislar progresivamente los núcleos eclesiásticos hasta reducirlos a la mínima expresión. En todo caso, la tolerancia relativa con estos grupos, hasta el punto de aceptar la creación de ciertas plataformas disidentes en su seno, otorgaba al Régimen una pátina de flexibilidad ante una parte de la sociedad que en sus prácticas privadas o públicas continuaba fiel al credo protestante. Por otro lado, de estos grupos emergerían, meses antes de la caída del Muro, algunos de los más conspicuos opositores.

El Régimen había abierto una época de pugna con la Iglesia nada más fundarse la RDA, pero pronto comprendió que —ante la fuerza de las estructuras organizativas y la fe de cientos de miles de alemanes germano-orientales— era mejor optar por un control indirecto con el fin de debilitarla paulatinamente. La evolución de las relaciones entre el SED y las Iglesias protestantes —como ocurrió en otros países sovietizados— tendió a mantenerse en un equilibrio inestable hasta el acuerdo antes citado de 1978; a partir de entonces, primó un cierto compromiso dentro del marco de vigilancia y control existente. No obstante, el acuerdo era un éxito para la Iglesia en tanto en cuanto las conversaciones previas entre Honecker y los obispos protestantes suponían, antes incluso de firmarlo, un reconocimiento de su existencia y de su fuerza. En dichas conversaciones estos plantearon cuestiones como la extensión de derechos y libertades en función de lo aprobado en el Acta de Helsinki y una mayor comprensión, por parte de las autoridades, hacia los ciudadanos que querían salir del país y hacia los

propios feligreses, a la mayoría de los cuales se les impedía mejorar profesionalmente a causa de sus creencias. Ninguna de estas peticiones obtendría respuesta pero sí otras, aunque fueran de trascendencia menor: permitir la difusión de los mensajes e informaciones en los medios oficiales, arreglos de edificios, etc. En definitiva, se trataba de llegar a un punto de encuentro, por precario que fuera, para mantener el *statu quo*[45].

Esta aproximación provocó críticas intensas tanto dentro del Partido como de la Iglesia, pero a los efectos de su influencia en el proceso final que desembocó en la caída del Muro debemos afirmar la importancia de este acuerdo en la formación disidente de una nueva generación de creyentes que, amparados por la institución, dieron un salto hacia la crítica social y política cuyo impulso resultó decisivo en la descomposición de la RDA.

De hecho, el acercamiento era precario. En aquel mismo año de 1978 las autoridades decidieron introducir la preparación premilitar de los jóvenes de entre quince y dieciseis años como parte de su formación en las escuelas. La reacción de la Federación de Iglesias Evangélicas consistió en fundar, dos años después, un movimiento de naturaleza pacifista («Paz sin armas»), que fue objeto de crítica hasta el punto de ser prohibido en los centros educativos. Los evangélicos no se arredraron y al año siguiente, en 1981, apadrinaron un trabajo social a favor de la paz que supliría el servicio militar, pero las autoridades lo rechazaron. La supuesta fundamentación pacifista del Régimen germano-oriental quedó en entredicho en unos años durante los cuales la influencia de los partidos ecologistas en la RFA y, en general, en toda Europa, alentaban un cambio de conciencia entre las generaciones jóvenes en pro de un futuro sin armas y más preocupado por el medioambiente. Mientras estos movimientos gozaban de libertad plena para difundir sus fines en los denostados países capitalistas, en la RDA se controlaba y prohibía cualquier atisbo de disidencia. La contradicción jugaba, una vez más, en contra de la legitimidad del Estado socialista[46].

Por otro lado, la República Democrática también perdía legitimidad ante sus ciudadanos en tanto en cuanto al país no llegaban ni el salto tecnológico

ni su aplicación al sistema productivo, cuyas consecuencias tendían a mejorar la forma de vida de la población occidental. El crecimiento solo se traslucía en los adulterados informes de las diversas —y a veces contradictorias— instancias económicas pero, irreales como eran, este no se percibía en la vida cotidiana. La revolución de las comunicaciones, el inevitable avance hacia la globalización, la adaptación del sistema educativo a los desafíos mundiales parecían carecer de sentido en un Estado cada vez más cerrado en sí mismo, impermeable, incluso, a las políticas reformistas auspiciadas desde el Kremlin. La RDA no podía competir ni con los índices de productividad ni con la variedad de bienes y servicios generados en la RFA; por eso, y por la justificación teórica de su existencia, había puesto el énfasis en el igualitarismo social, base del particular Estado del bienestar germano-oriental. La erradicación del paro, la fijación de precios subvencionados en productos o servicios considerados de primera necesidad, el mantenimiento de un sistema universal de protección social a través de la red hospitalaria, educativa, etc. constituían logros relevantes para quienes habían vivido el desastre de la guerra y las enormes dificultades de la inmediata posguerra, pero la comparación con el éxito de las economías y las condiciones de vida en la República Federal era insostenible. Las generaciones más jóvenes se distanciaban de los valores que sustentaban a los «héroes del trabajo» mientras admiraban la variedad y, en general, la mayor calidad de los productos occidentales.

El acuerdo de 1978 desempeñó un papel muy importante en el control de la disidencia hasta mediados de la década de los ochenta. Bajo el amparo de la Iglesia, algunos grupos utilizaron los templos y salas parroquiales para compartir ideas y lanzar propuestas de reforma, pero siempre dentro de un espacio controlado, con moderación en las formas. De algún modo, el aparato del Estado había pactado con las autoridades religiosas una permisividad que no rompiera las reglas fijadas por este. En principio resultaba un juego algo peligroso, porque abría la espita a una disidencia que podía alimentarse de estas pequeñas facilidades para difundir y fortalecer un mensaje poco grato al poder político, pero, en realidad, su

dimensión real estaba bien controlada por el Estado, como lo demuestra la información proveniente de los archivos de la Stasi. Por otra parte, los planteamientos disidentes antes de mediados de la década de los ochenta enfocaban la atención en asuntos que, aun cuando tuvieran una gran carga de profundidad, no afectaban a la naturaleza intrínseca del Estado. Eran los casos de la defensa del medioambiente, el pacifismo, la cultura popular. Para el futuro inmediato, probablemente, tuvieron más relevancia los foros de debate extendidos por las ciudades germano-orientales al calor de las Iglesias protestantes, pues aunque no estuvieran formalizados, gozaron de un largo recorrido hasta los acontecimientos del otoño de 1989, alentando un ambiente intelectual propicio a la crítica frente al asentimiento generalizado.

A mediados de la década, las iniciativas a favor de la paz, de la protección de los derechos humanos y de un medioambiente más saludable habían ido prosperando manifestándose en distintos grupos y círculos de discusión y análisis al margen de las redes de socialización controladas directamente por el SED. Sus miembros eran, en general, expertos en áreas concretas sobre las cuales centraban sus reflexiones críticas, lo cual les granjeaba un reconocimiento mayor entre los sectores sociales más sensibles a los problemas de actualidad.

Por ejemplo, en enero de 1986 se fundó la Iniciativa para la Paz y los Derechos Humanos (en sus siglas en alemán, *IFM*), al margen ya de la Iglesia y con un objetivo claramente expresado en su denominación. El salto cualitativo hacia reivindicaciones de naturaleza política ponía en entredicho los fundamentos de la RDA: ahí radicaba su potencial fuerza. La IFM hacía comunicados públicos, enviaba cartas y solicitudes a los órganos del Estado, siempre en demanda de una democratización y apertura del sistema. No renegaba del socialismo; no aspiraba a la transformación de la RDA en un sistema liberal y capitalista: perseguía dar contenido real a políticas o compromisos gubernamentales que habían quedado en papel mojado y, sobre todo, impulsar cambios en la estructura política y económica ajustados a las decisiones que iba tomando por aquellas fechas

el nuevo secretario general del PCUS, Mijaíl Gorbachov. No solo esto: sus propuestas iban más allá al pedir, por ejemplo, libertad de prensa y de manifestación, variando así preceptos constitucionales. El interés por sus actividades creció inmediatamente, de modo especial tras la catástrofe nuclear producida en Chernobyl el 26 de abril de 1986. Como veremos más adelante con mayor detalle, el carácter seminal de la IFM para los grupos de oposición surgidos unos años después está fuera de toda duda. Ralf Hirsch, Wolfgang Templin, Bärbel Bohley y Katia Havemann, entre otros, fundarían o se convertirían en personalidades relevantes en Nuevo Foro y Democracia Ahora.

También fueron muy importantes a mediados de la década las manifestaciones y reuniones con la paz como motivo central. Por supuesto, un tema como este era susceptible de relacionarse con los derechos humanos, la desnuclearización de Europa y otras vertientes de alto contenido político. Proliferaron los grupos y foros a lo largo del territorio, sobre todo en las grandes ciudades, donde se daban cita activistas, muchos de los cuales participaban a su vez en otras iniciativas sociales. Por ejemplo, el *Friedenswerkstatt*, celebrado en la Iglesia del Salvador de Berlín en junio de 1986, fue organizado por casi una decena de movimientos y atrajo a unas mil trescientas personas[47].

Si Chernobyl fue un estímulo inesperado para dar a conocer las propuestas en contra de la energía nuclear, la marcha en homenaje a Olof Palme a principios de 1987 dio un espaldarazo a las fuerzas pacifistas. En el recorrido de Ravensbrück a Sachsenhausen miles de partidarios de la desmilitarización se encontraron junto a militantes y cargos intermedios del SED[48]. Algunos síntomas hacían presagiar, por fin, un cambio de actitud en los jerarcas del Partido-Estado; sin embargo, eran más gestos cuya motivación radicaba en neutralizar por fagocitosis unas acciones populares que amenazaban con desmarcarse de la política cotidiana de la organización comunista.

En definitiva, la expansión de numerosos grupos especializados en temas diversos de contenido profundamente sociopolítico indicaba el giro que se

estaba produciendo a mediados de los años ochenta. Infiltrados por la Stasi, sus actividades eran toleradas si no rebasaban la línea roja establecida por el Gobierno. Jugaban en un terreno peligroso, pero su mera existencia, su carácter inequívocamente disidente y su apuesta por la continuidad de la RDA —si bien reformada en sus estructuras— los convertían en una plataforma de la que, en algún momento propicio, podía emerger una oposición propiamente dicha. Aunque se trate de un concepto escurridizo, podemos afirmar que Alemania del Este contaba ya con una sociedad civil crítica, reducida en número pero muy activa. El vigor que manifestaban sus publicaciones y foros y el conocimiento que de estos grupos comenzaba a tenerse en la República Federal y en otros países europeos tanto de uno como de otro bloque contrastaban con las pobres alternativas surgidas desde el poder para neutralizarlas.

Es probable que un acontecimiento como el asalto de la Stasi a la Biblioteca del Medio Ambiente el 24 de noviembre de 1987 hiciera por la visibilidad de los grupos disidentes mucho más que el largo repertorio de actividades y publicaciones difundido por ellos en los años anteriores. Se sucedieron las manifestaciones de apoyo, creció el clima de descontento y el impacto internacional de lo sucedido molestó a la cúpula. Por si fuera poco, estos movimientos sociales, apenas organizados todavía, fueron, sin embargo, capaces de tomar protagonismo en el tradicional desfile en honor de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht organizado por el SED en enero de 1988. Al margen de la anodina celebración de otros años, acaparó el interés la pancarta que recogía una cita de la líder espartaquista, frase provocadora teniendo en cuenta el Régimen represivo de la RDA: «La libertad es siempre la libertad de pensar de forma diferente». La reacción fue mucho más contundente que en el caso de la Biblioteca del Medio Ambiente: numerosas personalidades de esta embrionaria oposición (entre ellas, Hirsch, Templin y Bohley) fueron detenidas y más de cincuenta disidentes, enviados al exilio. Como respuesta se organizaron vigilias y conciertos: de todos estos encuentros empezaron a destacar las concentraciones de los lunes en Leipzig después de los servicios religiosos.

Otro de los factores que se sumaron al crecimiento de la disidencia fue la pérdida de apoyo soviético desde la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS, ya que su política transformadora no influyó de manera determinante en el comportamiento de los dirigentes del SED. Sucedió más bien al contrario: aumentaron la incoación de expedientes y la expulsión de militantes del Partido para tratar de atajar cualquier veleidad reformista. En noviembre de 1988, las autoridades germano-orientales prohibieron el semanario *Sputnik*, que, editado en la URSS, había asumido la línea reformista propia de la perestroika y vendía la nada despreciable cifra de 200.000 ejemplares. La legitimidad[49], no ya del SED sino de la propia RDA por la inextricable unión Partido-Estado, que cobraba su sentido dentro del marco ideológico de referencia propiciado por la URSS, quedaba sensiblemente herida como consecuencia del nuevo rumbo político impuesto desde el Kremlin[50]. Un breve anuncio en *Neues Deutschland* el 19 de noviembre de 1988, insertado por mandato del Ministerio de Comunicación, informaba del cese de esta publicación soviética en su edición en alemán, porque no contribuía a la «amistad soviético-alemana, sino que la distorsiona». La publicación era un aire fresco, claramente imbuida del espíritu gorbachoviano. La suspensión contrariaba no solo a los miles de suscriptores, sino que suponía una afrenta al Kremlin.

Era evidente la ruptura de hostilidades entre el Estado y los movimientos cívicos de resistencia. El *modus vivendi* de los años anteriores se quebraba mientras, en mayo de 1989, comenzaba el desmantelamiento del Telón de Acero en la frontera entre Austria y Hungría. Ese mismo mes se producía una grosera manipulación de las elecciones a la *Volkskammer* del día 7: la apelación desde los órganos de propaganda del SED a participar en apoyo de los candidatos resultó fallida; sin embargo, la Comisión electoral elevó hasta el 98,85 por ciento el porcentaje del voto al Frente Nacional. Las denuncias de falsificación generalizada se extendieron por todo el país, tal como los medios de comunicación de la RFA se encargaron de difundir. Continuaron las manifestaciones a favor de las reformas políticas a pesar del endurecimiento de la coacción; la llegada del verano provocaría el

éxodo de miles de ciudadanos germano-orientales. El descrédito del sistema estaba muy extendido por todo el país y apenas sorprendió que, al día siguiente de las elecciones, el 8, la *Volkskammer* hiciera público su apoyo a las medidas represivas tomadas por el Partido Comunista Chino en Tiananmen.

Fueron aquellas semanas transcurridas entre finales de septiembre y la caída del Muro cuando una mayoría de los ciudadanos del Este tomaron conciencia de su fuerza, salieron masivamente a las calles y transformaron la disidencia en un auténtico movimiento popular de oposición al Régimen comunista. Las diferencias de criterio sobre qué reformar y cómo hacerlo no pusieron en ningún momento en peligro la unidad fundamental de los grupos opositores. Además, otra característica los aglutinaba: su naturaleza pacífica. A lo largo de las semanas, la propagación de estos movimientos por todo el país, el incremento del número de quienes participaban en ellos, fortaleció todavía más si cabe su discurso y sus acciones en contra de la violencia. Las masas manifestándose en las calles sin reaccionar ante la provocación ocasional de la policía, el encarcelamiento de líderes y los obstáculos puestos por las autoridades para impedir las reivindicaciones ofrecían una imagen devastadora para la legitimidad del sistema, máxime cuando durante los meses finales de 1988 dichas demostraciones se habían convertido en noticias difundidas por todos los medios de comunicación occidentales.

[24] Madrid, Ediciones Encuentro, 1990.

[25] MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, «Sobre el poder totalitario», en MENÉNDEZ ALZAMORA, Manuel (ed.), *Sobre el poder*, Madrid, Tecnos, 2007, p. 262.

[26] Cit. en MONEDERO, Juan Carlos, «El fin de una dictadura: el colapso de la República Democrática Alemana», *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, n. 28/29 (1999), p. 243.

[27] Véase NOELLE-NEUMANN, Elisabeth, «The German Revolution: the Historic Experiment of the Division and Unification of a Nation Reflected in Survey Research Findings», *International Journal of Public Opinion Research*, vol. 3, n.º 3 (1991), pp. 238-259.

[28] Sobre su trascendencia, véase SAROTTE, Mary Elise, *Dealing with the Devil: East Germany, Détente, and Ostpolitik, 1969-1973*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001, pp. 37-64.

[29] KLESSMANN, Christoph, «Rethinking the Second German Dictatorship», en JARAUSCH, Konrad H. (ed.), *Dictatorship as Experience: Towards a Socio-Cultural History of the GDR*, Nueva York, Berghahn Books, 2004, p. 366.

[30] RODRIGO LUELMO, Francisco José, «Un ejemplo de colaboración intergubernamental regional: la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. Una perspectiva histórica de Helsinki a Budapest (1972-1994)», en AZCONA PASTOR, José Manuel; TORREGROSA CARMONA, Juan Francisco y RE, Matteo (eds.), *Guerra y paz. La sociedad internacional entre el conflicto y la cooperación*, Madrid, Dykinson, 2013, p. 451.

[31] CHILDS, David, *Fall of the GDR*, Harlow, Pearson Education Limited, 2001, p. 14.

[32] STARITZ, Dietrich, *Geschichte der DDR*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1996, pp. 295-296.

[33] MAIER, Charles S., *Dissolution: the Crisis of Communism and the End of East Germany*, Princeton, Princeton University Press, 1997, p. 70.

[34] FULBROOK, Mary, *Historia de Alemania*, Madrid, Akal, 2009, pp. 255-256.

[35] CHILDS, David, *Fall of the GDR*, *op. cit.*, p. 29.

[36] LAINÉ, Valérie, GLOBOKAR, Tatjana y BRISOU, Sigolène, «La République Démocratique Allemande», en VV. AA., *Les deux Allemagne…*, *op. cit.*, p. 155.

[37] *Ibid.*, p. 189.

[38] FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR 1949-1989*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 47.

[39] MAAZ, Hans-Joachim, *Der Gefühlstau*, Berlín, Argon, 1990.

[40] Véase HENDERSON, Karen, «The Search for Ideological Conformity: Sociological Research on Youth in Honecker's GDR», *German History*, vol. 10, n.º 3 (1992), pp. 318-334.

[41] FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship…*, *op. cit.*, p. 61.

[42] O'DOCHARTAIGH, Pól, *Germany since 1945*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2004, p. 163.

[43] GAUSS, Günter, *Wo Deutschland liegt. Eine Ortssbestimmung*, Hamburgo, Rowohlt, 1983.

[44] Véase DENNIS, Mike, *German Democratic Republic: Politics, Economics, and Society*, Londres, Pinter Publishers, 1988, especialmente los capítulos 4 y 5.

[45] Sobre la relación del Régimen de la DDR con la Iglesia, véase BESIER, Gerhard, *Der SED-Staat und die Kirche*, Munich, C. Bertelsmann Verlag, 1993.

[46] WOODS, Roger, *Opposition in the GDR under Honecker, 1971-1985. An Introduction and Documentation*, Londres, Palgrave Macmillan, 1986, pp. 193-196.

[47] FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship…, op. cit.*, p. 221.

[48] REIN, Gerhard, *Die protestantische Revolution, 1987-1990*, Berlín, Wichern Verlag, 1990, pp. 19-23.

[49] Entendemos aquí legitimidad como «la creencia de que, a pesar de insuficiencias y fracasos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras alternativas que pudieran establecerse y pueden por tanto demandar obediencia». LINZ, Juan José, «Legitimacy of Democracy and the Socioeconomic System», en DOGAN, Mattei (ed.), *Comparing Pluralist Democracies: Strains on Legitimacy*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1988, p. 65.

[50] FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship..., op. cit.*, pp. 201-242.

2. LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA EN LOS AÑOS SETENTA Y OCHENTA

La vida política en el interior del país

Hasta el final de la década, los ochenta fueron años relativamente estables para la política de los dos Estados alemanes. En la RFA, la llegada al poder, en 1982, de la coalición entre cristianodemócratas y liberales en sustitución de la formada por estos últimos y los socialdemócratas del SPD no supuso grandes cambios en la orientación general de la acción gubernamental. Tampoco hubo grandes avances sobre la cuestión alemana; incluso apareció poco en la agenda, desplazada por otros temas. Probablemente, lo más significativo fue la creciente preocupación de los alemanes —a uno y otro lado del Muro— por el medioambiente y los peligros derivados del empleo de la energía nuclear, manifiesta en el avance del Partido Verde en la RFA y en la actividad de agrupaciones cívicas en la RDA.

En Alemania occidental, el vínculo entre el antiamericanismo y la desnuclearización se reforzó con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos en enero de 1981 y, sobre todo, después de anunciar este, en 1985, el lanzamiento de la Iniciativa de Defensa Estratégica, un plan que contó con el apoyo explícito del canciller Kohl. Dos años antes, el 5 de octubre de 1983, en torno a cinco millones de personas habían seguido la convocatoria de los sindicatos alemanes occidentales de guardar cinco minutos de silencio por la paz; a finales de mes, una cadena humana de cientos de miles de ciudadanos unió Stuttgart con Ulm, separadas por casi 110 kilómetros, en contra del estacionamiento de misiles Pershing y Cruise en territorio federal[51].

En enero de 1980 Los Verdes constituyeron un partido político de ámbito nacional con el objetivo primordial de crear una gran fuerza transversal en

defensa del medioambiente; de hecho, si bien el programa y la mayor parte de los militantes asumían ideas de izquierda, tampoco faltaron grupos conservadores en el inicio de su trayectoria. Aunque comenzaron a ganar representantes en alguna elección estatal, en las federales de octubre de aquel año solo obtuvieron un 1,5 por ciento y, en consecuencia, no pudieron acceder al *Bundestag*. Ello no obstante, fue durante esta década cuando crecieron, comenzando a obtener buenos resultados y rompiendo así el panorama previo de la vida parlamentaria en la RFA. En 1987 alcanzaron el 8,3 por ciento en las elecciones federales mientras en su seno se suscitaba una pugna entre los sectores más ortodoxos del partido (los denominados «*Fundis*») y los más progresistas («*Realos*») que los acompañaría a lo largo de aquellos años. Los primeros eran firmes partidarios de mantener incólumes las revindicaciones y el programa de máximos, alejándose de coaliciones o apoyos a los partidos tradicionales. Por su parte, los *realistas* buscaban transformar hábitos y políticas desde el poder con el fin de ganar influencia social. Precisamente, serían estos últimos quienes, con el final de la década, impondrían su criterio dentro de la organización[52].

El legado del nacionalsocialismo también dejó su huella en el sistema de partidos: carecía de la trascendental irrupción de Los Verdes, pero cualquier movimiento de fuerzas que recordara el trágico pasado de los años treinta y cuarenta convulsionaba la sociedad alemana. En efecto, en 1983 sectores disconformes de la CSU fundaban una organización de extrema derecha, los llamados «Republicanos». El programa de presentación era muy simple: control de la emigración y nacionalismo a ultranza con consignas xenófobas como «¡Extranjeros fuera!». Pese a algunos éxitos parciales en elecciones regionales, no lograron sobrepasar el umbral del 5 por ciento de los votos en las convocatorias para el *Bundestag*.

Sin embargo, aun cuando el relativo éxito electoral de Los Verdes fue uno de los acontecimientos más seguidos por los medios de comunicación occidentales, como muestra de que los profundos cambios sociales incidían en la vida política a través de una renovada agenda, la primacía de los conservadores en el *Bundestag* y en la Cancillería federal resultó lo más

destacado de los años ochenta y su influencia en la caída del Muro se dejó sentir. Como indicábamos unos párrafos antes, Helmut Kohl accedió al poder en octubre de 1982 en coalición con los liberales y pronto llamó a las urnas a sus conciudadanos: el 6 de marzo de 1983 la CDU/CSU obtenía un magnífico resultado: el 48,8 por ciento de los votos y 244 escaños. El SPD alcanzó el 38,2 por ciento y 193 representantes en el *Bundestag* mientras los liberales del FDP, con el 7 por ciento y 34 escaños, volvieron al Gobierno de la mano de los cristianodemócratas. Con un 5,6 por ciento, Los Verdes enviaron 27 diputados a Bonn. Y así los alemanes dieron la espalda al SPD, a pesar de que quien había sido su líder y canciller, Helmut Schmidt, había logrado dar un gran impulso a la economía germana entre 1976 y 1978. Al respecto, muchos consideraban que el giro a la derecha de su Gobierno lo había alejado de las preocupaciones de muchos jóvenes y de viejos militantes que creían ver en ello una pérdida de la identidad propia y una deriva hacia posiciones conformistas. Por otro lado, la pérdida de confianza de su socio de coalición, el FDP, que incidía todavía más en la necesidad de recortar gastos sociales, llevó a los socialdemócratas del SPD a los bancos de la oposición.

El líder liberal, Hans-Dietrich Genscher, tenía una buena sintonía con Kohl, además de una visión de la política más cercana a los postulados de la CDU que a los sostenidos por los socialdemócratas, a pesar de su larga colaboración con estos al haber sido una de las figuras clave en la concepción de la *Ostpolitik*. Tanto él como el resto de miembros liberales del gabinete presidido por Schmidt dimitieron el 17 de septiembre de 1982 e, inmediatamente, iniciaron conversaciones con los cristianodemócratas. De ellas emergió la nueva coalición en la que el líder del FDP conservaría la cartera de Exteriores. El cambio de socio en el Gobierno no fue bien recibido por muchos sectores del Partido, de modo especial por las juventudes, que generaron un grave problema interno al separarse de la organización mientras algunos militantes significados pasaban a las filas del SPD.

También en aquellos años hubo relevo en la jefatura del Estado. El 23 de mayo de 1984, Richard von Weizsäcker sería elegido presidente de la República en sustitución del también democristiano Karl Carstens. Su candidatura iba a ser aprobada por una inmensa mayoría de 832 votos frente a los 68 obtenidos por la escritora Luise Rinser —propuesta por Los Verdes —, y 117 abstenciones.

Volviendo a 1983, el nuevo Gobierno de la CDU/CSU/FDP aplicó escrupulosamente una política económica en clave neoliberal, tan en boga por aquel entonces. El desempleo había crecido a comienzos de año hasta el 10,4 por ciento, la tasa más elevada en la historia de la República Federal, y, pese a los ajustes del Gobierno de Schmidt, el gasto público era muy elevado. De hecho, la lucha por controlarlo fue una de las líneas prioritarias del ejecutivo presidido por Kohl, que logró reducirlo en un tercio entre 1982 y 1986. Rebajó los beneficios del seguro de paro, flexibilizó el empleo y, en 1987, llevó a cabo una amplia reforma del sistema impositivo que favoreció a las rentas medias y altas. Además, limitó el crecimiento de los salarios públicos y redujo las ayudas a centros escolares y a estudiantes.

La fortaleza de la máquina económica alemana no se tradujo en una mejora ostensible de los índices de desempleo. Continuó superando el 9 por ciento, con una media del 9,3 por ciento entre 1983 y 1988, año en que comenzó a disminuir hasta el 7,1 por ciento en 1990. Las relaciones con los sindicatos no fueron precisamente fluidas. La legislación laboral sufrió un endurecimiento a partir de 1986, cuando desde la Oficina Federal de Trabajo se dio la orden de suprimir las indemnizaciones a trabajadores despedidos o en paro técnico, dejando en manos del sindicato la financiación de estas ayudas[53].

En todo caso, en 1983, después de dos años de crisis, la economía alemana remontó el vuelo hasta situarse en un crecimiento del 1,3 por ciento, tasa que se duplicaría al año siguiente; mientras, la inflación bajó de un 6,2 por ciento a un 2,4 por ciento entre 1981 y 1984. El paro era el indicador que estropeaba este panorama tan halagüeño, al quedar en un 9,49 por ciento a finales de 1984, superando así el 7,5 por ciento de 1982[54].

Así, pues, los datos macroeconómicos ofrecían una visión prometedora de la evolución de la RFA, mientras el mercado internacional favorecía la marcha de las exportaciones, principalmente de productos químicos y mecánicos de alto valor añadido: en 1985 la RFA participaba de un 17 por ciento del comercio mundial[55]. En ese mismo año, el excedente de comercio exterior fue el más alto de su historia: 73.300 millones de marcos, cifra que superó al año siguiente. Este hecho resultaba todavía más llamativo teniendo en cuenta la revalorización del marco respecto al dólar. Kohl expresó muy bien este optimismo cuando el 1 de enero de 1986 señaló: «*Es geht deutlich aufwärts*» («Está claro que crecemos»). Sería precisamente en 1987, el año de la tercera elección de Kohl, cuando se produciría una ralentización del crecimiento (1,7 por ciento) debida a la crisis de la construcción y del carbón y del acero, así como al deterioro del equilibrio financiero del Estado.

En definitiva, a pesar de las críticas, la RFA había entrado en una fase de prosperidad, hecho reconocido por los ciudadanos al otorgar de nuevo la confianza a la CDU/CSU en las elecciones del 25 de enero de 1987: obtuvieron 223 escaños frente a 186 del SPD. Los liberales, con 46 representantes, continuarían formando parte del Gobierno de coalición encabezado por Kohl, mientras Los Verdes habían cosechado un gran éxito al obtener 42 escaños.

Una vez dicho lo anterior, los resultados supusieron un toque de atención a los grandes partidos, que perdieron votos. El castigo ciudadano también se reflejó en el porcentaje de abstención: un 15,7 por ciento más elevado que en las elecciones anteriores, hacía cuatro años. La CDU/CSU pasó del 48,8 por ciento al 43,3 por ciento, sin duda, un buen resultado después de dos legislaturas consecutivas de Kohl, aunque ofrecía una imagen algo erosionada de la coalición tras tanto tiempo en el Gobierno.

Por su parte, el SPD no solo no se benefició de la caída de voto de los cristianodemócratas, sino que los acompañó en la pérdida de apoyos al pasar del 38,2 al 37 por ciento. Los liberales (9,1 por ciento) y, sobre todo, Los Verdes (8,3 por ciento) fueron los partidos que más avanzaron.

Precisamente, la presencia de estos últimos en el *Bundestag* fue decisiva para aumentar el número de mujeres en la cámara (del 10 por ciento al 16 por ciento). Las listas electorales no se habían renovado demasiado, pues el 80 por ciento de los diputados ya lo habían sido en la legislatura anterior.

Como era de prever, el 11 de marzo de 1987 Helmut Kohl fue elegido canciller con 253 votos, tan solo cuatro por encima de la mayoría necesaria. De hecho, la coalición CDU/CSU se había dejado en el camino 2,2 millones de votos, con una pérdida muy ostensible de apoyos en la franja de votantes entre 25 y 35 años y entre los de las grandes urbes de más de 200.000 habitantes[56]. La tendencia negativa para la CDU se consolidó tras los modestos resultados en las elecciones regionales celebradas en Renania-Palatinado, Bremen y Schleswig-Holstein, lo cual provocó un creciente descontento dentro de algunos sectores del partido: eran necesarias una renovación de nombres y una reorientación ideológica.

Por otra parte, las desavenencias entre Kohl y Franz-Joseph Strauss, el jefe histórico de la CSU bávara, enconaron las relaciones entre sus partidos. Con todo, no se produjo la ruptura sino que, incluso, en noviembre de 1987 tanto Kohl como Strauss fueron reelegidos líderes de sus organizaciones: este continuó firmemente los planteamientos más conservadores mientras aquel, muy influido por el secretario de la CDU, Heiner Geissler, comenzó a adaptar su discurso en un claro acercamiento al centro-izquierda con el fin de rearmar el partido. La elección, meses antes —en junio—, de Norbert Blum para presidir la CDU en Renania del Norte-Westfalia, uno de sus principales baluartes, caminaba en esta dirección.

También al SPD llegaron los cambios, nada menos que a su cabeza. El 23 de marzo, después de estar al frente de los socialdemócratas desde 1964, Willy Brandt dimitió de su cargo. En la base de su renuncia estaban algunos relevos en puestos importantes de la estructura del partido, decididos sin contarse con su criterio, así como las críticas internas, procedentes de diversos sectores, a su forma de aferrarse al poder. Le sustituyó un hombre moderado, Hans-Jochen Vogel, presidente del grupo parlamentario y antiguo alcalde de Munich, mientras el ala izquierda tenía su compensación

con el nombramiento de Oskar Lafontaine como vicepresidente. Lafontaine, ministro-presidente del Sarre, ejercería una influencia notable en el futuro inmediato del país, como revelará, según veremos, la contundencia de su figura y de su actitud ante la caída del Muro, por encima de los deseos de la mayoría.

Tras el abandono de Brandt, otro hecho trascendental en las décadas de existencia de la República Federal fue la muerte, en octubre de 1988, de Franz-Joseph Strauss. Desde 1978 había Estado al frente de Baviera y desde 1961 había presidido la Unión Social Cristiana. Había pasado por distintos cargos ministeriales en el ámbito federal y sido parlamentario. En definitiva, había desempeñado un papel sobresaliente en la historia de la República Federal desde su fundación. A pesar de su fuerte personalidad y del control que ejercía sobre la maquinaria de la CSU, su desaparición no provocó una crisis interna. Al frente del Gobierno bávaro le relevó Max Streibl, también con una larga trayectoria política, y en noviembre el congreso extraordinario de la CSU eligió presidente a Theo Waigel. Figura conciliadora, jefe del grupo socialcristiano en el *Bundestag*, en numerosas ocasiones había servido de puente entre su jefe de filas y el canciller Kohl.

No obstante la estabilidad del sistema, los años previos a la caída del Muro vieron desfilar por los medios de comunicación y por los tribunales casos flagrantes de corrupción que afectaron a la proverbial honradez y austeridad de las que se habían investido los políticos alemanes desde la época de Adenauer. Salvo Los Verdes, todas las fuerzas políticas estuvieron implicadas en asuntos turbios. El más divulgado fue, probablemente, el caso Flick. El todopoderoso grupo industrial a cuyo frente estaba Friedrich Karl Flick fue acusado de gastar millones de marcos para ganar influencia política a través del desvío de fondos a los partidos. Su objetivo principal era obtener ventajas fiscales para sus negocios, que incluían los sectores de ingeniería, químicas y armamento, entre otros. Schmidt, Strauss, Brandt, el ministro liberal de Economía Lambsdorff y el propio Kohl aparecieron como implicados en la trama. Juzgado el caso a comienzos de 1987, no se demostró el enriquecimiento personal de los encausados, pero sí su

participación a la hora de derivar recursos de la empresa hacia sus partidos. Las sospechas se enseñorearon del sistema alemán de partidos, sometido al poder económico en la mente de muchos alemanes[57].

Otro episodio sonado de corrupción afectó a Uwe Barschel, el presidente cristianodemócrata del *Land* norteño de Schleswig-Holstein. En septiembre de 1987 vio la luz un reportaje del prestigioso *Der Spiegel* sobre cómo había utilizado todo tipo de medios (desde escuchas telefónicas hasta espionajes de la vida privada) para desacreditar a su rival socialdemócrata, Björn Engholm, con el fin de mantener la primacía de la CDU en el poder del *Land*. Pocas semanas después, el 11 de octubre, Barschel se suicidaba en una habitación de hotel en Ginebra. A continuación, el 6 de noviembre, el presidente federal Richard von Weizsäcker, con motivo de la entrega del premio Romano Guardini de la Academia Católica de Baviera, pronunció un discurso titulado «Verdad y libertad en la política», influido por los recientes acontecimientos. En él reflexionaba:

> Los seres humanos somos como somos, y ello implica que todo sistema político acabe perdiendo toda capacidad de maniobra y necesitando reformas. La oportunidad única que nos ofrece la libertad como principio constitucional es la facultad de autocorrección, de transformación pacífica. Por eso es preferible a cualquier otro sistema. Es responsabilidad nuestra saber aprovechar esa oportunidad[58].

Después de casi cuarenta años de gobierno cristianodemócrata en aquel Estado, las elecciones de mayo de 1988 otorgaron un 55 por ciento de los votos a Engholm, convirtiéndolo en el ministro-presidente del *Land*.

Por lo que se refiere a las relaciones de la RFA con Europa, cobraron especial relevancia las desarrolladas con Francia, máxime por el papel que iban a desempeñar, una vez caído el Muro, de cara a la reunificación. Los años ochenta —sobre todo su segunda mitad— fueron una época de buen entendimiento entre París y Bonn. Pensemos, por ejemplo, que en 1986, además de las dos cumbres anuales en febrero y en octubre, hubo hasta cuatro encuentros de trabajo entre el canciller Kohl y el presidente Mitterrand, sin contar con las celebradas por el primer ministro francés Jacques Chirac con el propio canciller. Aquellos años el eje franco alemán

desempeñó un papel importante en el desarrollo de las Comunidades Europeas y en la apertura hacia el Este, y no lo fue menos por la colaboración entre ambos países en materias como los refugiados, la lucha antiterrorista y la tecnología. En 1986, tras la cumbre celebrada en París a finales de febrero, ambos Gobiernos decidieron avanzar en la cooperación en cuestiones de seguridad y defensa, una materia muy delicada, lo cual demostraba el buen momento que atravesaban sus relaciones. De hecho, al año siguiente, en junio, Kohl propuso crear una brigada francoalemana y en septiembre, durante unas maniobras conjuntas en suelo alemán, el presidente francés expresó su voluntad de establecer un consejo, también conjunto, de defensa y seguridad.

Las conmemoraciones por el vigesimoquinto aniversario de la firma del Tratado de Cooperación Francoalemana, firmado el 22 de enero de 1963, constituyeron un acontecimiento trascendental, no solo por la evocación histórica sino también, precisamente, por el excelente momento que vivían las relaciones entre ambos países. Hacía un cuarto de siglo de la rúbrica, en el Elíseo, de aquel documento que transformaría los vínculos entre rivales y, en demasiadas ocasiones, enemigos irreconciliables. Ese mismo día de 1988 los Gobiernos de Bonn y París anunciaron medidas concretas: sobre algunas de ellas ya se habían pronunciado los mandatarios, como la antes citada brigada conjunta y la creación del Consejo Económico y Financiero y el de Defensa y Seguridad; otras eran aún más específicas, como la fundación de un colegio de enseñanza superior y el Premio De Gaulle-Adenauer. En definitiva, tanto la conmemoración como la continuidad de las cumbres y reuniones mantenidas durante 1988 por los altos representantes de los dos Estados reflejaban, poco antes de la caída del Muro, el extraordinario entendimiento entre Francia y la República Federal.

Los avatares de la *Ostpolitik*

Retrocedamos ahora en el tiempo para detenernos en las peculiares relaciones de la República Federal con la República Democrática. La

división de Alemania tras la guerra convirtió el enfrentamiento entre bloques en un hecho patente y el futuro del país, en un asunto pendiente de resolución. Como en otros momentos de la historia, la cuestión alemana emergía para erigirse en un asunto clave en la configuración de la Guerra Fría, en el orden internacional posterior a 1945. La influencia de una y otra superpotencia en las zonas de ocupación determinaría la naturaleza y evolución de los dos regímenes que se iban a instaurar. Por ello, la denominación escogida para cada caso no fue aleatoria, sino que apelaba a una cuestión fundamental. En el caso de la República Federal de Alemania (*Bundesrepublik Deutschland*), en la Ley Fundamental ratificada por el Parlamento el 23 de mayo de 1949 la posible unidad con la otra parte quedaba manifiesta de una u otra manera en diferentes momentos del texto. Sin duda, el preámbulo, con todo su valor simbólico, es bastante expresivo al afirmar que actúa también «en nombre de aquellos alemanes a quienes está prohibida la colaboración, y manteniendo abierta la invitación para que todo el pueblo alemán […] consume la unidad y libertad de Alemania». El artículo final recogía que la Ley Fundamental dejaría de tener vigor una vez que «el pueblo alemán» aprobara libremente otro texto.

Desde su nacimiento el 7 de octubre de ese mismo año de 1949, la República Democrática Alemana (*Deutsche Demokratische Republik*), al incluir el adjetivo «alemana» introducía la posibilidad de que coexistiera con otros Estados alemanes y, si no, descartando —o, al menos, alejando en teoría— de sus preocupaciones más inmediatas el hecho de la unidad. Aunque, por supuesto, la cuestión estuvo presente en las décadas que siguieron, perdió fuerza durante los años cincuenta y, si bien activada con motivo de la puesta en marcha de la *Ostpolitik*, como inmediatamente veremos, su impacto entre la población era menor. En 1983, por ejemplo, en la RFA solo al 5 por ciento le preocupa este tema, porcentaje aún más reducido entre los jóvenes[59].

La *Ostpolitik* constituía la versión alemana de una estrategia general europea: para reducir la posibilidad de una guerra de la que Europa volvería a salir devastada, los Estados occidentales se avinieron a mejorar sus

relaciones con los países del Este[60]. El espíritu de mayor entendimiento entre los bloques acabó por fraguar en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, celebrada en Helsinki, cuya Acta Final firmaron (en agosto de 1975, como ya hemos visto), treinta y tres Estados europeos, además de Canadá y Estados Unidos. Sus conclusiones iban dirigidas a preservar la paz por varias vías: el reconocimiento de las fronteras de posguerra —incluidas las alemanas—, el fomento de vínculos económicos y comerciales entre los firmantes y, la que resultaba más paradójica considerando que los países del Este se regían por dictaduras, la defensa sin concesiones de los derechos y libertades del individuo[61].

En efecto, la llegada de los socialdemócratas al Gobierno, primero en la gran coalición con los cristianodemócratas (1966-1969), después en la pequeña coalición con los liberales (1969-1982), varió el diseño de la política exterior por la voluntad de regular las relaciones de la República Federal con el este de Europa y la República Democrática poniendo en marcha la *Ostpolitik*, la cual concluyó la era de la doctrina Hallstein en las relaciones interalemanas y contribuyó al desarrollo de relaciones normales de buena vecindad en pie de igualdad. Sin embargo, esta reorientación de la política exterior propiciada por el clima de distensión entre las superpotencias complementaba el eje plenamente europeísta de la acción externa; no lo sustituía ni lo desplazaba, sino que tendía puentes para normalizar la relación con el Este. Dicho proceso implicaba, en síntesis, aceptar la situación creada en Europa oriental tras la guerra (es decir, las fronteras y las transferencias de territorios) y la soberanía de la República Democrática Alemana. Ya en su declaración institucional del 28 de octubre de 1969 el canciller Willy Brandt anunció que el Gobierno estaba dispuesto a reconocer la situación creada en Europa y a la RDA como Estado soberano, así como a renunciar al pretendido derecho de la República Federal de representación exclusiva de Alemania[62].

La paz se convertía en un valor supremo: la cooperación y el entendimiento con el resto de países constituían una norma para la acción exterior alemana, sin olvidar la importancia de la seguridad para favorecer,

precisamente, el desarrollo pacífico de las relaciones internacionales de Bonn. En el congreso del SPD celebrado en Bad Godesberg en 1959 el Partido había renunciado a los principios marxistas revolucionarios e, incluso, aceptado el vínculo de la RFA con la OTAN, de modo que al llegar al poder entendía la Alianza como un marco de referencia ineludible en la salvaguarda de la paz y la estabilidad.

Dentro de este sistema de defensa colectiva, y teniendo en cuenta la voluntad de distender las relaciones entre bloques, había llegado la hora de favorecer el diálogo con la RDA con el fin de normalizar la convivencia entre ambos. El cambio era sustancial, pues el documento reconocía la existencia de los dos Estados alemanes. Para Brandt el futuro pasaba por un acercamiento entre los bloques sin renunciar a su inserción en el mundo occidental; pensaba que la necesaria coexistencia con los países del Este se vería favorecida si la amenaza de conflicto cedía paso a la colaboración, a la aceptación de los sistemas políticos comunistas, como modo de alcanzar un orden más pacífico. Por ello, el ya citado Tratado sobre Renuncia a la Fuerza, suscrito por la RFA y la URSS el 12 de agosto de 1970, fue un verdadero acontecimiento histórico: ambas partes acordaban aceptar y respetar la integridad territorial de los Estados europeos según las fronteras establecidas en aquel momento, incluyendo el reconocimiento de la RDA, con sus propios límites y fronteras.

De igual forma, constituyó un hito el Tratado firmado entre la RFA y Polonia pocos meses después, el 7 de diciembre de ese mismo año de 1970, donde se recogió como definitiva la línea del Oder-Neisse como frontera entre ambos países, con la consiguiente renuncia a ulteriores demandas territoriales. En esta misma línea de actuación dentro de la *Ostpolitik*, el 11 de diciembre de 1973 el Gobierno federal firmó con el checoslovaco un tratado por el que aceptaban las fronteras existentes.

Los pasos dados hacia la avenencia entre las dos Alemanias eran muy significativos, pero no podían ocultar las profundas diferencias de criterio entre Bonn y Berlín Este. De hecho, Erich Honecker, sustituto de Ulbricht en la Secretaría General del SED desde junio de 1971, justificó en el octavo

congreso del Partido, celebrado aquel mes, la existencia de dos naciones alemanas diferenciadas y asentadas sobre los dos Estados nacidos en 1949.

En aquel verano de 1971 se iniciaron las conversaciones para redactar un tratado interalemán. El mero hecho de que se entablaran suponía una inyección de optimismo en el panorama de la Guerra Fría. Los recelos y la disparidad de opiniones quedaron de manifiesto en las fatigosas negociaciones que siguieron hasta la firma del llamado «Tratado sobre las Bases de la Relación» firmado, como hemos visto, el 21 de diciembre de 1972 en la capital germano-oriental. La constatación de tales diferencias fue la imposibilidad de resolver la cuestión nacional: cada una de las partes mantuvo su posición: la RDA, a favor de la existencia de naciones separadas y la RFA, en pro de una sola nación. Cada uno de los dos Estados reconocía la integridad y soberanía del otro, renunciando expresamente a cualquier forma de violencia para solucionar los problemas. La Carta de las Naciones Unidas era invocada como norma para ordenar sus relaciones. Como la Ley Fundamental de Bonn negaba la soberanía de la RDA, el Tratado recogía el acuerdo de ambos países para intercambiar «representantes permanentes» en lugar de embajadores.

Sin duda, el Tratado fue un avance muy considerable en las relaciones de las dos Alemanias pocos años después del golpe provocado por la construcción del Muro. Con el reconocimiento entre ambos Estados, aunque fuera de hecho, se abrían las puertas a un desarrollo más armónico y normalizado de sus vínculos y se ofrecía un ejemplo de distensión en el marco de la Guerra Fría.

El Tratado entró en vigor en la RFA el 20 de junio de 1973, no sin polémica. La aprobación en el *Bundestag* había contado con los votos negativos de la mayor parte de los diputados de la CDU/CSU, para quienes el nuevo marco de relaciones rompía una línea consolidada en la política exterior germana y, según interpretaciones más o menos interesadas, eliminaba la posibilidad de una reunificación futura.

Las autoridades de Berlín Este aprovecharon la firma del Tratado para dar un salto cualitativo en la legitimación del Estado. Después de integrarse en

la ONU aquel mismo año de 1973 y por impulso de Erich Honecker, la reforma constitucional de octubre de 1974, que modificaba la vigente —de 1968—, introdujo alteraciones sustanciales respecto a la definición del Estado y suprimió toda mención a la «nación alemana», explicitando su irrenunciable vínculo con la Unión Soviética. Era la manera más contundente de expresar el rechazo a la unidad de los dos territorios alemanes, reforzando la idea de formar parte exclusivamente del mundo socialista, de los Estados cuyas sociedades habían llevado a cabo el proceso revolucionario. A partir de entonces y a lo largo de los años setenta, la visión sobre la cuestión nacional tuvo fundamentalmente la perspectiva marxista-leninista de la lucha de clases internacional en la configuración de un orden en avance incesante hacia el triunfo del socialismo[63].

En los años siguientes, las relaciones interalemanas transcurrieron sin apenas sobresaltos. De hecho, el cambio de Gobierno en 1982 no afectó a la *Ostpolitik*. El tándem Kohl-Genscher mantuvo una línea continuista respecto al fortalecimiento de las relaciones con el Este, con especial claridad en lo referente a la URSS y la RDA. En este sentido, Genscher mostró su acuerdo, e incluso impulsaría a mediados de la nueva década la idea de Gorbachov de crear un marco de seguridad europeo que superase el propio de la Guerra Fría y en el que cupiera una colaboración más estrecha en los campos económico y tecnológico, una cuestión de gran interés para Moscú debido a sus crecientes problemas internos. La buena sintonía entre ambos y la mirada soviética hacia la República de Bonn en busca de inversiones y ayudas económicas preocupaban en Bruselas y en el resto de capitales europeas por el impacto que este clima de entendimiento pudiera tener en una ralentización de la integración comunitaria. También inquietaba la actitud del presidente Bush respecto a la seguridad en el Viejo Continente: reclamaba una reducción de gastos militares y veía en la excelente salud económica de la RFA la posibilidad de llevar a buen puerto las negociaciones para dicha reducción. En definitiva, a mediados de la década de los ochenta la República Federal era percibida por las

superpotencias como un valor en alza, puente entre los intereses norteamericanos y soviéticos en detrimento de otros aliados tradicionales.

Ante esta tesitura, Francia buscó fortalecer sus redes bilaterales con el fin de mantener un estatus de potencia influyente en el nuevo marco de relaciones internacionales que se dibujaba en el horizonte. De igual forma, su baza para desempeñar un papel de relevancia en la cuestión alemana pasaba por fortalecer su posición dentro de las Comunidades. También en Londres causaba inquietud la excelente sintonía entre la República Federal y Estados Unidos, no solo por el temor al poder económico y político de una Alemania unificada, sino por cómo influiría este hecho en una profundización del proceso de integración europea en que Thatcher no estaba interesada. En efecto, desde principios de la década de los ochenta Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, había pergeñado un plan de revitalización de las Comunidades que partía del mercado único, paso hacia un fortalecimiento institucional en el ámbito político. En 1988 había logrado un crecimiento de los fondos estructurales gracias a una reforma presupuestaria por la que la RFA aumentaba de forma considerable su aporte económico. La evolución del mercado único a mediados de los ochenta había tendido a liberalizar el movimiento de capitales, bienes, servicios y mano de obra en unos años, además, de crecimiento, lo cual animó a Delors a recuperar la idea de la unión económica y monetaria. Esta posibilidad fue muy bien recibida en el Elíseo, por cuanto podía reducir el peso de Bonn en las decisiones de índole monetaria de las Comunidades: con la fortaleza del marco, el *Bundesbank* controlaba en la práctica la política monetaria europea. En cambio, Grecia, Portugal y, sobre todo, el Reino Unido, quienes, aun cuando por diferentes motivos, descartaban avanzar por esa senda. En este último caso, el miedo a perder inversiones, el golpe que podía sufrir la *City* londinense, se sumaba al permanente recelo ante cualquier política supranacional que pudiese revertir en un menoscabo de soberanía.

En la República Federal había posturas contradictorias. Tanto algunos sectores del Gobierno como, sobre todo, el *Bundesbank* eran claros

detractores por varios motivos. La disparidad de las economías nacionales generaría graves problemas de competitividad para las más atrasadas, lo cual, previsiblemente, provocaría transferencias de recursos para controlar el déficit público. En cambio, otros como Helmut Schmidt y Hans-Dietrich Genscher otorgaban más importancia a la dimensión política, «de modo que supondría el anclaje definitivo de su país en Occidente, olvidando cualquier tentación neutralista»[64].

Por su parte, los ejes de la política europea de François Mitterrand desde su llegada a la presidencia de la República bebieron de las fuentes gaullistas. El frances veía en Alemania un socio imprescindible para preservar una influencia de peso en las decisiones que se tomaban en Bruselas, y también mostró su voluntad de avanzar en la integración, una plataforma muy adecuada a los tiempos para extender su radio de acción en el resto del mundo. De hecho, tras los Acuerdos del Elíseo de 1982 la colaboración activa entre ambos países sirvió para impulsar el proceso integrador pese a la oposición de Margaret Thatcher, siempre dispuesta a torpedear cualquier iniciativa tendente hacia la unión política o al logro de una política exterior coordinada, todo lo cual redundaría negativamente en la privilegiada posición británica como lazo de unión entre Estados Unidos y el Viejo Continente[65].

Como indicábamos anteriormente, a diferencia de los cambios introducidos por la coalición cristianoliberal en materia económica y social, no hubo signos de ruptura en la política exterior federal con la llegada de Helmut Kohl al poder en 1982. Sin duda, la pervivencia de Hans-Dietrich Genscher como ministro de Exteriores simbolizó la continuidad de la política europeísta, su apuesta por la alianza militar occidental y la profundización en el proceso integrador, sin olvidar el mantenimiento de la distensión con la República Democrática al que no era ajena la esencia de la *Ostpolitik*.

[51] O'Dochartaigh, Pól, *Germany since 1945, op. cit.*, p. 141.

[52] Véase Offe, Claus, «From Youth to Maturity: the Challenge of Party Politics», en Mayer, Margit y Ely, John (eds.), *The German Greens: Paradox between Movement and Party*, Filadelfia, Temple University Press, 1998, pp. 165-180.

[53] Díez Espinosa, José Ramón y Martín de la Guardia, Ricardo, *Historia contemporánea de Alemania (1945-1995)*, Madrid, Síntesis, 1998, p. 185.

[54] Ménudier, Henri, «La République Fédérale d'Allemagne», art. cit., p. 32.

[55] Leaman, Jeremy, *The Political Economy of Germany under Chancellors Kohl and Schröder: Decline of the German Model?*, Nueva York, Berghahn Books, 2009, pp. 43-97.

[56] Los datos se encuentran en Ménudier, Henri, «La République Fédérale d'Allemagne», art. cit., pp. 86-88.

[57] Seibel, Wolfgang, «Corruption in the Federal Republic of Germany before and in the Wake of Reunification», en Della Porta, Donatella y Mény, Yves (eds.), *Democracy and Corruption in Europe*, London, Pinter, 1997, pp. 85-103.

[58] Von Weizsäcker, Richard, *De Alemania a Europa. El impulso de la historia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1995, p. 96.

[59] Conradt, David P., *The German Polity*, Londres, Longman, 1986, p. 48.

[60] Los estudios de casos particulares pueden encontrarse en Davy, Richard (ed.), *European Détente: A Reappraisal*, Londres, Sage Publications, 1992.

[61] Véase Bange, Oliver y Niedhart, Gottfried (eds.), *Helsinki 1975 and the Transformation of Europe*, Nueva York, Berghahn Books, 2008.

[62] El texto se encuentra en Bundesministerium für innerdeutsche Beziehungen (Ed.), *Texte zur Deutschlandpolitik*, Bonn, Bundesministerium für Innerdeutsche Beziehungen, 1970, vol. IV, pp. 9-40. Para un análisis detallado de la *Ostpolitik* véase Haftendorn, Helga, *Sicherheit und Entspannung. Zur Aussenpolitik der Bundesrepublik Deutschland, 1955-1982*, Baden-Baden, Nomos, 1986. Sobre las continuidades y discontinuidades de la política germano-occidental hacia el Este véase el estudio Griffith, William E., *Die Ostpolitik der Bundesrepublik Deutschland*, Stuttgart, Benn, 1981.

[63] Véase Pfeiler, Wolfgang, «Die deutsche Frage ine der Sicht von UdSSR und DDR», *German Studies Review*, n.º 2 (1980), pp. 225-260.

[64] Lion Bustillo, Javier, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, Logroño, Unireditorial, 2013, p. 90.

[65] Wallace, William, «What Price Independence? Sovereignty and Interdependence in British Politics», *International Affairs*, vol. 62, n.º 3 (Summer 1986), p. 387.

3. DOS CAÍDAS ESTREPITOSAS: EL TELÓN DE ACERO Y HONECKER

El ambiente internacional

Como hemos apuntado anteriormente, el Nuevo Pensamiento en política exterior de Mijaíl Gorbachov dejó perplejos a muchos analistas y dirigentes políticos occidentales, cuya reacción fue, en un principio, recelar de las intenciones verdaderas del mandatario soviético. No obstante, tanto las declaraciones como los pasos dados por Gorbachov tras su elección como secretario general parecían ir en una dirección ciertamente novedosa, en pro de encauzar el diálogo con Estados Unidos sobre armamento y eliminar progresivamente los focos de tensión entre las superpotencias. Su ministro de Exteriores, Eduard Shevardnadze, lo resumió a la perfección en unas cuantas frases de contenido profundamente esperanzador:

> Conducir las relaciones soviético-norteamericanas a un estado de diálogo civilizado y normal […]; buscar vías para acabar con las pruebas nucleares y eliminar los misiles de medio alcance norteamericanos y soviéticos; retirar las tropas soviéticas de Afganistán; crear un sistema de seguridad en Europa basado en el procedimiento de Helsinki […][66].

Esta última propuesta era, sin duda, importante en lo que concernía a la relación con los países sovietizados del Este, sobre los cuales pesaba el control del Kremlin en asuntos fundamentales como la configuración de sus políticas exteriores o la planificación económica. De igual forma, y consciente de la delicada situación de la economía soviética —incapaz de llevar a cabo programas militares de la envergadura de la Iniciativa de Defensa Estratégica norteamericana—, el líder del PCUS apeló en numerosísimas ocasiones en aquellos años finales de la década de los ochenta a la seguridad mutua, a la responsabilidad de Estados Unidos y de

los países occidentales para lograr acuerdos efectivos con los que se redujera la carrera armamentística y se generasen espacios de diálogo entre los bloques, afianzando así la paz en todo el mundo. En junio de 1988 el ministro de Exteriores había afirmado sobre la política internacional de su país que «el mantenimiento de la paz era la mayor prioridad»[67].

Las conservadoras autoridades de la RDA despreciaban en privado estas formulaciones que consideraban derrotistas, pensando que se trataba más de una mera estrategia coyuntural. Por ello no hicieron caso de la advertencia clara que Gorbachov hizo a finales de 1986 a varios líderes comunistas respecto a que el Ejército soviético no intervendría más para restaurar el orden en los países hermanos, como había ocurrido en Hungría y Checoslovaquia en actuaciones pasadas de tan infausto recuerdo. Es más: desde un primer momento, Gorbachov alentó la puesta en marcha de políticas reformistas en el interior de los Estados socialistas para ganar la confianza de una población cada vez más alejada de los partidos comunistas.

Un hecho importante, aunque alejado geográficamente de Alemania, demostró que la vía por la que transcurría la política exterior del Kremlin pretendía ser muy distinta de la seguida hasta entonces. Gorbachov afrontó con realismo uno de los conflictos-tipo más enquistados de la Guerra Fría: Afganistán. El 14 de abril de 1988 alcanzó un acuerdo con representantes de este país, de Pakistán y de Estados Unidos según el cual el Gobierno de la URSS aceptaba el repliegue paulatino de su ejército en aquel territorio hasta su retirada total en febrero de 1989. Además de anunciar el final de misiones y ayudas tanto materiales como humanas en otros países de América, Asia y África, la determinación de acabar con la guerra en Afganistán reflejaba de forma meridiana el giro operado en la política internacional.

La actitud de Estados Unidos y sus aliados pasó del recelo y la desconfianza a un entendimiento franco con Gorbachov. Su apuesta por rebajar tensiones en los focos de conflicto del escenario mundial y su disposición a aceptar los cambios reformistas que comenzaban a intuirse en

Polonia y Hungría fueron muy bien recibidos en las cancillerías occidentales. También se entendió su llamamiento a una «Casa Común Europea» como una mano tendida a la colaboración más estrecha en todos los ámbitos entre la URSS, los países del Este y las Comunidades dentro de la atmósfera de diálogo entre bloques. De ella habló el dirigente soviético en un discurso pronunciado el 7 de abril de 1989 en Londres y también, como veremos, en julio ante el Consejo de Europa[68]; la cooperación entre países y bloques económicos y geoestratégicos enfrentados durante décadas contribuiría a despejar el camino de los obstáculos y avanzar por la senda del multilateralismo.

Aunque, como acabamos de señalar, un punto innegable para el presidente norteamericano Ronald Reagan fue la Iniciativa de Defensa Estratégica, que inclinaba la balanza militar hacia Washington, los encuentros entre Reagan y Gorbachov a finales de 1987 y al año siguiente sirvieron para escenificar el nuevo periodo de mejora de relaciones. En el celebrado el 8 de diciembre de 1987 en la capital de Estados Unidos firmaron el Tratado sobre Eliminación de Misiles de Corto y Medio Alcance, en vigor a partir del 1 de junio siguiente, que sirvió para destruir casi 2.700 euromisiles hasta junio de 1991. Fue un ejemplo palmario de cómo el símbolo del equilibrio del terror en Europa —los misiles SS-20 soviéticos y los Pershing y Cruise norteamericanos— abandonaba paulatinamente el Viejo Continente.

En un discurso ante la Asamblea General de la ONU pronunciado el 17 de diciembre de 1988, el mandatario dio otro de los golpes de efecto a los que era tan aficionado. Esperando una respuesta favorable del recientemente elegido presidente George Bush, Gorbachov anunció la retirada unilateral de Europa centro-oriental de cincuenta mil efectivos. De acuerdo con sus aliados del Pacto de Varsovia, el líder de la URSS había decidido evacuar hasta 1991 seis divisiones de la RDA, Checoslovaquia y Hungría. Con acciones como esta pretendía favorecer la desmilitarización en las relaciones entre bloques y desarrollar una «economía de desarme» a la vez que insistía, como en otras ocasiones, en que «la fuerza y la amenaza de la

fuerza no pueden seguir existiendo, y no deberían ser instrumentos de la política exterior. La libertad de elección es un principio universal que no debería tener excepciones»[69].

Con esta llamada a la libertad de elección y la retirada de tropas, Gorbachov reiteraba su voluntad de entendimiento con Estados Unidos además de confirmar ante los representantes de los países sovietizados en Europa su apoyo a las políticas de reforma interna sin la presión que tradicionalmente el Kremlin ejercía sobre ellos. De igual forma, el 6 de julio de 1989 pronunció un importante discurso en la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, en donde se ofreció para impulsar la Casa Común Europea, un espacio de respeto de los derechos humanos donde se alcanzase una colaboración franca e intensa en los campos económico, científico, técnico y cultural. Además, Gorbachov propuso una nueva reducción unilateral de misiles nucleares de corto alcance. En el discurso refrendó las declaraciones realizadas el mes anterior durante su visita a la RFA, que tanta incidencia habían tenido no solo en el Gobierno de Bonn, sino también en los grupos de oposición de la República Democrática: aceptaría sin vacilaciones las decisiones asumidas democráticamente por los Gobiernos de los países de su área de influencia y, de hecho, volvió a dejar clara su intención de no intervenir en los procesos democratizadores iniciados en Polonia y Hungría.

En Estados Unidos, la llegada de George Bush a la presidencia norteamericana en enero de 1989 había supuesto un periodo de cautela y reflexión sobre las verdaderas intenciones de Gorbachov. Como acabamos de ver, los últimos años de Reagan habían traído un cambio sustancial respecto a su relación con el mandatario soviético, a quien había terminado por considerar una persona digna de confianza, con auténtica voluntad de transformar la realidad soviética, amigo de la paz y del entendimiento entre las superpotencias. Mucho menos optimistas sobre las verdaderas intenciones de los soviéticos eran los más estrechos colaboradores de Bush en asuntos internacionales: el secretario de Estado, James Baker; el consejero de Seguridad Nacional, Brent Scowcroft, y Dick Cheney,

secretario de Defensa. En su opinión, convenía analizar con cuidado los pasos que habían dado tanto el Kremlin como la Administración anterior para sacar conclusiones pertinentes a la hora de afrontar las relaciones con la URSS.

En un principio, la sospecha se enseñoreó del Despacho Oval, convencidos los nuevos inquilinos de que, hasta que se tuvieran pruebas más fehacientes, la estrategia seguida por Moscú iba encaminada a preservar y aumentar su fuerza y capacidad de presión en un clima de Guerra Fría no atenuado. Unas semanas después de tomar posesión, el nuevo presidente era taxativo en sus comentarios sobre lo que se podía esperar en un futuro inmediato. Ante François Mitterrand afirmó que «en una época de cambios extraordinarios tenemos la obligación de atemperar el optimismo —y yo soy optimista— con la prudencia, porque es claro que el Nuevo Pensamiento soviético todavía no ha superado al antiguo»[70].

El discurso anticomunista estuvo muy presente —e incluso se reforzó— al iniciarse la presidencia de Bush. En su primera visita a Europa, a finales de mayo, definió Berlín como el paradigma de la división entre bloques: «El Muro aparece como un monumento al fracaso del comunismo. ¡Debe derribarse!»[71]. Bush no pensaba, como Reagan, que el progresivo desmantelamiento del armamento nuclear sirviera para afianzar la paz y dar mayor estabilidad al mundo; es más: podía ser una nueva estratagema de los soviéticos para encubrir su debilidad dándose un tiempo hasta que la recuperación de la economía les permitiese un nuevo salto adelante. Así pues, el presidente norteamericano criticó con vehemencia la idea de Gorbachov de una Casa Común Europea en favor de una Europa donde se respetaran los derechos humanos y se garantizaran las libertades: mientras no se consiguieran estos mínimos la Casa Común era mera retórica vacía de contenido. Tampoco dudó en reconocer con rotundidad los grandes servicios prestados por la OTAN ni en asumir la exigencia de su continuidad para el afianzamiento y expansión del mundo libre, tal como declaró en aquel mismo viaje en mayo de 1989 durante el acto conmemorativo del cuadragésimo aniversario de la fundación de la Alianza.

Poco tardó la ofensiva dialéctica desplegada por Bush en imponer sus criterios a la diplomacia soviética: en septiembre de 1989 Eduard Shevardnadze aceptaba reabrir el diálogo sobre el armamento nuclear sin que Estados Unidos suspendiera la Iniciativa de Defensa Estratégica[72]. Sin embargo, la firmeza de Gorbachov frente a quienes, dentro y fuera de su país, lo empujaban a aceptar una intervención armada en Rumanía y en la República Democrática Alemana, rompiendo así con sus promesas de no injerencia mientras, al otro lado del mundo comunista, la represión en Tiananmen ofrecía la cara más siniestra del Régimen chino, hizo variar la percepción del presidente norteamericano respecto a la sinceridad del mandatario soviético. La cumbre de Malta entre las dos superpotencias, una vez derribado el Muro, mostraría la capacidad negociadora de ambos.

Era evidente que el entusiasmo generalizado existente en las cancillerías occidentales y entre los sectores reformistas de los partidos comunistas en la Europa del Este ante la política de distensión protagonizada por Gorbachov se transformaría en crítica callada y en ausencia de reformas en las capitales que, como Berlín Este, albergaban un Gobierno refractario a la palabra «cambio». Las profundas discrepancias quedaron de manifiesto inmediatamente después, en la reunión del Comité Político Consultivo del Pacto de Varsovia, los días 7 y 8 de julio de aquel año de 1989. La sede del encuentro fue Bucarest y su anfitrión, Nicolae Ceaucescu, pretendía introducir un debate entre los mandatarios para fortalecer las posiciones más ortodoxas frente a Moscú. Por supuesto, se trataría de conversaciones informales, fuera de agenda, pero para dejar claro que Gorbachov no contaba con la anuencia en bloque de sus aliados. Los dos documentos aprobados finalmente — y no sin discusiones— reiteraban, en la línea definida por el Kremlin, la necesidad de dar prioridad al desarme hasta alcanzar la desaparición de las grandes alianzas defensivas. De igual modo, los textos hacían mención de la defensa de los derechos humanos y la autonomía de cada país a la hora de definir sus políticas, sin injerencias externas. Durante la cumbre enfermó Erich Honecker; hubo de ser sustituido por el jefe de Gobierno Willi Stoph[73].

Gorbachov estaba convencido de que, al flexibilizar las relaciones con los Estados socialistas europeos, estos optarían por políticas transformadoras, pero siempre dentro del modelo socialista. Estos países contribuirían a fortalecer su idea de la Casa Común Europea e, incluso, su aproximación a Occidente tendría repercusiones positivas en el ámbito económico y comercial. Lo que no imaginaba Gorbachov era la rápida deriva hacia la desintegración del socialismo realmente existente, cuyas consecuencias pronto llegarían al corazón del sistema: a la Unión Soviética.

El fin de la doctrina de soberanía limitada sacudió las capitales centro-orientales; los dirigentes más ortodoxos carecerían a partir de entonces de la salvaguarda de Moscú para mantener el orden. El Kremlin no intervendría militarmente en sus territorios y dejaba a su suerte a todos aquellos incapaces de subirse al tren de los cambios inducidos por la historia. Entre ellos, sin duda, figuraban las principales autoridades del Partido-Estado germano-oriental.

Ante el guante lanzado por Gorbachov respecto al desmantelamiento progresivo del Pacto de Varsovia, la OTAN mostró sus cautelas y en diciembre de 1989, poco después de la caída del Muro, tras una reunión del Consejo Atlántico de la Alianza celebrada los días 14 y 15 en Bruselas para valorar el encuentro entre Gorbachov y Bush los días 2 y 3 de ese mismo mes, emitió un comunicado clarificador: mantendría su función como garante de la paz, la seguridad y la cooperación en la nueva Europa que se avecinaba, refutando así las voces que auguraban su disolución a tenor de los acontecimientos de los meses previos[74]. Quedaba demostrado que la OTAN no tenía intención de desaparecer y que el Pacto de Varsovia carecía de fuerza suficiente como para presionarla.

El gran momento de la oposición en la RDA

El crecimiento de los grupos de oposición en los años ochenta transcurrió paralelo a las consecuencias provocadas por la incapacidad del Gobierno de mejorar los niveles de vida de la población. El agravamiento de la crisis

económica dejaba en papel mojado las constantes promesas del Régimen de mejorar las condiciones sociales, frustrando las expectativas de cientos de miles de ciudadanos para quienes la educación en los valores del socialismo ya no proporcionaba consuelo. Las tentativas de huida eran cada vez más frecuentes y, aunque ocultadas por los servicios de propaganda, incidían en la pérdida de legitimidad de un sistema incapaz de extender los espacios de libertad en una Europa del Este que comenzaba a convulsionarse después de la llegada de Gorbachov. A pesar de que la temida Stasi podía llegar a cualquier resquicio de disidencia, el atisbo de cambios reales en la jerarquía de otros Estados comunistas alentó a algunos grupos a dar un paso adelante y presentar su alternativa reformista ante las autoridades. Al igual que ocurrió en otros países de la zona, la Iglesia desempeñó un papel importante como aglutinadora de foros de debate y respuesta a la inacción del Gobierno, obcecado en mantener el poder por la vía coercitiva. La ortodoxia de Honecker y sus allegados políticos chocaba frontalmente con las ideas renovadoras de Gorbachov, cuya buena acogida entre la disidencia germano-oriental inquietaba al Régimen.

Como hemos señalado anteriormente, bajo el paraguas protector de la Federación de Iglesias Evangélicas nació en 1985 la Iniciativa para la Paz y los Derechos Humanos con el fin de denunciar el falso pacifismo propugnado por las autoridades del país cuando, en realidad, la militarización de la sociedad era un hecho constatable. El pacifismo estaba unido a una defensa del medioambiente ante las tropelías cometidas desde hacía décadas por los responsables económicos del proceso industrializador de la RDA. De igual forma, el grupo criticaba con energía a la OTAN, la nuclearización de Europa y las flagrantes injusticias derivadas de la extensión del capitalismo global. Entre sus componentes figuraban Bärber Bohley, una pintora que había sido apartada de la Federación de Artistas por sus opiniones políticas.

Expulsada del país en 1988, Bohley regresó meses después, en septiembre de 1989, para fundar el Nuevo Foro, una de las fuerzas de oposición más relevantes en el final del Régimen del SED. En él también

destacó Ulrike Poppe, que ya había sido detenida en 1983: destacada defensora de los derechos de las mujeres y pacifista convencida, desempeñaría junto a Bohley un papel importante en la organización de la disidencia en aquellos últimos momentos. En un texto del 28 de octubre, un mes después de su fundación, Nuevo Foro exponía con claridad una ajustada síntesis de lo que demandaba el movimiento cívico: libertad en un sentido amplio (de manifestación, residencia, prensa, opinión, etc.) y una República Democrática profundamente reformada en sus estructuras institucionales, sin policía secreta y con relaciones amistosas con la República Federal[75]. En esta declaración programática afirmaba su empeño en abrir un amplio debate entre todos los actores de la vida pública germano-oriental y los ciudadanos para buscar soluciones conjuntas a la profunda crisis que se estaba viviendo. No pretendía instaurar una democracia liberal capitalista ni, mucho menos, acabar con las instituciones del Estado pero, paradójicamente, la firme voluntad de reformas dentro de la legalidad socialista constituía una amenaza mayor para la *nomenklatura* y la vieja guardia del SED al poner en evidencia sus fracasos y limitaciones con mayor elocuencia, incluso, que las algaradas promovidas por los grupos más radicales. Nacido tardíamente como movimiento social de oposición, el Nuevo Foro pronto crecería con fuerza a pesar de ser calificado por las autoridades como contrario a los intereses de la RDA.

Al igual que Nuevo Foro, Iniciativa no aspiraba a acabar con la República Democrática, sino a regenerar sus estructuras, a eliminar la corrupción extendida y la cooptación entre la elite comunista y a extender y fortalecer los derechos del individuo. Por tanto, en aquellos años ochenta previos a la caída del Muro los intelectuales que formaban parte de la disidencia no pretendían sustituir el Régimen por un sistema capitalista como el de la República Federal. El socialismo era viable a través de fórmulas democráticas, ajenas al ominoso control de una policía secreta cuya misión era vigilar la vida de los ciudadanos para castigarlos en caso de discrepancia con el poder.

Como decíamos antes, la inquietud por la situación medioambiental, tan generalizada en la época, motivó el surgimiento de foros para abordar esta cuestión de manera global, pero con incidencia especial en el propio país. En 1986, un grupo de personas que habitualmente se reunían en la iglesia Sion de Berlín Este había fundado la Biblioteca del Medio Ambiente con un objetivo meridiano: concienciar a la sociedad sobre un problema silenciado por las autoridades y, para ello, realizar y difundir informes científicos, cursos de iniciación, conferencias, etc. Según los responsables del SED, indiferentes al daño ecológico, este tipo de actividad ponía en entredicho el desarrollo económico basado en la planificación, por lo que su reacción fue contundente: a finales de noviembre de 1987 la sede de la Biblioteca fue clausurada y sus principales mentores, detenidos.

Sin embargo —y este hecho es importante para comprender los límites del aparato represivo del Estado en aquellas fechas—, como las actividades de la Biblioteca habían sido muy difundidas por los medios occidentales, el impacto del asalto de la Stasi a la sede generó una ola de protestas en la propia RDA y en toda Europa cuya consecuencia fueron la puesta en libertad, pocos días después, de los responsables de la organización y la tolerancia que a partir de entonces mostró el Estado para con ella.

La mera existencia de este tipo de iniciativas que, aun cuando estuvieran perseguidas, no acababan directamente con sus promotores condenados en la cárcel por un largo periodo de tiempo, ni, en el mejor de los casos, obligados a exiliarse, reflejaba la imposibilidad de eliminarlas de raíz. El Régimen del SED se veía mucho más afectado por los cambios en el contexto europeo y soviético de lo que hubieran deseado sus líderes. La cerrazón a cualquier reforma servía de acicate a la oposición para avanzar paulatinamente afirmando unos principios liberalizadores cada vez más extendidos en países de la órbita soviética, tales como Polonia y Hungría. Así, a finales de 1989 el pastor Markus Meckel, junto con otros disidentes, firmó una declaración a favor de crear un nuevo Partido Socialdemócrata de la RDA, sin obediencia a su homólogo de la RFA. En octubre fundó, junto con otro pastor, Martin Gutzeit, un SPD renovado en cuyo programa

aparecía el compromiso con la democratización de las instituciones, la defensa del medioambiente con la inmediata puesta en práctica de medidas drásticas y el avance hacia una economía social de mercado basada en el respeto a las libertades políticas y sindicales[76].

El ya citado Nuevo Foro se convirtió en la organización más destacada a la hora de canalizar el descontento social en las postrimerías del Régimen del SED. Además de Bohley y el abogado Rolf Henrich, participaron en su fundación el reputado físico Sebastian Plugbeil y el pastor Hans-Jochen Tschiche. El objetivo trazado por sus figuras más destacadas era hacer un llamamiento a la sociedad germano-oriental a recibir propuestas sobre la situación del país y debatir libremente sobre ellas para fundar sobre ese foro de debate una fuerza política con influencia suficiente como para transformar las estructuras políticas y económicas, preservando la existencia de la RDA. Los ciudadanos no podían sustraerse al reto que el país tenía por delante y que era, ni más ni menos, el de la supervivencia como Estado. La relevancia de sus líderes y la sinceridad reformista de los presupuestos empujaron a las autoridades a negar su registro como asociación, lo cual animó aún más a miles de alemanes del Este a firmar en su apoyo.

Después de un estudio profundo, el historiador Harmut Zwahr agrupa en cuatro categorías las reivindicaciones más sustanciales de los movimientos opositores entre 1989 y 1990. La primera de ellas era la democratización en un sentido amplio, y de ella derivaban las restantes: el reconocimiento y defensa de los derechos fundamentales; el relevo en la cúpula del poder, expresado en la salida de Honecker y su camarilla, y el fin del aparato represivo del Estado ejemplificado en la Stasi[77]. Verdaderamente, aun cuando una parte muy importante de los movimientos cívicos creía en la viabilidad de la República Democrática Alemana, este programa, más que renovación del Régimen, implicaba su sustitución.

En resumen, durante el otoño de 1989 la sociedad germano-oriental había salido de un letargo obligado por el férreo control ejercido por el aparato represivo del Estado. Auspiciado fundamentalmente por intelectuales y

sectores representativos de la Iglesia evangélica, la voluntad reformista había calado entre la población, que comenzaba a llenar plazas y calles en manifestaciones pacíficas con el fin de presionar al Régimen para que acometiera transformaciones reales en la estructura de poder. Todavía en aquellas fechas el movimiento cívico, seguidor de las tesis de sus promotores, pensaba en la posibilidad real de regenerar el Estado política y económicamente. La oposición aspiraba a cambiar el Régimen, pero conservándolo. Ninguna de las organizaciones citadas aludía a una reunificación con el territorio de la RFA. Sus postulados, aunque en exceso vagos, eran claramente democráticos: defensa de los derechos y libertades, división de poderes, desaparición de la policía política, igualdad ante la ley, políticas medioambientales, etc. En definitiva, los cambios eran de tal envergadura que pronto la mayor parte de la población se inclinaría por vivir ese modelo sociopolítico dentro de un Estado en el que ya era una realidad: la República Federal.

El elemento sorpresa en los acontecimientos desencadenados en 1989 constituye ya un tópico en los estudios especializados pero, realmente, existió. Ni los principales analistas ni los propios actores implicados pensaban que un proceso tan rápido de descomposición del bloque soviético en Europa del Este pudiera producirse así[78].

Cae el Telón de Acero

Las transformaciones de carácter renovador en Hungría fueron determinantes para comprender la caída del Muro. El 27 de junio de 1989 Alois Mock y Gyula Horn, respectivos ministros de Exteriores de Austria y Hungría, se reunieron en un acto de confraternización entre sus países que tendría importantes consecuencias para el futuro. Habían acudido a la localidad fronteriza de Sopron para cortar un trozo de la alambrada de púas que separaba los dos Estados y también los dos bloques enfrentados durante la Guerra Fría. Sucesos como este, y tantos que se desatarían en la Europa del Este a lo largo de 1989, habían podido ocurrir gracias a la política de

Gorbachov; sin embargo, no debemos olvidar la relevancia que en distintos momentos tuvieron los grupos de oposición dentro de los regímenes comunistas: «Gorbachov no dio la libertad a los europeos del Este en 1989. Se la tomaron»[79].

El Telón de Acero iniciaba su apertura ante una multitud de periodistas y de cámaras de televisión cuyas transmisiones en directo circularon con rapidez por todo el mundo. Miles de alemanes orientales aprovecharon el inicio de las vacaciones estivales para atravesar Hungría intentando pasar a Austria o, directamente, solicitar asilo en la Embajada de la República Federal en suelo magiar. La huida masiva generó problemas con los que no había contado el Gobierno reformista de Miklós Németh, el cual, acompañado de Horn, se reunió en secreto con Kohl y Genscher el 25 de agosto para asegurarles que no habría ningún tipo de represión sobre la población huida, además de abrir plenamente la frontera para los alemanes del Este, como así hizo a comienzos de septiembre[80].

El Gobierno del SED reaccionó interrumpiendo el tránsito a Hungría, pero el flujo de emigrantes era ya imparable ante las perspectivas abiertas: las Embajadas de la RFA en Varsovia y Praga comenzaban a colapsarse por las peticiones de asilo. Atrás quedaban las normas de tránsito introducidas en la legislación germano-oriental en noviembre de 1988 —con efecto a partir del 1 de enero del año siguiente— y que habían contemplado una posibilidad de viajar hacia el Oeste. A finales de septiembre, unas 161.000 personas habían solicitado visado, tan solo 32.000 menos que en todo el periodo 1972-1988[81]. Las estimaciones más ajustadas calculan en 616.000 los ciudadanos de Alemania oriental que salieron del país entre 1961 y 1988; de todos ellos tan solo 380.000 lo hicieron con permiso oficial[82].

Ahora, en el verano de 1989, la televisión ofrecía reportajes sobre los recién llegados a territorio de la RFA, acogidos por familiares y conocidos o alojados a costa de las instituciones federales y regionales[83]. Desde confortables apartamentos respondían, sonriendo francamente, a las preguntas de los periodistas sobre su vida al otro lado del Muro. La presión directa que este tipo de mensajes ejercía sobre los movimientos cívicos en

la RDA para que mantuvieran e intensificaran las protestas, así como sobre un Politburó en descomposición, era letal para el Régimen del SED.

Mientras Erich Honecker repetía hasta la saciedad que el Muro duraría cien años, el 13 de agosto de 1989 la Embajada de la RFA en la capital húngara había cerrado las puertas, colapsada por la avalancha de alemanes orientales que solicitaban asilo. En los últimos días de septiembre más de cuatro mil ciudadanos acampaban en los jardines de la Embajada de Bonn en Praga. Las televisiones de todo el mundo mostraban las colas de utilitarios Trabant y Wartburg circulando por las carreteras y las calles de Checoslovaquia y Hungría a la búsqueda de un medio para pasar a la República Federal. De hecho, el 11 de septiembre el Gobierno húngaro decidió abrir la frontera con Austria, lo cual permitía a los ciudadanos de la RDA utilizarla en cualquier momento. Se calcula que en los tres días siguientes la cruzaron más de quince mil personas. Las autoridades de Berlín Este reaccionaron airadamente y procedieron al cierre fronterizo con Hungría.

Sin embargo, como decíamos, eran ya miles los que estaban dispuestos a pedir refugio en las Embajadas de la RFA en Varsovia y Praga. La incomodidad, el peligro de contraer enfermedades, la absoluta inseguridad ante el futuro no los arredraba a la hora de mantenerse firmes y negarse a retornar al «Estado socialista de los obreros y campesinos». El último día de septiembre, un enardecido Hans-Dietrich Genscher, el sempiterno ministro de Exteriores de la República Federal, apareció en el balcón de su embajada en Praga, el hermoso Palacio Lobkowitz, para saludar a los miles de huidos que esperaban una respuesta positiva en los jardines y darles así la bienvenida a la RFA después de haber llegado a un acuerdo con Berlín Este.

Dentro de la RDA, las críticas que se hacían de forma privada, en los círculos familiares o a través de la disidencia, pasaron a canalizarse mediante los grupos de oposición. Las penosas condiciones socioeconómicas, los desastres ecológicos, la corrupción dentro del aparato del Partido, las arbitrariedades y brutalidad de la Stasi y tantas otras cuestiones de las que, voluntariamente, había prescindido de hablar la

población saltaban ahora a la palestra sin posibilidad real de ser censuradas o controladas por el poder. Era imposible crear un cerco capaz de encerrar a miles de ciudadanos que habían dado un paso al frente, un paso irreversible. Las diferentes organizaciones surgidas al calor del declive del Régimen, las citadas Democracia Ahora, Nuevo Foro, etc. multiplicaban sus acciones de protesta a la vez que articulaban con más rigor las demandas de reforma[84].

La gravedad de la situación no escapaba a nadie y el regreso de Honecker a sus actividades cotidianas después de una operación de vesícula rompió el estancamiento en el que había Estado sumido el Politburó, incapaz de tomar una decisión enérgica: a finales de septiembre el líder germano-oriental le informó del acuerdo alcanzado con las autoridades checoslovacas y húngaras para permitir la salida de los refugiados desde el territorio de la RDA[85]. Ante la imposibilidad de controlar el éxodo masivo de la población, con el consiguiente golpe a la credibilidad tanto interna como externa del Gobierno e, incluso, a la viabilidad del Estado, Honecker y los suyos reaccionaban tratando de sobreponerse al impacto de la huida de miles de personas que denigraban su actitud. Los medios de comunicación oficiales no escatimaron descalificaciones mientras el pacto con las autoridades de Praga y Budapest contemplaba la salida de los refugiados en trenes sellados y habiendo perdido sus derechos de ciudadanía. El desprecio y la afrenta, sin embargo, obraron en contra de los intereses del Politburó: los trenes que partieron de Praga el día 8 de octubre y atravesaron el territorio de la RDA fueron aclamados a lo largo de su recorrido por muchos de sus conciudadanos, e incluso hubo enfrentamientos con la policía.

Para Bush y su equipo de colaboradores más próximos la apertura de la frontera entre Hungría y Austria, el surgimiento de Gobiernos no comunistas en Budapest y Varsovia, así como la actitud comprensiva de Gorbachov ante estos —y otros— hechos fueron causa de sorpresa y exigían reaccionar con cautela aun cuando, en el fondo, constituían victorias de la causa liberal por la que desde el final de la Segunda Guerra Mundial habían luchado sus predecesores en el cargo. Sin embargo, de todos ellos, como acertaría a decir en enero de 1990 William Webster, el

director de la Agencia Central de Inteligencia, la «cuestión principal es el futuro de Alemania»[86]. Probablemente, algo muy similar pensaba entonces Gorbachov; teniendo en cuenta la tradicional hostilidad entre Alemania y Rusia —puesta de manifiesto en tantos y tan cruentos conflictos armados—, para la seguridad de la URSS el control sobre la capacidad militar germana se convirtió en un tema prioritario en el Kremlin.

Durante las semanas posteriores tanto Shevardnadze como Gorbachov aludieron a la memoria histórica para reivindicar un futuro en el que se garantizara la seguridad del espacio soviético. La respuesta del presidente norteamericano y de su secretario de Estado también fue unívoca. Estados Unidos y sus aliados confirmaban la férrea voluntad de apostar por la paz, y no mediante fórmulas vagas o meramente retóricas, sino recogiendo las principales preocupaciones soviéticas al respecto para darles una salida apropiada: integridad de la frontera germano-polaca, potenciación de las relaciones comerciales germano-soviéticas, limitación de las fuerzas de la OTAN en Europa, etcétera.

La situación era tan grave que peligraban hasta las estructuras más sólidas del poder personal. Parece que el golpe definitivo a Honecker llevaba tiempo fraguándose, pero fue durante la visita de Gorbachov a Berlín con motivo del cuadragésimo aniversario del nacimiento de la RDA cuando comenzó a materializarse. Honecker había sido reacio a considerar ninguno de los consejos del líder soviético respecto a la necesidad de modificar el funcionamiento del sistema político y económico en la línea de las reformas que él mismo y otros mandatarios de Europa oriental estaban practicando.

Las relaciones entre Gorbachov y Honecker fueron difíciles desde el principio. Los separaban la edad y, con ella, la forma de entender un mundo que había cambiado ostensiblemente desde que el alemán llegara al poder. Por el contrario, después de un breve periodo de recelos, el canciller Kohl congenió con el líder soviético, con quien mantendría una gran cordialidad en el trato y un entendimiento franco, a pesar de la tensión existente a lo largo del proceso de unificación. Sin duda, la visita a la URSS realizada por Kohl un año antes, entre el 24 y el 27 de octubre de 1988, durante la cual

tuvo la oportunidad de conversar largo y tendido con Gorbachov, resultó muy exitosa de cara al futuro: en febrero del año siguiente se estableció una línea telefónica directa entre los dos mandatarios. Igualmente amistoso fue el carácter del viaje de Gorbachov a la República Federal en junio, que, además de incluir la firma de diversos acuerdos de cooperación bilateral, concluyó con una extensa declaración escrita en donde los dirigentes ponían de manifiesto la coincidencia de su parecer en cuestiones candentes como el desarme en Europa y el derecho de los pueblos a decidir su futuro según los principios del derecho internacional. Este último punto presentaba una trascendencia especial, ya que parecía justificar los procesos de cambio que estaban originándose en algunos países del Este tales como Polonia y Hungría.

Dicho acercamiento incomodó profundamente a la elite comunista de la RDA, sobre todo a Honecker, que se veía desplazado de su posición de privilegio como interlocutor en el Kremlin. En cambio, para Gorbachov, recibido con entusiasmo por la población de Alemania occidental, el fortalecimiento de los lazos de todo tipo con la República Federal constituía un pilar en su idea de desarrollar la Casa Común europea.

El 7 de octubre era la gran fecha señalada en el calendario de Honecker para retomar el pulso y la dirección de un país que parecía írsele de las manos. La magna ocasión contaba con la presencia de los veteranos líderes de los Estados socialistas europeos y de otros líderes comunistas mundiales (la representación española corrió a cargo de Simón Sánchez Montero). No obstante, la figura más importante era Gorbachov, a quien Honecker esperó a pie de pista en el aeropuerto de Schönefeld. No pasó desapercibida la frialdad del saludo del líder soviético, profundamente disgustado por la falta de ímpetu reformista del SED. La mala sintonía entre ambos quedó también de manifiesto a lo largo de la jornada. Después de colocar una corona de flores en el monumento a las víctimas del fascismo y del militarismo, Gorbachov rompió ostensiblemente el protocolo para acercarse a los periodistas y luego saludar a los miles de alemanes que coreaban su nombre a lo largo de la avenida Unter den Linden. A los informadores presentes les

había dicho: «Cada país debe decidir por sí mismo lo que es necesario para su tierra […]. Deben aprender de la vida. El auténtico peligro llega cuando uno no aprende de las experiencias de la vida. Aquellos que sacan sus impulsos de la vida y la sociedad no deben tener miedo. La historia castiga a quienes llegan tarde»[87]. El párrafo entero, en particular la última frase, era un aviso para navegantes: la historia pasaría por encima de la RDA si sus dirigentes eran incapaces de acomodarse a los nuevos aires que insuflaba aquella.

El día 8 por la mañana estaba prevista la celebración de un desfile militar entre medidas de seguridad reforzadas que incluían, en la práctica, el cierre de los pasos fronterizos de la capital. Una vez finalizado, el día prosiguió tenso por la convocatoria de manifestaciones que, burlando las restricciones extremas, flotaban en el ambiente como una amenaza para el éxito de la conmemoración. De hecho, mientras los invitados de honor cenaban con la elite política de la RDA en el Palacio de la República, unos cientos de opositores lanzaban consignas a favor de Gorbachov pidiendo reformas inmediatas. Los enfrentamientos en distintos puntos de la ciudad y las numerosas detenciones —en torno a setecientas— mostraron a lo largo de la noche la cara más negra del Régimen comunista: la flagrante negativa a abrir un diálogo social por parte de los más recalcitrantes defensores de las estructuras del Partido-Estado. El malestar entre muchos miembros del Politburó por la forma de proceder de Honecker era un hecho constatado. En la cena de gala Egon Krenz, que llevaba la voz cantante, habló con los dirigentes del Partido más favorables a la renovación, con Schabowski y, sobre todo, con el hombre fuerte de la Stasi y leal colaborador de Moscú, Erich Mielke, con quien no quedaba más remedio que contar.

Las manifestaciones en Leipzig todos los lunes se habían convertido en una auténtica pesadilla para las autoridades de la RDA[88]. Después de los oficios, los cánticos y eslóganes de los manifestantes daban la impresión de ser los de siempre —los ya conocidos de «*Wir sind das Volk*» («Somos el pueblo»), «*Keine Gewalt!*» («¡Sin violencia!») y «*Wir wollen raus!*» («¡Queremos salir!») —, pero desde algunos sectores se levantaron voces

que gritaban «*Wir bleiben hier!*» («¡Nos quedamos!»). Pudiera parecer anecdótico y no lo era. Ante las decenas de miles de compatriotas que habían abandonado apresuradamente el país a lo largo del verano, una parte de la población blandía como estandarte la esperanza de permanecer en la RDA para lograr cambios efectivos, tratando de presionar a las autoridades para que iniciaran un diálogo constructivo con la oposición, como ya estaba ocurriendo en otras democracias populares del Este[89].

Cada vez más abultadas, las protestas difundidas por los medios de comunicación extranjeros mostraban una multitud pacífica que reivindicaba cambios reales en el Régimen. Era gente normal: nada que ver con los siniestros «agentes del capitalismo» de que se hacía eco el aparato propagandístico comunista. La dimensión de las manifestaciones hacía imposible una respuesta drástica por parte de las fuerzas del orden si no se quería provocar una masacre pero, por otro lado, su existencia —añadida a los focos de protesta, también pacífica, cada vez más extendidos por todo el territorio— generaba un enorme malestar en la cúpula del SED.

El lunes 9 de octubre de 1989 fue especial. En medio de las celebraciones por el cuadragésimo aniversario del nacimiento de la RDA, la demostración de la fuerza ciudadana opositora en Leipzig suponía una provocación mayor a los ojos del Régimen. Siguiendo instrucciones de Honecker, Erich Mielke autorizó a los agentes de la Stasi para que portaran armas en previsión de una acción directa en contra de los manifestantes. De hecho, según algunas fuentes, los hospitales de la ciudad recibieron la orden de tener preparadas camas y reservas de sangre y alertar a los médicos ante la posibilidad de que se produjesen enfrentamientos graves. Incluso, con el fin de mantener el control absoluto sobre la información, las autoridades habían obligado a los periodistas extranjeros a abandonar la ciudad[90].

De este modo, la manifestación del 9 de octubre se convirtió en un hito para el movimiento opositor, como lo fue el cambio de actitud de los responsables políticos del Estado. Si la marcha del día 7 había sido reprimida violentamente, el recorrido de la siguiente transcurrió sin enfrentamientos con la policía. Parecía haber causado impacto entre

algunos sectores de la cúpula del SED el citado discurso pronunciado por Gorbachov ese mismo día, que incluyó una frase profusamente difundida por los periódicos, la radio y la televisión: «La historia castiga a quienes llegan tarde». Sin duda, el tenor de la intervención del mandatario soviético alentó a los miembros reformistas del Comité Central del Partido a organizar la sucesión de Honecker a pesar de que dicho órgano arrojaba, en principio, una mayoría favorable a las tesis continuistas.

En la manifestación del día 9 la prudencia de las fuerzas del orden y del servicio de seguridad de la marcha resultó esencial para evitar el enfrentamiento directo. De igual modo, algunas de las personalidades más conocidas que impulsaban las concentraciones hicieron una meritoria labor previa para convencer a los dirigentes locales del partido de que se unieran a una apelación conjunta en contra de la violencia; fue el caso de Kurt Masur, afamado director de orquesta, y el de Peter Zimmermann, ministro evangélico. Finalmente, los responsables de la policía, ante la falta de una orden expresa de intervenir, dejaron transcurrir la manifestación. Diplomáticos de la Embajada soviética en Berlín atribuyen al oficial soviético al frente de las tropas del Pacto de Varsovia, a quien estaba subordinado el mando del Ejército Popular de la RDA, el control de la situación a la hora de evitar una masacre[91].

El pulso con el Estado había resultado exitoso para la oposición. El hecho de renunciar a una acción armada animó a los manifestantes a continuar con sus protestas de los lunes, que fueron creciendo en número: 225.000 el 23 de octubre y 350.000 el día 30, hasta alcanzar la cifra récord de 450.000 el 6 de noviembre. Con posterioridad, el número bajó en función de las expectativas reales de cambio en el país, aunque siempre superaron los 120.000[92].

Las demostraciones de fuerza de la oposición, siempre pacíficas, crecían semana a semana. El 4 de noviembre saldría a las calles de Berlín Este cerca de un millón de personas. La manifestación demostró la fuerza incontenible de la oposición, como también la capacidad de algunos sectores del SED para adaptarse al difícil ambiente en que se movían. En

esta ocasión, además, la autorización para expresarse libremente por las calles de la capital contenía una auténtica bomba de relojería. Los cientos de miles de manifestantes exteriorizaban su descontento en la ciudad que era la sede del centro de decisión de más alto nivel del país, al lado del Muro, por lo que algunos dirigentes se preguntaban qué podría ocurrir si la masa pretendiera cruzar la frontera. El jefe del SED en Berlín Este, Günter Schabowski, se sumó a los representantes de los movimientos sociales para llevar a cabo una intervención en la que reiteraría el afán reformista del Partido. Estoicamente aguantó los gritos contra él, infundiendo así cierta confianza en el seno de la organización respecto a la posibilidad de mantener el timón. Ese día también intervino en la Alexander Platz la escritora Christa Wolf, que con su discurso[93] recogía bien el pensamiento de muchos intelectuales críticos con el Régimen, pero no el de la mayoría de la población, cuyas expectativas, como en breve iba a comprobarse, trascendían la mera reforma del sistema, por profunda que fuera.

En esta línea de actuación y para ganar predicamento, Krenz —que, como vamos a ver con más detalle, había sustituido a Honecker el 17 de octubre — dio un paso adelante en su estrategia propagandística y presionó tanto al Gobierno como al Politburó para lograr que ambos dimitieran, lo cual sucedería el 7 y 8 de noviembre, respectivamente. La población parecía haber perdido el miedo, incluso, a la todopoderosa Seguridad del Estado: los manifestantes se congregaban ante las sedes de la Stasi coreando lemas ofensivos y pidiendo su disolución. Por su parte, Christa Wolf apareció el día 8 en el programa televisivo *Aktuelle Kamera*, de máxima audiencia, apelando a sus conciudadanos a que no abandonaran la RDA:

> Es evidente que rigideces de décadas se han agrietado en semanas. Estamos tan solo al comienzo de cambios fundamentales en nuestro país. Ayudadnos a constituir una verdadera sociedad democrática que mantenga también la visión de un socialismo democrático […]. Tened confianza en vosotros mismos y tened confianza en nosotros, los que queremos permanecer aquí[94].

La imposibilidad de reaccionar con violencia: el precedente de Tiananmen

Por un momento, pues, se temió que la respuesta del Régimen fuera violenta, como lo había sido la de las autoridades chinas en la plaza de Tiananmen durante el verano anterior. En efecto, a pesar de la complejidad del Régimen chino, de sus notables diferencias respecto del comunismo soviético, la vía reformista iniciada por Gorbachov en la URSS parecía haber ocasionado una cierta respuesta de naturaleza similar en la República Popular. Todo indica que la reacción dentro de las estructuras de poder no tenía tanto que ver con lo que estaba sucediendo en la URSS como con la propia evolución interna del país, sometido a los dictados de Deng Xiaoping. En 1987, el hombre fuerte del Régimen había dado paso en la Secretaría General del Partido Comunista a Zhao Ziyang, cuyas ínfulas reformistas quedaron manifiestas en la celebración del decimotercer congreso del Partido, en octubre de aquel año. Los medios de comunicación tardaron poco en tildarlo de «perestroika a la china», encomiando la apuesta de la vieja guardia encabezada por Deng para propiciar desde el poder un paso sin traumas hacia una generación más aperturista. La puesta en marcha de un primer paquete de medidas trajo como consecuencia, entre otras cosas y en algunos sectores sociales, una toma de conciencia política más fuerte a favor de ampliar las reformas en todos los ámbitos de la vida pública: fueron los estudiantes quienes comenzaron a tener mayor presencia en las calles y en los foros universitarios.

Durante la primavera de 1989, las protestas fueron subiendo de tono en algunas ciudades del país mientras aparecían las huelgas, algo inusitado hasta entonces. El 13 de mayo, pocos días antes de la llegada de Gorbachov a Pekín, cerca de dos mil estudiantes se declararon en huelga de hambre en el centro de la plaza de Tiananmen, todo un símbolo y una advertencia al Régimen para que no frenase las reformas previstas. La presencia del líder soviético los estimulaba para presionar de forma indirecta a las autoridades, las cuales, con estupor, veían cómo los medios de comunicación de todo el

mundo informaban con detalle de lo que acontecía en la capital. Convertirse en el foco de atención por este motivo constituía un reto para el Comité Central, poco o nada acostumbrado a enfrentarse a situaciones tan comprometedoras.

Del 15 al 17 de mayo tuvo lugar la visita de Gorbachov, la primera a China que en treinta años realizaba un secretario general del PCUS. La cordialidad de los encuentros entre los líderes y la confianza en estrechar relaciones de todo tipo auguraban un periodo de distensión previsiblemente favorable a las reivindicaciones estudiantiles a favor de una transformación democrática del Régimen y de la lucha contra la corrupción. No fue así: el 20 de mayo el Gobierno decretaba la Ley Marcial y en la madrugada del 4 de junio efectivos del Ejército Popular de Liberación acabaron a sangre y fuego con la resistencia de los concentrados en la plaza. Todavía hoy se desconoce el número exacto de muertos: desde varios centenares hasta dos o tres mil son las cifras más repetidas entre quienes se han atrevido a establecerlas[95].

Las autoridades chinas, con el apoyo explícito de Deng, habían tenido muy presente la deriva soviética tras la llegada de Gorbachov al poder; consideraban que la URSS avanzaba sin rumbo, deteriorada económica y socialmente, perdida su determinante influencia en el exterior y con una flagrante incapacidad de hacer frente a los movimientos de oposición que la minaban día a día. Indudablemente, la elite del Partido Comunista no quería repetir la experiencia soviética en suelo chino y había procedido a atajar de raíz cualquier conato en este sentido.

A pesar de las críticas vertidas desde los países occidentales y también por líderes de la emergente oposición en Europa oriental, los discursos a favor de la defensa de los derechos humanos quedaron pronto relegados por la irrupción de nuevos conflictos como la invasión de Kuwait y la crisis del Golfo dos meses después. Sin embargo, las consecuencias de Tiananmen fueron muy importantes para el desenlace de la cuestión alemana y el fin del dominio soviético en Europa del Este. La violenta reacción de los comunistas chinos deslegitimó por completo las maniobras para rehabilitar

la idea de que los sistemas comunistas de aquella parte del Viejo Continente podían reestructurarse dentro del socialismo realmente existente. A partir de entonces, los auténticos reformistas en estos países actuaron a favor de la sustitución de los regímenes impuestos tras la Segunda Guerra Mundial por democracias representativas, única alternativa para una auténtica modernidad que comenzaba a mirar hacia el siglo XXI.

Gorbachov se encontró en una encrucijada difícil. Por un lado, la recuperación de las buenas relaciones con el Partido Comunista Chino, manifiesta en la visita girada a Pekín pocos días antes, lo empujó a una ambigüedad respecto a lo sucedido que, si bien sirvió para mantener el entendimiento con Pekín, le procuró muchas críticas en Europa. Por otro, su firmeza fue inquebrantable a la hora de descartar una rehabilitación de la doctrina de soberanía limitada, negando cualquier posibilidad, por mínima que fuera, de intervenir en los países del Este.

En cambio, algunos de los veteranos dirigentes comunistas sí pensaban en esa posibilidad: todo hace indicar que Honecker tomó en consideración actuar de manera expeditiva, como las autoridades chinas, durante las manifestaciones opositoras de octubre; de hecho, había sido Yao Yilin, en representación del Partido Comunista Chino, el encargado de viajar a Berlín para participar en los fastos del cuadragésimo aniversario y agradecer a Honecker su apoyo durante la resolución de la crisis china del verano anterior. En efecto, para los jerarcas chinos, muy influidos por los analistas de su partido, la economía germano-oriental era una de las más avanzadas de la órbita soviética y no entraba en sus predicciones un colapso como el que poco después llevaría a la caída del Muro.

Sin embargo, las discrepancias suscitadas dentro del Politburó de la RDA y el rechazo del Kremlin a dar su apoyo retrajeron a Honecker de dar la orden. Hasta los más recalcitrantes comunistas de su ámbito íntimo pensaron que un golpe de estas características a una población que se manifestaba pacíficamente en Leipzig y Berlín, entre otras ciudades, hubiera acabado en un baño de sangre incontrolable, con consecuencias devastadoras para el Régimen del SED.

Perdida tras Tiananmen la legitimidad del poder en el este de Europa, la disidencia y la oposición democrática ganaron posiciones, extendiendo su popularidad entre los distintos sectores sociales tanto de estos países como de los occidentales. Sin duda, la influencia de aquellos trágicos acontecimientos pudo apreciarse en la práctica ausencia de actos violentos —salvo alguna excepción como Rumanía— en el inicio de los procesos de transición a la democracia, cuando todavía eran fuertes las estructuras represivas en aquellos Estados. Los dirigentes comunistas —es muy explícito el caso de la RDA, con la caída de Honecker— evitaron por todos los medios repetir el episodio de Tiananmen: gracias a ello abrieron las puertas a un reemplazo pacífico de los sistemas comunistas y, en el caso que nos ocupa, facilitaron la unificación de Alemania.

Cae Honecker

Como venimos insistiendo, en su visita durante la conmemoración del cuadragésimo aniversario de la RDA Gorbachov había puesto de manifiesto su firme voluntad de no actuar militarmente en territorio germano-oriental y que el abandono de la doctrina de soberanía limitada era en la práctica una realidad. Honecker había olvidado el final de la doctrina Brezhnev decretado por Gorbachov en el mes de mayo, cuando, dentro del Nuevo Pensamiento en política exterior, el secretario general del PCUS había dejado claro a los dirigentes de los países socialistas que las tropas soviéticas no intervendrían en sus territorios, poniendo así coto a la tradicional política de injerencia que en algunos casos —Hungría, Checoslovaquia— había derivado en una acción militar directa. Una declaración de este tipo suponía dejar en manos de los respectivos Gobiernos la oportunidad de iniciar reformas sin que sobre la conciencia de los dirigentes pesara una posible respuesta armada del Kremlin. Por otro lado, el entierro de la doctrina Brezhnev alentaba a las fuerzas opositoras a albergar esperanzas sobre un escenario de encuentros con los respectivos Gobiernos comunistas para incentivar las trasformaciones. La URSS ya no

serviría de coartada de los distintos Comités Centrales para evitar cualquier atisbo de cambio en estos regímenes[96].

Mientras tanto, durante los primeros días de octubre las manifestaciones opositoras en algunas de las principales ciudades de la RDA se hacían cada vez más multitudinarias, pero ni las presiones ni la situación en la calle llevaban a Honecker a dimitir. La reunión del Politburó del 17 de octubre iba a ser crucial al demostrar la fuerza real de la que aún podía disponer el mandatario comunista entre quienes todavía eran sus subordinados. La sesión comenzó sobre las diez de la mañana. Honecker la abrió con aparente tranquilidad, pero antes de iniciarse el orden del día Willi Stoph, presidente del Consejo de Ministros, pidió la palabra para introducir un punto previo: la destitución del secretario general y su sustitución por Egon Krenz. Tras la sorpresa, Honecker no perdió la calma y procedió a entablar el debate sobre esta cuestión. Cada uno de los miembros del Politburó intervino a lo largo de una sesión que se prolongó durante más de tres horas para criticar la actitud y la política seguida en los últimos tiempos; incluso sus más cercanos colaboradores a lo largo de la década se mostraron implacables. Al final, Honecker aceptó la situación y tan solo los reconvino recordándoles que su destitución no serviría para resolver los problemas del país (evidentemente, no se equivocaba)[97]. Al día siguiente, el Comité Central ratificó la decisión por una abrumadora mayoría: 216 votos frente a 16. La razón esgrimida por el recién depuesto para abandonar su cargo era poco original y se insertaba en la larga tradición de justificaciones cuando se producían cambios de este tipo en la cúpula de los partidos comunistas: motivos de salud. También, conforme a la inveterada costumbre en los países del socialismo real, todos los miembros del comité aplaudieron calurosamente a un Honecker visiblemente emocionado.

Su estrella había declinado definitivamente, pero había brillado largo tiempo, para sorpresa de muchos que le habían conocido: entre ellos, Helmut Schmidt, que, reflexionando sobre los encuentros que mantuvo con él, se preguntaba cómo había podido durar tanto un hombre tan mediocre[98]. En una conversación transcurrida unos días después de la destitución, el 1

de noviembre, Mijaíl Gorbachov comentó a Egon Krenz que Honecker se consideraba «el número uno del socialismo», a lo que Krenz respondió que había cambiado mucho después de la elección del nuevo secretario general del PCUS y que había ido perdiendo el sentido de la realidad, aislándose en su círculo político de allegados de confianza[99].

En abril de 1990 el Ejército soviético se haría cargo del exdirigente comunista ingresándolo en un hospital al sur de Berlín, en donde permanecería unos meses hasta que en octubre, una vez consumada la reunificación, fuera trasladado discretamente a Moscú. El agravamiento del cáncer de hígado que lo aquejaba haría pensar que este iba a ser su último destino. El Gobierno alemán reprocharía al Kremlin que no hubiera contado con su aprobación para sacarlo del país. Sin embargo, todavía le quedaba una particular vivencia en el trecho final de su vida. Con la desaparición de la URSS y la proclamación de la independencia de la Federación Rusa, Honecker solicitó asilo diplomático a su amigo Clodomiro Almeida, embajador de Chile en Moscú, a quien había ayudado a salir de su país tras el golpe del general Pinochet: la acogida en la sede diplomática devolvió a Honecker el protagonismo en los medios de comunicación.

Ante esta singular situación, la incomodidad del presidente Boris Yeltsin fue ostensible, como lo fueron las presiones de Bonn y de Santiago para solucionarla cuanto antes[100]. En esas circunstancias, a finales de julio de 1992, el veterano exlíder de la RDA decidió viajar a Berlín y entregarse a las autoridades. Encarcelado en Moabit, fue juzgado con otros altos dirigentes del Estado germano-oriental tales como Erich Mielke, ministro de la Seguridad del Estado, y Heinz Kessler, ministro de Defensa. La acusación de Honecker tenía como fundamento el haber ordenado disparar contra aquellos de sus conciudadanos que huyeran del país, incluidas las cerca de doscientas personas que, a lo largo de veintiocho años, habían sido asesinadas cuando intentaban franquear el Muro; el último, el joven Chris Gueffroy, en febrero de 1989.

En noviembre de 1992 comenzó el juicio, pero el agravamiento de su enfermedad facilitó su puesta en libertad meses después al considerar la

Justicia que, ante el previsible alargamiento de la causa, su estado de salud le impediría llegar al final. Inmediatamente tomó un vuelo a Santiago de Chile, donde moriría en compañía de su hija el 29 de mayo de 1994[101].

Volviendo al momento en que Honecker fue sustituido, el nuevo secretario general, Egon Krenz, prometió algunas reformas inmediatas en todos los campos de la vida pública germano-oriental. Su currículum de miembro conspicuo de la burocracia comunista a lo largo de toda su trayectoria no contribuía precisamente a hacer creíbles sus palabras, al menos para una oposición cada vez más vigorosa.

La sustitución del mandatario había quedado sellada durante la celebración del cuadragésimo aniversario del nacimiento de la República, una verdadera paradoja a los ojos de Honecker, que tantos esfuerzos había empleado en la preparación de los actos. La frialdad de Gorbachov y la reunión mantenida por Egon Krenz y Valentin Falin —el principal asesor de Gorbachov en materia internacional— anunciaron la caída de Honecker, producida el 18 de octubre, día en el que, como hemos visto, se le desposeyó de los cargos de secretario general del SED, presidente del Consejo de Estado y presidente, también, del Consejo de Defensa, los mismos cargos que Krenz asumiría seis días después.

La decisión fue muy criticada por toda la oposición, que conocía la trayectoria política del nuevo líder. El eslogan coreado por los manifestantes que salían a la calle en las principales ciudades del país, «con Krenz no hay primavera», dejaba en evidencia la escasa confianza en la voluntad reformista del hombre fuerte de la RDA; aunque el 1 de noviembre, como muestra del cambio de actitud en la cúpula del poder, Krenz anularía la prohibición de viajar a Checoslovaquia: el día 8 unos 20.000 alemanes del Este atravesaban la frontera checa hacia Austria, y así continuaría la población abandonando la que muchos denominaban «República Descontenta Alemana».

A sus cincuenta y dos años, Egon Krenz había logrado el objetivo de desplazar a Honecker con el apoyo del Politburó. Su juventud —al menos, en comparación con la mayoría de sus colegas en el máximo órgano de

dirección del Partido— no le garantizaba el reconocimiento como político reformista, abierto a las urgentes necesidades de cambio, puesto que, al fin y al cabo, había sido considerado desde hacía tiempo el sucesor más previsible de Honecker. Además, el comienzo de su mandato generó mayor malestar aún al acaparar los mismos cargos de su predecesor: jefe del Estado, del Partido y del Consejo de Defensa.

El nuevo líder germano-oriental tenía una ingente tarea por delante si quería reconducir la dramática situación. Considerando la precariedad de la URSS no se podían esperar ayudas económicas de la superpotencia, algo que había ocurrido en otros momentos: de hecho, así lo confirmó Gorbachov a Krenz en la visita realizada por este el 1 de noviembre. Al mismo tiempo las protestas, cada vez más masivas y reivindicativas, no daban respiro a las autoridades. Durante la última semana de octubre las movilizaciones fueron un éxito de convocatoria en centros como Leipzig y Berlín, en donde los ciudadanos pedían abiertamente la dimisión del recién nombrado Krenz.

Precisamente un día antes, el 31 de octubre, el Politburó tuvo conocimiento de un informe secreto sobre la situación económica de la RDA; había sido coordinado por Gerhard Schürer, máximo responsable del Comité de Planificación estatal[102]. El infausto documento mostraba sin medias tintas un país en bancarrota, delatando la continua falsificación de cifras y datos económicos manejados durante décadas. La deuda había crecido exponencialmente desde los años ochenta, en especial a los países occidentales, y sobre todo a la RFA; más de la mitad de la infraestructura industrial y del sistema de transportes estaban obsoletos. Ante un panorama tan desolador, la propuesta del equipo del Comité de Planificación era, cuando menos, inquietante: utilizar la frontera con la RFA en general y el Muro en particular como moneda de cambio para obtener mayores recursos de su vecina: «Para que la República Federal sea consciente de las serias intenciones de la RDA, declaramos que […] pueden crearse unas condiciones tales, incluso en este siglo, que harían superflua la frontera existente entre los dos Estados alemanes»[103].

El día 4 tuvo lugar en Berlín Este una imponente manifestación; transmitida en directo por la televisión estatal; logró concitar a cerca de un millón de personas venidas de todo el país. Críticos con el sistema y con Krenz, los participantes, sin embargo, defendieron su derecho a permanecer en la República para impulsar unas auténticas reformas y no un mero lavado de imagen como el que denunciaban. La situación se hizo insostenible y tres días después, el 7, dimitía todo el Gobierno de Willi Stoph. Al día siguiente el Comité Central, encabezado por Egon Krenz, pedía a Hans Modrow, presidente del Partido en Dresde y candidato preferido de Gorbachov, que formara Gobierno. Antes había dimitido el Politburó en pleno. Sin negar la influencia soviética, la amplia protesta popular en las calles y, sobre todo, el impacto de la del día 4 habían contribuido decisivamente a desmantelar la estructura de poder.

Resulta muy interesante, llegados a este punto, tomar en consideración el análisis de Karl-Rudolf Korte[104] sobre algunos de los rasgos más destacados de las actitudes políticas de los ciudadanos de la RDA en el inicio de la transición. En primer lugar, describió su aceptación del «estatismo», es decir, una tendencia a valorar la función del Estado y a buscar en él la satisfacción de sus exigencias y demandas más perentorias. De ahí procede el «efecto Modrow», según el cual muchos ciudadanos de Alemania del Este veían en el dirigente comunista una salvaguarda de futuro, considerando su figura por encima de las relaciones entre partidos e instituciones. En segundo término, Korte habla de la comprensión de la acción política desde una perspectiva idealista, atendiendo a un modelo ideal y moralizante en la gestión de lo público, al margen de sus aspectos concretos y cotidianos. Este hecho determinaría la importancia de los comportamientos apolíticos de parte de la población de Alemania del Este: la autoridad que emana del Estado se convierte en irreprochable fuente de la legitimidad y garantía del orden y del progreso. La amenaza de conflicto, que genera inseguridad, era rechazada por una población desmotivada para la participación real —no así simbólica— en la vida política.

Volviendo a la sucesión de acontecimientos, los escándalos por abuso de poder y corrupción salpicaban a la elite comunista mientras la decepción se enseñoreaba de la militancia del SED. El 2 de noviembre había dimitido Harry Tisch, sempiterno presidente de la Federación de Sindicatos; un mes después fue encarcelado. El día 8 los sectores reformistas del SED, encabezados por los hermanos Brie —Michael y André— y Gregor Gysi, lograron atraer a unos 15.000 militantes ante la sede del Comité Central para presionar a sus miembros en pro de un cambio radical de la estructura y orientación del Partido. Como acabamos de ver, el Politburó dimitió en pleno y el Comité Central designó uno renovado, aun cuando confirmó a Krenz en su puesto.

Krenz solo duró cuarenta y cinco días en el poder. En una muestra más del particular sentido del humor berlinés, corría la voz de que lo único que lo distinguía de Honecker era que él sí tenía vesícula.

[66] SHEVARDNADZE, Eduard, *El futuro pertenece a la libertad*, Barcelona, Ediciones B, 1991, p. 75.

[67] Cit. en KULL, Steven, *Burying Lenin. The Revolution in Soviet Ideology and Foreign Policy*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1992, p. 29.

[68] Véase TIRAPOLSKY, Anita y MINK, Georges, «La Maison Commune Européenne: le discourse soviétique et ses effets», *Le Courrier des Pays de l'Est*, n.º 340 (1989), pp. 3-24.

[69] Véase constitucionweb.blogspot.com/2010/03/discurso-de-m-gorbachov-ante-la-onu.html (consultado el 16 de julio de 2018).

[70] Véase MAYNARD, Christopher, *Out of the Shadow: George H. W. Bush and the End of the Cold War*, College Station, A & M University Press, 2008, pp. 1-26.

[71] Cit. en ENGEL, Jeffrey A., «1989: an Introduction to an International History», en ENGEL, Jeffrey A. (ed.), *The Fall of the Berlin Wall. The Revolutionary Legacy of 1989*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 28.

[72] MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *1989, el año que cambió el mundo. Los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría*, Madrid, Akal, 2012, p. 136.

[73] Véase JONES, Christopher D., «Protection from One's Friends. The Disintegration of the Warsaw Pact», en LEEBAERT, Derek y DICKINSON, Timothy (eds.), *Soviet Strategy and the New Military Thinking*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 100-126.

[74] MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *1989, el año que cambió el mundo…*, *op. cit.*, p. 51.

[75] REICH, Jens, *Rückkehr nach Europa. Zur neuen Lage der deutschen Nation*, Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1991, pp. 193-196.

[76] Véase GOHLE, Peter, *Von der SPD-Gründung zur gesamtdeutschen SPD. Die Sozialdemokratie in der DDR und die Deutsche Einheit 1989/90*, Bonn, Dietz Verlag, 2014.

[77] ZWAHR, Hartmut, *Ende einer Selbststörung. Leipzig und die Revolution in der DDR*, Göttingen, Vanderhoeck & Ruprecht, 1993, pp. 130-131.

[78] Véase KURAN, Timur, «Now Out of Never. The Element of Surprise in the East European Revolution of 1989», *World Politics*, vol. 44, n.º 1 (1991), pp. 7-48.

[79] HITCHCOCK, William, *The Struggle for Europe: the Turbulent History of a Divided Continent*, Nueva York, Doubleday, 2002, p. 359.

[80] SAROTTE, Mary Elise, *1989. The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2009, p. 31.

[81] O'DOCHARTAIGH, Pól, *Germany since 1945*, *op. cit.*, p. 183.

[82] JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity*, Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 17.

[83] Un relato novelado, pero fundado en un sólido conocimiento del tema a partir del seguimiento *in situ* de lo sucedido entre febrero y noviembre de 1989, es GONIN, Marc y GUEZ, Olivier, *La Caída del Muro de Berlín. Crónica de aquel hecho inesperado que cambió el mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

[84] La documentación sobre estas reivindicaciones puede consultarse en REIN, Gerhard (ed.), *Die Opposition in der DDR*, Berlín, Wichern-Verlag, 1989.

[85] PÖTZL, Norbert, *Erich Honecker: Eine deutsche Biographie*, Múnich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2003, pp. 310-311.

[86] Cit. en LEFFLER, Melvin P., «Dreams of Freedom, Temptations of Power», en ENGEL, Jeffrey A. (ed.), *The Fall of the Berlin Wall…*, *op. cit.*, p. 140.

[87] Cit. en JARAUSCH, Konrad H. y GRANSOW, Volker, *Uniting Germany. Documents and Debates*,

1944-1993, Oxford, Berghahn, 1994, pp. 53-55.

[88] Días antes del 7 se habían producido también manifestaciones muy considerables en distintas ciudades del país (entre otras, Potsdam, Magdeburgo, Karl-Marx-Stadt) que habían sido disueltas sin contemplaciones por la policía. TIEDING, Wilfried, *Ein Volk im Aufbruch: die DDR im Herbst '89*, Dresde, 1990, p. 11.

[89] ZWAHR, Hartmut, *Ende einer Selbstzerstörung…*, *op. cit.*, pp. 23-26; FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship…*, *op. cit.*, p. 250.

[90] KUHN, Eckehard, *Der Tag der Entscheidung: Leipzig, 9. Oktober 1989*, Berlín, Ullstein, 1992.

[91] MONEDERO, Juan Carlos, «El fin de una dictadura…», art. cit., p. 249.

[92] Cit. en *Ibid.*, p. 250.

[93] «El idioma del cambio», en BOSEMBERG, Luis E.; LEITERITZ, Ralf J. y LOUIS, Tatjana (comps.), *Alemania en el siglo xx. Historia, política y sociedad*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 2009, pp. 207-209.

[94] Cit. en GARZÓN, Dionisio, *El Muro de Berlín…*, *op. cit.*, p. 160.

[95] Sobre los sucesos, véase DINGXIN, Zhao, *The Power of Tiananmen: State-Society Relations and the 1989 Student Movement*, Chicago, Chicago University Press, 2001.

[96] KRAMER, Mark, «The Collapse of East European Communism and the Repercussions within the Soviet Union» (Part I), *Journal of Cold War Studies*, vol. 5, nº 4 (2003), pp. 182-184.

[97] PÖTZL, Norbert, *Erich Honecker…*, *op. cit.*, pp. 324-326.

[98] SCHMIDT, Helmut, *Weggefährten. Erinnerungen und Reflexionen*, Berlín, Siedler Verlag, 1996, p. 504.

[99] FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship...*, *op. cit.*, pp. 41-42.

[100] MEDINA VALVERDE, Cristián E. y GAJARDO PÁVEZ, Gustavo, «Entre protectores y opositores: labor política frente al caso Honecker», *Revista de Ciencia Política*, vol. 36, n.º 3 (2016), pp. 731-748.

[101] MEDINA VALVERDE, Cristián E. y GAJARDO PÁVEZ, Gustavo, «De apátrida errante a vecino de Santiaguino. El "caso Honecker" desde las fuentes oficiales (1991-1994)», *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, n.º 65 (enero-junio 2017), pp. 260-284.

[102] Cit. en JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity, op. cit.*, p. 61.

[103] Cit. en TAYLOR, Frederick, *El muro de Berlín…*, *op. cit.*, p. 475.

[104] KORTE, Karl-Rudolf, «Die Folgen der Einheit», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, n.º 27 (1990), pp. 36-39.

4. UNA FECHA PARA RECORDAR

En la jornada del 9 de noviembre, el segundo de los días previstos para los debates en el Comité Central del Partido, y mientras se sucedían las intervenciones, altos funcionarios de la Seguridad del Estado preparaban en el Ministerio del Interior un documento cuya finalidad era servir de base para un decreto de gran trascendencia, pues se trataba de regular la salida de ciudadanos germano-orientales del país. El objetivo era afrontar una situación extremadamente difícil y que minaba la legitimidad del Estado: durante el verano se había incrementado de manera imparable el número de refugiados que solicitaban oficialmente este estatuto a través de las Embajadas de la República Federal en Checoslovaquia y Hungría. Al menos, ya que en aquel contexto las autoridades de Berlín Este no podían hacer nada para impedirlo, el desgaste gubernamental resultaba menor si quienes pretendían emigrar lo hacían por las propias fronteras de la RDA.

A mediodía recibió la propuesta Egon Krenz e informó de ella a algunos de los presentes en el Comité. Después de la pausa para el almuerzo continuó con normalidad el desarrollo de las sesiones hasta que, sobre las cuatro de la tarde, Krenz solicitó alterar el orden del día para que Willi Stoph, presidente en funciones del Consejo de Ministros, leyera el texto del proyecto. Tras leerlo, las deliberaciones volvieron al curso preestablecido.

La conferencia de prensa para informar sobre los asuntos tratados en el Comité estaba anunciada para las seis de la tarde. El responsable de las relaciones con los medios, Günter Schabowski, se había reunido media hora antes con Krenz para que le pusiera al día sobre las cuestiones principales que había que trasladar a los periodistas. Entre los papeles, Krenz le entregó una copia del decreto sobre la regulación de salidas de viajeros. Al parecer, y debido a la acumulación de noticias durante aquellos intensos días,

Schabowski no se percató de lo que significaba el documento; de hecho, como hemos sabido con posterioridad, ni siquiera lo había leído antes de comparecer en la rueda de prensa.

La sala del Centro Internacional de Prensa de la Mohrenstrasse estaba repleta de periodistas nacionales y, sobre todo, extranjeros debido al enorme interés suscitado por la rapidez con que se sucedían los cambios en toda la Europa del Este, y en la RDA en particular, vistas la dimisión del Politburó del SED el día 8 y la consiguiente incertidumbre. En aquella atmósfera enrarecida, el secretario de prensa notificó a los presentes lo sustancial de las deliberaciones habidas el día anterior en el seno del Comité Central. Todo transcurría por los cauces habituales hasta que a las 18:53 horas, pocos minutos antes de poner fin a la ronda de preguntas, Riccardo Ehrman, de la agencia de noticias italiana ANSA, le interpeló sobre el proyecto de ley para viajar al extranjero.

Aturdido, Schabowski comenzó a leer fragmentos del documento que acababa de sacar de su portafolios y en el que se afirmaba la posibilidad de que los ciudadanos de la RDA salieran del país sin motivos justificados portando tan solo un permiso solicitado previamente y concedido por las autoridades tras un breve espacio de tiempo. Inmediatamente muchos de los periodistas presentes pidieron la palabra. La pregunta era obligada: ¿Cuándo entrarían en vigor estas normas?: «Según creo, desde este momento», fue la respuesta de Schabowski[105]. La perplejidad fue general en la sala, incluso entre las personas que acompañaban al portavoz. Si eran ciertas sus palabras, los ciudadanos de la RDA podían abandonar con enorme facilidad el «Estado socialista de los obreros y campesinos» y, por supuesto, atravesar la frontera que marcaba el Muro berlinés[106].

Los despachos de las agencias, las noticias emitidas por radio y los telediarios de la noche hicieron su propia lectura de la intervención de Schabowski, ya de por sí una interpretación del texto legal. Reuters y Deutsche Presse Agentur fueron las primeras en informar, pocos minutos después, de que cualquier ciudadano podía salir del país si disponía del visado pertinente, que se expediría con rapidez. Sin embargo, fue

Associated Press, a las siete y cinco minutos, la agencia que con mayor claridad reformuló lo supuestamente afirmado por Schabowski: «Según la información proporcionada por el miembro del Politburó del SED Günter Schabowski, la República Democrática Alemana abre sus fronteras». Los titulares enfatizaron las facilidades para salir del país, la inmediatez con que se podría atravesar el Muro e, incluso, los más sensacionalistas afirmaron el fin del mismo.

Rápidamente comenzaron a agolparse, a uno y otro lado de la pared de hormigón, cientos, pronto miles de personas que reclamaban la apertura de los puestos fronterizos. La indecisión de las autoridades, la falta de respuestas claras en la línea de mando de la policía de fronteras y de la Seguridad del Estado, el vacío de poder creado después de la dimisión del Politburó, la presión de la multitud que, a pie y en coche, pretendía pasar a la otra zona: fueron muchos los factores desencadenantes de la apertura de barreras de control en aquella noche de noviembre. Lo cierto fue que, poco antes de las doce, los jefes de policía responsables de cada uno de los puestos fronterizos terminaron por permitir la libre circulación de personas y vehículos en un ambiente de euforia e incredulidad. Parece ser que hacia las diez de la noche Erich Mielke, máximo responsable de la Stasi, telefoneó a Krenz para comunicarle que poco antes entre quinientas y mil personas habían atravesado el control fronterizo de la Bornholmer Strasse, desatendiendo las recomendaciones de la policía de frontera respecto a que su salida sin autorización les impediría regresar. El nuevo secretario general optó por dejar hacer y no ordenar el cierre inmediato de los pasos, algo que, con toda seguridad, hubiera provocado dramáticas consecuencias.

Minutos antes de las diez y media de la noche, el último noticiero de la televisión germano-oriental hacía un llamamiento a la población en un vano intento por controlar la fuga de ciudadanos: «Informamos, una vez más, sobre las nuevas normas para viajar que ha redactado el Consejo de Ministros. Primero: los viajes privados se pueden solicitar sin necesidad de presentar pruebas de que el viaje es necesario o de que lo dictan asuntos

familiares. Por consiguiente: los viajes están sujetos a un proceso de solicitud»[107].

De nada serviría. Ante la ausencia de reacción por parte de las autoridades, el Ejército germano-oriental se mantuvo al margen mientras miles de personas abarrotaban las áreas cercanas a los pasos fronterizos, que poco a poco fueron quedando abiertos. Ya de madrugada, cientos de alemanes cruzaron el muro que durante décadas había impedido la libre circulación por la Puerta de Brandeburgo. En la mañana del día 12 quedaría abierto un nuevo acceso en la Potsdamer Platz, a pocos metros de la Puerta. Para entonces, cualquier persona podría pasar sin dificultad de un lado a otro con el único requisito de mostrar su carnet de identidad. No le faltaba razón al filósofo André Glucksmann cuando afirmó por aquellos días que «salir del comunismo es entrar en la historia y no saltar de un sistema a otro», como pronto comprenderían no solo los ciudadanos de la RDA, sino los de toda la Europa sovietizada.

Realmente, la influencia de la televisión como desencadenante de los acontecimientos fue decisiva. En general, los medios trascendieron la interpretación sobre la apertura de fronteras ofrecida por un agotado Schabowski en la rueda de prensa que le haría pasar a la historia. Al margen de lo ocurrido en otras cadenas extranjeras, la ARD —el consorcio de radiodifusión pública de la RFA— emitió noticias aisladas antes del informativo de las ocho de la tarde. En el transcurso de este, además de detallar el trascendental viaje de Kohl a Polonia, habló, todavía con mucha moderación, de que según las autoridades de la República Democrática el Muro «debería hacerse permeable». Pocas horas después la cautela había desaparecido. A las diez y media de la noche Hanns Friedrichs aparecía solemnemente en las pantallas de los televisores: «Uno tiene que ser cuidadoso con los superlativos, pero esta noche correremos el riesgo de uno. El 9 de noviembre es un día histórico. La República Democrática Alemana ha anunciado que, de forma inmediata, sus fronteras están abiertas para todo el mundo».

El impacto fue total. La convicción general de que, en efecto, podía atravesarse el Muro sin restricciones se extendió entre todos los berlineses. La presión en las calles hizo el resto. Ya desde hacía horas miles de personas y vehículos causaron, ante la perplejidad de la policía germano-oriental, un insólito trasiego en las cercanías de los puestos de frontera.

Como antes señalábamos, una media hora antes de iniciarse el informativo de la noche en ARD Egon Krenz recibió una llamada de Mielke. Sobre las nueve y media una muchedumbre aglomerada en torno al control de la Bornholmer Strasse había, literalmente, empujado a los vigilantes para pasar al otro lado. El teniente coronel de la Stasi al mando, Harald Jäger, permitió el acceso a algunos para evitar el enfrentamiento directo, indicándoles que, según la legislación vigente, no podrían regresar a Berlín Este. La coyuntura no permitía muchas opciones. Como recordaría Krenz, o se daban órdenes estrictas para cerrar la frontera o se aceptaba la situación de hecho, dejando fluir los acontecimientos. A las once y media Jäger indicó a sus soldados que dejaran de controlar los pasaportes y permitieran atravesar el puesto a quien quisiera hacerlo. Inmediatamente comenzaron a pasar la frontera en este punto miles de personas, algo que pronto se repetiría en el resto de controles entre las dos zonas[108].

Las estimaciones señalan que aquella noche cruzaron Berlín Este en torno a 68.000 ciudadanos a pie y 9.700 coches. A todos ellos habría que añadir otros miles que hicieron lo mismo a lo largo de toda la frontera entre la RDA y la RFA.

Dos días antes de la Navidad de 1989, Helmut Kohl y Hans Modrow, canciller de la RFA y primer ministro de la RDA, respectivamente, procederían a abrir la Puerta de Brandeburgo al paso de peatones. Después de la apertura de fronteras de noviembre, este sería el acto simbólico de mayor trascendencia de todo el proceso. A lo largo de las décadas de Guerra Fría, el monumento, cuya construcción se inició en 1788, había quedado aislado, sin posibilidad de acceso desde ninguna de las zonas. A partir de entonces, y sobre todo con el inicio de la reunificación, la puerta recuperaría todo su vigor como icono de la nueva Alemania.

Con el tiempo, todas las fuerzas políticas —exceptuado el PDS— acordarían unificar Brandeburgo y Berlín, alejando así el cercano recuerdo del aislamiento de una parte de la ciudad. No obstante, a la hora de la votación el sentimiento localista, alimentado por el temor a que Berlín controlara el futuro del territorio, acabaría por desbaratar la operación. Tanto el Parlamento de la ciudad como el de Brandeburgo aprobarían el cambio, pero el referéndum popular iba a resultar contrario: en mayo de 1996 el 63 por ciento de los brandeburgueses rechazaron la unidad apoyada por el 53 por ciento de los berlineses[109].

Las semanas siguientes: hacia la desaparición del SED

Como hemos visto anteriormente, el 7 de noviembre de 1989 dimitió el Gobierno en pleno y al día siguiente el Comité Central confirmó a Krenz como secretario general. Poco después, el 13, la *Volkskammer* eligió a Hans Modrow como primer ministro. Su nombre era conocido por haber aparecido repetidamente en los medios de comunicación occidentales como el hombre de Gorbachov para llevar a cabo una «perestroika a la alemana», pero su designación se había pospuesto por la fuerza de la vieja guardia comunista dentro del Régimen. Elegido miembro del Politburó hacía poco, tenía sesenta y un años y había estado lejos del centro de decisiones dentro de la estructura del Partido.

Ante la alarmante crisis, los cambios en la cúpula facilitaron su ascenso, propiciado además, precisamente, por el prestigio de que gozaba en Moscú y por la consideración de que era objeto en las cancillerías occidentales. Así pues, el 18 de noviembre Modrow formaba Gobierno con los representantes de los partidos del Frente Nacional. Algunas figuras importantes del Ejecutivo anterior, el de Willi Stoph, se mantuvieron en carteras clave, como Gerhard Schürer en la Comisión de Planificación y Oskar Fischer en Exteriores. Una medida anunciada ese mismo día sorprendió gratamente a la población: desaparecía el Ministerio de Seguridad del Estado, sustituido por una «Oficina de Seguridad Nacional», que prometía reformarse en

profundidad para acomodar sus métodos y objetivos al nuevo panorama. Junto a ello, once de los veintiocho ministerios eran ocupados por personas que no militaban en el SED.

La voluntad de cambio dentro del Ejecutivo y en el propio Partido se hizo patente de inmediato. El 1 de diciembre el Parlamento decidió suprimir el artículo 1 de la Constitución, que atribuía al SED en exclusiva el papel de dirigir la vida política y social de la RDA. Aunque camuflados bajo una pretendida línea reformista, los últimos representantes de la vieja guardia tenían las horas contadas. El 6 de diciembre, Krenz renunciaba a la jefatura del Estado y a la presidencia del Consejo de Defensa Nacional. No lo hacía por iniciativa propia. Con la dinamización de los partidos integrados en el Frente, el grupo de la CDU en el Parlamento había solicitado su retirada. Este hecho era también de por sí muy significativo. A instancias de un partido sin auténtica relevancia en la *Volkskammer* durante décadas se producía, ahora, la caída de una de las piezas clave del Régimen. En los días siguientes fueron detenidos Erich Mielke y Willi Stoph. Acontecimientos impensables tan solo unas semanas antes se sucedían ahora vertiginosamente.

Mientras tanto, continuaron por todo el país las protestas, incrementándose progresivamente el número de participantes. El centro de las críticas era la Stasi, el bajo nivel de vida comparado con el de la elite comunista y la escasa democratización del sistema. La convocatoria de elecciones libres y pluripartidistas ocupó una parte importante de los eslóganes coreados en Leipzig, Cottbus y Dresde, entre otras ciudades.

En efecto, las manifestaciones a lo largo del territorio de la RDA solo dos semanas después de la caída del Muro cambiaron de orientación. Entre sus filas, aún más abultadas, ya no solo se veían estudiantes, grupos de personas formadas intelectualmente, miembros de la disidencia. Sin duda alguna, ya antes habían salido a la calle miles de trabajadores y personas corrientes, como afirmaba la propaganda opositora, pero ahora los manifestantes reflejaban con claridad el sentir de la mayoría de la sociedad. De exclamar «*Wir sind das Volk*» («Somos el pueblo») habían pasado a «*Wir sind ein*

Volk» («Somos un pueblo»); un pueblo que, como tal, expresaba su voluntad de mejorar lo antes posible sus condiciones laborales y su nivel de vida, de alcanzar las libertades de las que se gozaba al otro lado del extinto Muro. Constituían un único pueblo cuyas reivindicaciones eran más materiales, más pegadas a la realidad cotidiana y no tanto al idealismo de la disidencia previa, cuya voluntad era transformar la RDA pero manteniendo el Estado. Para esta población el gradualismo y la tercera vía proclamados por muchos de los líderes opositores carecía de sentido. Los valores de solidaridad e igualdad pretendidamente inscritos —aunque vulnerados— en la naturaleza del Régimen germano-oriental y cuya esencia quería ser recuperada por dicha oposición eran papel mojado para la mayoría de los ciudadanos de la RDA.

La masiva respuesta a favor de una unificación rápida al amparo del modelo democrático y capitalista de la República Federal excluía por principio las terceras vías, y pronto tomaría cuerpo en el Programa de los Diez Puntos de Kohl. Las discusiones académicas e intelectuales sobre las alternativas al citado modelo occidental habían resultado fallidas, fuera de la realidad vivida por los millones de alemanes del Este cuyo horizonte vital concebía esperanzas de una mejora real en su día a día[110].

Según veremos con más detalle, Modrow dio un decisivo paso adelante al convocar una «Mesa Redonda» con los grupos de oposición para debatir sobre el futuro inmediato. Como tendremos ocasión de comprobar, era esta una forma utilizada con éxito en otros países socialistas para avanzar en el proceso de transición a la democracia. La Mesa se reunió hasta en dieciséis ocasiones entre diciembre de 1989 y marzo de 1990[111].

La aceleración de los acontecimientos marcó los meses siguientes tanto en la RDA como en el resto de las democracias populares. Aunque el cambio de talante en el órgano ejecutivo fuera un hecho constatado antes, incluso, de hacerse efectiva la decisión de abrir el Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, la dimisión de todo el Politburó y la renuncia de Krenz a la Secretaría General durante la celebración del congreso extraordinario del SED los días 8 y 9 de diciembre dejaron el paso libre a una

transformación radical. En esta reunión el Partido pareció sentenciado después de renunciar a su condición de «Partido de Estado» de la República Democrática; sin embargo, el congreso no anunció su disolución, sino su reestructuración.

En efecto, el SED se había encontrado con un escollo que afectaba a su naturaleza como partido y a su relación con las fuerzas opositoras: el papel dirigente de la sociedad que le otorgaba la Constitución reformada de 1974. La apuesta por el giro en su política, proclamada por los nuevos dirigentes comunistas tras la caída de Honecker, quedaría en entredicho si este problema no se resolvía con rapidez. Como en otros países del entorno, la pérdida de dicha condición privilegiada no era baladí, ya que determinaba toda la vida política de la República Democrática. La votación de la *Volkskammer* del 1 de diciembre de 1989 fue favorable a su supresión y abrió las puertas a una reforma interna del sistema. De hecho, tanto desde el punto de vista de la legalidad existente como desde la perspectiva de su legitimidad de origen, cuando el 4 de febrero de 1990 el SED pasase a denominarse SED-PDS (Partido Socialista Unificado de Alemania-Partido del Socialismo Democrático), la línea de continuidad entre una y otra organización no llegaría a quebrarse. Ahora, a comienzos de diciembre de 1989, el SED renunciaba a dirigir los destinos de la República Democrática: este momento fue crucial para entender el camino que siguió hasta marzo de 1990, cuando la organización que le sucedió, el PDS, saliera de las elecciones pluripartidistas a la *Volkskammer* convertido en fuerza de oposición.

Como ocurrió en procesos paralelos en el tiempo en otras democracias populares del este de Europa, durante aquellos pocos meses el Partido perdió sus prerrogativas y su carácter axial para la organización del Estado germano-oriental; se debatió entre la continuidad y la autodisolución y perdió miles de militantes. La presión popular fue un elemento condicionante en esta evolución: no debemos olvidar que fue después de las masivas manifestaciones del 8 de noviembre de 1989 frente a la sede del Comité Central del SED cuando este convocó un congreso extraordinario.

El 3 de diciembre, ante la dimisión del Comité Central, una comisión encabezada por el primer secretario del Partido en Erfurt, el reformista Herbert Kroker, tomó las riendas con el fin único de mantener intacta la estructura hasta la decisión del congreso extraordinario. La convocatoria sirvió para que distintas corrientes dentro del SED tomaran posición. Era, realmente, una coyuntura difícil; el descrédito estaba muy generalizado y las voces críticas dentro de la organización comenzaron a adquirir forma. Por ejemplo, el 30 de noviembre había nacido en el seno del SED un primer grupo de opinión, la Plataforma WF[112]. Uno de sus miembros, Thomas Falkner, ha descrito las dificultades que encontró la plataforma para expresar sus opiniones antes de y durante la celebración de la reunión extraordinaria. Ante la situación surgida —y en consonancia con propuestas parecidas dentro de los partidos comunistas hegemónicos de Hungría y Bulgaria, entre otros— la Plataforma WF pidió abiertamente la disolución del SED con el fin de romper la trayectoria de una organización relacionada, en la mentalidad de miles de germano-orientales, con la represión y las prácticas corruptas. El objetivo final era auspiciar la creación de un nuevo partido de izquierdas, de corte socialdemócrata, más acomodado a las exigencias de la situación de la RDA en aquel momento tal como las concebían sus promotores[113].

Las cosas no habían Estado tan claras cuando el Comité Central del SED había convocado el congreso extraordinario para debatir el futuro de la organización. Como se ha puesto acertadamente de manifiesto, los congresos extraordinarios celebrados en Europa del Este durante el otoño e invierno de 1989-1990 fueron momentos determinantes para la vida futura de los partidos sucesores. Las decisiones más importantes y el acceso a puestos de responsabilidad de militantes desconocidos por el resto de la población fueron hechos consumados en aquellas reuniones[114], aunque en el caso alemán algunas de las figuras más destacadas eran firmes partidarias de no disolver la organización. Así, líderes con posiciones tan diferentes como Hans Modrow y Wolfgang Berghofer apostaron por mantenerlo, aunque bajo un nombre nuevo. Las circunstancias favorecían una decisión

radical, pero convenía reflexionar con más calma sobre las desastrosas consecuencias que, según ellos, conllevaría el dar por concluida la trayectoria del Partido.

El 8 de diciembre se inauguró el congreso con 2.753 delegados reunidos en el Dynamo Sports Hall de Berlín. El desánimo era general y se temía una reacción violenta de la población. Desde un primer momento, los miembros de la Plataforma WF exigieron refundar el Partido como un nuevo «partido socialista»; por su parte, aunque consideraba a la vieja guardia responsable de la crisis, la Comisión presidida por Kroker recomendó solo una «reestructuración del SED como partido socialista moderno» para preservar su aparato y sus finanzas. Con un llamamiento a todos los «camaradas de bien», Hans Modrow instó a la reforma del Partido para salvar la RDA: «En juego está nuestro país, este Estado alemán en el que vivimos». Según la prensa del Partido, su dramático llamamiento fue un signo de esperanza[115].

Los sectores reformistas encabezados por Gregor Gysi ofrecieron como alternativa la popular *Dritte Weg*: «Esta tercera vía que perseguimos se caracteriza por la democracia radical y el Estado de derecho, el humanismo, la justicia social, la protección del medioambiente y la consecución de la igualdad real entre hombres y mujeres». Aunque deploraba la corrupción, también defendía la sinceridad de los que eran fieles. Este programa reformador vino de la mano de algunos intelectuales del SED críticos con un partido monolítico y vinculados a las discusiones sobre un proyecto de teoría del socialismo debatido en la universidad Humboldt de Berlín a finales de los años ochenta. Precisamente, dos de sus mentores, Michael Brie y Dieter Klein, proporcionaron un bagaje teórico para esta renovación del discurso político en la presentación que este último hizo en el congreso, titulada «Nueva forma de un partido socialista moderno» y en la que «expuso el concepto de un partido de tercera vía que tomaría prestado de una amplia gama de influencias de la izquierda europea»[116].

La sesión del día 8 duró dieciséis horas y dio salida a innumerables quejas. En el momento crítico, Modrow paralizó la disolución del Partido con su petición de que el país siguiera siendo gobernable. En vez de

escindirse, el SED repudió sus viejas estructuras, eligió presidente a Gysi y suprimió el Comité Central para sustituirlo por un Comité Ejecutivo de ciento un miembros[117], de los que solo cuatro habían pertenecido a aquel. Por otra parte, un *Presidium* de diez personas reemplazó al Politburó[118] a la vez que eliminó el principio de centralismo democrático para propiciar el debate y la confrontación de pareceres. Gracias a esta actitud más abierta comenzarían a surgir grupos organizados de distintas orientaciones tales como la Plataforma Comunista, fundada el 30 de diciembre de 1989 —de inspiración marxista-leninista, fiel al espíritu fundacional de la República Democrática— y la Plataforma Socialdemócrata, surgida diez días después.

La conclusión del congreso, pospuesta hasta una semana más tarde, mostró lo incompleto de la renovación. Aunque varios manifiestos sugirieron algunas reformas necesarias, ni hicieron frente al fracaso del pasado ni proporcionaron unas bases teóricas sobre las que empezar a construir. Mientras Manfred Schumann criticaba el estalinismo con elocuencia y Dieter Klein intentaba definir la tercera vía, Gysi, más práctico, preparó un grupo en apoyo de un «socialismo democrático» que pedía la independencia de la RDA. Sin embargo, a pesar de la trascendencia del momento dada la crítica situación, gran parte de la discusión se centró, curiosamente, en la cuestión simbólica del nombre del partido[119]: los militantes veteranos preferían que continuara denominándose SED, mientras los impulsores de la renovación abogaban por que al nombre histórico se le añadiera el correspondiente a las siglas «PDS».

En su discurso como nuevo presidente, Gysi habló de una «ruptura radical con el socialismo estalinista, es decir, burocrático y centralista»[120]; ya durante las sesiones del congreso había mostrado su tenacidad e inagotable habilidad retórica para llegar a lo más íntimo de los perturbados militantes del SED y recordarles la trascendencia que para la historia de la RDA revestía el momento que estaban viviendo. De este modo, expuso sin paliativos la ruptura entre las estructuras del Partido y la clase trabajadora, animando a los militantes y simpatizantes a trabajar conjuntamente con el movimiento obrero. La capacidad de convicción de Gysi, junto al hecho de

rodearse de los líderes menos desprestigiados del SED, dio pocas opciones a la antes citada Plataforma WF surgida en Berlín, cuyo objetivo era disolver el Partido. De hecho, la noche del 8 al 9 de diciembre fue decisiva para evitar su desaparición. Gysi pensaba que la fuerza de la organización podría ser todavía decisiva en un futuro Gobierno y, por supuesto, en las negociaciones con los grupos opositores dentro de la Mesa Redonda que acababa de crearse.

Gysi propuso la nueva denominación, SED-PDS, para evitar conflictos tanto con los sectores menos receptivos al cambio como con quienes pretendían una transformación de mayor envergadura. Por otra parte, esta continuidad permitía seguir manejando los recursos económicos, los inmuebles y los distintos bienes propiedad del SED, elemento esencial si se pretendía desempeñar un papel decisivo en la evolución de la RDA. En todo caso, los miembros de la cúpula dirigente no fueron muy explícitos a la hora de explicar el porqué de mantener la organización como tal. Probablemente, Gysi estaba más convencido que nadie de las dificultades casi insalvables de dar vida a una nueva formación socialista cuando existían en el horizonte serias posibilidades de que aparecieran partidos de corte socialdemócrata dentro de los movimientos ciudadanos de oposición al Régimen comunista.

Pocas veces en la historia de la posguerra ha llegado un partido a depender tanto del atractivo de un líder para los votantes[121]: a pesar de que abandonó sus puestos directivos en la primavera de 2000, Gregor Gysi fue la cara visible del PDS en los comienzos de su historia[122]. Gysi militaba en el SED pero no había desempeñado puestos de importancia dentro de la organización. En realidad, era conocido dentro de los círculos de poder porque en el ejercicio de la abogacía había defendido a disidentes políticos como Rudolf Bahro y Barbel Böhley, aunque su lealtad a las instituciones del Régimen comunista le había granjeado la presidencia del Colegio de Abogados del país en 1988. Ciertamente, su elección como presidente del SED en diciembre de 1989, el peor momento de la crisis interna del Partido y del Estado germano-oriental, sorprendió a los militantes más veteranos,

puesto que para ellos era un perfecto desconocido. Como acabamos de ver, desde su elección como miembro del Politburó en el congreso extraordinario de diciembre de 1989 se mostró partidario no de disolver la organización sino de proceder a una importante remodelación interna. Alzándose sobre las voces que reclamaban poner punto final a la trayectoria del SED, su posición resultaría decisiva para neutralizar esta tendencia y lograr el cambio de denominación a SED-PDS, y luego, a PDS.

A partir de entonces su objetivo fue de claridad meridiana: transformar el Partido para que, sin perder las raíces socialistas y el sentimiento de pertenencia a la República Democrática, pudiera competir con las alternativas políticas que estaban fraguándose, utilizando para ello los recursos electorales, las estrategias de campaña y las formas de actuación más avanzadas del *marketing* político. Pronto mostró buenas cualidades para la comunicación social; no desdeñó participar en ningún foro televisivo o radiofónico que se prestara a escuchar sus comentarios irónicos sobre la realidad alemana, y su capacidad para polemizar y su indudable carisma como *enfant terrible* de la política se reflejaron cuando apareció en televisión en un anuncio electoral montado en moto y vestido de negro mientras sonaba la canción «Born to be Wild»[123].

Gysi era un ejemplo paradigmático de la nueva elite del PDS, no tanto por sus aptitudes y singularidad dentro del panorama político alemán como por su procedencia. En efecto, la inmensa mayoría del Partido había figurado antes en el SED (el 98 por ciento en 1990) y entre ellos se contaban, desde luego, los dirigentes del PDS; en cambio, todos, salvo escasísimas excepciones —como Modrow—, habían sido militantes de base; concretamente, cuadros medios tanto del Partido como de la Administración del Estado.

En el verano de 1989, Gysi había adquirido notoriedad pública abogando por el Estado de derecho y exigiendo la dimisión del Politburó. Cuando Berghofer renunció al liderazgo, el comité de Herbert Kroker creado para organizar un congreso extraordinario eligió a Gysi para remodelar el Partido, dirigirlo hacia un «socialismo moderno» y mantener así la

independencia de la RDA. Esta elección salvó al SED. La mordacidad y la capacidad de trabajo del nuevo dirigente dieron un gran juego en los medios de comunicación. Poco interesado en teorizar, era un político instintivo y proyectaba el dinamismo de una izquierda moderna que pretendía convertirse en una nueva referencia para la sociedad poscomunista.

Una vez celebrado el congreso extraordinario comenzaron a constituirse los ya citados grupos de opinión organizados dentro de la estructura del SED-PDS, críticos en general con los derroteros que tomaba —o mejor, que no tomaba— el Partido. Durante las semanas siguientes creció el descontento popular y, precisamente, el heredero del SED fue uno de los blancos más generalizados de las críticas que identificaban a los sectores menos reformistas con quienes ostentaban el poder en el Gobierno de Modrow: el 18 de enero de 1990 diversas plataformas y militantes se reunieron para exigir una reforma real o la disolución. Por su parte, los defensores de mantenerlo vivo también organizaron grupos de apoyo por todo el país —los denominados *Initiativgruppen PDS*— cuyos planteamientos eran favorables a renovar las anquilosadas estructuras.

La reacción de la dirección del SED-PDS fue fulminante. El 20 de enero el Comité Ejecutivo votaba en contra de la disolución después de aprobar un plan detallado para reformar los programas, la estrategia e, incluso, la militancia. Aquellos miembros del antiguo SED a quienes se atribuían posiciones inmovilistas y actitudes contrarias a la renovación fueron depurados; fruto de este acuerdo se expulsó a Egon Krenz y Günter Schabowski, por ejemplo. No solo se marcharon los expulsados: Wolfgang Berghofer y un nutrido grupo de simpatizantes suyos abandonaron la militancia al entender que, a pesar de las apariencias, los cuadros más resistentes al cambio eran quienes se estaban beneficiando de la turbulenta situación para, desde su posición, impedir la renovación profunda y real de la organización[124].

Para evitar mayores reticencias, el Comité recomendó encarecidamente el cambio de nombre: el 4 de febrero (antes, incluso, de la reunión del congreso prevista para finales de ese mes), el máximo órgano de dirección

asumió oficialmente el cambio de denominación de SED-PDS a simplemente PDS[125]. Además, el Partido traspasaba al Estado parte de sus propiedades, aunque mantuvo el diario *Neues Deutschland*, el antiguo órgano oficial del SED, con una tirada de entre 92.000 ejemplares en 1991 y 80.000 en 1994. El 50 por ciento del capital empresarial quedó en sus manos, por lo que preservó su carácter de periódico de partido. El Servicio de Prensa pasó a depender directamente del Comité Ejecutivo bajo la dirección de Hanno Harnisch —hombre de confianza de Gysi—, que hizo de él una emisión primero quincenal y luego semanal donde aparecían los puntos de discusión y propuestas del Partido, el trabajo del Ejecutivo y del grupo parlamentario e información sobre el desarrollo organizativo.

Estos últimos hechos dieron fin a la sensación de provisionalidad al lograr acallar las voces favorables a la disolución: «Ahora se podía concentrar en establecer los principios programáticos fundamentales, en buena medida olvidados en el fragor de la lucha por la supervivencia, pero necesarios para competir en las elecciones de marzo para la *Volkskammer*»[126]. Sin embargo, antes de que se celebraran, todavía quedaba mucho por hacer. En febrero, el aparato organizativo del Partido comenzó a cambiar. Mantuvo el modelo de división en *Bezirke* (distritos), bajo los cuales llegarían a existir más de cinco mil unidades de base (*Kreise*); unos y otros quedarían englobados en los estados o *Länder* al reintroducirse estos en octubre de ese mismo año, después de la unificación. En cada *Land* el Partido funcionaría con una independencia de criterio amplia, consentida por la Dirección Federal. De hecho, el Comité Ejecutivo estaría controlado desde el principio por los grupos de reformistas, que también lograrían imponer sus candidatos a las listas del *Bundestag*, así como mantener en las direcciones del Partido en los *Länder* a militantes próximos a esta corriente.

Como parecía inevitable en un primer momento, la centralización del poder en manos de Gysi y su grupo de acólitos fue un hecho hasta que la reordenación territorial de los *Länder* permitiera el fortalecimiento de grupos regionales cuya acción contrarrestaría la autoridad de la cúpula berlinesa. Ciertamente, el nuevo Estatuto del Partido, aprobado el 25 de

febrero de 1990 —y que seguía muy de cerca el de carácter provisional emanado del congreso extraordinario de diciembre—, rompía el principio del centralismo democrático, ordenador de la participación según el Estatuto vigente de 1976, para dar cabida a las opiniones de los militantes individuales, que tenían derecho a criticar la marcha de la organización[127].

Para racionalizar el trabajo se crearon catorce comisiones especializadas (medioambiente, política internacional, de la mujer y la juventud, economía, etc.) con el fin de dar respuesta a los problemas más acuciantes de la realidad alemana e internacional, definir las líneas de actuación y forjar las bases de un programa general. Por su parte, Gysi, Modrow y André Brie, auténticos impulsores de la nueva concepción del PDS, fomentaron la participación de los militantes —e incluso simpatizantes— más jóvenes con el fin de proyectar una imagen de la organización más moderna y adaptada a los tiempos.

La divergencia ideológica con la Ejecutiva del Partido era evidente: mientras esta trataba de moderar el discurso y aceptar paulatinamente la inserción en el juego político de la Alemania reunificada, algunas de sus plataformas radicalizaban los mensajes (de modo especial, la comunista) sin que fueran desautorizadas por la propia Ejecutiva. Esta paradoja, asumida por el Comité Ejecutivo del PDS como propia del pluralismo de sus filas, manifiesta bien la ambigüedad y doble juego del partido poscomunista en los primeros años noventa.

Como ocurrió en otros países del entorno, la capacidad del Partido para adaptar sus estructuras a las nuevas realidades hubo de afrontar en esos primeros momentos un grave problema añadido de difícil solución: la espectacular caída del número de militantes. En efecto, a pesar de que la división por grupos sociales es muy indefinida en las tablas proporcionadas por el SED, observamos la brusca salida de los considerados en la categoría de «obreros»: entre octubre de 1989 y enero de 1990 abandonaron el Partido 460.000 de los 900.000 que tenía[128]. De los 2,8 millones de afiliados en otoño de 1989 pasó a 350.000 en junio de 1990[129]. En junio de 1991, el PDS veía menguadas sus filas hasta los 242.000 miembros, de los cuales

casi el 48 por ciento eran mayores de 61 años y solo el 10,5 menores de 30[130]. En definitiva, entre diciembre de 1989 y febrero de 1990 más de un millón de afiliados rompieron el carnet del SED, cuyo número de militantes (ahora ya en el PDS) descendió gradualmente hasta unos 130.000 a finales de 1993 y a 123.000 en el congreso celebrado en enero de 1995[131].

[105] La transcripción íntegra de la rueda de prensa se encuentra en HERTLE, Hans-Hermann, *Der Fall der Mauer: die unbeabsichtigte Selbstauflösung des SED-Staates*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1996, pp. 170-173.

[106] Para un relato pormenorizado, véase HERTLE, Hans-Hermann, *Chronik des Mauerfalls. Die dramatischen Ereignisse um den 9. November 1989*, Berlín, Christoph Links Verlag, 1999, pp. 149-150.

[107] TAYLOR, Frederick, *El muro de Berlín…*, *op. cit.*, p. 485.

[108] HAASE-HINDENBERG, Gerhard y JÄGER, Harald, *Der Mann, der die Mauer öffnete: Warum Oberstleutnant Harald Jäger den Befehl verweigerte und damit Weltgeschichte schrieb*, Munich, Heyne, 2007, pp. 194-201.

[109] O'DOCHARTAIGH, Pól, *Germany since 1945*, *op. cit.*, p. 225.

[110] BRYSON, Philip J. y MELZER, Manfred, *The End of the East German Economy: from Honecker to Reunification*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991, pp. 99-112.

[111] CHILDS, David, *Fall of the GDR*, *op. cit.*, p. 105.

[112] El nombre provenía del *Werk für Fernsehelektronik*, la fábrica donde fue creada.

[113] FALKNER, Thomas, «Von der SED zur PDS. Weitere Gedanken eines Beteiligten», *Deutschland Archiv*, n.º 1 (1991), pp. 30-51, sobre todo 32-40.

[114] GRZYMALA-BUSSE, Anna M., *Redeeming the Communist Past. The Regeneration of Communist Parties in East Central Europe*, Connecticut, Yale University Press, 2002, p. 81.

[115] «Sonderparteitag Vollzog den endgültigen Bruch mit der stalinistischen Vergangenheit» y el resto de discursos se encuentran en *Neues Deutschland*, 9 y 10 diciembre de 1989.

[116] BARKER, Peter, «From the SED to the PDS: Continuity or Renewal?», en BARKER, Peter (ed.), *The Party of Democratic Socialism in Germany. Modern Post-Communism or Nostalgic Populism?*, Amsterdam-Atlanta (Georgia), Rodopi, 1998, p. 9.

[117] REUTER, Ute, *Dokumentation zum letzten Parteitag der SED*, Bonn, Bundeszentrale für politische Bildung, 1991, *pp. 3-9 y siguientes*.

[118] «Statut der SED-PDS», *Deutschland Archiv*, n.º 2 (1990), pp. 309-312.

[119] REUTER, Ute, *Dokumentation zum letzten…*, *op. cit.*, p. 41.

[120] BEHREND, Manfred y MAIER, Helmut (Eds.), *Der schwere Weg der Erneuerung. Von der SED zur PDS. Eine Dokumentation*, Berlín, Dietz, 1991, p. 261.

[121] THOMPSON, Wayne C., «The Party of Democratic Socialism in the New Germany», *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 29, n.º 4 (1996), p. 450.

[122] Sus datos biográficos aparecen en www.pds-online.de

[123] MINNERUP, Günter, «German Communism, the PDS, and the Reunification of Germany», en BULL, Martin J. y HEYWOOD, Paul (eds.), *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*, Basingstoke, St. Martin's Press, 1994, p. 189.

[124] *Neues Deutschland*, 25 de enero de 1990, p. 5.

[125] Sobre estas intensas jornadas de enero y febrero de 1990, véase WELZEL, Christian, *Von der SED zur PDS: eine Doktringebundene Staatspartei auf dem Weg zu einer politischen Partei in Konkurrenzsystem?: Mai 1989 bis April 1990*, Francfort del Meno, Peter Lang, 1992, pp. 20-32.

[126] BARKER, Peter, «From the SED to the PDS…», art. cit., p. 5.

[127] «Kritik an Beschlüssen zu üben und seinen Standpunkt zu vertreten», *Deutschland Archiv*, n.º 2 (1990), p. 310.

[128] SUCKUT, Sigfried y STARITZ, Dietrich, «Alte Heimat oder neue Linke? Das SED-Erbe und die PDS-Erben», *Deutschland Archiv*, n.º 10 (1991), p. 1046.

[129] GERNER, Manfred, *Partei ohne Zukunft? Von der SED zur PDS*, Munich, Tilsner, 1994, p. 113.

[130] SUCKUT, Sigfried y STARITZ, Dietrich, «Alte Heimat…», art. cit., p. 1046.

[131] MOREAU, Patrick y NEU, Viola, *Die PDS zwischen Linksextremismus und Linkspopulismus*, St. Augustin, Konrad Adenauer Stiftung, Interne Studien n.º 76, 1994, p. 14.

5. LA RFA Y LA QUIEBRA DE LA RDA

Kohl en Polonia

Las elecciones legislativas semilibres celebradas en Polonia en junio de 1989 habían deparado un triunfo arrollador a las fuerzas opositoras. Los candidatos vinculados a Solidaridad fueron votados masivamente y, ante la pérdida de la mayoría parlamentaria por parte del Partido Obrero Unificado Polaco, el general Jaruzelski, presidente de la República, encargó formar Gobierno a Tadeusz Mazowiecki, líder del partido vencedor. La vía reformista emprendida por el nuevo Ejecutivo se propuso transformar las instituciones comunistas aprobando un nuevo texto constitucional y afrontar con decisión la salida de la profunda crisis económica en la que estaba sumido el país, con una deuda de más de cuarenta mil millones de dólares.

Por otro lado, en aquella coyuntura de cambios rápidos e inopinados, Mazowiecki defendió vehementemente unas relaciones cordiales y pacíficas con todo el mundo, al margen de bloques y herencias. En este contexto cabe entender la invitación cursada a Helmut Kohl para que visitase Polonia y personificase así el reencuentro entre naciones enfrentadas durante tantos momentos a lo largo de la historia. En aquel otoño de 1989 hacía cincuenta años que los ejércitos de Hitler habían invadido el país; era una fecha, por tanto, muy señalada y podía servir de base para el relanzamiento de las relaciones.

El 9 de noviembre de 1989 el canciller alemán llegó a Varsovia en lo que iba a ser una estancia de seis días para alentar la reconciliación entre ambos pueblos. Por supuesto, a Kohl no se le pasaba por la cabeza que esa misma noche el Muro dejaría de ser una de sus preocupaciones.

En efecto, apenas llegado, durante la recepción ofrecida por Mazowiecki, los rumores sobre lo que estaba ocurriendo en Berlín fueron convirtiéndose

en noticias contrastadas. En la cena, Kohl recibió una llamada de Eduard Ackermann, su asesor personal, desde Bonn. Sin salir de su asombro, Ackermann estaba viendo por televisión, en directo, cómo se abría el Muro de Berlín. Según declaró el propio Kohl al evocar aquel momento, «nos sentíamos casi como si estuviésemos en otro planeta». Al día siguiente, antes de abandonar anticipadamente Polonia, ofreció en el hotel Marriot una rueda de prensa en la que afirmó que el proceso iniciado la tarde anterior formaría parte de la historia universal.

El día 10 Kohl voló directamente a Berlín para llegar a la rueda de prensa convocada a las cuatro y media de la tarde por el alcalde socialdemócrata de la ciudad, Walter Momper. La expectación era máxima ante la sucesión de acontecimientos que habían conducido a la apertura de fronteras y el canciller no podía dejar pasar una circunstancia tan extraordinaria para afirmar su liderazgo en una capital tradicionalmente hostil a los cristianodemócratas. Frente a un Momper muy cauto, que en sus declaraciones durante las jornadas siguientes se mostraría convencido de que los alemanes orientales querían conservar su propio Estado (aun cuando en otras condiciones y con unos lazos estrechos y armónicos con la RFA y sus vecinos occidentales), Kohl fue muy explícito en su alocución destinada a los berlineses del este: «Quiero deciros a todos y cada uno de vosotros de la República Democrática Alemana: no estáis solos. Estamos a vuestro lado. Somos y seremos una nación, estamos hechos para estar juntos»[132]. El contenido del discurso no parecía fruto de la euforia del momento. Expresaba desde el principio una convicción: la posibilidad real de superar la división alemana dentro de un proceso general de refutación del orden establecido después de 1945, tal como testimoniaba lo ocurrido en la mayoría de los países del este de Europa.

A pesar de las extensas redes de espionaje desplegadas durante décadas por norteamericanos y soviéticos, la caída del Muro provocó sorpresa en todos los líderes mundiales. Así lo señalaron tanto el presidente Bush como su secretario de Estado, James Baker, en declaraciones y entrevistas a lo largo de los días que siguieron. Bush puso el acento en la trascendencia del

hecho para el futuro de Europa y del mundo; estaba complacido, pero preocupado. Era indudable la victoria moral de los principios defendidos por los aliados occidentales, pero también lo era la incertidumbre ante el futuro inmediato. Los mandatarios europeos, encabezados por Margaret Thatcher y François Mitterrand, tardaron más en reaccionar y lo hicieron con un entusiasmo muy medido. No podían sino celebrar la apertura de fronteras, símbolo del triunfo de la libertad y las aspiraciones democráticas de un pueblo —libertad y democracia— sobre las cuales se erigían sus Estados y el proceso de integración europea en marcha. Sin embargo, por lejano que fuera, el horizonte de una unificación de los territorios alemanes encendía todas las alarmas, devolviendo a las cancillerías europeas la pesada carga de la historia: un recuerdo nada tranquilizador.

A los soviéticos tampoco se les había notificado nada sobre la apertura de los puestos fronterizos. Parece ser que las últimas informaciones respecto a la flexibilización de los requisitos para poder viajar habían sido trasladadas el 7 de noviembre por Oskar Fischer, ministro de Exteriores de la RDA, a Vladímir Kochemasov, embajador en Berlín Este[133]. Gorbachov se encontró, de repente, en una situación paradójica: había impulsado con tenacidad las reformas tanto en su país como en toda Europa oriental, enfrentándose a la vieja guardia del SED por su política refractaria a los cambios, pero el derrumbe del Muro le acarreaba muchos más problemas que satisfacciones. No había sido él quien capitalizara la maniobra y la confusión generada perjudicaba su imagen de dirigente hábil y capaz.

En efecto, el 9 de noviembre de 1989 Gorbachov y su equipo de colaboradores más cercanos estaban lejos de pensar que el Muro iba a derrumbarse. Fue Anatoli Chernyaev, el consejero de política exterior, quien antes y mejor entendió las consecuencias de aquel acontecimiento: al día siguiente, el 10, escribió en su diario: «Se ha terminado toda esta era de la historia del sistema socialista […]. Esto es el final de Yalta […], del legado estalinista […]»[134].

Resulta sorprendente la tibia respuesta del Kremlin ante un hecho tan trascendental. El Politburó parecía más preocupado por el incremento de las

hostilidades en las repúblicas bálticas debido a las protestas nacionalistas y por el fracaso continuado de los planes de reforma económica cuyas repercusiones se dejaban notar en la desafección a Gorbachov. Desde un primer momento, por tanto, los soviéticos se mantenían a la defensiva, cediendo a Kohl la iniciativa a la hora de asegurar la estabilidad en la zona y hacer propuestas razonables de futuro. Más paradójica aún resulta esta inacción cuando el poder militar de la URSS, ejemplificado en el importante contingente de efectivos desplegado en la RDA, le daba indudables ventajas sobre su rival.

Podemos explicar esta actitud de Gorbachov durante los meses que siguieron si consideramos la trayectoria de su política exterior desde la perspectiva del Nuevo Pensamiento, un concepto de las relaciones internacionales denostado por las cancillerías occidentales como mera propaganda pero cuyo potencial pacificador, finalmente, hubieron estas de reconocer. Quizá fue Shevardnadze quien, como hemos visto, mejor resumió esta doctrina:

> Detener los preparativos materiales para la guerra nuclear, conducir las relaciones soviético-norteamericanas a un estado de diálogo civilizado y normal […], crear un sistema de seguridad en Europa basado en el procedimiento de Helsinki […], entablar relaciones con países vecinos basadas en el respeto a sus intereses y la no intervención en sus asuntos internos […][135].

Así pues, en el final de la «doctrina de soberanía limitada» y en la voluntad de avanzar hacia la Casa Común Europea, unidos a la dictadura de la realidad —esto es, a la precariedad económica del país y a la creciente debilidad de Gorbachov en el entramado de poder del Kremlin— encontramos una explicación a la actitud del presidente de la URSS ante la caída del Muro. Lejos de erigir un nuevo muro político ante la unidad de Alemania, Gorbachov entendió la caída como un proceso lento pero inevitable y no aislado, sino inserto en la evolución de Europa hacia la Casa Común, un espacio progresivamente desmilitarizado, más seguro y con relaciones privilegiadas entre naciones hasta entonces enemistadas por el conflicto entre bloques.

La conferencia de Gorbachov ante la Asamblea General de Naciones Unidas tiempo atrás, el 7 de diciembre de 1988, no había convencido a los principales asesores del presidente Bush en esta materia. Tanto Scowcroft como Cheney valoraban el discurso como una pieza más en la campaña propagandística de Gorbachov para hacerse un nombre entre los líderes mundiales como artífice de una época de paz y desarme cuando, en realidad, eran solo palabras hueras en una Guerra Fría todavía muy viva. La Casa Común solo pretendía desestabilizar a medio plazo los importantes logros conseguidos en la construcción europea y, de forma indirecta, alejar al Viejo Continente de Estados Unidos[136]. Aun así, a lo largo del año siguiente, tanto en sus intervenciones públicas como en sus encuentros con los mandatarios europeos, el líder soviético volvió a insistir en la misma idea: solo el imperio de la ley, basado en el respeto a los derechos y libertades, conduciría a un futuro de paz y estabilidad; solo la eliminación paulatina del armamento, y no la disuasión, conduciría a la seguridad global.

El concepto de «Casa Común Europea» había sido utilizado por Andrei Gromyko a principios de 1972 y, años más tarde, en 1981 por Leonidas Brezhnev con la intención de atraer a los países de Europa occidental a una política de colaboración que los alejara un tanto de Estados Unidos, sobre todo en la vertiente militar. Fue este, muy probablemente, el sentido que quiso imprimir a sus palabras Gorbachov en el viaje a Londres de 1984[137]. Sin embargo, una vez elegido secretario general del PCUS, Gorbachov lo había perfilado hasta incorporarlo a su léxico a la hora de abordar la política exterior. En un informe preparado por el Instituto para la Economía del Sistema Socialista Mundial, dirigido por el académico Vyacheslav Dashichev en abril de 1989, se incidía en la importancia de desarrollar la idea además de relacionarla con Alemania. Según el economista soviético, el arreglo de la cuestión alemana con la sutura de la herida provocada por la guerra traería como consecuencia la eliminación de una de las causas más graves de un posible enfrentamiento político y militar en Europa. La reunificación supondría para la URSS «la liberación histórica de la pesada e

insoportable carga de la confrontación con la coalición formada por los países de Europa occidental, Estados Unidos y Canadá»[138].

Para el interés soviético, la pujanza de la República Federal podía servir de sostén ante las dificultades que atravesaba la superpotencia, además de como contención ante la presión de Estados Unidos. No obstante, como es lógico, esta posición generaba recelo —y en muchos casos rechazo— por parte de importantes sectores del Partido Comunista soviético que recordaban el peligro de una Alemania unificada bajo los parámetros del capitalismo, fuerte tanto económica como militarmente. La posición contraria a las tesis reformistas de Gorbachov, manifiesta en los dirigentes germano-orientales, alimentaba a dichos grupos, que consideraban la absorción de la RDA por parte de la RFA un paso atrás para el socialismo, un error imperdonable. Estas dos formas de entender el futuro de Alemania chocaron en el seno del vigésimo octavo congreso del PCUS, celebrado del 2 al 13 de julio de 1990. Si bien Gorbachov salió victorioso de la pugna, el deterioro de su imagen en el país de los soviets era muy evidente, como lo era su mayor aceptación entre los dirigentes occidentales. Las críticas sobre la deriva de la política —interior y exterior— del secretario general fueron un hecho durante el congreso, fácilmente perceptible en aquellos que en el año 91 tratarían de deponerlo mediante un golpe de Estado.

En definitiva, a partir de la primavera, pero sobre todo del verano de 1989, ningún líder comunista de la Europa sovietizada podía pensar en una intervención armada de la URSS para reconducir la situación en su país. De esta certeza eran también conscientes las fuerzas de oposición, que supieron sacar provecho de la debilidad del poder establecido en Polonia, Hungría y la República Democrática Alemana.

Volviendo a aquel momento histórico, a su regreso a Bonn la noche del 10 de noviembre y a lo largo del día siguiente, Kohl habló por teléfono con Bush, Mitterrand, Thatcher, Krenz y Gorbachov. Las conversaciones transcurrieron sin sobresaltos, con análisis breves sobre el estado de cosas, con el objetivo de mantener la confianza en una evolución pacífica que demandaba respuestas rápidas. Tras el fugaz paso por Bonn para informarse

de la situación, hablar con sus asesores más directos y telefonear a los principales líderes implicados en el futuro inmediato de la cuestión alemana, el canciller decidió proseguir su visita a Polonia. Allí volvió el sábado, consciente de que, precisamente, las relaciones con este país serían determinantes para eliminar obstáculos en el camino hacia una fórmula de integración entre los dos Estados germanos. Recorrió el campo de Auschwitz, hizo declaraciones muy moderadas, evitando cualquier aspecto que pudiera aludir siquiera mínimamente al irredentismo, y prometió estudiar ayudas económicas para alentar el proceso reformista iniciado por el Gobierno de Mazowiecki.

Como acabamos de señalar, Kohl esperó hasta el día 11 para telefonear a Egon Krenz con el fin de concretar una reunión, algo que, finalmente, no iba a suceder. Como hemos visto, el día 13 la *Volkskammer* confirmaba como primer ministro a Hans Modrow, el camarada querido por el Kremlin para haber llevado a cabo una perestroika a la alemana mientras, por supuesto, continuaban las manifestaciones de los lunes en Leipzig, cada vez más masivas. El día 17, además de presentar su programa de gobierno[139], el nuevo mandatario anunció la formación de un gabinete con veintiocho carteras, de las cuales casi la mitad eran ocupadas por ajenos al Partido: la caída del Muro había supuesto un giro radical en la realidad alemana y europea.

La población de la RDA mostraba su entusiasmo: los cálculos más ajustados ofrecen cifras pasmosas; el fin de semana del 17 al 19 de noviembre unos tres millones de alemanes del Este visitaron la República Federal[140]. El sentimiento unitario crecería por momentos y se llevaría por delante otras alternativas. Intelectuales respetados de la RDA como Stefan Heym y Christa Wolf publicarían a finales de mes una llamada a la población para mantener el Estado germano-oriental bajo un Régimen socialista y democrático, diferenciado de la capitalista República Federal. Incluso, alguien tan informado como el último embajador español en la República Democrática Alemana, Alonso Álvarez de Toledo, se equivocaba por completo al escribir en su diario el día 30 de noviembre: «Todos los

partidos de oposición se han adherido al llamamiento de Stefan Heym y Christa Wolf. Hoy por hoy no hay una fuerza política en la RDA que acepte la idea de reunificación tal como la ha propuesto el canciller Kohl»[141].

El tiempo demostraría que el eslogan «Somos un pueblo» iba a convertirse en el auténtico triunfador de la situación, como bien percibió Helmut Kohl apostando por la carrera hacia la unidad rápida de ambos Estados frente a las reticencias del líder socialdemócrata, Oskar Lafontaine. Los meses posteriores pasarían factura política a este por su incapacidad para entender las aspiraciones populares.

En efecto, como veremos más adelante, el SPD no supo reaccionar con coherencia ante la cuestión nacional; ya habían podido apreciarse abiertamente las discrepancias en su seno durante el congreso del Partido en diciembre de 1989 y continuaría arrastrándolas en un proceso de deterioro interno reflejado en la pérdida de confianza de los votantes. El propio Lafontaine y Peter Glotz[142], entre otros, se mostraron extraordinariamente críticos con la renacionalización del mensaje de la CDU, y cuando la población germano-oriental se inclinó sin paliativos hacia la unidad apostaron por la vía lenta, la del artículo 23. Solo un sector minoritario dentro de la organización, encabezado por el veterano dirigente Willy Brandt, trató de ofrecer un discurso nacional más próximo, en este sentido, al preponderante en toda la sociedad alemana.

El inicio de la reunificación: Europa ante el Programa de los Diez Puntos

De nuevo en el despacho en Bonn y mientras las conversaciones entre los dirigentes de las cuatro potencias centraban la atención en la estabilidad europea como objetivo inmediato, Kohl tomó la iniciativa preparando con sus colaboradores más cercanos un plan a favor de la senda unificadora que pudiera ser asumido tanto por las capitales comunitarias como por Moscú y Washington. Habría que presentarlo cuanto antes para generar un espacio de discusión y se pensó en el 28 de noviembre como fecha más adecuada.

Aquel día había sesión en el *Bundestag* sobre temas presupuestarios de gran alcance, pero el foco de interés sería el denominado «Programa de los Diez Puntos», en el que el canciller jugaba con la vieja idea de una Confederación —dos Estados, una nación—: una idea, por otro lado, muy grata a la tradicional posición soviética[143]. Si era bien recibida, la propuesta serviría para controlar el flujo de emigrantes, ofreciendo esperanzas a la población del Este ante el inicio de un proceso de creación de estructuras confederales en donde podrían convivir todos y, sobre todo, mejorar las endebles bases de la economía de la RDA y satisfacer las demandas de la oposición. Este proceso no conculcaba los principios articuladores de la Comunidad Europea ni iba en contra del Acta de Helsinki.

Mientras tanto, el desasosiego de muchos líderes europeos después de la caída del Muro fue finalmente canalizado por Mitterrand al convocar para el 19 de noviembre una cumbre extraordinaria de jefes de Estado y de Gobierno comunitarios en París. Fue Margaret Thatcher quien abordó directamente el asunto de la unificación, argumentando lo inapropiado que resultaba reconsiderar la espinosa cuestión fronteriza, cuyas repercusiones tenderían a desgastar aún más la debilitada posición de Gorbachov. Kohl adujo el apoyo inequívoco de toda Europa a que fueran los ciudadanos alemanes del Este quienes decidieran sobre su propio destino y, por otro lado, reiteró la vocación europeísta de su país y su absoluto e irrenunciable deber para con el presente y el futuro de la Comunidad Europea. Reticencias aparte, esta reunión parisina sirvió para fijar posiciones, al menos en teoría, y aliviar tensiones. La unificación alemana se había abordado sin ambages y el resultado era una aparente conformidad con lo que muchos daban ya por inevitable: la apertura de vías hacia dicha unidad, aunque tardara en producirse.

Durante el verano de aquel año Mijaíl Gorbachov había visitado a Kohl en Bonn. El encuentro había sido extraordinariamente cordial, como pusieron de manifiesto los numerosos medios de comunicación que hicieron un detallado seguimiento de la reunión. Los mandatarios firmaron una declaración muy esperanzadora en la que dejaron patente su respeto a la

libertad de los pueblos para seguir su propio camino dentro de las normas del derecho internacional. El secretario general del PCUS parecía inclinar la balanza hacia el apoyo a las transformaciones iniciadas en los sistemas sovietizados de Europa centro-oriental mientras consideraba al Régimen de la RDA una rémora del pasado, inmune a cualquier atisbo de reforma[144]. De hecho, una vez caído el Muro, Gorbachov lo aceptaría de bastante buen grado. En un contexto cada vez más difícil para sus políticas de cambio en el interior de la URSS y con la herida nacional abierta en Lituania, entendería el momento como una oportunidad para afianzar sus relaciones con la República Federal, lo cual podría plasmarse en nuevos recursos económicos, a la vez que reforzaría su prestigio internacional como garante e impulsor de la paz.

Volviendo a aquel otoño del colapso, tal como había pensado hacer, el 28 de noviembre de 1989 Kohl presentó al *Bundestag* su plan para avanzar con decisión hacia la unidad. Disponía ya del apoyo del presidente norteamericano, pero aún no había hablado con sus homólogos comunitarios. El Programa de los Diez Puntos buscaba la aproximación entre las dos Repúblicas con el fin de alcanzar las bases económicas y políticas capaces de impulsar a medio plazo el nacimiento de una nueva entidad política después de la correspondiente celebración de elecciones libres en ambos territorios. Sin duda alguna, Kohl fue —insistimos— quien mejor intuyó lo que supondría la caída del Muro para Alemania y para toda Europa: frente a la parálisis que experimentaron otras cancillerías, puso inmediatamente a trabajar a un reducido equipo de colaboradores y, en especial, a su asesor de Seguridad Nacional, Horst Teltschik, para que analizaran la situación y proyectaran un primer plan de acción.

Algunas de las propuestas del canciller eran especialmente relevantes. Por ejemplo, el punto tercero establecía los requisitos necesarios para la ayuda material a la RDA: el sistema debía democratizarse garantizando elecciones libres, la defensa de los derechos humanos y la economía de mercado, así como permitiendo el flujo de inversión extranjera. En el quinto se recogía la creación de estructuras confederales entre ambos Estados, solo después de

celebrarse elecciones pluripartidistas. Precisamente, el punto siguiente, y como clara concesión a las ideas expuestas por Gorbachov, reflejaba que este proceso de acercamiento e integración paulatina quedaría dentro del marco de la Casa Común Europea. El desarme y control de armamentos, la conformidad con la prohibición de armas químicas y la reducción de las nucleares aparecían explícitamente citados en el punto noveno.

Kohl supo plantear su visión sin salirse un ápice del marco trazado por los aliados occidentales en las últimas décadas para abordar la cuestión alemana, por lo que el contenido era irreprochable. El mayor temor de los socios comunitarios provenía del hecho de que el canciller no hubiera comunicado previamente sus intenciones: el Consejo Europeo de París celebrado muy poco antes habría sido un momento perfecto, puesto que la elaboración del Programa estaba en ciernes y el canciller conocía perfectamente su contenido. Lo había ocultado no solo a sus aliados, sino a dos de las potencias ocupantes, cuyo derecho de veto sobre una hipotética reunificación era determinante.

En cambio, quien se mantuvo en su postura fue Delors: la unidad de Alemania debía ser un paso previo a las negociaciones con el resto de países del Este, singularizando de esta manera el caso de la RDA. El presidente de la Comisión reconocía la trascendencia de Alemania para el futuro comunitario; de ahí su anuncio, en enero de 1990, de que la RDA debería tratarse como un caso especial[145].

Ante la atmósfera enrarecida, Genscher inició una serie de visitas a los países comunitarios para pulsar de primera mano las reacciones provocadas por la presentación del Programa. A pesar de los recelos suscitados, la sensación general fue bastante positiva. Su conclusión fue que, con la aquiescencia de Estados Unidos y Francia, el proceso de unificación estaba salvado: eran los dos países con los que la diplomacia federal debía esforzarse a fondo. Genscher reiteró hasta la saciedad el compromiso europeísta, confirmando al Elíseo su apoyo a la Unión Económica y Monetaria (UEM)[146].

La más pertinaz en su oposición a las ideas del canciller alemán fue Margaret Thatcher, que pensaba que, en algún momento de las conversaciones a varias bandas, Gorbachov impondría el veto. «Por su propia naturaleza Alemania es una fuerza más desestabilizadora que estabilizadora en Europa», recordaría en sus memorias[147], mientras en sus alocuciones de aquellos meses no dudó en atizar el fantasma del pasado para crear en la opinión pública británica un sentimiento de temor ante la transformación de Alemania en una todavía mayor potencia económica y militar. Como muchos de sus predecesores en el cargo a lo largo de la historia contemporánea, estaba convencida de que el equilibrio de poder continental para evitar la pérdida de influencia británica podría venirse abajo con una Alemania unificada que extendiera sus tentáculos por la convulsa Europa centro-oriental.

En buena parte de las capitales comunitarias, sobre todo en Londres y París, el malestar pudo constatarse de inmediato. La puesta en práctica de un plan de estas características implicaba el final del orden surgido tras la Segunda Guerra Mundial: entre otros temas candentes, modificaciones de las fronteras existentes, cambios en el sistema de seguridad colectiva y variación de las relaciones en el seno de la CEE. Sin duda, uno de los que más aristas presentaba era el de la seguridad. Kohl había evitado hablar de qué papel correspondería a la nueva Alemania dentro de la OTAN para no alterar la buena disposición de los soviéticos, aunque era consciente de que sus aliados occidentales no permitirían otra solución que no fuera la de que el nuevo Estado permaneciera dentro de la Alianza. Mayor trascendencia todavía tenía el necesario sometimiento de las decisiones que se tomaran sobre el futuro de Alemania a la voluntad de las cuatro potencias ocupantes. Iguales competencias tenía la URSS que Estados Unidos, Francia y el Reino Unido para decidir a favor o en contra de la unificación: ni el Gobierno federal, ni el de la RDA, ni los dos juntos tenían respaldo legal para dar este paso. No obstante, el momento para un posible entendimiento entre los cuatro era muy propicio —impensable pocos años, o incluso meses, antes—: la debilidad soviética y la buena receptividad

norteamericana avalaban el proyecto de Kohl, máxime cuando el canciller no establecía un calendario siquiera aproximado. Es probable que pensara en un periodo de entre cinco y diez años, nunca menos, para consumar la unidad, siempre que la inestabilidad en la Europa centro-oriental y en la URSS no hiciera descarrilar el proceso[148].

Las reacciones fueron muy negativas por no haberse consultado con ningún mandatario excepto Bush. En su viaje a Moscú pocos días después de la intervención de Kohl en el *Bundestag*, Genscher encontró un ambiente muy tirante y al ministro de Exteriores, Shevardnadze, tan ostensiblemente molesto que llegó a comparar a Kohl con Hitler para dejarle en peor lugar todavía: «Ni Hitler se permitió nada semejante»[149]. También en las visitas giradas por Genscher a las principales capitales de los países comunitarios recibió algunas respuestas desairadas. Sin abandonar por un momento los recelos, cada uno de los interlocutores aceptó la posibilidad de la unidad alemana si no se ponía en juego el proceso de integración europea y si se confirmaba el sistema de seguridad occidental[150].

El objetivo principal del canciller en aquel delicado momento era convencer al presidente norteamericano de su buena voluntad. Tras la Cumbre de Malta celebrada los días 2 y 3 de diciembre de 1989, la noche de aquel domingo, día 3, Bush llegó a Laeken (cerca de Bruselas) para participar en una reunión de la OTAN. Cenó con Kohl y todo hace indicar que la explicación que este le ofreció sobre sus ideas respecto al futuro de Alemania y Europa fue muy convincente. El presidente norteamericano acudía un tanto contrariado por el Gobierno federal y su Programa de los Diez Puntos. Consideraba que, dada la trascendencia que podía llegar a tener, Washington debería haber sido partícipe del documento. Sin embargo, la conversación durante aquella velada despejó las dudas hasta el punto de que Bush se convirtió en un defensor de los argumentos y del programa de actuación definido por su homólogo alemán. La alocución que pronunció a la mañana siguiente, en la cumbre atlantista, no dejó indiferente a nadie por la sorpresa que produjo su alineamiento con las tesis de Bonn.

De este modo, la reunión al más alto nivel de la OTAN en los primeros días de diciembre despejó las dudas al respecto: los socios atlánticos apoyaron explícitamente la aspiración a que se convirtieran en un solo Estado. En el transcurso de la cumbre, el 4 de diciembre, hizo pública una nota según la cual sus objetivos en el marco de aquel mundo en cambio continuaban siendo los mismos: garantizar la paz, la seguridad y la colaboración entre países dentro de la nueva Europa. Parecía innecesario hacer esta declaración, pero cobraba sentido después del mensaje lanzado por los miembros del Pacto de Varsovia en su reunión del mes de marzo anterior, cuando, ante la profunda crisis interna de la organización de defensa de los países comunistas, muchas de las autoridades de defensa y asuntos exteriores habían declarado en los meses sucesivos la incongruencia de mantener en vigor unas alianzas militares impropias del nuevo contexto de entendimiento en Europa. El ministro de Exteriores soviético, Shevardnadze, había llegado a exponer en público su idea de transformar el Pacto de Varsovia en una suerte de foro político sobre seguridad, y eso solamente si sus miembros así lo acordaban. En caso contrario, podría disolverse[151].

El Consejo de Estrasburgo, previsto para los días 8 y 9 de diciembre —muy poco después de la cumbre atlántica—, era la última gran oportunidad de la presidencia francesa de las Comunidades para afirmar su liderazgo en aquel convulso panorama provocado por la caída del Muro. Mitterrand era consciente de que debía actuar con prontitud y habilidad para no ver su política oscurecida por los acontecimientos desencadenados, ni privada de una continuidad que entendía necesaria para preservar los intereses de Francia en Europa: ahí radicaba su persistencia a la hora de conseguir de Kohl un apoyo explícito a la unión monetaria y a la profundización en las estructuras comunitarias. Por un lado, este marco fortalecido serviría para encauzar la previsible unificación alemana dentro de los límites comunitarios y, por otro, un fortalecimiento del eje París-Bonn restituiría al presidente francés a una posición de influencia que se había visto menguada tras el acercamiento de Bush a las tesis alemanas. Por ello era tan

importante conseguir que Kohl apoyara la convocatoria de las conferencias intergubernamentales.

Por su parte, también la Europa comunitaria tuvo una oportunidad excelente de expresar su opinión ante la cuestión alemana en la citada reunión de Estrasburgo. A pesar de las discrepancias en su seno, la Declaración sobre Europa Central y Oriental entró de lleno en el asunto mientras animaba, a su vez, a los países sovietizados del área a perseverar en el camino recientemente iniciado hacia el Estado de derecho y la defensa de los derechos del individuo, prometiéndoles al mismo tiempo todo el apoyo de las instituciones de Bruselas en la tarea de reconstrucción. A la luz de los fundamentos del proceso de integración, el comunicado esgrimía una serie de principios inapelables. Con una mención expresa al talante reformista de Gorbachov, sin el cual ninguno de los cambios que se percibían hubiera sido posible, los países miembros se congratulaban del proceso abierto, una de cuyas repercusiones, de conformidad con el Acta Final de Helsinki, habría de ser la esperada desaparición de la división de Europa en pro del «fortalecimiento del estado de paz en Europa en que el pueblo alemán recupere su unidad a través de la libre autodeterminación. Ese proceso debería realizarse de forma pacífica y democrática, respetando los acuerdos y tratados […] y en un contexto de diálogo y de cooperación Este-Oeste»; además, tendría que continuar dentro de la vía de unificación seguida desde los Tratados de Roma. En este sentido, concluía, «la construcción europea debe, pues, avanzar: la realización de la Unión Europea permitirá desarrollar mejor un conjunto de relaciones eficaz y armonioso con los demás países europeos»[152].

Durante los días en que se desarrolló el encuentro de Estrasburgo, la mayor parte de los socios, exceptuados Irlanda y España[153] —como veremos más adelante en lo que a nuestro país se refiere—, había puesto reparos al Programa de los Diez Puntos, cuando no lo había criticado abiertamente: solo cedieron ante la insistencia de Kohl para que el texto final reflejara una toma de posición explícita y contundente a favor de la unidad. El canciller tampoco había aceptado que en las conclusiones

apareciera una declaración a favor de la inviolabilidad de las fronteras actuales: se limitó a aceptar la referencia a Helsinki. No obstante, y ante la preocupación existente respecto a la línea Oder-Neisse —manifiesta, sobre todo, en las intervenciones del presidente Mitterrand—, Kohl aseguró su continuidad una vez se hubiera producido la unidad, pues Alemania no tenía ninguna intención de reclamar territorios que históricamente hubieran formado parte de su integridad nacional y volvía a repetir, para tranquilidad de todos, que solo entendía la unificación dentro del proceso de integración europea. Una vez salvado este escollo, Mitterrand asumió que, si no era posible frenar la reunificación, habría que adaptar la política francesa a los inevitables cambios buscando asegurar una línea de acción novedosa y eficaz, y con este fin logró el visto bueno para poner en marcha el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo y un fondo de estabilización para Polonia. Trataba así de asumir una política activa ante las transiciones en ciernes en los países del Este, ampliando su influencia sobre ellos.

El desarrollo y las conclusiones extraídas del Consejo de Estrasburgo podían considerarse un éxito. Se habían salvado las diferencias de partida; los intereses de la RFA respecto a un apoyo —por tibio que fuera en algunos casos— y los de buena parte de los miembros eran compatibles.De hecho, se abrió una nueva fase después de que tanto la OTAN como la CEE aceptaran, e incluso secundaran, la senda hacia la unidad alemana. La cosecha recogida en Estrasburgo también fue abundante y positiva para el proyecto de edificación comunitaria: en 1990 daría los primeros pasos una conferencia intergubernamental para alentar la UEM.

Ello no quería decir que hubieran desaparecido los desacuerdos. Ni británicos ni franceses estaban entusiasmados con la trepidante sucesión de acontecimientos, temerosos ante la inminencia de convivir de nuevo con un gigante en el centro de Europa. Sin embargo, ante la disyuntiva de aceptar y apoyar el proceso o negarse taxativamente, la última opción no era viable debido tanto a la antes citada acogida favorable de Washington como a la sorprendente respuesta soviética, que, frente a lo que había esperado Mitterrand, invitaba al diálogo sin cerrar las puertas a la reunificación. Con

ello se frustraba el intento ensayado por el presidente francés de paralizar el proceso —por lo demás, ya en marcha— mediante un gesto tan simbólico como viajar a la República Democrática Alemana ese mismo mes de diciembre e influir en el Kremlin para hacer un frente común. Como acabamos de ver, Mitterrand hubo de conformarse con presionar a Bonn para que aceptara el anclaje en las Comunidades Europeas y evitara aventuras solitarias capaces de generar un nuevo dominio sobre la Europa central y oriental[154].

Está comprobado que antes, incluso, de caer el Muro París y Bonn habían barajado la posibilidad de la unidad alemana, si bien como algo remoto y circunscrito a la Europa unida. Ni al Reino Unido ni a Francia interesaba una reunificación por la vía rápida. El poder que desde el final de la Segunda Guerra Mundial conservaban como potencias ocupantes mermaría con la emergencia de una Alemania económica y políticamente reforzada, lo cual repercutiría de forma directa en la pérdida de influencia no solo en el panorama europeo, sino también en las relaciones fuera del Viejo Continente. Esto explica que durante los primeros meses mantuvieran una actitud prudente frente a esta cuestión, acercando posiciones con Moscú para obstaculizar un proceso unitario acelerado. La cita, celebrada en Berlín el 11 de diciembre, de los embajadores que en Bonn tenían las cuatro potencias ocupantes puso sobre la mesa lo delicado de la situación: las autoridades germano-occidentales mostraron su desaprobación por no haber sido invitadas. La reunión era importante debido a su profundo contenido simbólico a causa de los muchos años que habían transcurrido desde la última, haciendo patente el lastre del pasado.

La confirmación de que no estaba equivocado en sus propuestas le vino a Kohl de la mano de su visita a Dresde el día 19. Si, en pura lógica, había de contar con el aval de los mandatarios internacionales y de las principales organizaciones supranacionales para llevar a buen puerto sus ideas sobre la unidad, más peso tendría aún la reacción popular. En una era dominada por los medios de comunicación, la impresionante acogida del canciller en territorio de la RDA mostró a los líderes internacionales la frustración social

que nacería si se actuaba en contra de los deseos de la mayor parte de la población. En cuanto llegó al aeropuerto, las expectativas generadas entre los ciudadanos se tradujeron en euforia. Decenas de miles de personas interrumpieron su discurso al grito de «¡Unidad!» mientras le escuchaban prometer elecciones libres para ambos Estados; con ellas, y con la edificación de instituciones confederales, comenzaría una nueva época. A partir de entonces sería imposible romper la esperanza en la unidad; es más, como bien expone Mary Elise Sarotte, después de esta visita y de los encuentros que Kohl mantuvo en Dresde con dirigentes del SED, miembros de la oposición y ciudadanos que salieron a vitorearle, resultaba evidente para todo aquel que no quisiera engañarse que era necesario caminar hacia la unidad por una vía mucho más rápida que la de una confederación, cuya demora en el tiempo se haría intolerable para la mayoría[155].

Kohl había viajado para entrevistarse con Modrow con el fin de adelantarse a la visita prevista de Mitterrand a Berlín Este. Conocía la ebullición de las calles y la excelente acogida de que fue objeto —como acabamos de comentar— serviría de elemento de presión ante lo que el presidente francés pudiera ofrecer. De hecho, fue el primer test de popularidad de Kohl en la República Democrática, lo cual también constituía una demostración de fuerza frente a otros líderes —como Willy Brandt— hasta entonces muy bien valorados, pero pertenecientes a otras formaciones políticas.

La primera semana de diciembre Mitterrand se había entrevistado con Gorbachov, a quien recordó, en una velada referencia a la Casa Común del mandatario soviético, que la unidad alemana solo tenía cabida dentro de las estructuras de integración europeas, no solo las comunitarias, sino también las de una Europa más amplia, lo cual garantizaría la seguridad de las fronteras y la estabilidad del continente. Pese a su renuencia, el presidente francés era consciente de que no había muchas alternativas[156].

Con inquietud, aunque también con satisfacción por el éxito de la cumbre europea, Mitterrand se trasladó pocos días después —como acabamos de señalar— a la República Democrática Alemana, para disgusto de las

autoridades de Bonn por lo que entendían como una injerencia cuyo único beneficiario era el propio presidente francés, puesto que, consideraban, no aportaría nada al difícil equilibrio de intereses en el que se jugaba la partida por la unificación. Más bien, al contrario: en la Cancillería se temía alguna maniobra dilatoria o, incluso, paralizadora por parte del Elíseo. Si seguimos las declaraciones de Mitterrand desde que se reactivó la cuestión alemana, ciertamente, nunca opuso resistencia a dicha unidad; eso sí, insistió una y otra vez en cómo el proceso debería desarrollarse de una forma pausada y respetando la incardinación plena del nuevo país en la Europa comunitaria con el objetivo de mantener el necesario equilibrio en el Viejo Continente. Al fin y al cabo, y a pesar de las transformaciones operadas, en aquellos momentos continuaba plenamente vigente el orden internacional de Guerra Fría en Europa, y ahí radicaba, entre otros motivos de interés nacional, la apuesta de Mitterrand por un periodo prolongado en el tiempo durante el cual los mecanismos previstos para la unidad pudieran ajustarse a la propia evolución de la integración comunitaria.

Estas ideas respecto a una unificación lenta, siempre vinculada a la construcción europea, y favorable, a su vez, a ganar el apoyo de Gorbachov —cuya posición, según París, peligraba debido a la reacción cada vez más adversa que su política de repliegue internacional generaba no solo entre la cúpula sino entre amplios sectores de la población de la URSS— fueron las que trasladó a Kohl en su encuentro en Soustons, al sur de Las Landas en los primeros días de 1990[157]. Este comprobó de primera mano el enorme impacto internacional del discurso que había pronunciado a finales de noviembre en el *Bundestag* y trató de tranquilizar a Mitterrand ofreciéndole alcanzar una posición conjunta que destacara los elementos que compartían y que, incluso, se verían favorecidos por la unificación: unas relaciones franco-alemanas más estrechas todavía y una firme colaboración para profundizar en las políticas comunitarias. Ciertamente, este último elemento era de suma importancia, no solo para París, sino también para Bruselas. La economía alemana era un pilar insustituible de la comunitaria y una mirada excesiva hacia el Este podía hacer peligrar el proyecto auspiciado por el

presidente de la Comisión, Jacques Delors, a favor de una mayor integración europea. Delors era partidario de la unión económica entre los dos Estados alemanes, hecho, sin duda, beneficioso también para una futura unidad política, pero Bonn no debía olvidar sus responsabilidades europeas. Es más, en estas circunstancias debía comportarse como un país en la vanguardia de la integración, despejando así las sospechas que pudieran cernirse sobre su compromiso.

La sucesión de acontecimientos en la RDA —en concreto, la continuada sangría de refugiados hacia territorio federal, una de las manifestaciones del colapso de su economía— fortalecía la actitud de Kohl, inclinado a ahorrar etapas en pro de una unidad lo más rápida posible. La clave residía en la economía, en ofrecer una unión económica y monetaria entre ambos Estados. Constituía, en principio, una tabla de salvación para el Gobierno de Modrow aunque, por otra parte, dejaba en manos de Kohl la primacía a la hora de presentarse como el gran artífice de la unidad. El plan se presentó a principios de febrero y, como otras decisiones anteriores de Kohl, constituyó un auténtico aldabonazo en las cancillerías europeas y en la propia Alemania. Si en algo coincidían en la RDA tanto los más reacios como los más fervientes defensores de la reunificación era en el fiasco económico, con lo cual el amparo de la gran potencia hermana sería muy bien recibido en todos sus sectores sociales, así como en el Gobierno. Más reticencias existían entre los expertos de la RFA, entre ellos, grandes empresarios, el presidente del Banco Federal, Karl Otto Pöhl, y el ministro de Economía, Helmut Haussmann, para quienes había que actuar con mucho cuidado, ajustándose estrictamente a unas condiciones preestablecidas y en un proceso gradual en el que se contemplara la acomodación de precios a los costes reales. La economía del Este caería en una profunda depreciación, como lo haría su competitividad[158]. Tampoco los asesores financieros con influencia en la Comisión veían con claridad las posibilidades de culminar con acierto un proceso cuyas consecuencias podrían acarrear un crecimiento de la inflación en toda Alemania, un

abrumador déficit público y, en consecuencia, repercusiones muy negativas en la economía comunitaria.

Al margen de las complicadas cuestiones estrictamente económicas, el atractivo del marco occidental entre la población del Este quedaba fuera de toda duda, más aún tras el compromiso público del canciller Kohl de que ningún ciudadano saldría damnificado y pronto se homologarían los niveles de vida a uno y otro lado de la frontera actual. Si el paso resultaba exitoso, Kohl tendría prácticamente asegurada la vía hacia la unidad rápida[159]. Como indicábamos antes, en consonancia con lo ocurrido tras el anuncio del Programa de los Diez Puntos, las reacciones ante la propuesta sin consulta previa con sus socios provocaron el desasosiego, aunque ya más matizado en el caso de París. Mitterrand había asumido la unidad alemana como inevitable a corto plazo, por lo que desplazó el foco de sus intereses hacia un compromiso de Bonn con la unidad europea reforzada. Mucho más airada fue la respuesta de Margaret Thatcher, cuyo discurso se centraba en que la unidad alemana era ahora secundaria en función de la débil posición de Gorbachov.

La adhesión de Gorbachov a las tesis reunificadoras fue tan decisiva como el apoyo norteamericano. En los últimos días de enero de 1990 el primer ministro de la RDA, Hans Modrow, a quien el líder soviético apreciaba por sus cualidades políticas y sus auténticos afanes reformadores —frente a sus inmediatos predecesores—, visitó Moscú para tratar, entre otras cosas pero fundamentalmente, el horizonte de una previsible unidad. Modrow salió convencido de que, ante la buena disposición de Gorbachov, cabían pocas dudas al respecto. Al soviético le interesaba mantener una estrategia de seguridad que, aun aceptando en la práctica la hegemonía norteamericana, no repercutiera negativamente en su legitimidad interna y diera, en cambio, solidez a su idea de la Casa Común Europea: la convivencia pacífica y en buena sintonía tras el anuncio del fin de la Guerra Fría. De ahí se desprendía, también, lo que había sido una constante del discurso soviético una vez que se hubo desatado el debate sobre el futuro de una Alemania unida: el respaldo de Moscú quedaba condicionado a una

neutralidad alemana en el nuevo contexto europeo posterior a la Guerra Fría.

De este modo, el final de la década de los ochenta reabría con crudeza las discusiones sobre la seguridad en el Viejo Continente. La distensión entre las dos superpotencias constituía un punto de partida favorable, pero las autoridades de Bonn eran conscientes de la necesidad de poner en práctica una diplomacia muy sutil para convencer a norteamericanos, a soviéticos y al resto de socios europeos de que el sistema de seguridad tras la unificación no variaría ostensiblemente la naturaleza pacífica y proclive al acuerdo en función del desarme del nuevo contexto europeo. Si Alemania se unificaba, el país alcanzaría un potencial económico y militar de primer orden, lo cual suscitaba un indisimulado temor en las cancillerías occidentales aun cuando el país quedara bajo el paraguas de Bruselas. Había que buscar una vía a favor de un entendimiento entre soviéticos y europeos occidentales cuyo fundamento ya no fuera el del permanente enfrentamiento de bloques de la Guerra Fría, sino el de la convivencia pacífica entre sistemas diferentes.

Se trataba de convencer al Kremlin de que una Alemania integrada en la OTAN no suponía una amenaza mayor para el equilibrio continental, ni mucho menos para la seguridad de la URSS. Los tiempos de búsqueda de mayor concordia inaugurados por la llegada de Gorbachov al poder en 1985 y el propio transcurso de las relaciones entre Moscú y Washington a lo largo del lustro siguiente respaldaban esta posibilidad. La idea de la Administración americana de robustecer la vertiente política de la Alianza para construir más puentes de diálogo, convirtiendo paulatinamente la imagen de una organización militar amenazadora en un instrumento de seguridad global, podía ser muy útil a efectos de alcanzar un acuerdo.

Por si el cambio del escenario europeo no fuera suficiente, Estados Unidos aspiraba a reducir su contribución económica y material a la OTAN, buscando una mayor implicación de sus socios continentales al respecto, y Alemania podía servir de acicate por la fortaleza de su economía. Todos esperaban mucho de Bonn, pero era muy complicado satisfacer los distintos

intereses, muchas veces enfrentados: neutralidad para los soviéticos, mayor peso dentro de la Alianza para los norteamericanos —e, incluso, para los británicos, aunque comprendieran que con ello podía menguar su propia influencia— y, para los franceses, una defensa más propiamente europea dentro de una Unión fortalecida[160].

En aquel difícil contexto, el Gobierno de la RFA puso encima de la mesa el Plan Genscher, elaborado tiempo atrás por un equipo elegido por el ministro de Exteriores. Propuesto en febrero de 1990, establecía que los efectivos militares soviéticos continuaran en los territorios germano-orientales durante un periodo transitorio con el compromiso de la OTAN de no desplegar sus fuerzas en la zona[161]. Su contenido se alejaba poco de las pretensiones de la Alianza, pues recogía la idea de que la unificación territorial de las dos Alemanias mantendría al nuevo Estado dentro de aquella. Sin embargo, para lograr la aquiescencia soviética había que infundir confianza potenciando su vertiente política favorable a la cooperación europea, además de insistir en el desarme, una línea de actuación factible teniendo en cuenta el acuerdo logrado entre las superpotencias sobre la reducción de las armas nucleares. Para Gorbachov, asfixiado por una crisis económica que no tenía visos de mejorar, el ahorro en defensa formaba parte de su programa en política de seguridad, por lo cual parecía posible un entendimiento con Washington, cuyo Gobierno llevaba reclamando más implicación de sus aliados para aminorar su presencia en el continente. Aunque por distintos motivos, las autoridades británicas y francesas eran reticentes a esta línea de actuación; sin embargo, el mero hecho de suscitarse el debate suponía ya un avance interesante[162].

La cuestión fronteriza estaba estrechamente relacionada con la seguridad y era otro punto importante a la hora de clarificar la voluntad dialogante de Bonn, renunciando a posibles aspiraciones de carácter irrendentista. Kohl había adoptado una posición muy vaga respecto a la aceptación de las fronteras trazadas después de la Segunda Guerra Mundial. Desde el punto de vista jurídico, Alemania no tenía firmado ningún tratado de paz, por lo

que cabía la posibilidad de una modificación siempre que fuera consensuada.

El 25 de febrero de 1990, después de su visita a Camp David, Kohl provocó un auténtico terremoto diplomático al no dejar clara su postura respecto a las futuras fronteras de Alemania y afirmar, después de la rueda de prensa, que esa era una cuestión que debía dirimir un Gobierno elegido libremente tras la unificación: no había que mezclar el tema fronterizo con la unidad. Por su parte, Bush se mostró tajante al argumentar que Estados Unidos reconocía la inviolabilidad de las fronteras en Europa. Inmediatamente, Margaret Thatcher reaccionó insistiendo en que solo aceptaría la unidad si previamente quedaba asegurada la frontera del Oder-Neisse, una apreciación en la que la acompañaron los restantes socios comunitarios. La ambigüedad calculada de Kohl confirmaba a Mazowiecki la necesidad de cerrar el problema fronterizo germano-polaco antes de que se produjera la unificación.

Dentro de las propias filas de sus aliados liberales del FDP también se presionaba a Kohl para que abandonara una postura que, como finalmente hubo de reconocer, podría minar sus ahora grandes posibilidades de éxito electoral en diciembre de aquel año de 1990. En efecto, su vaguedad inicial respecto al reconocimiento de la frontera Este tuvo mucho que ver con la cita electoral. La caída del Muro y sus consecuencias inmediatas se desarrollaron en el contexto de la celebración de unos comicios cuyos previsibles resultados no habían arrojado hasta hacía poco buenas expectativas para la CDU. El canciller sabía que los refugiados llegados de otros países del Este hacía décadas entendían la aceptación de la frontera como una traición, peligrando así uno de los tradicionales caladeros de votos de la CDU[163].

El 8 de marzo el *Bundestag* aprobó una resolución por la que aceptaba los límites fronterizos sin excepción[164]. El aplastante triunfo de Alianza para Alemania, la coalición auspiciada por Kohl en los comicios germano-orientales celebrados diez días después de adoptarse la citada resolución, confirmó el fino olfato político del canciller: la vía rápida hacia la

unificación trazada por Alianza para Alemania había encontrado eco en la población, lo cual presionaba al resto de partidos alemanes para reaccionar favorablemente ante esta vía si no querían quedar marginados del proceso. El amplio respaldo popular a las tesis de Kohl también despejaba dudas sobre su liderazgo y obligaba a los Gobiernos aliados a flexibilizar sus conclusiones para apoyar la unidad nacional.

A pesar de este éxito, las presiones de todo tipo —incluidas las de su propio partido— hicieron variar la postura inicial del canciller, de tal modo que el 21 de junio de aquel año el *Bundestag* y la *Volkskammer* aprobaron, por una inmensa mayoría, una misma resolución que dejaba las fronteras tal como estaban. Aunque, en principio, estas resoluciones parlamentarias no cambiaban nada (pues aceptaban tanto los tratados firmados entre la RDA y Polonia el 6 de julio de 1950 y el 22 de mayo de 1989 como el suscrito por la RFA y Polonia el 7 de diciembre de 1970 sobre las «Bases para normalizar las relaciones mutuas»), suponían ante Europa la garantía de que el irredentismo quedaba completamente marginado en la futura Alemania unificada.

En estas circunstancias, Mitterrand centró el discurso europeísta y presentó una CEE reforzada como el mejor marco posible para el porvenir de la nueva Alemania dentro de la nueva Europa. De este modo, la imposibilidad práctica de frenar el proceso unitario podría propiciar un salto cualitativo en la integración europea. Además de por propia convicción del canciller, el presidente de la Comisión Jacques Delors había sido uno de los más firmes defensores de profundizar en el proyecto comunitario a través de la Unión Económica y Monetaria hasta el punto de lograr la anuencia de la mayoría de los socios. El momento era, pues, muy propicio para anclar al Gobierno federal —y al futuro Ejecutivo de la Alemania unificada— en una posición de vanguardia a favor de la UEM.

La reunión extraordinaria del Consejo Europeo de Dublín celebrada el 28 de abril de 1990 supuso una ocasión inmejorable para analizar cómo la vertiginosa aceleración de los acontecimientos influía en el presente y en el futuro inmediato de las Comunidades Europeas. Para empezar, quedó

patente el acercamiento de posiciones entre París y Bonn respecto a que, primero, la Conferencia Intergubernamental iniciara su andadura tras las elecciones alemanas de diciembre, con la previsible victoria de Kohl, y, segundo, este respaldase las tesis francesas de comenzar una línea de trabajo comunitaria para ir definiendo una política de seguridad conjunta. Además del respaldo a la UEM, los socios exigieron —y obtuvieron, como era de esperar— la confirmación alemana de aceptar sin cambios las fronteras[165]. El Reino Unido fue el país con perfil más bajo en esta importante cumbre dublinesa. Los vientos favorables tanto a la unidad de Alemania como a la consolidación de las instituciones y las políticas comunitarias soplaban en contra de Downing Street; la escasa flexibilidad mostrada en estas cuestiones por la primera ministra británica la alejaba, incluso, de su tradicional aliado norteamericano.

La adhesión de la RDA a las Comunidades constituyó un caso único hasta el momento. Al integrarse en la República Federal, ampliada territorialmente por este motivo, Bruselas no hubo de aplicar el artículo 237 CEE, concebido para incorporar a un tercer Estado. La consecuencia fue la aplicación del derecho comunitario sin alterar los tratados, de ahí que la reunión extraordinaria aprobara un plan de tres fases para que el proceso tuviera lugar de la forma más rápida y ordenada posible. El primer episodio comenzaría el 1 de julio con la entrada en vigor del Tratado de Unión Monetaria, Económica y Social, cuyo objetivo era poner las bases de una economía de mercado y, por tanto, lograr de forma escalonada la acomodación en este campo tanto de la legislación de la República Federal como de la de la CEE. Se trataba, pues, de que a partir de dicha fecha de 1 de julio las autoridades de la RDA pusieran en marcha políticas orientadas a seguir las pautas comunitarias.

Según veremos más adelante, el Tratado introduciría el marco alemán como moneda única, el sistema fiscal de la RFA y las normas de la PAC, así como el régimen de propiedad privada individual, competencia, libertad contractual, libre circulación de capitales, trabajadores, mercancías y servicios; quedaría eliminado el monopolio estatal sobre el comercio

exterior. Por otro lado, el derecho social vigente en la República Federal se extendería también a la zona oriental. En cuanto al Consejo de Ayuda Económica Mutua, el Tratado se mostraría a favor de mantener los acuerdos para respetar los intereses de las partes[166].

El segundo periodo iba a iniciarse el 3 de octubre de 1990 con la unificación política: al formar los antiguos territorios de la RDA parte de un Estado comunitario, la legislación de la CEE cobraría en ellos plena vigencia. La Comisión estableció excepciones transitorias para que algunos sectores más problemáticos pudieran adecuarse gradualmente a las exigencias del nuevo marco legal europeo. De este modo, la flota de la ex RDA duplicaba la de la República Federal y tendría que reducirse, urgía articular una política que eliminara las subvenciones a la agricultura y habría que desmontar numerosas instalaciones industriales a causa de sus altos índices de contaminación[167].

Finalmente, la tercera fase daría comienzo cuando concluyera la puesta en práctica de las medidas transitorias establecidas por la Comisión. En esta fase operaría el acervo comunitario y con ella se daría por finalizado el proceso de integración de la antigua RDA en el espacio comunitario.

La posición de España

La primera presidencia española de las Comunidades durante el semestre enero-junio de 1989 coincidió con un momento convulso para el comunismo en Europa, aunque pocos imaginaban la caída del Muro de Berlín que iba a producirse en noviembre. Aquel año en que iba a cambiar el mundo tenía una especial relevancia para España si consideramos que, después de los largos años de negociaciones para su incorporación a las Comunidades, estaba ya plenamente inserta dentro de la política occidental no solo como miembro comunitario, sino como parte activa del Consejo de Europa, de la Unión Europea Occidental y de la OTAN. El hecho de asumir esta presidencia suponía sin duda un reto, pero era también la demostración palmaria de que el Gobierno de Madrid había devuelto al país un cierto

peso en Europa. Como prueba concluyente de su solvencia, aquel mismo año iba a participar en la creación del Sistema Monetario Europeo. Por tanto, al caer el Muro, España estaba en condiciones óptimas para acometer los desafíos del incipiente nuevo orden internacional[168].

Durante la celebración del Consejo Europeo de Madrid en el mes de junio de 1989 los mandatarios comunitarios fueron conscientes de la trascendencia que había tenido la mejora de relaciones entre los dos bloques, sobre todo gracias a la política aperturista de Mijaíl Gorbachov, la cual auguraba el inicio de una etapa de distensión y no tanto el desplome del sistema socialista en Europa y la disolución de la Unión Soviética. Con todo, podían percibirse algunos indicios del cambio radical que se estaba gestando. El ejemplo más evidente era Polonia, donde unos días antes de dicho Consejo Europeo habían tenido lugar elecciones parlamentarias que, si bien no totalmente libres todavía, habían dado paso a un triunfo abrumador de Solidaridad, el principal foco de oposición al Gobierno comunista. Por ello, distintos dirigentes europeos habían animado a los ciudadanos de los países sovietizados a continuar presionando de forma pacífica a sus respectivos Gobiernos para que se abriese una vía a la democracia; y las «Conclusiones de la presidencia española» recogían ahora este sentir general, instando a poner cuanto antes fin a la división artificial del Viejo Continente[169].

Los acontecimientos se precipitaron. Si en mayo las autoridades húngaras comenzaban a desmantelar, literalmente hablando, el Telón de Acero —al abrir su frontera, más que simbólica, con la vecina Austria—, en agosto Tadeusz Mazowiecki, uno de los líderes más conspicuos de Solidaridad, pasaba a presidir en Polonia el primer Gobierno de mayoría no comunista después de cuarenta años. Apenas había transcurrido un mes cuando, entre el 3 y el 5 de octubre, los reyes de España permanecieron en Polonia para expresar a Mazowiecki, en nombre de todo el pueblo español, su apoyo al primer país de Europa oriental que iniciaba una andadura democrática. Era una preocupación que alcanzaba a todas las cancillerías occidentales: en la cumbre hispano-francesa celebrada en Valladolid a finales de aquel mes de

octubre François Mitterrand y Felipe González apostaron por robustecer políticamente las Comunidades para dar respuesta a los cambios que se avecinaban, además de felicitarse por la senda hacia un auténtico socialismo democrático emprendida por los países del Este.

Dos semanas después, la caída del Muro de Berlín la noche del 9 de noviembre ponía punto final al ensayo comunista en Europa. A partir de entonces, la transición a la democracia en dichos países iba a ir inextricablemente unida a la idea del «retorno a Europa», entendida como su vinculación a las instituciones comunitarias.

La posible unificación de Alemania supuso una primera oportunidad. Evidentemente, España no estaba condicionada por el legado histórico que sí tenía un peso determinante en Francia, Gran Bretaña y Bélgica, pero era consciente de las consecuencias geoestratégicas y defensivas que podían derivarse[170]. De todos modos, el Gobierno socialista mostró su apoyo al canciller Helmut Kohl en su idea de alcanzar una unidad rápida de los dos Estados germanos. Como recuerda Ángel Viñas, «González se batió incansablemente, de consuno con Jacques Delors, para que la reunificación alemana, que ambos consideraban imparable, se hiciera suavemente dentro del marco comunitario»[171]. El propio presidente González fue el primer líder europeo en felicitar telefónicamente a su homólogo alemán tras la caída del Muro de Berlín[172]. En el Consejo Europeo de Estrasburgo de diciembre de 1989, los representantes españoles apoyaron la entrada de la República Democrática Alemana en las Comunidades como parte de la República Federal y, en mayo del año siguiente, en la cumbre de la OTAN celebrada en Londres, apostaron firmemente por la reunificación[173]. Evidentemente, esta actitud, tan diferente de la mostrada en otras capitales europeas como Londres o París, tuvo consecuencias en un futuro inmediato, concretamente, en el apoyo brindado por Bonn en algunos momentos determinantes de las discusiones sobre el presupuesto comunitario.

[132] «Vor dem Schöneberger Rathaus in Berlin am 10. November 1989», en AUSWÄRTIGES AMT (ed.), *Aussenpolitik der Bundesrepublik Deutschland: Dokumente von 1949 bis 1994*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1995, pp. 618-622.

[133] HERTLE, Hans-Hermann, *Der Fall der Mauer…*, *op. cit.*, pp. 487-488.

[134] Cit. en SHEEHAN, James J., «The Transformation of Europe and the End of the Cold War», en ENGEL, Jeffrey A. (ed.), *The Fall of the Berlin Wall…*, *op. cit.*, p. 56.

[135] SHEVARDNADZE, Eduard, *El futuro pertenece a la libertad*, *op. cit.*, pp. 75-76.

[136] BUSH, George H. W. y SCOWCROFT, Brent, *A World Transformed*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1998, pp. 41-44.

[137] Véase SAVRANSKAYA, Svetlana, «In the Name of Europe» y REY, Marie-Pierre, «Europe in our Common Home: a Study of Gorbachev's Diplomatic Concept», en *Cold War History*, vol. 4, n.º 2 (2004), pp. 33-65.

[138] Cit. en MONEDERO, Juan Carlos, «El hechizo de la montaña mágica. El proceso de unificación alemana: causas y consecuencias», en MONEDERO, Juan Carlos (comp.), *El retorno a Europa. De la Perestroika al Tratado de Maastricht*, Madrid, Editorial Complutense, 1993, p. 92.

[139] El texto se encuentra en VON MÜNCH, Ingo (Ed.), *Dokumente der Wiedervereinigung Deutschlands*, Stuttgart, Kröner, 1991, pp. 33-57.

[140] O'DOCHARTAIGH, Pól, *Germany since 1945*, *op. cit.*, p. 190.

[141] ÁLVAREZ DE TOLEDO, Alonso, *En el país que nunca existió. Diario del último embajador español en la RDA*, Madrid, Muchnik, 1990, p. 89.

[142] GLOTZ, Peter, *Der Irrweg des Nationalstaats*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1990.

[143] «Zehn-Punkte-Programm zur Überwindung der Teilung Deutschlands und Europas: Rede vom Bundeskanzler Kohl vor dem Deutschen Bundestag am 28. November 1989 (Auszüge)», en AUSWÄRTIGES AMT (ed.), *Aussenpolitik der Bundesrepublik Deutschland...*, *op. cit.*, pp. 632-638.

[144] Véase ADOMEIT, Hannes, «Gorbachev and German Unification: Revision of Thinking, Realignment of Power», *Problems of Communism*, n.º 39 (July-August, 1990), pp. 1-24.

[145] ROSS, George, *Jacques Delors and European Integration*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 49.

[146] GENSCHER, Hans-Dietrich, *Rebuilding a house divided*, Nueva York, Broadway Books, 1998, pp. 306-310.

[147] THATCHER, Margaret, *The Downing Street Years*, Nueva York, Harper Collins, 1993, p. 791.

[148] TELTSCHIK, Horst, *329 días: desde la caída del Muro hasta la reunificación alemana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1994, p. 71.

[149] Cit. en SAROTTE, Mary Elise, 1989. *The Struggle to Create*…, op. cit., p. 76.

[150] GENSCHER, Hans-Dietrich, *Rebuilding a House Divided*, *op. cit.*, pp. 306-310.

[151] MALLERET, Thierry y DELAPORTE, Murielle, *L'Armée rouge face à la Perestroika*, Bruselas, Éditions Complexe, 1991, p. 276.

[152] *Conclusiones de la Presidencia*. Consejo Europeo. Estrasburgo, 8 y 9 de diciembre de 1989, pp. 14-16; «www.consilium.europa.eu/media/20576/1989_diciembre_-_estrasburgo_es.pdf» (consultado el 20 de enero de 2018).

[153] KOHL, Helmut, *Erinnerungen, 1982-1990*, Munich, Droemer, 2005, pp. 1012-1013.

[154] Véase LION BUSTILLO, Javier, «La diplomacia francesa ante la unificación alemana (1989-1990)», *Revista de Historia Actual*, n.º 1 (2003), pp. 127-139.

[155] SAROTTE, Mary Elise, 1989. *The Struggle to Create…*, *op. cit.*, pp. 86-87.

[156] BOZO, Frédéric, *Mitterrand, the End of the Cold War and German Reunification*, Nueva York, Berghahn Books, 2009, pp. 135-137.

[157] SCHABERT, Tilo, *How World Politics is Made: France and the Reunification of Germany*, Columbia, University of Missouri Press, 2009, pp. 278-280.

[158] JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya. Problemes y reptes de la unificació*, Vich, Eumo Editorial, 2003, p. 164.

[159] POND, Elizabeth, *Beyond the Wall. Germany's Road to Unification*, Washington, The Brookings Institution, 1993, p. 171.

[160] GENSCHER, Hans-Dietrich, «German Responsibility for a Peaceful Order in Europe», en ROTFELD, Adam y STÜTZLE, Walther (eds.), *Germany and Europe in Transition*, Oxford, Oxford University Press, 1992, pp. 22-29.

[161] SÁNCHEZ PEREYRA, Antonio, *Geopolítica de la expansión de la OTAN*, Méjico D. F., Plaza y Valdés-UNAM, 2003, pp. 45-46.

[162] Todo este proceso está muy bien analizado en SZABO, Stephen, *The Diplomacy of German Unification*, Nueva York, St. Martin's Press, 1993, pp. 57-60.

[163] MERKL, Peter H., *German Unification in the European Context*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1993, pp. 36-39.

[164] TELTSCHIK, Horst, *329 días…*, *op. cit.*, pp. 194-195.

[165] «www.consilium.europa.eu/media/20567/1990_abril_-_dublin_es_.pdf» (consultado el 10 de febrero de 2018).

[166] LÓPEZ AISA, Manuel Ricardo, «La integración de la República Democrática Alemana en las Comunidades Europeas», *Cuadernos del Este*, n.º 4 (1991), p. 76.

[167] *Ibid*., p. 77.

[168] VIÑAS, Ángel, «Breaking the Shackles from the Past: Spanish Foreign Policy from Franco to Felipe González», en BALFOUR, Sebastian y PRESTON, Paul (eds.), *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*, Londres, Routledge, 1999, p. 263.

[169] *Conclusiones de la Presidencia*. Consejo Europeo. Madrid, 26-27 de junio de 1989; https://www.cvce.eu/obj/ (consultado el 15 de junio de 2018).

[170] MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, «España en la Comunidad Europea: el desafío de la ampliación al este de Europa», en SOTO CARMONA, Álvaro y MATEOS LÓPEZ, Abdón (dirs.), *Historia de la época socialista en España: 1982-1996*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 315-320.

[171] VIÑAS, Ángel, *Al servicio de Europa. Innovación y crisis en la Comisión Europea*, Madrid, Ediciones Complutense, 2004, p. 6. El mismo autor insiste en estos términos: «Quizá uno de los ámbitos en los que la diplomacia de Felipe González y Francisco Fernández Ordóñez más contribuyó a realzar la política exterior española se encuentre, no obstante, en el apoyo intensivo y sin fallas que ambos prestaron a la unificación alemana», en «Dos hombres para la transición externa: Fernando Morán y Francisco Fernández Ordóñez», *Historia Contemporánea*, n.º 15 (1996), p. 281.

[172] KOHL, Helmut (con Kai Dirkmann y Rulf Georg Reuth), *Ich wollte Deutschlands Einheit*, Berlín, Propyläen, 1996, pp. 143 y 197. Precisamente, el día de la caída del Muro Felipe González se encontraba de visita oficial en Hungría para entrevistarse con Miklós Németh, primer ministro de la nueva República.

[173] ORTEGA, Andrés, «Spain in the Post-Cold War World», en GILLESPIE, Richard, RODRIGO, Fernando y STORY, Jonathan (eds.), *Democratic Spain. Reshaping external Relations in a Changing World*, Londres, Routledge, 1995, p. 179.

6. LAS ELECCIONES DE MARZO A LA *VOLKSKAMMER*

Una convocatoria decisiva

Antes de la deriva hacia la unidad, la fuerza de los movimientos de oposición quedó demostrada por la aceptación del SED a debatir con ellos en una Mesa Redonda, una fórmula practicada con éxito en otros países del bloque socialista. Así, Gobierno y oposición se verían las caras para discutir sobre las inevitables reformas. Por supuesto, esta primera ronda negociadora solo pudo tener lugar una vez defenestrado Honecker. El 7 de diciembre, representantes de Nuevo Foro, Democracia Ahora, Iniciativa para la Paz y los Derechos Humanos, Despertar Democrático y el SPD refundado de la RDA se reunieron con los líderes del SED. La Mesa continuaría reuniéndose para evaluar la marcha de los acontecimientos y controlar en la práctica las acciones del Gobierno. Modrow aceptó el desmantelamiento —si bien progresivo— de la Stasi; nombró un nuevo responsable hasta el momento definitivo y cambió el nombre por el de «Oficina para la Seguridad Nacional».

Además de convocar elecciones a la *Volkskammer*, la otra gran decisión de la Mesa fue erigirse en asamblea constituyente para redactar un nuevo texto legal e iniciar con él una nueva andadura como Estado. Helmut Kohl ya había propuesto el Programa de los Diez Puntos y tanto Gobierno como oposición eran conscientes del atractivo, para una gran parte de la población, de esa suerte de Estado confederal al que se refería el canciller de la RFA[174]. La ya citada visita de Kohl a Dresde el 19 de diciembre desbordó las expectativas puestas en una multitudinaria bienvenida al canciller. Miles de personas de toda condición salieron a la calle para pedirle una apuesta decidida por la unidad rápida que hacía saltar todas las

previsiones respecto a una transición lenta y gradual. La presión popular favorecía la posición del canciller y obligaba a las instituciones a plegarse a este clamor.

Modrow era consciente de lo delicado de su situación. Presionado por el Partido, por los movimientos de oposición, por su poderosa vecina y por el entorno europeo e internacional, había pasado en muy poco tiempo de ocupar un puesto político de escasa relevancia a liderar un Estado a la deriva. Morigerado en sus formas, sorteó como pudo la incesante mirada de los medios de comunicación para mantener el timón de una nave azotada por los elementos. Sin duda, un momento decisivo llegó el 22 de diciembre de 1989, cuando, junto a Kohl, Erhard Krack y Walter Momper —respectivos alcaldes de Berlín Este y Berlín Oeste— abrieron, en un gesto simbólico, la puerta de Brandeburgo: caras sonrientes, apretones de manos, miles de berlineses a uno y otro lado acompañando a las autoridades y cientos de cámaras de todo el mundo retransmitiendo el acontecimiento.

Unos días antes, Modrow y Kohl habían acordado iniciar negociaciones para alcanzar un tratado conjunto. Las esperanzas para que el entendimiento condujese a una suerte de confederación aumentaban día a día. En efecto, ante la fuerte contestación social, Modrow había reaccionado proponiendo una fórmula de colaboración estrecha con la RFA que, a su vez, garantizara la continuidad del Estado germano-oriental. Sabía que el tiempo corría en su contra, pues crecía el sentimiento unitario mientras se diluía la lealtad a la RDA; ahí radicaba su propuesta de «comunidad contractual» entre ambos Estados. Sin embargo, la marea de los acontecimientos terminaría arrollando sus propuestas.

Por su parte, la Mesa Redonda seguía trabajando a comienzos de enero de 1990 mientras los problemas dentro de la coalición gubernamental se agravaban. Cabía la posibilidad de que una crisis en el ejecutivo empeorase todavía más las cosas. La convocatoria de elecciones libres para la *Volkskammer* el día 6 de mayo parecía en aquel momento muy lejana; de hecho, la Mesa Redonda propuso adelantarlas al 18 de marzo, fecha que fue aceptada por la cámara legislativa. A su vez, Modrow planteó ampliar el

número de ministros en lo que denominó «un Gobierno de responsabilidad nacional» con el fin de extender la base de legitimidad, tratando de atraer el apoyo de la población. Así, el 5 de febrero la *Volkskammer* aceptó la propuesta de ocho nuevos ministros sin cartera, provenientes de los grupos que participaban activamente en la Mesa Redonda. Esta concluyó sus sesiones el 12 de marzo, a las puertas de las elecciones, tras terminar de redactar un proyecto de constitución que los diputados salidos de las urnas deberían debatir.

El «Gobierno de responsabilidad nacional» agrupó a representantes de trece partidos y grupos políticos. Entre los nuevos ministros figuraban destacados miembros de la oposición, entre ellos Sebastian Pflugbeil, de Nuevo Foro; Gerd Poppe, de Iniciativa de Derechos Humanos, y Rainer Eppelmann, de Despertar Democrático. Sin duda alguna, el gabinete ganó en músculo político al fomentar con sus colegas del SED debates más constructivos sobre la realidad que atravesaba el país. La economía se hacía presente en todos los discursos. El 5 de febrero el Gobierno afirmó que «la producción en 1990 estaba cayendo al nivel de 1985»[175]. La ministra de Economía, Christa Luft, comenzó, sin más demora, a aprobar medidas tendentes a poner las bases de una economía de mercado (propiedad privada, precios libres), unidas a la solicitud a Bonn de una ayuda cifrada entre 10.000 y 15.000 millones de DM para renovar las infraestructuras industriales y poder afrontar los gastos derivados de la protección social.

Era evidente —para quien quisiera verlo— que en aquellos primeros meses de 1990 la República Democrática se encontraba al borde del colapso. Los datos económicos ofrecían un panorama desolador; no podía ocultarse por más tiempo el absoluto fiasco del sistema planificador, como tampoco la ausencia de legitimidad de un Régimen incapaz de satisfacer las demandas de mejora del nivel de vida y de democratización. El ejemplo del bienestar existente en la República Federal fue cundiendo cada vez más entre la población del Este, y a él, desde Berlín Este, no se podía oponer más que una constante y ya muy desgastada llamada a la solidaridad para salir adelante. El 13 de febrero, acompañado de varios miembros de su

Gobierno y de la nueva Mesa Redonda, Modrow visitó a Kohl. El canciller federal podía exhibir los éxitos de su política y ser generoso con la propuesta de unión económica, aunque rehusó aceptar la petición de su homólogo de nuevas ayudas financieras.

De vuelta en Berlín Este, Modrow explicó ante los representantes de la Mesa Redonda la única cosecha positiva del encuentro: la agilización de las negociaciones para la unidad monetaria y la posibilidad de alcanzar un marco federal o confederal dentro del cual cupieran los dos Estados. Por su parte, la Mesa se alejaba poco a poco del cambio de sensibilidad de la gente. Su defensa de una tercera vía, de la posibilidad de preservar una RDA verdaderamente democrática, salvando de la debacle los sillares aprovechables del ruinoso edificio, contrastaba con la deriva de la población hacia un vínculo más estrecho con la RFA: hacia la unidad de los dos Estados.

Como era de esperar, la proximidad de la convocatoria electoral aceleró las negociaciones entre los partidos de la RFA y sus homólogos en el Este para llegar a acuerdos programáticos. En los comicios debían cubrirse los cuatrocientos escaños de la *Volkskammer*, la cámara legislativa de la RDA. Nada menos que veinticuatro formaciones, entre partidos y coaliciones, aspiraban finalmente a entrar en ella. Frente al poder de la organización sucesora del SED, en pugna con la capacidad de maniobra de sus líderes locales y el apoyo de los funcionarios, el resto de fuerzas políticas presentaba una característica común: su absoluta inexperiencia. Por si esto no fuera suficiente, los partidos que habían formado parte del Frente estaban tan desacreditados ante la opinión pública como el SED por su seguidismo e inoperancia durante décadas.

El 15 y 16 de diciembre había tenido lugar el Congreso de la CDU germano-oriental, donde fue elegido presidente, por aplastante mayoría, Lothar de Mazière, y secretario general Martin Kirchner, un abogado muy activo en la Iglesia evangélica. El nuevo líder logró transformar la estructura del partido y aprobar un programa similar al de su equivalente occidental: fundamentos democristianos, defensa de los derechos

individuales, economía abierta y, además, apoyo a la reunificación de los dos Estados. Durante el congreso también se alzaron voces profundamente críticas con el pasado reciente. Varios delegados defendieron celebrar elecciones libres, reformar o abolir la Constitución comunista e, incluso, reunificar lo antes posible las dos partes de Alemania. La resolución final aprobada, propuesta por De Mazière, era más moderada: unión económica y monetaria con la RFA y establecimiento de una confederación entre ambos países, dentro del marco de las Comunidades Europeas[176].

Kohl recelaba del partido. El nombre no lo era todo y habían surgido en el Este otras alternativas de inspiración de centro-derecha sin el estigma de una estrecha colaboración con el Régimen. Sin embargo, el canciller federal necesitaba de una estructura de partido —por endeble que pudiera ser— con una idea clara sobre la unidad alemana, y esto se lo proporcionaba la CDU oriental. De Mazière, por otra parte, era perfectamente consciente de que sin el reconocimiento explícito del canciller occidental, sus expectativas de voto quedaban muy mermadas; de ahí las conversaciones y encuentros, muchos de ellos sin publicidad, entre ambos líderes hasta que el 1 de febrero celebraron una reunión con los máximos representantes de Despertar Democrático, la Unión Social Alemana y Partido Foro Alemán, surgido del movimiento cívico Nuevo Foro. Pocos días después, el 5, nacía Alianza para Alemania, coalición auspiciada finalmente por los cristianodemócratas occidentales y en la que no entró el Partido Foro Alemán, cuyos dirigentes prefirieron la compañía de los liberales occidentales. Despertar Democrático había surgido como partido a mediados de diciembre, asumiendo un programa favorable a la reunificación sobre la base de la economía social de mercado y el respeto del medioambiente[177]. Por su parte, la Unión Social Alemana, fundada en enero de 1990, presentaba claras concomitancias con los socialcristianos bávaros.

Kohl había trabajado para buscar una alianza que incluyera a otras fuerzas de oposición, asegurándose así el apoyo de una parte de la disidencia cuya trayectoria a favor de la democracia sería valorada por el votante mucho

más que las siglas de la CDU. Pocos días después de la fundación de Alianza, en una declaración con fines electoralistas, se comprometía a llevar a cabo, en un breve espacio de tiempo pero sin establecer plazos, una unión económica y monetaria entre ambos Estados.

En definitiva, al forjar una coalición el canciller no se sometía únicamente a los vínculos con su partido hermano en el Este y lograba ampliar el espectro de posibles votantes: desde los sectores más derechistas hasta los provenientes de los movimientos cívicos, preocupados por cuestiones como la ecología y la protección social. El programa de Alianza para Alemania se presentó a principios de marzo. Era muy general, pero tocaba todos los puntos más candentes del momento: unidad a partir de la Ley Fundamental de Bonn, introducción del marco alemán (esto es, germano-occidental), libertad de prensa, desarrollo de una política de mejoras medioambientales, propiedad privada y libertad comercial, así como la elaboración de un plan para poner en marcha un sistema de seguridad social. Estos y otros aspectos configuraban un documento cuyo contenido iba orientando hacia la unidad de las dos Alemanias.

Después de alcanzar en la Conferencia 2+4 (que luego examinaremos) un acuerdo en lo sustancial acerca del futuro de la seguridad en el Viejo Continente, resultaba meridiano lo tortuosa que podía ser la vía para convencer a los soviéticos, pero la unanimidad de criterio constituía un valor muy notable a la hora de iniciarse las negociaciones. De un modo u otro, el siguiente paso era la cita electoral. Los comicios de marzo, a la vuelta de la esquina, eran el principal instrumento para evaluar en el territorio germano-oriental la política de Kohl. Los resultados de Alianza para Alemania le permitirían averiguar si contaba con el respaldo popular. Estaban llamados a participar más de doce millones de ciudadanos, a quienes se ofrecía un variado elenco de opciones. Además de la Alianza para Alemania, las fuerzas con probabilidades de ganar escaños eran la Alianza de los Demócratas Libres (*BFD*), constituida por las formaciones de corte liberal; *Bündnis*’90, que recogía buena parte de los movimientos cívicos de oposición a la dictadura; los socialdemócratas del SPD, cuyas

filas se nutrían de la rama oriental de la organización después del acuerdo alcanzado a mediados de enero, y el PDS, heredero del SED.

Como ya hemos indicado, la gran baza de Kohl fue la promesa de la unión económica y monetaria entre las dos Alemanias. El *Bundesbank* pasaría a ser el único banco emisor encargado de controlar la circulación monetaria y todo el sistema crediticio. El marco occidental se convertiría en la única moneda en los dos territorios. Para una parte importante de la población, la llamada del «paraíso capitalista» presentaba un indudable atractivo y este era un valor promovido por el equipo de Kohl para ganar predicamento en el este del país. Sin embargo, el canciller dejó el protagonismo en manos del candidato número uno de la lista de Alianza para Alemania, Lothar de Mazière, un hombre de perfil bajo que solo llevaba unos meses en política, desde la caída del Muro[178]. Oscurecido por el canciller, De Mazière se granjeó las simpatías del electorado con un discurso sencillo pero incisivo. Su principal preocupación —afirmaba— era que sus hijos no tuvieran que mentir más en la escuela, que su esposa fuera la única que le escuchara cuando él la llamara por teléfono y que en su casa solo entraran sus invitados[179].

Con estos antecedentes, no fue extraño que las apariciones de Kohl en los mítines de campaña se convirtieran en baños de multitudes. Su primera alocución, en Erfurt el día 20 de febrero, batió todos los récords. Si la ciudad tenía una población de unas doscientas mil personas, los cálculos hablan de unas ciento treinta mil que acudieron a escucharle, muchas de las cuales gritaban «¡Alemania, patria!». El mismo éxito de concurrencia, masiva y entusiasta, obtuvo a lo largo y ancho de su periplo, con cifras incomparables a las de los actos de sus rivales. En los seis mítines en que participó incidió en un futuro económico garantizado por la unificación y en el temor de que un buen resultado de la izquierda —en la que incluía al SPD y al PDS— volviera a precipitar a la RDA en el abismo. Frente a la cautela de los líderes de otras formaciones políticas, Kohl no renunció a hablar de cuestiones polémicas como la pertenencia a la OTAN y la apuesta por una vía rápida hacia la unidad de los dos Estados.

La campaña electoral tuvo una gran cobertura en los medios germano-occidentales. Como si se tratara de unos comicios nacionales, la prensa, la radio y la televisión de la RFA siguieron el desarrollo de mítines y actos políticos de todo tipo, máxime teniendo en cuenta la participación, en muchos de ellos, de representantes del Gobierno y partidos occidentales. El PDS y la CDU fueron las organizaciones que más fondos utilizaron. Los excomunistas reconocieron haber gastado 5,5 millones de marcos, 1,5 millones la CDU, un millón *Bündnis'*90 y medio el SPD[180].

Los colegios estuvieron abiertos aquel domingo desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Hizo un tiempo magnífico, lo cual, a lo largo de toda la jornada, animó a los ciudadanos a acercarse a votar. El resultado electoral mostró lo acertado de la estrategia de Kohl: con una apabullante participación del 93,4 por ciento, Alianza para Alemania obtuvo un 48 por ciento y 192 escaños[181]. Ante la sorpresa general, incluso dentro de las filas de la CDU, la coalición había arrasado en todo el territorio[182].

El gran perdedor, el SPD, alcanzaba con un 21,9 por ciento los 88 escaños en la *Volkskammer*. Aunque ayudado en la campaña por Willy Brandt, muy querido entre amplios sectores de la población de la RDA, el líder del partido en el Este y número uno de la lista, Ibrahim Böhme, fue incapaz de conectar con las inquietudes de la sociedad. Contrario a un proceso unificador rápido y a la ampliación de la OTAN al territorio de la RDA, con un pasado de militancia en el SED, su perfil desentonaba con las aspiraciones populares. Los socialdemócratas del Este habían tenido muchos menos problemas para ser aceptados por el SPD como aliados naturales muy pronto, en octubre de 1989. Durante el congreso de la formación celebrado en Leipzig a finales de febrero del año siguiente, a las puertas de las elecciones, quedó manifiesta la influencia de las dos almas del partido respecto de la unidad, representadas por sendos dirigentes del SPD occidental: la repetida frase de Brandt en el congreso, «lo que por naturaleza está unido debe crecer unido», aclamada por los asistentes, contrastaba con la posición adoptada por Lafontaine de negociar con el Gobierno de la RFA el establecimiento de un Consejo para la Unidad

competente para ir avanzando, lenta y cautelosamente, hacia las bases de una unificación a largo plazo. No era esto lo que quería escuchar la mayoría de los ciudadanos germano-orientales, cada vez más atraídos por las bonanzas que ofrecía la RFA.

Como indicábamos antes, aun cuando todo hacía augurar la victoria de la CDU, el abrumador apoyo a sus candidatos sorprendió a los medios de comunicación, a las cancillerías extranjeras y al propio Gobierno de Bonn. Los diarios germano-occidentales más influyentes, *Die Welt* y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, mostraron en sus titulares la contundente victoria de la CDU, la capacidad de resistencia del PDS y la debilidad del SPD. Varios medios occidentales —entre ellos, el influyente *Der Spiegel*— habían mantenido hasta los días previos a la cita electoral que, en función de diferentes encuestas, los socialdemócratas serían los vencedores; en todo caso, la sorpresa ante los resultados fue, como decimos, general. A nadie se le escapó la importancia de las intervenciones de Kohl en suelo germano-oriental ni la identidad de siglas del partido en las dos Alemanias, ni, por supuesto, la inequívoca posición de los democristianos respecto a la unificación. Los votantes premiaron no solo a quien con más claridad había apostado por la vía rápida, sino a la fuerza con más largo recorrido político y mayor bagaje organizativo para emprenderla y llegar a buen puerto.

La Alianza obtuvo unos resultados espectaculares en las regiones industriales más deprimidas del Sur: en Sajonia-Anhalt la proporción fue del 47,7 por ciento frente al 23,6 por ciento, pero en Turingia la coalición patrocinada por Kohl ascendió hasta el 60,2 por ciento frente al 17,4 por ciento de los socialdemócratas. El voto obrero había sido significativamente alto a favor de la Alianza, mucho mayor que el apoyo de los funcionarios, campesinos e intelectuales. Se produjeron, así, casos curiosos, como que la victoria más rotunda se había producido en Karl-Marx-Stadt. Según un estudio de la Fundación Friedrich Ebert, el 58 por ciento del voto lo había obtenido entre los obreros industriales[183]. Esto no debe resultarnos extraño si consideramos que el fiasco económico del sistema y las expectativas de mayor bienestar dentro de la República Federal —donde la economía de

mercado había beneficiado desde hacía décadas a los grupos populares— determinaron el voto de una parte importante de la población.

El mayor éxito del SPD estuvo en Berlín, con un 34,8 por ciento; la vieja capital siempre les había sido esquiva a los cristianodemócratas. En la ciudad de los funcionarios del antiguo Partido Comunista, el PDS logró mantener un apoyo notable, el 30,2 por ciento, mientras Alianza cosechó su peor resultado con un 21,5 por ciento. Por si esto fuera poco, el líder del SPD en el Este, Ibrahim Böhme, fue acusado de colaborar con la policía secreta y hubo de dimitir tras las elecciones.

Otra sorpresa fue el magro resultado de *Bündnis*'90. La organización que, en principio, mejor representaba el movimiento cívico levantado en contra de la dictadura y algunos de cuyos miembros habían participado muy activamente en la Mesa Redonda alcanzó el 3 por ciento, con 336.000 votos y doce escaños. Aunque, en comparación con otras formaciones, no había escatimado gastos durante la campaña, sus líderes habían sido incapaces de sintonizar con una población necesitada en aquel momento de mensajes claros. *Bündnis*'90 carecía de una infraestructura de partido, y el voluntarismo desplazó a la profesionalidad de los partidos más consolidados y con sostén en el Oeste. El resultado fue tan pobre que ni en las ciudades donde la movilización social contra el Régimen había resultado fundamental para poner fin al sistema tuvo el partido oportunidad de resarcirse. En Leipzig le apoyó el 3,3 por ciento y en Dresde consiguió tan solo tres décimas más.

La población germano-oriental, por tanto, que había salido masivamente a la calle convocada por estos grupos de oposición durante los meses de octubre y noviembre, les daba ahora la espalda, seducida por la firmeza de criterio de la CDU y, en especial, de su líder, Helmut Kohl, a favor de la reunificación. A él era a quien realmente habían elegido, por encima de Lothar de Mazière[184]. Los ciudadanos habían optado con claridad por la fórmula más expeditiva hacia la unidad, aquella patrocinada por el canciller Kohl a tenor del artículo 23 de la Ley Fundamental, frente a la vía lenta, confederal, del artículo 146, defendida por los socialdemócratas. En efecto,

«la gran habilidad del canciller Kohl consistió en comprender que la forma más sencilla de obtener la reunificación pasaba no por negociar con un Gobierno de la RDA democráticamente elegido, sino por asumir directamente el poder al otro lado del Elba»[185].

Integrados con otras pequeñas organizaciones en la Alianza de los Demócratas Libres, los liberales tuvieron que conformarse con el 5,3 por ciento. A pesar de que su líder en el Oeste, Genscher, era bien conocido entre el electorado por su sintonía con Kohl en los asuntos interalemanes y por haber nacido en Halle, un sector importante de su espectro ideológico se inclinó por Alianza por Alemania. En esta ocasión influyó el voto útil.

El factor religioso tuvo poca incidencia. Tanto católicos como protestantes votaron a Alianza y al SPD, sin una discriminación digna de mención. Respecto a la edad, los democristianos lograron la mayoría en todos los grupos. La izquierda (tanto Los Verdes como el PDS) tuvieron mayor acogida entre los menores de treinta años; el SPD, entre los mayores de cuarenta[186].

La reestructuración del antiguo Partido Comunista

Respecto al PDS, como ya hemos dicho, sorprendió su resistencia: uno de cada seis votantes se había decantado por su candidatura. Su desafío había sido más complicado que el del resto de partidos poscomunistas del Este: encontrar un espacio dentro de un sistema democrático de tipo occidental ya asentado, mientras las demás formaciones herederas de los partidos únicos en el este de Europa estuvieron en igualdad de condiciones con las fuerzas políticas surgidas de la descomposición de las democracias populares a la hora de forjar entre todas un escenario político nuevo.

Por si esto fuera poco, los dirigentes de la nueva formación procedían del partido antecesor pero en su mayoría no habían formado parte de la elite del Estado durante los años de Honecker. Salvo Hans Modrow, primer secretario del SED en Dresde, y Dietmar Keller, secretario de Estado del Ministerio de Cultura desde 1988, los demás procedían de la base militante,

sin cargos previos en el aparato del Estado o con responsabilidades medias en la Administración local, regional o estatal.

Sin duda, la imagen externa de la nueva ejecutiva salvaba la para muchos enojosa vinculación con el pasado inmediato; otra cuestión eran las dificultades existentes para conducir el proceso renovador a las secciones del Partido en las ciudades y distritos. Fuera de Berlín y de las grandes ciudades —y también allí en buena parte—, quienes permanecieron fieles al SED, al SED/PDS y, finalmente, al PDS fueron militantes veteranos de la organización comunista con unas ideas poco proclives al cambio. Muchos locales del PDS mantenían intactos los retratos de Ulbricht y Honecker, y conviene recordar el escaso interés por las reformas gorbachovianas mostrado por los dirigentes del país en los años ochenta, con el consiguiente recrudecimiento de la represión interna en el Partido y la salida voluntaria de miles de militantes descontentos con la marcha de la organización. En 1988 se había expelido a 4.000 afiliados y 11.000 habían dimitido de sus cargos; al año siguiente, antes del 8 de diciembre, unos 65.000 miembros del SED habían abandonado sus responsabilidades en la organización o habían sido expulsados[187].

En esta difícil situación se encontraba el Partido cuando, ya con la nueva denominación, convocó su primer congreso ordinario el 24 y 25 de febrero de 1990, en vísperas de las últimas elecciones a la *Volkskammer* que se celebrarían en la RDA. En él se abordaron dos cuestiones primordiales: la redacción de un nuevo estatuto y la estrategia para acudir a las elecciones, que se presentaban como una prueba decisiva sobre la unificación de las dos Alemanias.

Frente a lo que parecía respirarse en el ambiente, no fueron excesivos los problemas del Comité Ejecutivo para aprobar el nuevo estatuto, que mantenía el contenido reformista del anterior y proponía la democratización interna[188]. La importancia del militante individual se vio reforzada con la elección de delegados para los congresos y con la introducción de una cláusula que permitía la convocatoria extraordinaria de un congreso con muchas más facilidades que antes. Las diferentes vías abiertas para que los

afiliados individuales o los grupos organizados participasen directamente en los debates internos e influyeran en la toma de decisiones perseguían el objetivo de romper la imagen de un partido monolítico e, incluso, situarlo en la vanguardia de los movimientos políticos de izquierda. Por consiguiente, el Partido abogaba por la discrepancia de opiniones dentro de la organización y rompía así con el monopolio de la verdad que había detentado el SED. A partir de ese momento, y con todas las prevenciones que se quisieran introducir, iniciaba un penoso camino para establecerse a lo largo y ancho de la geografía alemana.

El nuevo estatuto pretendía evidenciar la capacidad de reacción ante la profunda crisis de enero, y lo hacía dando muestras de un inequívoco espíritu reformista con el fin de dinamizar las anquilosadas estructuras del SED. El antes citado protagonismo, tanto del militante individual como de los grupos organizados, para canalizar propuestas, elevar quejas y, en definitiva, participar de lleno en la vida del Partido había sido un componente irrenunciable del diseño organizativo del PDS trazado por el grupo cercano a Gysi. La apertura a la nueva realidad poscomunista para intentar atraer nuevos militantes se reflejaba en el sutil cambio de las bases ideológicas. Si en el estatuto provisional de 1989 el Partido era «socialista marxista», pero con una impronta leninista reconocida expresamente; en 1990 a la raíz marxista la acompañaban el «humanismo» y el «pacifismo»; Lenin quedaba fuera de las referencias de este nuevo estatuto. Por supuesto, ni en uno ni en otro se analizaban en profundidad los vínculos con el SED, cuestión espinosa por el traspaso de militantes de este al PDS, como ya hemos visto, y por el lastre que en aquellos meses pesaba sobre el antiguo partido único.

Un cambio sustancial era la definición del PDS como «partido socialista en suelo alemán», es decir, el reconocimiento explícito de la reunificación alemana como un hecho que parecía ya incontrovertible. Este nuevo socialismo propugnado por el Partido, tras reconocer el descrédito del concepto después de 1989, apelaba a una nueva vía democrática cuyo objetivo fuera combatir «toda forma de nacionalismo, de fascismo, racismo,

chauvinismo, xenofobia, antisemitismo, estalinismo y cualquier otra manera de atentar contra la dignidad humana [...] [y combatir] estructuras de poder totalitario y monopolístico, así como de centralismo burocrático y dogmatismo»[189].

En definitiva, el pragmatismo triunfó en aquellos meses de incertidumbre. No era el momento oportuno para reflexionar hondamente sobre el fracaso de la República Democrática o sobre la relación de la sociedad germano-oriental con la Stasi, ni tampoco para hacer autocrítica de la labor desarrollada en el SED. Durante aquellos meses finales de 1989 y primeros de 1990 estaba en juego la continuidad del Partido y su participación inmediata en unas elecciones en las que no partía precisamente como favorito. Las consecuencias eran evidentes: no había tiempo para grandes debates, sino para aceptar la realidad y tratar de desempeñar el nuevo papel que la sociedad le otorgara. Efectivamente, la proximidad de las elecciones a la *Volkskammer* de marzo de 1990 (y, después, la preparación de los primeros comicios pangermanos al *Bundestag*) ocupó el tiempo de los dirigentes del PDS y pospuso el debate ideológico.

Ante esta convocatoria, la crítica —primero de forma global y luego contra el ritmo del proceso, excesivamente rápido según el PDS— a la unificación trató de ganar simpatías entre una parte de la población a la que la aceleración de los tiempos dejaba al margen de la historia. La táctica a corto plazo consistió en presentarse como la única opción posible para salvaguardar y reivindicar las trayectorias vitales de los ciudadanos de Alemania oriental abrumados por la previsible unidad. Si el sistema político y económico de la RDA daba muestras claras de descomposición, ello no implicaba el fracaso de quienes habían trabajado y forjado aquella sociedad alternativa a la capitalista sociedad germano-occidental. El PDS se atribuyó rápidamente el papel de formar una «tercera vía» socialista dentro de la cual tuvieran acomodo no solo los más conspicuos defensores de los valores de la RDA, sino también todos aquellos que, perplejos ante el brusco giro de los acontecimientos, no estaban dispuestos a aceptar de golpe la superioridad occidental. No obstante, y dentro de ese pragmatismo, en el

programa aprobado en el congreso el PDS aceptó la economía social de mercado, siempre y cuando pudiera compatibilizarse con los valores socialistas proclamados por el Partido, lo cual era no decir nada; eso sí: reconocía la escasa eficiencia del sistema económico del socialismo real en comparación con el del capitalismo, aunque poniendo de manifiesto que aquel era «más humano».

En resumen, el PDS no salió mal parado si tenemos en cuenta el cerco al que lo habían sometido las restantes fuerzas. Con el 16,4 por ciento de los votos consiguió 66 escaños en virtud de las cualidades políticas de su nuevo líder, Gregor Gysi. Conservaba el *Neues Deutschland* y la prensa oficial local, y miles de ciudadanos del Partido-Estado ayudarían a la organización a obtener buenos resultados, aunque solo fuera por preservar sus puestos de trabajo. Además, el líder del PDS —nombre que finalmente adoptó la formación el 4 de febrero para soltar amarras con el pasado, al menos simbólicamente— ocupó un amplio espacio en los medios de comunicación de las dos Alemanias. Supo jugar muy bien con las posibilidades que le ofrecía la situación y, comprometido con la defensa de sus postulados, se presentó como el adalid de los sectores sociales más desprestigiados de la República Democrática. No dejaba de ser paradójico: los herederos directos del desastre, de la debacle económica y de la persecución política aparecían como los garantes de los indefensos ante la amenazadora cercanía de la República Federal.

[174] Sobre la Mesa Redonda, véase THAYSEN, Uwe, *Der Runde Tisch, oder: Wo blieb das Volk? Der Weg der DDR in die Demokratie*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1990.

[175] Cit. en JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity*, *op. cit.*, p. 105.

[176] WEILEMANN, Peter, *Parteien im Aufbruch: Nichtkommunistische Parteien und politische Vereinigungen in der DDR vor der Volkskammerwahl am 18. März 1990*, Melle, Knoth, 1990, pp. 20-23.

[177] *Ibid*., pp. 24-25.

[178] MÜLLER-ENBERGS, Helmut, «Lothar de Mazière», en MÜLLER-ENBERGS, Helmut (Ed.), *Wer war wer in der DDR? Ein Lexikon ostdeutscher Biographien*, Vol. II, Berlín, Ch. Links, 2010, pp. 321-322.

[179] Cit. en CHILDS, David, *Fall of the GDR*, *op. cit.*, p. 122.

[180] *Ibid*., p. 128.

[181] Se pueden encontrar todos los resultados en RITTER, Gerhard A., *Der Preis der deutschen Einheit: die Wiedervereignigung und die Krise des Sozialismus*, Munich, Beck, 2006, pp. 37-39.

[182] Para un análisis general de los comicios, véase GIL FEITO, Félix, «Las últimas elecciones de la RDA. La puerta abierta hacia la reunificación alemana», *Historia Actual Online*, n.º 29 (2012), pp. 67-74.

[183] Cit. en JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya…*, *op. cit.*, p. 130.

[184] MCADAMS, A. James, *Germany Divided: from the Wall to Reunification*, Princeton, Princeton University Press, 1993, pp. 214-215.

[185] LION BUSTILLO, Javier, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, *op. cit*., p. 215.

[186] Véase MÉNUDIER, Henri, «Les élections du 18 mars 1990», *Documents*, n.º 2 (1990), pp. 29-42.

[187] BARKER, Peter, «From the SED to the PDS...», art. cit., p. 7.

[188] El texto, en GYSI, Gregor (Ed.), *Wir brauchen einen Dritten Weg*, Hamburgo, Konkret Literatur, 1990, pp. 151-160.

[189] BEHREND, Manfred y MAIER, Helmut (Eds.), *Der schwere Weg…*, *op. cit.*, pp. 329-335.

7. LA RDA TRAS LAS ELECCIONES DEL 18 DE MARZO

Después de las elecciones, la *Volkskammer* se reunió por primera vez el 5 de abril mientras la CDU movía ficha para formar Gobierno. El partido vencedor había manifestado su voluntad de formar un gabinete de coalición, dadas las circunstancias extraordinarias en las que se debatía el país. Entendía que las decisiones debían estar respaldadas por amplias mayorías parlamentarias, reflejo de los deseos de la mayoría de la población. Siete días después, el 12, Alianza para Alemania cerraba un acuerdo con socialdemócratas y liberales a cuyo frente se situaba el líder de la CDU, Lothar de Mazière, que había ocupado el ministerio encargado de las relaciones con las Iglesias y la vicepresidencia del Gobierno hasta entonces presidido por Hans Modrow. La CDU y el SPD obtenían el mayor número de carteras, con diez y siete, respectivamente.

Respecto a la formación de Gobierno —insistimos— De Mazière había manifestado su voluntad de contar con un amplio abanico de fuerzas para que, en una situación tan particular, la mayor parte de la sociedad se sintiera partícipe. Los debates entre los partidos fueron intensos y, finalmente, el 9 de abril quedó constituido un Gobierno forjado sobre una gran coalición: cristianodemócratas, socialdemócratas, liberales, socialcristianos, Despertar Democrático y dos independientes. Tal coalición ocupaba 301 de los 400 escaños de la cámara.

A la cabeza del Gobierno figuraba Lothar de Mazière, con un socialcristiano en Interior, Peter-Michael Diestel, y un socialista en Exteriores, Markus Meckel. La mayoría carecía de experiencia en altos cargos, aunque eran conocidos entre la población por su implicación en la marcha de la RDA durante los últimos meses. La excepción era Kurt

Wünsche, en la cartera de Justicia. Miembro ahora de la liberal Alianza de Demócratas Libres, había ocupado en dos ocasiones la misma cartera y era miembro del Parlamento desde 1954.

La media de edad de los diputados había descendido ostensiblemente en relación con la época socialista, al situarse ahora en algo menos de cuarenta y dos años; las mujeres suponían casi el 21 por ciento, una proporción elevada en Europa, también en comparación con la República Federal. Las profesiones eran, lógicamente, variadas, aunque sobresalían los ingenieros y pedagogos. Solo doce escaños habían sido ocupados previamente por los mismos diputados, por tanto, eran muy minoritarios los políticos provenientes de la época comunista. Por la relevancia que habían adquirido en la oposición democrática al Régimen de Honecker, destacaba el número de pastores evangélicos en la cámara: veintiséis[190].

Como hemos comentado con anterioridad, las discusiones hasta formar Gobierno fueron largas y prolijas. La negativa de los socialdemócratas a hacer frente común con la CDU se disipó a finales de marzo, cuando Lafontaine, presionado por distintos sectores del SPD, aceptó en público la posibilidad de alcanzar un acuerdo. De igual manera ayudó a las negociaciones la sustitución de Ibrahim Böhme, el líder socialista de la RDA, por Markus Meckel, después de que *Der Spiegel* demostrara la complicidad de aquel con los servicios secretos del Estado.

Verdaderamente, el programa de Gobierno era abrumador. El objetivo prioritario era conseguir la unión económica, monetaria y social con la RFA, pero además había un compromiso firme con democratizar el sistema judicial, fortalecer la economía de mercado teniendo en cuenta las exigencias medioambientales y cambiar la división administrativa para recuperar los *Länder*. También había que votar leyes privatizadoras y fiscales, abordar el cambio del sistema educativo y, en fin, el Gobierno de De Mazière afrontaba una etapa esperanzadora, pero repleta de retos difíciles de alcanzar a corto plazo.

En su primera alocución ante la cámara el 19 de abril De Mazière se comprometió a llevar a cabo la unidad lo antes posible, en condiciones

razonables y dignas para todos, además de aludir a los puntos del programa antes citados. Se trataba de un plan integral de transformación, radical pero paulatina, del sistema. Las palabras del jefe de Gobierno fueron bien recibidas por Kohl, que resaltó la intención de su homólogo de propiciar una reunificación rápida, así como de avanzar por la senda de la economía de mercado, eliminando las estructuras de poder heredadas de la hegemonía del SED.

Con un Gobierno democrático de amplio espectro político en Berlín Este, cuyo programa estaba claramente orientado hacia la unidad, las terceras vías propuestas por la Mesa Redonda y por intelectuales críticos con la RFA se difuminaron en el panorama político de lo real. El desastre del socialismo germano-oriental, el omnímodo poder de la Stasi y del propio SED —rasgos intrínsecos de la evolución histórica de la República Democrática— eliminaban de raíz cualquier alternativa que no fuera la de una democracia parlamentaria y una economía de mercado. Las apelaciones del PDS y de algunos sectores de la *intelligentsia* a preservar lo valioso del Régimen que se extinguía no obtuvieron respuesta en una población cuya mirada hacia el futuro pasaba por asumir los valores políticos, sociales y económicos sobre los que se sustentaba la República Federal de Alemania. La falta de auténticas alternativas, la inconsistencia de la tercera vía, hacía inútil la existencia de dos Estados alemanes con idénticas premisas organizativas. La revolución anticomunista adquiría carta de naturaleza; era de por sí un canto a la unidad nacional. La lucha cívica para acabar con el Régimen del SED manteniendo el Estado germano-oriental había acabado en un gran movimiento nacional en pro de la unidad.

De forma inmediata, el Parlamento comenzó a legislar en favor de un desmantelamiento de las estructuras de poder del SED: del preámbulo de la Constitución fue eliminada la denominación de la República como «Estado socialista de los obreros y campesinos», así como disuelto el Consejo de Estado. Por otra parte, las divergencias dentro de la coalición de Gobierno respecto del futuro no influyeron en el discurso oficial sostenido por De Mazière en pro de la unidad de ambos Estados, uno de cuyos primeros

pasos era la unión monetaria. Al respecto, tanto el presidente como el líder del SPD oriental, Markus Meckel, apostaron desde el primer momento por presionar a Kohl para que aceptase el tipo de cambio de 1 a 1 entre ambas monedas. Las encuestas de opinión en aquellos primeros meses del año mostraban un apoyo masivo a dicho proceso. No había espacio para quienes, como el PDS y los sectores izquierdistas, anunciaban una caída todavía mayor de la economía del Este ni para quienes, desde el *Bundesbank*, criticaban el posible perjuicio a la estabilidad del marco occidental. Precisamente, durante las negociaciones sobre el Tratado de Unión Monetaria los *Länder* federales aprobaron, a instancias del Gobierno de Bonn, la creación del Fondo para la Unidad de Alemania, con unos recursos de 115 millones de marcos hasta finales de 1994, como veremos.

Poco antes de la firma de dicho tratado, el 6 de mayo, se celebraron en la RDA elecciones municipales cuyos resultados ratificarían la victoria cristianodemócrata de marzo. En esta ocasión, una vez aceptada la vía rápida hacia la unidad, los ciudadanos germano-orientales se movilizaron mucho menos, si bien el porcentaje de quienes acudieron a depositar su voto continuó siendo elevado, en torno al 75 por ciento[191]. Alianza por Alemania alcanzó el 34,4 por ciento de los votos, seguida de lejos por el SPD con un 21,3 por ciento. Alianza mantuvo, pues, alto su apoyo, sin dar muestras de erosión; en cambio, el SPD no logró remontar. Por su parte, el PDS logró un 14,5 por ciento, mientras la Alianza de Demócratas Libres llegó al 6,6 por ciento. En cambio, los antiguos movimientos cívicos convertidos ahora en partidos no consiguieron fortalecerse electoralmente. Tras ambas citas con las urnas, el panorama político de la RDA parecía despejado, al menos a corto plazo: los cristianodemócratas habían conseguido calar con su mensaje de unidad y prosperidad en una sociedad necesitada de perspectivas de futuro.

En este ambiente de ebullición política, a finales de primavera, el 21 de junio, tanto el *Bundestag* como la *Volkskammer* aprobaron el texto del Tratado de Unión Económica, Monetaria y Social. En la segunda de estas cámaras los poscomunistas del PDS y la coalición *Bündnis*'90/Los Verdes

votaron en contra aduciendo que se trataba de un paso más en la pérdida de identidad de la RDA, en su marcha hacia la absorción por la RFA. En el caso del Parlamento federal, fueron Los Verdes quienes se opusieron junto a algunos disidentes de la bancada socialdemócrata.

Más relevancia tendrían las elecciones del 14 de octubre (que luego veremos con más detalle) para sopesar la fuerza regional de los distintos partidos políticos una vez consumada la incorporación de los *Länder* orientales. Aquel día se elegiría la composición de las cámaras parlamentarias de los cinco nuevos estados federados. Con la restauración de los *Länder*, la estructura administrativa ajustaría su funcionamiento al marco federal, recuperaría la tradición histórica y rompería con el centralismo característico de la época comunista. Salvo en Brandeburgo, la CDU se impondría con claridad a sus rivales.

Además de la inyección de recursos para modernizar infraestructuras de transporte, hospitales, empresas, etc., los nuevos estados precisaban personal que conociera la administración y las leyes federales, con voluntad de trasladarse para trabajar en los múltiples desafíos abiertos; de igual manera, los burócratas del SED, los funcionarios del antiguo Estado germano-oriental, necesitaban un tiempo de adaptación a las nuevas circunstancias. Sin embargo, a estas alturas todos, políticos y ciudadanos, tenían en mente las primeras elecciones conjuntas al *Bundestag*.

No menos importante fue la cuestión pendiente sobre qué hacer con las Fuerzas Armadas. El nombramiento de Rainer Eppelmann como ministro de Desarme y Defensa en el gabinete de De Mazière no causó sorpresa. Fue el único miembro de Despertar Democrático llamado al Gobierno y, en este sentido, el vínculo de unión más evidente con los movimientos cívicos. Pastor protestante y conocido activista por los derechos civiles durante la dictadura del SED, la Stasi había seguido muy directamente sus pasos (incluso planeó asesinarlo) desde que en 1966 se negó a hacer el servicio militar en el Ejército Popular Nacional, lo que le llevó a permanecer en prisión ocho meses[192]. Curiosamente, ahora le iba a competer la disolución del cuerpo armado. La relajación en la disciplina de la tropa, las quejas por

los bajos sueldos y las precarias condiciones de vida reflejaban en los efectivos del Ejército el mismo sentimiento de decepción ante la incapacidad del Estado de afrontar la crisis con garantías. Por si fuera poco, en este caso concreto, el de las Fuerzas Armadas, el descrédito entre la población era máximo por su identificación con el aparato represivo del Régimen. Ciertamente, entre los oficiales y suboficiales se encontraban algunos de los más conspicuos seguidores de la ortodoxia del SED, lo cual podía convertirse en un problema grave. Por este motivo, a principios de mayo de 1990 Eppelmann se entrevistó con los altos mandos y les confirmó que tras la reunificación continuaría existiendo un Ejército cuya función sería la de la seguridad y defensa de la antigua RDA, sin dependencia de alianza militar alguna. Sin embargo, las conversaciones entre Gorbachov y Kohl sobre el volumen del contingente militar conjunto de la futura Alemania, el acuerdo sobre la salida de las tropas soviéticas y el fin anunciado del Pacto de Varsovia hacían prever un futuro menos halagüeño para el Ejército Popular Nacional.

En efecto, pocos días antes del 3 de octubre el ministro ordenaría la jubilación de los generales, almirantes y oficiales mayores de cincuenta y cinco años. El día de la Reunificación ya no existiría el Ejército Popular Nacional. El general Jörg Schönbohm, del Ejército de la RFA, iba a ser el encargado de proceder a su desmantelamiento[193].

[190] *Die Volkskammer der Deutschen Demokratischen Republik. 10. Wahlperiode: Die Abgeordneten der Volkskammer nach dem Wahlen vom 18. März 1990*, Berlín, Staatsverlag der DDR.

[191] JARAUSCH, Konrad H., *The rush to German Unity*, *op. cit.*, p. 146.

[192] AGETHEN, Manfred, «Rainer Eppelmann», Konrad Adenauer Stiftung, Geschichte der CDU; www.kas.de/wf/de/37.8090 (consultado el 17 de Julio de 2018).

[193] CHILDS, David, *Fall of the GDR*, *op. cit.*, pp. 151-152.

8. EUROPA Y EL MUNDO ANTE LA UNIDAD ALEMANA

Sin duda, el futuro de una Alemania unida pasaba por la capacidad de Kohl y su equipo más cercano para encajar todas las piezas del modelo político y económico diseñado por el Gobierno bajo su liderazgo. La población del Este le había otorgado su confianza, las expectativas de voto para su partido en las elecciones de la RFA previstas para el año siguiente habían mejorado ostensiblemente y Estados Unidos le había dado su aval para avanzar en el proceso unitario. Ahora debía estrechar lazos con Moscú, consiguiendo superar los recelos de Gorbachov, sobre todo respecto a la seguridad europea y la OTAN, así como ganarse la confianza de franceses, británicos y, en general, de las capitales comunitarias respecto a que una Alemania unificada dentro de la CEE fortalecería todavía más a esta organización, impulsando las políticas supranacionales en todos los ámbitos.

La concluyente victoria dejaba pocos resquicios para argumentar en contra de la unificación rápida. Las democracias occidentales estaban obligadas a seguir sus propios principios a favor de la defensa de la voluntad popular en unas elecciones libres si no querían caer en contradicción: no podían poner trabas al proceso, tan solo lograr incardinarlo dentro del marco de integración europea y de la OTAN. Probablemente fue el Elíseo el primero en reaccionar. Fiel a sus últimas declaraciones, Mitterrand aceptó inmediatamente la vía rápida hacia la unidad de los dos Estados como parte del proceso de profundización comunitaria; mientras, en Londres, Thatcher vinculó la unidad a la permanencia en la OTAN. En cualquier caso, lo trascendental después de las elecciones de marzo era el convencimiento generalizado de que no existían vías alternativas a la unificación.

Por otro lado, el Gobierno presidido por De Mazière —en el cual, como hemos apuntado, reunió junto a la CDU a liberales, socialdemócratas y dos pequeñas formaciones de naturaleza conservadora— mostró algunas ideas propias que no correspondían exactamente con las defendidas por Kohl. De hecho, en la primera visita oficial de De Mazière a Moscú, a finales de abril, el flamante primer ministro comunicó a Gorbachov que su Gobierno no aprobaba la incorporación de su territorio a la OTAN, opinión compartida con su ministro de Exteriores, el conocido disidente y refundador del SPD en la RDA, Markus Meckel.

En aquellos primeros meses de 1990 Gorbachov reiteraba su apuesta por la unidad de los dos Estados alemanes, como había afirmado en febrero, pero continuaba mencionando en sus intervenciones, con poca concreción, su oferta de una estructura paneuropea sustitutiva de las alianzas militares. No obstante, corrían malos tiempos para Gorbachov. Su política era ya criticada abiertamente dentro del PCUS, la situación económica continuaba empeorando y la contestación nacionalista en Lituania ponía en entredicho todo su plan reformista. En estas difíciles circunstancias, el mandatario soviético optó por dar prioridad a los intereses económicos con la esperanza de que las ayudas incidieran en mejoras sociales que rebajaran la tensión interna. Kohl reaccionó con rapidez: considerando las estrechas relaciones económicas entre la URSS y la RDA, en abril se comprometió con Gorbachov a firmar, en cuanto se consumara la unidad, un tratado de cooperación económica en condiciones ventajosas para Moscú. De igual modo, la imperiosa necesidad soviética de obtener créditos jugaba a favor del Gobierno federal. En conversaciones mantenidas a través de intermediarios, Gorbachov fue informado de que Alemania le proporcionaría recursos si aceptaba que el territorio unificado estuviese vinculado a la OTAN[194]. A Kohl le urgía una respuesta satisfactoria del Kremlin, no solo respecto a la Alianza Atlántica, sino, más aún, en relación con la posibilidad de que en las elecciones legislativas previstas para diciembre de 1990 o enero de 1991 los alemanes de ambas zonas pudieran

votar conjuntamente. Esto supondría adelantar el proceso de unificación, contemplando para ello el ya citado artículo 23 de la Ley Fundamental.

La vía rápida hacia la unidad refrendada en las elecciones de marzo por el apoyo masivo a las tesis de Kohl surtió un efecto muy favorable para el robustecimiento de la idea europea. Como venía siendo común en las declaraciones de los líderes europeos — salvo el caso de Thatcher— y de las autoridades comunitarias, la unidad alemana debía servir de estímulo a la integración. La conferencia intergubernamental sobre la Unión Económica y Monetaria impulsada por Mitterrand podría terminar en un plazo relativamente corto, previendo los más optimistas que su conclusión —con el acuerdo definitivo sobre el texto— se alcanzara en torno a mediados de 1991, cuando el documento pasara a la aprobación definitiva. Tanto el *Bundesbank* como el Gobierno federal eran reticentes a perder el marco, pero entendieron la necesidad de aceptar la nueva moneda. El momento histórico exigía este tipo de concesiones que, por otro lado, no lo eran tanto considerando la fortaleza de la economía germana.

La propuesta más madrugadora para profundizar en la integración vino de la mano de un memorándum belga, presentado el 19 de marzo, al día siguiente de las elecciones en la RDA. La reforma avanzada en el documento preveía un fortalecimiento de los poderes de las instituciones básicas (el Parlamento, la Comisión y el Tribunal de Justicia), además de establecer el criterio de mayoría cualificada como norma para el funcionamiento del Consejo[195]; a este, precisamente, competía convocar una conferencia intergubernamental nueva o tratar estos asuntos en la dedicada a abordar la UEM. El contexto de optimismo ante las grandes transformaciones que se estaban operando tanto en Europa como en buena parte del mundo parecía dinamizar el proceso europeísta y obligaba al resto de los socios a responder, a debatir los retos de la actualidad y encarrilar definitivamente la unificación por las vías tendidas desde Bruselas. En el discurso que pronunció el 17 de mayo de 1990 ante el Parlamento Europeo —institución que dio el plácet a lo acordado el mes anterior en Dublín— el canciller fue explícito en cuanto a la inextricable relación entre la unidad

alemana y la europea, e insistió en lo indispensable: «[que] la RFA se concierte con la Comunidad Europea en todos los casos respecto a las medidas conducentes a la unificación alemana con implicaciones en la Comunidad Europea, y espera especialmente que el Parlamento Europeo esté asociado a este concierto»[196].

El Consejo Europeo de Dublín celebrado los días 25 y 26 de junio[197] daría un impulso notable a la UEM, cuya entrada en vigor en su primera etapa quedó fijada para el 1 de julio siguiente. El objetivo era potenciar la cohesión entre los Estados miembro en el camino hacia la moneda única y así dar paso, a partir del 13 de diciembre, a la apertura de la conferencia intergubernamental sobre la UEM que debería determinar cómo se desarrollarían las siguientes fases ante la «perspectiva de realización del mercado interior». La conferencia tendría que acabar los trabajos en un plazo breve de tiempo con el fin de que la ratificación de los socios tuviera lugar antes de terminar 1992.

De igual forma, el Consejo convocó una conferencia sobre la unión política en función del artículo 236 del Tratado; empezaría el 14 de diciembre de 1990, también con el objetivo de que el documento estuviera listo para la ratificación de los miembros en las mismas fechas que la anterior. La integración dejaba la cuestión alemana en un segundo orden de prioridades, aunque lo relevante era que este espaldarazo al proyecto europeísta coincidía con el avance irreversible hacia la unidad de Alemania, alimentándose ambos procesos recíprocamente.

El punto 4 de las conclusiones del Consejo se refería expresamente a este tema. Tras escuchar las palabras del canciller Kohl y también el informe del primer ministro de la RDA, acogía con agrado «la celebración del Tratado alemán entre Estados que promovería y aceleraría la integración del territorio de la República Democrática Alemana dentro de la Comunidad».

Así, pues, a mediados de 1990, tras la presidencia irlandesa de las Comunidades, el acuerdo respecto a la puesta en marcha de las conferencias intergubernamentales abría puertas al optimismo, aunque quedaban muchas aristas que limar en torno al desarrollo de las negociaciones sobre la UEM.

La favorable posición de Kohl a la profundización comunitaria había tranquilizado a las autoridades de Bruselas, que, no obstante, todavía recelaban algo de los pasos que pudiera dar el Gobierno de Bonn, teniendo en cuenta el desacuerdo mostrado por el *Bundesbank* y por algunos de los empresarios más importantes del país. Con esta actitud pretendían prolongar todo lo posible la segunda fase de la UEM para asegurar el cumplimiento total de los requisitos necesarios para la convergencia. Solo los más avanzados, aquellos que cumplieran dichos requisitos, pasarían a la última fase.

La estabilidad quedaría así confirmada, pero a costa de consagrar una Europa de dos velocidades, a cuyo frente caminarían la República Federal y los países con economías más potentes, la mayoría de ellos fuertemente vinculados a Alemania. Este hecho preocupó mucho a los ministros del ramo de los socios más vulnerables, por el previsible alejamiento de los criterios de convergencia. De igual forma, ni el Reino Unido ni Francia, por motivos diferentes, aprobaban la tibieza de Kohl ante las presiones internas, y también Mitterrand le exigió un compromiso sin fisuras con la UEM[198].

Mientras tanto, el panorama internacional continuaba cambiando a pasos agigantados. La guerra contra Irak a causa de la invasión de Kuwait por el Régimen de Saddam Husein y las apresuradas transiciones hacia la democracia en los países del este de Europa, unidos a la debilidad de la Unión Soviética, mostraban un mundo en transformación en el que las áreas de integración regionales podrían cobrar una importancia sustancial en el diseño del futuro inmediato. El reto de la unidad política constituía —ahora con más fuerza— un asunto cuya resolución no debería posponerse más. De hecho, el Consejo Europeo de Roma celebrado en octubre de 1990[199] dio un espaldarazo al proceso cuando confirmó «la voluntad de transformar progresivamente la Comunidad en una Unión Europea desarrollando su dimensión política, fortaleciendo su capacidad de acción y ampliando su competencia». Esta voluntad era inequívoca, como lo era el proceso hacia la Unión Económica, cuya segunda fase comenzaría el 1 de enero de 1994, una vez realizado el programa del mercado único. El canciller federal

estuvo especialmente receptivo, reiterando que la unidad alemana constituía un componente más de la futura unidad europea, en la que empeñaría sus fuerzas. Quizá recordara sus ya lejanas palabras ante el *Bundestag* en 1984, cuando habló de liderar el camino hacia «los Estados Unidos de Europa»[200].

La victoria de la coalición CDU/CSU en las elecciones parlamentarias del mes de diciembre de 1990 ratificaría el apoyo popular a Kohl, también en el ámbito de la política europea. Con 319 escaños frente a los 239 de su permanente competidor, el SPD, el canciller tendría ahora las manos libres para cumplir sus promesas a Bruselas y encabezar, junto a Francia, el gran paso adelante en la integración comunitaria. De hecho, el siguiente Consejo Europeo, celebrado en la capital italiana el 14 y 15 de diciembre[201], daría cauce a las reformas inspiradas en las posiciones francesa y alemana para desarrollar la unión política al solicitar a la Conferencia intergubernamental que «ampliara y mejorara el procedimiento de sanción de los acuerdos internacionales que requieren la aprobación unánime del Consejo», así como que «el Parlamento Europeo interviniera en el nombramiento de los miembros de la Comisión y de su presidente». De este modo, la reforma institucional otorgaba más poder a las instituciones, en especial al Parlamento.

Así, pues, en aquel mes de diciembre, tal como estaba previsto, las conferencias intergubernamentales comenzarían a trabajar de forma casi inmediata con el fin de alcanzar un acuerdo sobre la reforma de los tratados cuya conclusión en Maastricht iba a dar origen a la Unión Europea.

La Conferencia 2+4

El 2 de febrero de 1990 Genscher se entrevistó en Washington con el secretario de Estado norteamericano James Baker. Ambos mostraron su acuerdo sobre la reunión de las cuatro potencias ocupantes y los dos Estados alemanes para debatir las repercusiones internacionales de la previsible reunificación. Un asunto crucial para tranquilizar al Kremlin era la promesa de que la OTAN no tuviera la tentación de extender su

organización hacia el Este y, al respecto, Baker fue muy explícito negando esa posibilidad[202]. Esta era la idea sobre la cual Baker argumentaría a favor de la reunificación en las reuniones que mantendría en Moscú los días posteriores, entre el 7 y el 9 de febrero.

Acuciado por los problemas económicos y por la pérdida de influencia de su política exterior, Gorbachov defendía un planteamiento que venía de años atrás, relacionado con el Nuevo Pensamiento y la Casa Común Europea: en el horizonte que se vislumbraba tanto la OTAN como el Pacto de Varsovia debían desaparecer y dejar paso a una institución supranacional europea con el fin de garantizar la seguridad al Viejo Continente. Un refuerzo de la seguridad continental en detrimento de la OTAN no sería mal recibido en París, ni en alguna otra capital comunitaria y, mientras, Gorbachov recuperaría la iniciativa en una materia tan sensible.

Baker mantuvo reuniones con Shevardnadze y el propio Gorbachov para debatir el futuro de Alemania y coincidieron en recalcar el rechazo a la expansión de la OTAN al Este, pero las discrepancias surgieron respecto al porvenir del nuevo Estado dentro de la Alianza. El argumento de Baker insistía en que una Alemania unificada en la OTAN, con tropas norteamericanas y de la Alianza en su suelo, pero que no se extendiera hacia el Este, constituía una oportunidad para la paz mucho mayor que si el nuevo país quedaba al margen.

El canciller Kohl, que viajaba a Moscú inmediatamente, el día 10, estaba completamente de acuerdo con la posición defendida por Baker y así se lo transmitió al secretario general del PCUS. La rueda de prensa posterior, muy bien preparada por su equipo, supuso un gran éxito para el canciller, tanto desde el punto de vista personal como para el desarrollo futuro de sus planteamientos: «Gorbachov me ha prometido con claridad que la URSS respetará la decisión de los alemanes respecto a vivir en un único Estado y que será una cuestión propia, de ellos mismos, decidir la vía y el tiempo para la unificación»[203]. Con esta declaración parecía haberse sorteado uno de los escollos más difíciles en el proceso de reunificación. Aunque fuera

condicionada, el Kremlin avalaba esta posibilidad, reconociendo la buena sintonía existente entre Moscú y Bonn.

Unos días más tarde, el 24 del mismo mes, Bush se entrevistó con Kohl en Camp David en un ambiente muy cordial para tratar con detalle los variados aspectos de la unificación con el fin de conocer de primera mano los planes del mandatario alemán y acercar posiciones que luego sirvieran de base para una conferencia al respecto. La inviolabilidad de la frontera oriental —sobre la que habían reiterado su exigencia tanto Thatcher como el Gobierno polaco— fue una de las cuestiones tratadas. Para Kohl la vigencia del Tratado de Varsovia firmado en 1970, que explicitaba el límite en el Oder-Neisse, debía servir como garantía. Respecto a la actitud hacia Gorbachov, ambos líderes coincidieron en que la debilidad de la URSS —y del propio secretario general— favorecería que aceptara una Alemania unida dentro de la OTAN, variando así su posición previa. Habría que abordar el futuro con cautela pero, probablemente, la necesidad de ayuda económica para evitar el colapso del gigante soviético hiciera reflexionar a Gorbachov hasta consentir, finalmente, la demanda de los aliados occidentales.

Una vez rechazada la idea, primero, de que las discusiones tuvieran lugar en el seno de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (por el elevado número de Estados integrantes y las dificultades consiguientes de llegar a acuerdos operativos), y, segundo, de que fueran Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética quienes, en exclusividad, decidieran sobre el porvenir alemán, los asesores del Departamento de Estado Robert Zoellick y Dennis Ross apostaron por crear un marco estable de negociación sobre el futuro de Alemania en el que participaran la RDA y la RFA, así como las cuatro potencias de ocupación. De esta forma surgía, en la primavera de 1990 y a propuesta del secretario de Estado norteamericano James Baker, la llamada «Conferencia 2+4».

El escenario de la Conferencia suponía otorgar a los dos Estados alemanes una capacidad negociadora relevante junto a las cuatro potencias ocupantes; máxime cuando tanto las relaciones interalemanas tras salir

Krenz del poder como las conversaciones entre Moscú, Washington y Bonn eran fluidas y, en el fondo, demostraban coincidencia de pareceres en el proceso hacia la unidad. También París y, con más reticencias, Londres seguían el curso de los acontecimientos a la búsqueda de influir en dicho proceso para asegurar sus intereses en la nueva Europa.

Junto a la cuestión fronteriza, que en febrero de 1990 parecía ya encauzada, y a las aspiraciones francesas y comunitarias de profundizar en el ámbito económico y monetario de la integración —de igual manera, en vías de acuerdo—, el mayor obstáculo se encontraba en la relación futura de Alemania con la OTAN. Indudablemente, si no variaba la doctrina militar de la Alianza acomodándose a los tiempos de distensión, resultaba impensable alcanzar un acuerdo con la Unión Soviética. La URSS buscaba por todos los medios romper con la imagen de debilidad a los ojos tanto de sus ciudadanos como del resto de Europa, y la ocasión era propicia. Desde el inicio de los preparativos hasta el desarrollo de las sesiones, los representantes soviéticos dejaron clara su oposición a que una posible Alemania unificada perteneciera a la OTAN. Por su parte, las declaraciones de Kohl, reflejadas en el comunicado conjunto con el presidente norteamericano en su visita a Washington a mediados de mayo de 1990, solo concebían el país dentro de las estructuras de la Alianza, obviando una solución particular para los territorios orientales.

La aparente firmeza del Kremlin contrastaba, sin embargo, con la creciente precariedad de su situación socioeconómica. El fracaso de los distintos planes reformistas debilitaba la confianza en las instituciones del Estado, provocaba una creciente contestación nacionalista en las repúblicas federadas y empequeñecía la figura de Gorbachov, cada vez más censurada dentro del país, incluso entre sus colaboradores. La debilidad no podía ocultarse y el Gobierno de Kohl iba a jugar sus cartas contando con ella, favorecido por la euforia de los cambios existente en toda Europa del Este, incluida, por supuesto, la RDA.

Como vamos a ver a continuación, a finales de mayo de 1990 el presidente Bush detectó un cierto cambio de actitud en el Kremlin respecto

al bloque militar al que deseaban pertenecer los alemanes[204]. Esta percepción se vería confirmada unos meses más tarde, en verano, tras la visita de Gorbachov a Kohl en Bonn. La cordialidad entre los mandatarios fue patente tanto en los actos públicos como en el encuentro privado. La declaración conjunta no podía ser más esperanzadora: respeto a la legalidad internacional y a la libre determinación de los pueblos para afrontar su futuro. En enero de 1991 Kohl devolvería la visita a Gorbachov para reiterar los argumentos favorables a la unificación alemana atendiendo a los inexorables cambios en el panorama europeo e internacional, además de ofrecerle garantías en el fortalecimiento de relaciones económicas y comerciales, así como en el ámbito de la seguridad. Se trataba de que una serie de modificaciones en la doctrina militar de la OTAN permitiera dar confianza y seguridad a la URSS, facilitando para el caso alemán un instrumento específico en materias de armamento y número de tropas. De igual forma, también había que contemplar el futuro de las fuerzas soviéticas establecidas en la República Democrática.

Las propuestas fueron variadas, ajustándose a unas posiciones que, a su vez, trataban de adaptarse en función de la flexibilidad exigida a los actores políticos. La reducción de efectivos alemanes podría lograrse dentro del plan general de aminorar las fuerzas convencionales de la OTAN en Europa. Por otro lado, el Gobierno federal cedería ante la pretensión de Moscú de limitar al máximo la presencia de tropas en los *Länder* orientales, siempre que los soviéticos asumieran el control defensivo de la Alianza sobre todo el país mientras aceptaran una salida escalonada de las tropas soviéticas desplegadas en la RDA a lo largo de un periodo de tiempo que habría que fijar.

Ciertamente, las declaraciones y conversaciones demostraban la voluntad inequívoca de avanzar hacia acuerdos razonables para todas las partes, pero el grado e intensidad de aquellas para llegar a un punto final dependían en última instancia de las decisiones de las superpotencias y, en las traumáticas circunstancias que atravesaba la URSS, a nadie se le escapaba la capacidad de presión norteamericana. Como es lógico, ni Londres ni París reconocían

su papel vicario de Washington, pero acabaron teniendo que aceptar los postulados del plan pergeñado por James Baker, secretario de Estado norteamericano, cuyo objetivo era cerrar el marco del 2+4 para avanzar con rapidez hacia la unificación de Alemania. El plan recogía las exigencias soviéticas sobre el reconocimiento de las fronteras de Alemania, la salida progresiva de sus tropas y la renuncia de la OTAN a enviar fuerzas a los *Länder* orientales; establecía, además, ayudas económicas alemanas en apoyo de las reformas emprendidas por Gorbachov en la URSS y para compensar los gastos de retirada de las tropas. Igualmente, quedaba contemplado el inicio de negociaciones para el desarme, tanto en el terreno de las fuerzas convencionales como en el de las nucleares de corto alcance.

Con el plan, el Gobierno norteamericano ofrecía al Viejo Continente y al mundo entero una imagen de hegemonía, convertido en el principal actor del futuro acuerdo en tanto en cuanto, por un lado, garantizaba las principales exigencias de una Unión Soviética en franco declive y, por otro, trazaba el campo de juego dentro del cual la nueva Europa desarrollaría sus políticas de seguridad. Con todo, el proyecto norteamericano se había trazado con la suficiente habilidad como para no humillar al Kremlin, satisfacer las demandas de sus aliados occidentales y asumir algunos de los presupuestos de la política exterior de Genscher. La máxima concreción de estos se encuentra en un discurso pronunciado por el ministro en Bonn a finales de junio de 1990: en la línea (ya tradicional en él) trazada desde la formulación del Plan Genscher, abogaba por la reducción paulatina pero drástica del armamento en Europa central en favor de un marco de seguridad común y más pacífico para todo el continente[205].

En definitiva, en el epicentro del conflicto entre las estrategias soviéticas y norteamericanas estaba la OTAN. Para alcanzar un acuerdo definitivo sobre Alemania, asegurando un futuro de mayor entendimiento y menor recurso a la amenaza bélica, la Alianza demandaba un cambio interno, una adecuación de su naturaleza al mundo pos Guerra Fría que se anunciaba. Bush venía insistiendo en reducir la presencia norteamericana en suelo europeo sin perjuicio de la seguridad global, pero contando con la nueva

situación derivada de las profundas alteraciones producidas en el equilibrio de poder continental. Esto explicaba la importancia de introducir en la OTAN cambios a favor de una imagen más disuasoria pero menos amenazadora, dada la atmósfera de entendimiento ahora existente entre las dos superpotencias. Moscú debería ser consciente de que el mantenimiento de la Alianza, cuya capacidad militar estaría bajo mayor control gracias a los tratados firmados —o por firmar— con Washington, no supondría un desafío ni a la integridad ni a la seguridad de la URSS. Por el contrario, la consolidación de una vertiente más política frente a la estrictamente militar inclinaría la balanza hacia la colaboración con Moscú en la búsqueda de una Europa y un mundo más seguros. La intención de Bush era, por tanto, extender la idea de una alianza defensiva más sustentada en los valores democráticos compartidos por todos los miembros que en la dimensión militar de un grupo de Estados cuyo objetivo fuera combatir por las armas a sus enemigos.

Los retos de la seguridad europea después de mayo de 1990

El 18 de mayo de 1990, el día de la firma del Tratado Interestatal de Unión Monetaria, Económica y Social, James Baker mantuvo una agridulce entrevista con Mijaíl Gorbachov. La posición de este respecto a la entrada de una Alemania unida en la OTAN y la creación de una institución europea de seguridad en sustitución de las alianzas militares continuaba inamovible, aunque fue algo más receptivo a los ofrecimientos del secretario de Estado norteamericano. Estos consistían en ampliar la proposición de Kohl: limitar el número de efectivos del Ejército alemán, prohibir el desarrollo de armas nucleares en el territorio unificado, iniciar negociaciones sobre armas nucleares tácticas, establecer un periodo de transición para la retirada de las fuerzas del Ejército soviético, realizar cambios internos en la OTAN y presentar garantías sobre el respeto a los intereses económicos soviéticos durante el proceso de unificación[206]. La oferta quedó en el aire a la espera de que Gorbachov se pronunciase.

Durante la cumbre celebrada a finales de mayo de 1990 en Washington, las conversaciones entre ambos líderes fueron muy fluidas y el ambiente, en general, relajado, aun cuando Gorbachov no parecía dispuesto a variar su criterio. Sin embargo, ante una pregunta directa de su anfitrión, George Bush, el soviético declaró su respeto absoluto a los principios del Acta Final de Helsinki, lo cual llevaba implícito dejar a la voluntad de los alemanes elegir su futuro, sus socios y, también, sus alianzas militares. La afirmación generó malestar en parte del equipo de asesores de Gorbachov, entre ellos, Valentin Falin, el experimentado diplomático jefe del Departamento de Relaciones Internacionales del Comité Central del PCUS.

Realmente, aunque reiterar el compromiso con Helsinki pareciera nimio, aquella confirmación tenía grandes implicaciones en tales circunstancias y supuso un paso importante hasta la reunión de Kohl con Gorbachov que se celebraría en el Cáucaso en julio. Poco antes de dicho encuentro, el 25 de junio, «el Gobierno alemán aceptó pagar 1.250 millones de marcos para costear el mantenimiento de las tropas soviéticas en la segunda mitad de 1990. Es más: a los soldados y a quienes de ellos dependieran se les permitiría cambiar los ahorros que tuvieran en la RDA al mismo tipo con que esta comerciaba con la URSS»[207].

Tampoco el Gobierno de De Mazière le ponía las cosas fáciles a Kohl. En varias ocasiones durante aquellos meses se declaró partidario de firmar cuanto antes el tratado fronterizo con Polonia, alentando así la posición de Mazowiecki frente a los intereses del canciller de posponerlo hasta después de la unificación; asimismo, persistieron sus críticas contra la OTAN ampliada y a favor de una zona desmilitarizada en Centroeuropa. Estas ideas reforzaban la propuesta de Gorbachov de crear una estructura paneuropea de seguridad, por muy evanescente que fuera.

Por otra parte, las rápidas transformaciones políticas sucedidas en Hungría y Polonia, así como la convocatoria de elecciones libres en la RDA para el 18 de marzo de 1990, habían terminado por convencer a Gorbachov de que la actual estructura del Pacto de Varsovia no tenía sentido. Por ello, la cumbre prevista para el 7 de junio tenía todos los condicionantes

necesarios para resultar muy atractiva en comparación con el decurso anodino y burocratizado de citas anteriores. La reunión, desarrollada en Moscú —y a la que acudirían dos altos funcionarios de la RFA como parte de la delegación de la República Democrática—, debía abordar las profundas transformaciones que tendrían que llevarse a cabo después de la desaparición de la Doctrina de Soberanía Limitada así como el clima de entendimiento con países considerados enemigos hasta hacía poco. El objetivo de estos cambios sería, como explicitaron las conclusiones de la cumbre, transformar el pacto militar en un tratado entre «Estados iguales y soberanos, basados en principios democráticos, que cooperen de forma constructiva con la OTAN»[208]. La decisión final fue propiciar una profunda reforma de la organización; una reforma que, con el tiempo, debería conducir a la disolución del Pacto como institución de carácter militar para transformarse en un tratado entre iguales, con una colaboración abierta entre los socios y entre estos y la OTAN.

Días después, el 12 de junio, y tras un viaje a Canadá y Estados Unidos, Gorbachov expuso ante el Soviet Supremo la posibilidad de que la edificación de la nueva Alemania se cimentara en dos pilares, en una suerte de pertenencia como país asociado tanto a la Alianza como al Pacto durante la inevitable fase de transición. Además, animó a la OTAN a que modificara su doctrina de seguridad en la cumbre de Londres, prevista para el mes siguiente. La propuesta respecto a Alemania fue tachada de carente de realismo por Bonn, máxime cuando unos días antes Genscher y Shervardnadze, reunidos en la histórica Brest-Litovsk, habían coincidido en que una solución para la Alemania unida podía ser la firma de un eventual tratado de no agresión entre las dos alianzas militares.

En aquellas mismas fechas de principios de junio de 1990, la cumbre del Consejo del Atlántico Norte celebrada en la localidad escocesa de Turnberry incidía en este espíritu de concordia y acercamiento entre el Este y el Oeste, posibilitando, incluso, una colaboración con el Pacto de Varsovia en pro de la estabilidad y la paz en el Viejo Continente[209]. De forma inmediata, a primeros de julio la cumbre de jefes de Estado y de Gobierno

de la Alianza, celebrada en Londres, debía poner las bases para una profunda remodelación de objetivos y funcionamiento capaz de afrontar los retos de futuro sobre los cuales, como hemos visto, venían opinando los mandatarios europeos y estadounidenses. No era menor el interés suscitado en Moscú y en las capitales de la Europa del Este por la grave situación en que se hallaba el Pacto de Varsovia, al igual que el resto de las organizaciones comunistas de carácter supranacional. La «Declaración de Londres sobre una Alianza del Atlántico Norte renovada» respondía a la perseverante voluntad norteamericana de reducir las fuerzas en suelo europeo, tanto nucleares como convencionales, sin renunciar a su papel de garante de la seguridad de sus aliados. Al reconocer la desaparición de una «amenaza monolítica, masiva y potencialmente inmediata», ya no era necesaria la presencia de grandes contingentes en Centroeuropa, sino la capacidad de intervenir ante un riesgo menos lineal, más complejo y de naturaleza distinta de la Guerra Fría[210]. Por ello, la utilización de armas nucleares solo se produciría como último recurso, además de acordar la reducción del armamento y los efectivos desplegados en suelo europeo.

El documento final también hacía alusión a cómo estos cambios obedecían a los avances producidos en el camino de la unidad alemana y sus beneficiosas consecuencias para superar la división de Europa. En este sentido, resultaban muy relevantes los párrafos dedicados a la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, cuya próxima cumbre tendría lugar en París como el «foro de diálogo político» con mayor proyección en la Europa unida[211]. En el comunicado de prensa se aludía a la OTAN como «la alianza defensiva más exitosa de la historia» y a la presencia de Alemania como «un factor indispensable de estabilidad».

El triunfo fue reconocido por todas las partes salvo por el Reino Unido, para quien las modificaciones de la doctrina militar podían acarrear el inicio de una desnuclearización en Europa. El desacuerdo de Margaret Thatcher llegó hasta el punto de advertir a sus socios sobre su posible negativa a firmar la declaración final; el desdén con que fue recibida esta amenaza

evidenciaba el progresivo distanciamiento y aislamiento del Ejecutivo británico[212].

Una nueva actitud de Gorbachov, más dispuesto ahora a aceptar la unidad alemana dentro de la OTAN, apareció en el horizonte. Obedecía en parte a su inquebrantable idea de tender puentes entre el Este y el Oeste a favor de la Casa Común pero, obviamente, requería algunas compensaciones materiales en aquellos meses tan complicados para la gestión de los asuntos internos. Su imagen dentro de la URSS quedaría aún más dañada si aparecía ante la opinión pública como un líder débil, manejado por las potencias occidentales.

La aceleración de los acontecimientos en Alemania y la deriva de los Gobiernos de transición en Europa del Este, dando la espalda a la idea de Gorbachov de que el socialismo realmente existente era reformable desde dentro, precipitó el fin del Pacto de Varsovia. El 1 de julio de 1991 la URSS, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Rumanía (la RDA lo había abandonado en septiembre de 1990) firmaron en Praga el «Protocolo para la finalización del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua», adelantándose así a la cumbre prevista para el año siguiente. Fue Václav Havel, presidente checo y antiguo disidente, el que sentenció «hoy ha dejado de existir el Pacto de Varsovia» entre los aplausos de los mandatarios —excepción hecha de Guennadi Yanáyev, vicepresidente de la URSS y futuro golpista—. Gorbachov se había negado a acudir; no estaba de acuerdo con enterrar el Pacto de aquella manera. Ello no obstante, había sido unos meses antes, el 25 de febrero, cuando el comité político consultivo, reunido en Budapest, había decidido desmantelar los órganos y estructuras militares el 31 de marzo, gesto que había constituido la auténtica acta de defunción de la alianza defensiva de la Europa comunista.

Al día siguiente, el 2 de julio, abría sus sesiones el congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. La frágil posición de Gorbachov quedó patente desde el inicio, aunque logró mantenerse como secretario general. La crítica de los sectores ortodoxos —favorables a la recuperación de una política en clave de Guerra Fría—, por un lado, y la deserción de

reformistas como Boris Yeltsin, que pasó a la oposición, por otro, no le auguraban un buen futuro[213].

El canciller federal, que durante mucho tiempo le había despreciado por entender que su talla política no se correspondía con las exigencias del cargo, había cambiado su percepción, al menos en el último año y medio. Tanto en las declaraciones públicas como, sobre todo, en los encuentros entre ambos, la empatía era evidente. Además, Kohl era consciente del trascendental cambio operado en la política soviética en relación con la cuestión alemana, posible, en gran medida, gracias a Gorbachov. Las difíciles circunstancias en que se desarrollaba el mandato de este exigían también notables dosis de generosidad para eliminar cualquier atisbo de duda en el Kremlin respecto a la emergencia de una Alemania hostil y enfrentada a los intereses soviéticos. Por ese motivo, Kohl supo, una vez más, jugar muy bien sus cartas. Los meses de verano sirvieron a la diplomacia germano-occidental para convencer a sus socios de la importancia de conceder a la URSS ayudas de carácter económico con el fin de acallar, en lo posible, la oleada de protestas contra las reformas de Gorbachov, apostando así por la estabilidad del Ejecutivo soviético: no solo servirían para reforzar la posición del líder ruso, sino que tendrían consecuencias muy positivas para el Gobierno alemán, al que el Kremlin veía como un apoyo europeo de gran peso. Así quedó de manifiesto en el viaje girado por Kohl en julio de 1990: su entrevista con Gorbachov, celebrada el día 15 en Moscú, marcó el fin de la ambigüedad soviética ante la cuestión alemana: el Kremlin dio el visto bueno a la unidad de los dos Estados y confirmó que aceptaba la nueva Alemania como parte de la OTAN. Sin duda, fue una de las cumbres con mayor trascendencia para el futuro de Alemania y de Europa.

El canciller propuso firmar un tratado bilateral de altos vuelos para reforzar las relaciones de todo tipo e insistió en las ayudas crediticias que estaba dispuesto a librar y que ascendían a 5.000 millones de marcos. De igual forma, reiteró el plan de ayuda para la repatriación de las fuerzas soviéticas instaladas en la República Democrática y la reducción de los

efectivos del Ejército federal, buscando el aval de Gorbachov para la permanencia del nuevo Estado en la OTAN. El mandatario soviético le confirmó que aceptaba la soberanía plena de Alemania, aunque volvió a rechazar que las estructuras militares de la OTAN alcanzaran los territorios de la RDA. Aun así, dejó abierto un resquicio que terminaría por convertirse en una puerta: si la labor del intérprete había sido correcta, y ante la insistencia de Kohl para que matizase la respuesta de su homólogo, Gorbachov afirmó que la ampliación de la OTAN a los *Länder* de la República Democrática no tendría lugar hasta la retirada completa de las tropas soviéticas, prevista para dentro de unos tres o cuatro años.

Por tanto, el éxito de la estrategia desarrollada por Kohl fue completo, sin fisuras: difícilmente pudo contener la alegría en la declaración que hizo con Gorbachov el 16 de julio en la ciudad caucásica de Shelesnovodsk, adonde habían llegado desde Moscú:

> La unificación de Alemania abarca a la República Federal, a la República Democrática y a Berlín. Cuando la unificación se lleve a cabo las cuatro potencias quedarán completamente desligadas de sus responsabilidades […]. Mientras sigan estacionadas tropas soviéticas en el antiguo territorio de la RDA, las estructuras de la OTAN no se extenderán a esa parte de Alemania[214].

Las concesiones a la URSS constituían un capítulo menor; incluso, aunque fueran difundidas como una imposición, en realidad tampoco eran condiciones exclusivas de la negociación. Las autoridades de Bonn pondrían en marcha un plan para reducir el Ejército conjunto a 370.000 efectivos y mantendrían la renuncia expresa a la posesión y fabricación de armas químicas, biológicas y nucleares.

Las televisiones mostraron imágenes de los dos líderes y sus acompañantes con gestos relajados y ropa informal mientras los comentaristas simplificaban el contenido de la rueda de prensa subrayando la noticia de que Alemania podría formar parte de la OTAN. Las reacciones, bien de inquietud, bien de entusiasmo, no se hicieron esperar en las cancillerías comunitarias y en Washington, aunque todas fueron cautelosas hasta recibir noticias directas de Kohl. En cambio, los responsables de las

principales instituciones de la URSS y del Pacto de Varsovia, ajenas, en su inmensa mayoría, a lo negociado, fueron muy críticos y se alejaron todavía más de la deriva política del presidente de la URSS[215].

Por su parte, Bonn comprometía una cuantiosa suma de marcos con el objetivo de correr con los gastos de repatriación de los cerca de 350.000 efectivos militares, más sus familias, instalados en aquel momento en territorio de la RDA. Quedaba, además, pendiente de firma un amplio acuerdo entre los dos países, base de una cooperación en temas diversos y de indudable interés para ambos —sobre todo, para los soviéticos— tales como la tecnología, el comercio y la seguridad.

Hacía tiempo que Estados Unidos había dado su consentimiento a una negociación cuyos resultados favorecían de igual manera a la hegemonía de Washington en tanto en cuanto solo la debilidad intrínseca del Régimen soviético posibilitaba la reunificación alemana. En cambio, desde París y Londres la visión no era tan positiva. El equipo de Kohl había alcanzado acuerdos sin consultar a los Gobiernos de estas dos potencias ocupantes, favorecido por la ola general de optimismo ante la inminencia del fin del enfrentamiento de bloques y por la simpatía de la sociedad europea hacia el proyecto unitario. Franceses y británicos habían ido a remolque de las graves decisiones tomadas a lo largo de los últimos meses y temían, además, que la buena sintonía entre Bonn y Moscú generase un fortalecimiento desmesurado de la proyección internacional de Alemania, de su peso en Europa y en el mundo.

Queda fuera de toda duda el éxito del tándem Kohl-Genscher para convencer a Gorbachov de que la mejor opción para el futuro de la Alemania unida pasaba por su anclaje en las Comunidades Europeas y su integración en la OTAN dentro de una atmósfera de entendimiento y colaboración de todo tipo con la Unión Soviética. A continuación, tras las grandes decisiones políticas llegó la hora de los expertos y los técnicos. Kohl conocía perfectamente las dificultades con las que se iba a encontrar, sobre todo las económicas, comenzando por el coste de la repatriación de las fuerzas soviéticas, pero después de lo que había conseguido cualquier

obstáculo podía considerarse menor. El verano serviría para ajustar las medidas necesarias y acelerar todo lo posible el proceso de integración, más aún cuando la invasión iraquí de Kuwait a comienzos de agosto desplazó el interés norteamericano y europeo hacia esa parte del mundo. De igual modo, los acuerdos alcanzados peligraban ante la inestabilidad creciente en la URSS, donde se multiplicaban los conflictos nacionalistas, empeoraba el nivel de vida y los sectores comunistas más recalcitrantes, por un lado, y los grupos reformistas, por otro, aislaban paulatinamente a Gorbachov.

Aunque teóricamente de vacaciones, Kohl no perdió el tiempo. A lo largo del verano aseguró a Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, que Alemania correría con los gastos de la reunificación, sin menoscabo de su compromiso de transferir recursos a Bruselas, lo cual tranquilizó a sus socios comunitarios. A pesar de la locomotora económica del país, los inmensos gastos (hasta entonces solo estimativos) afectarían a los bolsillos de los alemanes occidentales. Por ello Kohl pretendía convocar, antes de que se enfriara la euforia por la unidad, unas elecciones generales en toda Alemania; De Mazière le aseguró el apoyo parlamentario a su plan. Las elecciones previstas para diciembre en la RFA podrían convertirse en las primeras con el país unificado, pero los plazos corrían: las negociaciones 2+4 tendrían que concluir en breve para dar paso, en octubre, al ansiado final: el nacimiento de una nueva República.

El 17 de julio la Conferencia resolvía en París las principales cuestiones abiertas tras el encuentro de Kohl y Gorbachov en el Cáucaso: Alemania recuperaba su soberanía plena, quedaba fijada y reconocida por todas las partes la frontera Oder-Neisse, las tropas soviéticas abandonarían el territorio alemán en un plazo de tres a cuatro años y se reducía el número de efectivos del nuevo Ejército, tal como hemos señalado con anterioridad.

Quedaba por resolver el tema de la compensación económica a la URSS por la salida de sus tropas. Hohl salió vencedor de las desavenencias con el ministro de finanzas, Theo Waigel, miembro de la CSU bávara, respecto al monto que se podía ofrecer. En la conversación telefónica que mantuvo con Gorbachov el 10 de septiembre el canciller alemán, no sin complicaciones

por las exigencias de su interlocutor, elevó la cantidad desde los 4.000 o 5.000 millones de marcos previstos en un primer momento a 11.000 o 12.000 millones más una línea de crédito sin intereses de 3.000 millones[216]. El Tratado 2+4 ya se podía firmar.

Dos días después, el 12 de septiembre, se firmaba el llamado «Tratado sobre el Acuerdo Definitivo con respecto a Alemania», cuya entrada en vigor tendría lugar el 3 de octubre[217]. Al día siguiente, el 13 de septiembre, la URSS y Alemania suscribieron el Tratado de Amistad y Colaboración que sellaba el nuevo marco de relaciones entre los dos países ahora reconciliados. El artículo 1.3 era taxativo: «La Alemania unida no tiene reivindicación territorial alguna contra otros Estados, ni formulará ninguna en el futuro». Respecto a la participación en alianzas, el artículo 6 recogía que «el derecho de la Alemania unida de pertenecer a alianzas, con todos los derechos y responsabilidades que de ello se derivan, no queda afectado por el presente tratado».

La rápida vía hacia la unidad ensayada tras la caída del Muro había avanzado en medio de una Europa convulsa. Frente a la fortaleza económica y política ofrecida por los países occidentales y la solidez institucional de las Comunidades, la Europa sovietizada había comenzado una transición hacia fórmulas democráticas en un proceso también rápido y traumático, como vamos a resumir a continuación. El resultado de todos los cambios que estaban fraguándose generaba altas dosis de inestabilidad unidas a la delicada situación interna de la Unión Soviética, envuelta en una profunda crisis en todos los ámbitos cuya consecuencia más directa era la creciente falta de legitimidad. La seguridad del continente, por tanto, parecía peligrar, sometida a la aceleración de las transformaciones operadas en las relaciones entre bloques, anuncio del final del orden internacional surgido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. El marco para garantizar la estabilidad debía ajustarse a la realidad cambiante del momento con el fin de paliar las previsibles y nocivas repercusiones de la precariedad de los sistemas comunistas, incluida la URSS. Se imponía, pues, un modelo de seguridad que superase el existente durante el

enfrentamiento de bloques, que sirviera para encontrar nuevas recetas basadas en la cooperación reforzada. En este sentido, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa era un instrumento que, institucionalizado, podría resultar de gran utilidad. Así lo entendían el Gobierno de Kohl y, en general, los países comunitarios y Estados Unidos. Igualmente, el grupo de Estados socialistas encabezados por la Unión Soviética también apostó por revitalizar la CSCE hasta convertirla en una organización de carácter permanente. Fue James Baker quien, al elogiar la labor desplegada desde hacía años por la Conferencia, propuso dar este paso[218].

Entre el 19 y el 21 de noviembre de 1990 la capital francesa reunió a una amplia representación de jefes de Estado o de Gobierno participantes en la CSCE. Estuvieron presentes altos mandatarios de Alemania, Austria, Bélgica, Bulgaria, Canadá, República Federativa Checa y Eslovaca, Chipre, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Irlanda, Islandia, Italia —que además, representaba en aquel momento a la Comunidad Europea— Liechtenstein, Luxemburgo, Malta, Mónaco, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Reino Unido, Rumanía, San Marino, la Santa Sede, Suecia, Suiza, Turquía, la URSS y Yugoslavia. El fatigoso listado es necesario para hacernos idea de la trascendencia que la nueva Europa surgida del fin de la Guerra Fría, acompañada por los países de Norteamérica, otorgaba a una cumbre de la que se esperaba que ofreciera garantías sobre la seguridad en el futuro inmediato. En los intensos debates desarrollados para aprobar un documento final que satisficiera a todos los participantes, Alemania no se apartó de la línea de trabajo de sus socios comunitarios, impulsando la idea de establecer algún tipo de organización sólida, llamada a continuar la labor de la CSCE pero con una estructura permanente con el fin de ganar operatividad.

El resultado fue magnífico. La Carta de París para una Nueva Europa[219] comenzaba con una declaración contundente: «La era de la confrontación y la división en Europa ha terminado». A partir de este presupuesto, los diez principios del Acta Final estaban orientados al compromiso entre todos los

firmantes de defender la democracia, la libertad económica y la justicia social. Respecto a Alemania, los firmantes se congratulaban de que «el pueblo alemán se haya unido para formar un solo estado conforme a los principios de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa y en pleno acuerdo con sus vecinos». La unidad nacional, recuperada tras el Tratado sobre el Acuerdo Definitivo con respecto a Alemania, constituía un hito fundamental para la estabilidad de la nueva Europa, se definía como «una importante contribución a un orden de paz, justo y duradero, para una Europa unida y democrática, consciente de su responsabilidad en cuanto a estabilidad, paz y cooperación».

De esta forma, la Carta de París situó el proceso de unidad de Alemania, como cierre de la oprobiosa Guerra Fría, en el núcleo de la renovación y mejora de las relaciones interestatales en Europa. El fin de la cuestión alemana tenía lugar dentro de un proceso, en buena medida espoleado por la propia vía unitaria, conducente a un mejor entendimiento entre todos, base necesaria para la paz y la seguridad, y la unificación de Alemania había contribuido a este clima de diálogo y mayor comprensión mutua. Para encauzar las inquietudes y las políticas derivadas de este nuevo clima de armonía nacía la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE). La Carta fundaba en Viena un Secretariado y un Centro de Prevención de Conflictos, así como, en Varsovia, una Oficina para las Instituciones Democráticas y los Derechos Humanos. Habría regularmente reuniones de los ministros de Exteriores; poco después, en 1992, iba a establecerse un Secretariado General. En definitiva, la influencia de la diplomacia alemana quedó patente en la naturaleza de la organización, de base multilateral, para alentar un nuevo sistema de seguridad en la Europa pos Guerra Fría.

Después de meses de discusiones y propuestas variopintas respecto a cómo integrar la nueva Alemania dentro de las estructuras defensivas de la Guerra Fría, el vertiginoso proceso de disolución del orden internacional heredado de 1945 dio una solución drástica, no ya a la cuestión alemana, sino al futuro del continente. Es más: los países que se sacudían de encima

los viejos regímenes comunistas decidían avanzar por la senda del acercamiento hacia el que hasta hacía poco había sido su enemigo irreconciliable: la OTAN. A la petición de las capitales centro-orientales respondieron los jefes de Estado o de Gobierno de la Alianza reunidos en Roma los días 7 y 8 de noviembre de 1991 declarándose a favor de institucionalizar la colaboración con aquellos países en materia de seguridad. Ya en una cumbre desarrollada el mes anterior en Cracovia los dirigentes de Polonia, Hungría y Checoslovaquia habían pedido firmar con la Alianza tratados para asegurar sus fronteras tras la debacle de la Unión Soviética. En Roma los aliados aprobaron la conversión de la OTAN en una organización «garante de la seguridad en toda Europa».

Lejos, pues, de pasar a la historia, la OTAN actualizó su concepto estratégico, que aunaba la defensa colectiva con el diálogo político. El marco de colaboración establecido entre la Alianza y los antiguos países comunistas fue el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte, creado en julio de 1992. La caída del Muro desencadenó un proceso de transformaciones radicales que alteraron profundamente el sistema de seguridad y de defensa europeas, un proceso cuyas consecuencias aún pueden percibirse hoy en día.

Alemania y las transiciones democráticas en los países de Europa del Este

Como indicábamos anteriormente, el difícil proceso de transición iniciado en los países sovietizados influía poderosamente en la inestabilidad de la región y, en general, en la seguridad de toda Europa. Los síntomas de agotamiento de sus economías extensivas, los desequilibrios estructurales entre los sectores productivos, las disfunciones organizativas y la excesiva dependencia respecto de la Unión Soviética en los intercambios comerciales, rasgos generalizados y comunes a las denominadas «democracias populares», se habían traducido en unos sistemas productivos estancados —o incluso en franco retroceso— así como en niveles reales de

vida muy bajos, máxime en comparación con Europa occidental. Estos hechos habían alimentado un malestar social creciente, de ahí que cuando el sometimiento a las políticas marcadas por la URSS comenzó a relajarse después de la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS y, sobre todo, después de que el líder soviético proclamara la libertad de decisión de sus aliados, la situación cambió drásticamente. De este modo, tras el final de la Doctrina de Soberanía Limitada, las democracias populares no decidieron mantenerse dentro del sistema de influencia soviética —como pensaba Gorbachov— sino romper vínculos e iniciar una nueva etapa en sus respectivas historias nacionales[220].

En Polonia, durante la segunda mitad de los años ochenta terminaron malográndose todos los proyectos de las autoridades comunistas para librar al país de la crisis. De modo especial destacó la derrota del Gobierno Messner en el referéndum sobre «democratización de las instituciones políticas y la reforma económica», celebrado en noviembre de 1987. Ante la evolución de los acontecimientos, los dirigentes se vieron obligados a entrar en contacto con los líderes del sindicato Solidaridad; juntos pusieron en marcha, en febrero de 1989, un equipo de negociación permanente, la conocida «Mesa Redonda». Una vez admitió el Partido Obrero Unificado Polaco el fin de su monopolio del poder, en abril fue posible cerrar los acuerdos de la Mesa, que contaban con las siguientes cláusulas: la legalización de Solidaridad, el reconocimiento de la libertad religiosa y de los medios de comunicación, la reforma del sistema educativo, la restauración del Senado como cámara alta y la instauración del pluripartidismo a través de un proceso dirigido en un primer momento por el Gobierno. La oposición aceptó las reglas del juego con la seguridad de que los resultados electorales harían fracasar los planes del Gobierno, tal como se constató en los comicios semilibres de junio de 1989: los candidatos alcanzaron todos los escaños reservados a la oposición en el *Sejm* (el 35 por ciento) y 99 de los 100 escaños posibles en el Senado. Al perder el POUP la mayoría parlamentaria, el presidente de la República, el general Jaruzelski, encargó la formación del Gobierno a Tadeusz

Mazowiecki, de Solidaridad, de tal modo que en septiembre quedaba constituido el nuevo Gobierno polaco, de mayoría no comunista.

Los dos grandes objetivos del Ejecutivo de Mazowiecki fueron: impulsar el cambio institucional partiendo de una nueva Constitución y terminar con la crisis económica crónica que padecía Polonia, con una deuda desorbitada y una inflación del 1.000 por cien. En relación con este último punto, el Gobierno puso en marcha en enero de 1990 un plan económico para acabar con los desequilibrios en el aparato productivo y reducir drásticamente la inflación. Aunque esto se consiguió, el aumento del desempleo, la disminución de los salarios reales y la caída de la producción industrial fueron las consecuencias más negativas del proceso.

Especial relevancia tuvo, en diciembre de 1990, la elección de Lech Walesa como presidente de la República, que nombró primer ministro a Jan Krzystof Bielecki, economista y miembro del Congreso Liberal Democrático. Sin abandonar el plan de ajuste con el fin de reordenar la economía, el nuevo gabinete decidió actuar con mayor decisión a la hora de privatizar los sectores económicos (en 1992 el privado representaba el 40 por ciento del PNB), pero dicho plan implicaba un gran coste social que repercutiría, ineludiblemente, en un aumento del paro y en la pérdida de poder adquisitivo de la mayor parte de la población. La respuesta se dejó sentir en la calle y sirvió de acicate a la oposición excomunista en el Parlamento para criticar las medidas del Gobierno.

Al mismo tiempo, la transformación de las estructuras políticas también resultó mucho más compleja y laboriosa de lo esperado, motivo por el cual las primeras elecciones totalmente libres tuvieron que posponerse hasta octubre de 1991, cuando las instituciones estuvieron preparadas para garantizar unos comicios plenamente democráticos. Caracterizados estos por la dispersión de voto y la enorme división del mapa político, el triunfo fue para la Unión Democrática (12,14 por ciento de los votos); en segundo lugar quedaron los excomunistas de la Alianza de la Izquierda Democrática (11,64 por ciento). En esta situación, el nuevo Ejecutivo minoritario del primer ministro Olszewski encontró muchas dificultades para aplicar su

programa de reformas: en febrero de 1992, sin renunciar al control estricto de la política monetaria, el Gobierno procedía a cancelar los aspectos más radicales del Plan de Ajuste de la Economía. Aun así, con las dificultades propias de un cambio de Régimen, la transición democrática iniciaba su andadura en Polonia.

En Checoslovaquia, el fracaso de la reforma económica dirigida por el equipo de Gustav Husak llevó al sistema del socialismo real a un callejón sin salida: el primer secretario del Partido Comunista fue apartado del cargo y la organización perdió el control de la sociedad. Sin embargo, los nuevos responsables no fueron capaces de recomponer la crítica situación que atravesaba el país. La disidencia logró unificar sus fuerzas y fundó, en noviembre de 1989 en Praga, el Foro Cívico, con Václav Havel al frente; al mismo tiempo, los grupos opositores eslovacos crearon Público contra Violencia.

El primer éxito de la oposición fue obligar al Gobierno a entablar negociaciones conjuntas con el objetivo de romper con el pasado y avanzar hacia el Estado de derecho. Con el país agitado socialmente y en el contexto de una Europa centro-oriental que comenzaba a transformarse, el Politburó dimitió y a finales de noviembre el partido perdió el control omnímodo del poder. El 11 de diciembre se formó un nuevo Gobierno de «unidad nacional», de mayoría no comunista, apoyado por el Foro Cívico y presidido por el reformista Marian Calfa; a continuación, el 29 de diciembre, Havel fue nombrado por la Asamblea Federal presidente interino de la República hasta la celebración de elecciones libres. Celebradas estas en junio de 1990, el Foro Cívico y Público contra Violencia lograron la mayoría absoluta en la Asamblea, que confirmó a Havel y a Calfa en los puestos de presidente de la República y primer ministro, respectivamente.

El camino de la transición estaba expedito y los nuevos dirigentes debían afrontar importantes problemas en todos los ámbitos de la vida pública. Para evitar el previsible enconamiento de las tensiones nacionalistas, el Gobierno reiteró en numerosas declaraciones su voluntad de fortalecer el carácter federal del nuevo Estado, que tomó el nombre de República

Federativa Checa y Eslovaca. Sin embargo, los sectores independentistas eslovacos no tardaron en radicalizar sus posiciones, avanzando así en una deriva que pronto conduciría a la ruptura. Por otra parte, en la primavera de 1990 se sentaron las bases de una economía de mercado que pondría fin a décadas de planificación centralizada. Al empezar el año nuevo entró en vigor un plan de estabilización que contemplaba, entre otros muchos aspectos, la convertibilidad de la moneda y la liberalización de los precios, así como la privatización a gran escala de los sectores productivos. No obstante, como antes avanzábamos, la consolidación del Estado de derecho no pudo evitar la quiebra de la unidad nacional: el 1 de enero de 1993 Eslovaquia alcanzó la independencia.

En Hungría, en el otoño de 1988, los comunistas menos ortodoxos habían logrado hacerse con el poder dentro del Politburó para, de inmediato, hacer pública su intención de crear un Estado constitucional moderno. Con el objetivo de profundizar en esta línea de actuación, en el invierno del año siguiente, una vez que el Partido Socialista Obrero Húngaro renunciara a su posición privilegiada al frente del Estado, quedó regulado el pluripartidismo. En octubre Hungría se convirtió en «Estado democrático de derecho, donde los valores de la democracia burguesa y del socialismo democrático se reconocen por igual». Ese mismo mes se disolvió el Partido Único: de sus cenizas surgiría el Partido Socialista Húngaro, de carácter reformista, que tanta importancia revestiría en los años siguientes. El afán innovador alcanzó también a la economía, donde comenzó a aplicarse un plan de austeridad que supuso la privatización de empresas estatales.

Con el propósito de alcanzar la plena normalidad política, las nuevas autoridades aceptaron negociar con la oposición al Régimen: de las reuniones de la Mesa Redonda salió el acuerdo de convocar elecciones libres en la primavera de 1990. En aquellos comicios, celebrados el 25 de marzo y el 8 de abril, resultó vencedor el Foro Democrático Húngaro (MDF), que obtuvo 164 escaños de los 386 posibles, seguido de la Alianza de Demócratas Libres, con 92 escaños. Una vez constituida la nueva cámara, esta otorgó su confianza al Gobierno presidido por Josef Antall,

dirigente del MDF, y nombró a Árpád Göncz, de la Alianza, para el cargo de presidente de la República. Como en los casos de los países ya descritos, la gran tarea por delante de Gobierno y oposición consistió en transformar política y económicamente al país con el menor coste social posible, con la mirada puesta en la futura integración en la Unión Europea. Para ello el Ejecutivo se esforzó por reducir a límites soportables la deuda externa, mejorar los niveles de producción y productividad y frenar la tasa de desempleo mientras procedía a democratizar las vetustas instituciones comunistas.

Fue en Rumanía, ante la intransigencia de la familia Ceaucescu, donde los acontecimientos de 1989 adquirieron tintes más sombríos. Las protestas contra los abusos de las autoridades en general y de la policía secreta del Régimen en particular, producidas en diciembre de 1989 en Timisoara y Bucarest, llevaron al Gobierno a decretar el Estado de excepción en todo el territorio nacional. La represión gubernamental no produjo los efectos esperados y Rumanía entró en una situación de vacío de poder (el matrimonio Ceaucescu, capturado al intentar escapar, fue ejecutado el día 25), que aprovechó la primera oposición formada para lanzar un comunicado a todo el país en el cual se confirmaba una revolución pacífica tras la caída del dictador: el país era libre y el destino de los rumanos estaba en sus propias manos. El control del Estado pasó rápidamente a manos del Frente de Salvación Nacional, un movimiento político controlado por comunistas contestatarios con Ion Iliescu como cabeza visible, el cual, al parecer, se había formado meses antes bajo los auspicios de Moscú con el objetivo de dar un golpe de Estado contra Ceaucescu. Las autoridades del Frente pusieron en marcha la reforma necesaria para terminar con la legalidad del Régimen comunista y facilitar la transición política y económica por medio de la convocatoria de elecciones libres.

En mayo de 1990 tuvieron lugar las elecciones generales a la Gran Asamblea Nacional, (Cámara de Diputados y Senado), así como las presidenciales. En las primeras, sin que pueda hablarse de fraude, el triunfo correspondió al Frente, con mayoría absoluta en ambas cámaras; en las

segundas salió elegido Iliescu con el 86 por ciento de los votos. En junio inició su andadura el nuevo Gobierno, presidido por Petre Roman. A partir de este momento, la oposición, sin amedrentarse ante la actitud poco tolerante de los nuevos responsables de la vida pública, se coordinó para fundar, en noviembre de 1990, la Alianza Cívica para consolidar en Rumanía el Estado de derecho, y trece meses después se aprobó en referéndum una nueva Constitución democrática que consagraba un Régimen parlamentario bicameral de tipo presidencialista. Con todo, el empeño más urgente consistió en transformar las estructuras económicas del país para así paliar la lamentable situación de la mayor parte de la población e incentivar un desarrollo estable. Con el fin de facilitar las inversiones extranjeras, la reforma bancaria y fiscal y la liberalización de los precios, en julio de 1990 y agosto de 1991 el Parlamento aprobó leyes sobre reactivación y privatización de los sectores productivos, así como la Ley de Reforma Agraria en febrero de 1991.

En Bulgaria, el fracaso de las reformas emprendidas por Tódor Jivkov siguiendo la estela de la perestroika de Gorbachov, así como el deterioro de la actividad económica, hicieron posible el cambio de dirigentes en el Partido y el Estado, con el comunista reformista Nikolai Mladenov como hombre fuerte del Régimen. Al mismo tiempo, comenzó a hacerse presente una primera oposición cuyo objetivo fundamental era la defensa de los derechos humanos. El impulso de la sociedad civil obligó a las nuevas autoridades del país a plantearse seriamente la transformación de las estructuras políticas, económicas y sociales. De este modo, el Gobierno reformó el Código Penal, aprobó una amnistía para los delitos políticos y anunció la celebración de elecciones libres para 1990. Asimismo, el Partido Comunista renunció a ejercer el monopolio del poder y, en abril, después de la celebración del decimocuarto congreso, de marcado carácter renovador, asumió el nombre de «Partido Socialista», que obtendría la mayoría absoluta en las elecciones de junio de 1990, seguido a gran distancia por la Unión de Fuerzas Democráticas.

La convergencia de criterios entre la mayoría parlamentaria y la oposición hizo a Mladenov renunciar a todos sus cargos, y la nueva Asamblea Nacional nombró a Jelin Jelev, disidente comunista y dirigente de la Unión, presidente de la República. A finales de 1990 tomó posesión un Gobierno tecnocrático y de coalición con la misión de poner en marcha un plan de ajuste y reestructuración de la economía y convocar nuevas elecciones para alcanzar la plena normalidad política en el país, todo ello de acuerdo con la Constitución aprobada en julio de 1991, que hacía de Bulgaria un Estado de derecho. Así, pues, en octubre la Unión logró la victoria sobre el Partido Socialista por un estrecho margen de votos; para culminar el proceso de reformas en curso, la cámara recién elegida, con la excepción de los diputados excomunistas, otorgó su confianza a un nuevo Gobierno de coalición.

Un caso particularmente conflictivo sería el de Yugoslavia. Ante el deterioro manifiesto de la situación desde la década de los ochenta, la Federación, desarticulada socialmente y fragmentada en lo nacional, comenzó a deslizarse por la senda de la desintegración. El vacío de poder existente y las pretensiones expansionistas de Serbia alentaron la secesión de las antiguas repúblicas yugoslavas: Eslovenia y Croacia se declararon independientes en junio de 1991, seguidas de Macedonia en septiembre de ese mismo año y, por último, de Bosnia-Herzegovina en marzo de 1992. Por su parte, Serbia y Montenegro constituyeron en abril de 1992 una nueva unidad nacional denominada «Federación Yugoslava». La guerra trastocaría completamente el ya de por sí complicado mosaico balcánico.

Más allá de los vaivenes de la política, la trascendencia de la sociedad civil como motor del proceso de crisis y descomposición del sistema de dominación soviética en el este de Europa ha sido puesta de manifiesto por muchos autores. Sin duda alguna, la efervescencia de movimientos de protesta aparecidos a lo largo de 1989 en todos estos países y ampliamente difundidos por los medios de comunicación en Occidente podría cegarnos respecto a su fuerza y efectividad. Sin embargo, si reflexionamos sobre la cronología de los acontecimientos podemos concluir que la crisis del

sistema comunista no fue provocada por la irrupción de estos grupos, sino que la sociedad civil cobró importancia una vez dio comienzo el proceso de descomposición de un sistema cuyos fundamentos económicos estaban profundamente erosionados y que se mostró incapaz de reaccionar ante los cambios que acontecían en el panorama internacional. Antes de la caída de los regímenes comunistas —y exceptuado el caso de Polonia—, el único movimiento verdaderamente contestatario estaba constituido por la disidencia, un término bastante escurridizo que comprendía, sobre todo, a intelectuales que por lo general no compartían las inquietudes del ciudadano medio; muchos de ellos, incluso, continuaron afirmando su fe izquierdista para proponer una reforma que en ningún caso suponía una alternativa liberal y capitalista.

También se ha hablado mucho de la importancia de la Iglesia como institución crítica con el poder establecido y refugio para los grupos disidentes. Una vez más, el caso de Polonia es particular si consideramos que allí la Iglesia católica ha sido secularmente el punto de apoyo de la sociedad a lo largo de su traumática historia, y no únicamente durante las décadas de dominación comunista. Desde los primeros años ochenta, la Iglesia no solo alentó sino también acogió y defendió el movimiento Solidaridad en su lucha contra el Partido Obrero Unificado Polaco, asumiendo así un papel político en el proceso de recuperación de las libertades en Polonia; un papel que pronto supieron reconocer y valorar los polacos, católicos en su mayoría. En el caso de la RDA, la Iglesia protestante desempeñó una función clave durante los años ochenta, con un impacto mucho mayor en la segunda mitad de dicha década a pesar de mantenerse, todavía entonces, el estricto control de la Stasi.

La debilidad de la disidencia y, en general, de los movimientos de oposición coadyuvó a que durante los procesos de transición a la democracia la sociedad civil se mostrase endeble y desarticulada hasta los meses previos a la caída del Muro. Las pruebas son muchas y muy evidentes: valgan, por citar solo algunas, la escasa entidad de los partidos políticos recién creados, a menudo abocados a someterse a la influencia de

algunos dirigentes fuertes, muchos de ellos provenientes de los antiguos partidos comunistas hegemónicos; la inoperancia de las organizaciones sindicales —en parte rechazadas por la sociedad por haber servido de correas de transmisión de los intereses de la cúpula del Partido, sordas a las necesidades de los trabajadores—; las enormes dificultades para construir un tejido empresarial digno de tal nombre, causantes de prácticas corruptas en la privatización de los bienes públicos, y, finalmente, el ínfimo papel desempeñado por las organizaciones no gubernamentales y otras de representación intermedia de la población.

Visto lo anterior, el panorama de la sociedad en el este de Europa durante los años de transición no era nada halagüeño; a falta de adiestramiento en prácticas democráticas, obedecía a las pautas establecidas durante décadas por un Régimen autoritario y coercitivo. De haber existido entonces una auténtica sociedad civil capaz de influir en el final del sistema, hubiera sido posible efectuar dentro de los grupos de oposición un aprendizaje democrático y la influencia de este se hubiera dejado notar en las transiciones. Antes bien, sucedió todo lo contrario: si nos referimos a las organizaciones sindicales más activas, su capacidad de respuesta ante la pérdida de nivel de vida en los primeros momentos del cambio estuvo relacionada con el control que continuaban ejerciendo algunos líderes comunistas. Los enfrentamientos de mineros rumanos con las fuerzas del orden público que incidieron terminantemente en la dimisión de Petre Roman como primer ministro en 1991 mostraron la fuerza de los sectores contrarios a las transformaciones que se presumían para el país. Algo parecido había sucedido en Bulgaria el año anterior; en Hungría o en Polonia, sin embargo, la falta de autoridad moral de los sindicatos evitó tal tipo de manifestaciones. Respecto a los partidos, los problemas derivados del control hegemónico ejercido por las organizaciones comunistas a lo largo de periodos tan dilatados de tiempo, además de la escasa tradición democrática previa a la sovietización, constituyeron grandes obstáculos a la hora de implantar partidos programáticamente coherentes, democráticos en su funcionamiento interno y con capacidad real de generar expectativas

entre la población, ya que esta se mostraba reacia a formar parte de organizaciones cuya memoria las asimilaba a las estructuras dependientes de los partidos comunistas.

Por tanto, debemos reconsiderar el papel desempeñado por la sociedad civil en la caída de los regímenes comunistas y en el inicio de las transiciones con el fin de otorgarle una importancia solo relativa en el desenlace final de aquellos procesos. Insistimos, pues, en que únicamente al final del proceso, ya fuera en las movilizaciones cotidianas y constantes en los últimos meses de la RDA o en las manifestaciones esporádicas y desorganizadas de Bucarest justo antes de la caída de Ceaucescu, la población anónima tuvo una influencia relevante tanto a la hora de presionar a los Gobiernos que, inclinados a un pragmatismo cada vez mayor, comenzaban a consensuar el cambio (Polonia), como a la de precipitar la caída final de la dictadura (Rumanía). Eso sí, en todos los casos el agotamiento del sistema de dominación era palmario. Al carecer las instituciones estatales de legitimidad popular y, por tanto, de defensores entre la población, la crisis provocó el derrumbe de los regímenes en un plazo de tiempo extraordinariamente breve. Aunque en algunos lugares como Rumanía o Bulgaria no se hubieran percibido conflictos sociales de gran intensidad, huelgas masivas ni multitudinarias manifestaciones de descontento (de acuerdo con los más severos dispositivos de represión desplegados por las instancias de Seguridad del Estado), el deterioro de la eficacia del sistema para asignar recursos y satisfacer necesidades había deslegitimado por completo a los regímenes comunistas. El resultado era previsible, pero incierto, y es aquí donde cabe la definición de legitimidad de Juan José Linz para, por defecto, aplicarla a aquella situación límite de 1989: «La legitimidad es la creencia de que, a pesar de insuficiencias y fracasos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras alternativas que pudieran establecerse y pueden por tanto demandar obediencia»[221]. Ahí radica la clave: la población no se había movilizado de forma masiva, pero tampoco defendía los supuestos logros del socialismo.

Muy relacionada con la cuestión de la legitimidad del sistema establecido, una de las posibles explicaciones para la rápida caída de los regímenes y para la simultaneidad de los procesos radica en una consideración generalizada entre la población según la cual los sistemas de dominación comunista eran exógenos, provocados en su origen y dirigidos desde su instauración por intereses ajenos a los nacionales. Eran dictaduras soviéticas, extranjeras, y al producirse el «colapso del centro» —según la expresión de Ralf Dahrendorf— dejaron de ostentar legitimidad interna. Al respecto, el final de la Doctrina de Soberanía Limitada, proclamada por Gorbachov antes de la desintegración de la URSS, desempeñó un papel de enorme trascendencia en la caída en cascada de los regímenes de partido único y precedió necesariamente a las mesas redondas fijadas por la dirección comunista y la oposición para alcanzar consensos sobre, por ejemplo, el futuro de Polonia o de Hungría una vez recuperada la soberanía nacional. En estos dos últimos países y en la propia Unión Soviética las transformaciones operadas a partir de cambios de criterio en la actuación política siguieron el dictado de los Comités Centrales de los respectivos partidos únicos. Tal como muestran las declaraciones y escritos de Gorbachov entre 1985 y 1989, fueron las elites dirigentes quienes —antes que por la presión de grupos opositores, por la presión internacional y por ser conscientes de la gravedad de la situación económica y política— introdujeron elementos de cambio cuyo objetivo era regenerar el propio sistema[222].

La sorpresa ante los acontecimientos que se estaban desencadenando en Europa centro-oriental durante la segunda mitad de los años ochenta fue general no solo entre la población europea, sino también entre los estudiosos del mundo comunista. La singularidad de los hechos obligó a los científicos sociales a formular nuevos modelos de investigación e interpretación de lo que había ocurrido en los países del Este desde 1945. Si seguimos la argumentación de Leslie Holmes[223], en todos aquellos países se produjo, desde el inicio de la desintegración del sistema, una secuencia parecida: una crisis en la gerontocracia que controlaba el sistema, con la

destitución de los dirigentes históricos —Kadar, Honecker, Ceauscescu—; otra crisis simultánea que afectó a los respectivos partidos comunistas, cada vez más rechazados por la población; y, en tercer lugar, la aceptación del pluripartidismo y la consiguiente legalización de las fuerzas opositoras. Todo ello condujo a la celebración de elecciones libres y, como consecuencia del cambio de legitimidad y de las variaciones legales, los diferentes Estados fueron aprobando constituciones nuevas o reformando en lo sustancial las antiguas de tal forma que se generalizaron los derechos civiles.

Identificado acríticamente con los valores de libertad, tolerancia y respeto mutuo, aunque no exento de cierta visión estereotipada, el modelo cultural occidental ganó predicamento entre las elites de la transición en su frenética marcha hacia la Unión Europea, panacea de todos los males. La búsqueda de este paraíso perdido impulsó a los Gobiernos a introducir cambios rápidos y, en ciertas ocasiones, bruscos, para sustituir los fundamentos del retórico igualitarismo comunista, el internacionalismo proletario, la solidaridad entre los pueblos humillados y el largo etcétera de tópicos de las dictaduras soviéticas por un discurso de referentes sociales occidentales, difícilmente alcanzables en breve plazo de tiempo. Este retraso generó no pocas frustraciones y reacciones adversas en aquella parte de la población para la que la transición no había satisfecho las expectativas creadas. En efecto, si la justicia social debía ser compatible con el funcionamiento de la lógica de mercado, la protección a los sectores menos favorecidos tenía que convertirse en elemento destacado de los programas de los partidos políticos implicados en la transición; sin embargo, la dificultad de edificar un sistema genuino de seguridad social poscomunista resultó un duro escollo en la legitimación de los nuevos sistemas.

Algunas transformaciones socioeconómicas operadas en Europa del Este fueron realmente vertiginosas, como el paso de un patrón de consumo caracterizado por la uniformidad de los productos y su relativa escasez a un crecimiento extraordinario de la oferta en contraste con los bajos salarios y el aumento del paro. Los desempleados se convirtieron en un fenómeno

novedoso; de ser inexistentes en las estadísticas oficiales de los países comunistas pasaron a formar un nutrido grupo social cuya válvula de escape terminó siendo la emigración hacia Europa occidental, en especial a Alemania.

Por su parte, el Gobierno alemán apoyaría desde un principio la transición a la democracia en los países de la Europa del Este así como su integración en el espacio comunitario europeo, entendida esta como el mejor camino para salvaguardar la seguridad en la región y extender y fortalecer los intereses económicos y comerciales. En cierto modo, se trataría de la continuación natural de la *Ostpolitik*, si bien en un contexto diferente. El propio presidente alemán, Roman Herzog, pronunciaría en marzo de 1995 un discurso donde exponía los principales intereses alemanes, entre ellos —además de la protección de las conquistas sociales del Estado del Bienestar —, la mejora de los mecanismos democráticos, la apuesta decidida por la integración europea y la estabilidad en el este de Europa, una de las prioridades de la acción exterior germana[224]. A este interés material se uniría el hecho, no menos importante para la percepción alemana del proceso integrador,

> De que la generación de posguerra creció con la idea de que sobre sus espaldas pesaba una parte sustancial de la responsabilidad moral del destino de *Mitteleuropa* después de 1945. Por ello no debe sorprender que durante la era Kohl el compromiso alemán de acercamiento entre los países de la Europa escindida fuera de mayor intensidad que el de cualquier otro miembro de la Unión[225].

Además, la influencia económica alemana en la zona iba a crecer ostensiblemente en los años siguientes a la caída del comunismo. Si nos centramos tan solo en el periodo 1993-1995, el comercio exterior alemán con los países del centro y este de Europa se incrementaría en más del 30 por ciento. En la última de estas fechas las exportaciones germanas a dicha área excederían, incluso, a las norteamericanas por un pequeño margen, mientras las importaciones lo harían de forma sustancial.

En efecto, los miembros de la Unión Europea iban a participar de muy distintos modos en el comercio con los países del Este. El desequilibrio se

haría tan palmario que en 1995 prácticamente la mitad de todas las exportaciones de la Unión tendrían su origen en Alemania, mientras que Gran Bretaña, con toda su importancia en los mercados mundiales, no llegaría al 5,5 por ciento. Es evidente, por todo ello, que los países del Este iban a estar mucho más interesados en potenciar el comercio con la Unión Europea que en mantener los tradicionales intercambios entre sí, como evidente sería la indiscutible primacía alemana en la región. A mediados de la década de los noventa Alemania se convertiría en el socio comercial comunitario más importante de Polonia, Hungría, República Checa, Eslovenia, Letonia, Lituania, Rumanía y Bulgaria; el segundo para Eslovaquia (después de la República Checa) y el tercero para Estonia (después de Finlandia y Suecia); con ello este país no solo habría afirmado su posición en el *Hinterland* tradicional de influencia centroeuropea, sino que se había extendido con fuerza a los países Bálticos y a los Balcanes.

En realidad, tampoco es novedoso el capítulo comercial e inversor. La política de apoyar la ampliación al Este por motivos económicos tendría sus antecedentes en las décadas previas, cuando la República Federal de Alemania había sido el socio más importante del Consejo de Ayuda Económica Mutua. Esto ha hecho afirmar a Andrei S. Markovits y Simon Reich, después de un detallado análisis de la influencia alemana en el Este, que «es extremadamente difícil encontrar una categoría de comercio en la cual la República Federal no haya constituido la presencia occidental de mayor peso en el este de Europa»[226].

[194] SAROTTE, Mary Elise, 1989. *The Struggle to Create…*, *op. cit.*, pp. 157-159.

[195] LION BUSTILLO, Javier, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, *op. cit.*, pp. 236-237.

[196] PARLAMENTO EUROPEO, «Resolución sobre los resultados de la reunión especial del Consejo Europeo de Dublín», 17 de mayo de 1990. Doc. B3-1041/90, pp. 173-175. Cit. en LION BUSTILLO, Javier, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, *op. cit.*, p. 244.

[197] *Conclusiones de la presidencia*. Consejo Europeo. Dublín, 25 y 26 de junio de 1990; https://consilium.europa.eu/media/20559/1990_junio_-_dublin_es.pdf (consultado el 25 de abril de 2018).

[198] BAUN, Michael J., *An Imperfect Union. The Maastricht Treaty and the New Politics of European Integration*, Boulder,Westview Press, 1996, pp. 48-52; LION BUSTILLO, Javier, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, *op. cit.*, pp. 274-275.

[199] *Conclusiones de la presidencia*. *Consejo Europeo. Roma, 27-28 de octubre de 1990*. SN30412190; www.consilium.europa.eu/media/20550/1990_octubre_-_roma.es_.pdf (consultado el 28 de abril de 2018).

[200] NICHOLLS, Anthony J., *The Bonn Republic: West German Democracy*, 1945-1990, Harlow, Longman, 1997, p. 298.

[201] *Conclusiones de la presidencia*. *Consejo Europeo. Roma, 14 y 15 de diciembre de 1990*. SN424/1/90: www.consilium.europa.eu/media/20533/1990_diciembre_-_roma_es_part_i.pdf (consultado el 28 de abril de 2018).

[202] ZELIKOW, Philip y RICE, Condoleeza, *Germany Unified and Europe Transformed: A Study in Statecraft*, Cambridge, Massachussetts, Harvard University Press, 1995, pp. 174-175.

[203] Cit. en SAROTTE, Mary Elise, 1989. *The Struggle to Create…*, *op. cit.*, p. 113.

[204] LION BUSTILLO, Javier, *La reunificación alemana y la seguridad europea*, Alzira, La Xara, 2008, p. 87.

[205] Puede encontrarse el texto de este discurso en *Europa-Archiv*, n.º 15 (1990), pp. 473-478.

[206] SAROTTE, Mary Elise, 1989. *The Struggle to Create…*, *op. cit.*, p. 164.

[207] *Ibid*., p. 170.

[208] Cit. en CARACUEL RAYA, María Ángeles, *Los cambios de la OTAN tras la Guerra Fría*, Madrid, Tecnos, 2004, p. 57.

[209] «Reunión ministerial del CAN en Turnberry, 7 y 8 de junio de 1990», *Revista de la OTAN*, n.º 3 (junio 1990), p. 29.

[210] SÁNCHEZ PEREYRA, Antonio, *Geopolítica de la expansión…*, *op. cit.*, p. 39.

[211] *Declaration on a Transformed North Atlantic Alliance. Issued by the Heads of State and Government participating in the Meeting of the North Atlantic Council (The London Conference»)*, 5-6 de julio de 1990; «https://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_23693.htm (consultado el 22 de enero de 2018).

[212] LION BUSTILLO, Javier, *La reunificación alemana y la seguridad europea*, *op. cit.*, p. 97.

[213] STENT, Angela, *Russia and Germany Reborn: Unification, the Soviet Collapse, and the New Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 123-134.

[214] Cit. en MASER, Werner, *Helmut Kohl, el reunificador*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 352.

[215] STENT, Angela, *Russia and Germany Reborn…*, *op. cit.*, p. 235.

[216] SAROTTE, Mary Elise, 1989. *The Struggle to Create…*, *op. cit.*, pp. 192-193.

[217] El texto se encuentra en *Revista de Derecho Político*, 40 (1995), pp. 231-239.

[218] PÉREZ BUSTAMANTE, Rogelio, «OSCE, desarme y seguridad en Europa (1945-2004): perspectiva histórica e institucional», en TORRE, Servando de la (ed.), *La Organización de Seguridad y Cooperación en Europa. Misiones y dimensiones de la OSCE*, Madrid, Dykinson, 2006, p. 22.

[219] https://www.osce.org/es/mc/39521?download=true (consultado el 24 de enero de 2018).

[220] FEJTÖ, François y KOLESZA-MIETKOWSKI, Ewa, *La fin des démocraties populaires. Les chemins du post-communisme*, París, Seuil, 1992; OKEY, Robin, *The demise of Communist East Europe. 1985 in Context*, Londres, Arnold, 2004; MCDERMOTT, Kevin y Stibbe, MATTHEW (eds.), *Revolution and Resistance in Eastern Europe: Challenges to Communist Rule*, Oxford, Berg, 2006. Para una visión más detallada de las transiciones en Europa del Este, véase MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo, *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*, Madrid, Síntesis, 1995.

[221] LINZ, Juan José, «Legitimacy of Democracy and the Socioeconomic System», en DOGAN, Mattei (ed.), *Comparing Pluralist Democracies*, *op. cit.*, p. 65.

[222] HYDE-PRICE, Adrian G. V., «Democratization in Eastern Europe: the External Dimension», en PRIDHAM, Geoffrey y VANHANEN, Tatu (dirs.), *Democratization in Eastern Europe*, Londres, Routledge, pp. 220-252.

[223] HOLMES, Leslie, *Post-Communism. An Introduction*, Cambridge, Polity, 1997.

[224] HERZOG, Roman, «Die Grundkoordinaten deutscher Aussenpolitik: Gekürzte Fassung einer Rede vor der Gesellschaft für Auswärtige Politik am 11. März 1995», *Internationale Politik*, n.º 4/1995, pp. 3-11.

[225] TROUILLE, Jean-Marc, «France, Germany and the Eastwards Expansion of the EU: towards a Common Ostpolitik», en INGHAM, Hilary e INGHAM, Mike (eds.), *EU Expansion to the East. Prospects and Problems*, Cheltenham, Edward Elgar, 2002, p. 56.

[226] MARKOVITS, Andrei S. y REICH, Simon, *The German Predicament: Memory and Power in the New Europe*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1997, p. 172.

9. ALEMANIA RECUPERA LA UNIDAD

El camino de la unión económica, monetaria y social

Después de los satisfactorios resultados, para los intereses de Bonn, de las elecciones de marzo en la RDA, el canciller Kohl hubo de retomar la promesa que había hecho en febrero de avanzar hacia la unión económica, monetaria y social. El impacto de la rotunda victoria disipó, hasta hacerlas prácticamente desaparecer, las reticencias de los dirigentes europeos respecto a una unificación rápida. Las declaraciones realizadas por estos se canalizaron hacia el cumplimiento de determinados requisitos relacionados con la seguridad y el anclaje del proceso dentro de la Europa comunitaria. No era nada nuevo, como tampoco lo fue el hecho de que la voz discrepante de Margaret Thatcher continuara clamando en el desierto sobre las repercusiones negativas del previsible fortalecimiento alemán: su mayor preocupación residía ahora en mantener a la nueva Alemania dentro de la OTAN. Respecto a la unión monetaria, el Gobierno británico mostró sus recelos ante la influencia que tendría sobre la estabilidad del Sistema Monetario Europeo. La primera ministra lo utilizó como subterfugio para posponer una decisión acerca de la entrada del Reino Unido en dicho sistema: para valorar esa posibilidad habría que esperar a la conclusión del proceso de unidad alemana.

Por su parte, y mientras la economía germano-oriental empeoraba sus expectativas día a día, el plan de Kohl de apostar decididamente por una unión económica y monetaria había sido recibido con alborozo por buena parte de la población del Este y, sin lugar a dudas, había tenido una influencia importante en la victoria de la CDU. Se daban todas las circunstancias favorables para poner en marcha una negociación que se presumía rápida, como así fue. La apertura de fronteras entre ambos

Estados estaba creando serios problemas añadidos a la RDA. Los profesionales mejor formados en su territorio obtenían puestos de trabajo con salarios mucho más elevados en el Oeste, lo que generaba un flujo de emigrantes que amenazaba con dejar a la intemperie sectores clave del país.

El objetivo del canciller fue erigir en el Este el sistema de mercado del Oeste. No cabían fórmulas alternativas ni experimentos poco fundados, pues se trataba de que el reemplazo del obsoleto sistema económico condujera lo antes posible a la equiparación de las condiciones y del nivel de vida. Además del marco occidental y de la normativa económica, el Gobierno federal trasladaría la legislación social para no dejar al albur a una población sometida a los estragos de la crisis.

Verdaderamente, el reto era complicado. Si Kohl había repetido hasta la saciedad que la unificación no sería gravosa para el ciudadano occidental, con el mismo énfasis se había pronunciado a la hora de asegurar una mejora del nivel de vida de los germano-orientales. Al respecto, una prueba de fuego para el canciller era acertar en el tipo de cambio que se estableciera entre las dos monedas para evitar una inflación excesiva. Se barajaron varias posibilidades y, finalmente, se impuso la decisión más favorable para los habitantes del Este, a pesar de las admoniciones contrarias del *Bundesbank*[227]. El tipo de cambio de un marco occidental por uno oriental les sería beneficioso, pues revalorizaba los ahorros de quienes no habían dispuesto de una amplia oferta de productos en la RDA y ahora podrían gastar parte de lo acumulado. Sin embargo, iría en detrimento de las industrias orientales, poco productivas. El encarecimiento de los salarios provocaría, inevitablemente, un aumento del desempleo y el cierre de los centros que fueran incapaces de afrontar la competencia, a la espera de inversiones que modernizaran los sistemas.

El Gobierno de la RDA presionaba para lograr este cambio de 1 a 1, a lo que Kohl era receptivo pensando en una solución drástica: la saneada situación económica de la República Federal facilitaría la financiación de la unidad. El Gobierno acudiría a la deuda pública para dicha financiación, la cual, a su vez, atraería a inversores en el Este. Todo ello conduciría al

crecimiento de la economía y a la absorción de la masa de parados generada por la crisis de la vieja industria del país comunista[228].

Por su parte, las instituciones europeas seguían muy de cerca el proceso unitario en marcha, puesto que la decisión de Bonn repercutiría en toda Europa. A través del Comité Bangemann, la Comisión elaboró una comunicación que remitió al Consejo a finales de abril de 1990. La rapidez con que se sucedían los hechos aconsejaba una toma de posición clara[229]. Según el documento, el artículo 23 de la Ley Fundamental simplificaría la entrada de la RDA en las Comunidades en tanto en cuanto al traspasar el ordenamiento jurídico occidental al Este la negociación atendería solo al tiempo necesario para ajustar los cambios, evitando el largo proceso de discusión entre Bruselas y un Estado independiente.

Si, finalmente, la unidad tenía lugar al amparo de dicho artículo 23, la Comisión estimaba que la integración podría producirse en tres fases. En un primer momento tendría que darse la unión económica, monetaria y social que culminaría con la unidad política de los dos Estados alemanes. Durante este periodo el Gobierno alemán llevaría a cabo el programa de reformas en profundidad para adecuar las estructuras económicas y políticas de la antigua RDA a las exigencias comunitarias, desde asegurar la libertad de empresa a garantizar la seguridad social, por poner tan solo dos ejemplos.

A los ojos de la Comisión, esta fase resultaría determinante para el futuro, de ahí la importancia de que todos los actores implicados fueran conscientes de su alta responsabilidad: era el momento de transformar la vieja e ineficaz economía colectivizada en un sistema de mercado.

En la segunda etapa definida por Bruselas, propiamente de transición, los acuerdos internacionales asumidos hasta entonces por las Comunidades tendrían vigor en los *Länder* orientales, que deberían adaptarse también a esta normativa al tratarse de un territorio comunitario como cualquier otro. De igual manera, correspondería al Gobierno federal responder conforme a la legislación comunitaria a los compromisos exteriores adquiridos por la extinta RDA.

El documento reconocía la dificultad para aplicar con rapidez algunas políticas comunitarias, por ejemplo, las relacionadas con el medioambiente, teniendo en cuenta los desastres ecológicos provocados por las decisiones irresponsables de las antiguas autoridades que comenzaban a descubrirse.

En última instancia, la tercera fase supondría la integración definitiva, con la conclusión de los periodos transitorios de las medidas excepcionales.

Como hemos visto anteriormente, el Consejo Europeo de Dublín de abril de 1990 dio el visto bueno al contenido fundamental del texto del Tratado; es más, el encuentro sirvió para aquietar las conciencias más críticas al asegurar Kohl que no costearía el proceso reunificador acudiendo a la emisión de deuda externa con el apoyo de Bruselas. La vía quedaba expedita para la aprobación del Tratado. Además, la Comisión había logrado convencer a los socios y a la mayoría del Parlamento Europeo de que la incorporación de la República Democrática al espacio comunitario debía ser tratada como un caso singular: sería una incorporación *de facto*, pero no *de iure*.

A partir de la entrada en vigor, el régimen jurídico de la RDA, su propio Gobierno, pivotaría en torno al sistema económico y financiero de la República Federal. El primer párrafo del protocolo despejaba cualquier duda: «La legislación de la República Democrática Alemana será modelada sobre los principios de un orden liberal, democrático, federal y social gobernado por el Estado de derecho y guiado por el régimen legal de la Comunidad Europea». Muchos economistas pensaban que el hundimiento de la economía planificada y la necesaria —y, por otra parte, inevitable— transición a la economía de mercado debían pasar por introducir el *Deutsche Mark* como primera condición para avanzar hacia estructuras económicas sólidas y, por tanto, hacia la unidad efectiva, y no se equivocaron.

El preámbulo dejaba claro cómo el contenido del Tratado constituía un primer momento en el camino hacia la unidad de los Estados alemanes, un proceso que se llevaría a cabo según el artículo 23 de la Ley Fundamental. A continuación, establecía el *Deutsche Mark* como moneda oficial de la

RDA, así como los tipos de cambio que indicaremos a continuación. El Banco Federal Alemán pasaba a ser el responsable de la política monetaria, con lo cual la RDA perdía una parte sustancial de su soberanía: la relacionada con el ámbito financiero.

La economía social de mercado era el fundamento de la unión económica y, en consecuencia, la propiedad privada y la libre circulación de capital, trabajo, bienes y servicios serían respetadas como principios articuladores del sistema. Quedaban eliminadas las subvenciones. Todo el sistema impositivo y presupuestario de la República Democrática habría de adaptarse al de la República Federal y de forma inmediata entraría en vigor la unión aduanera entre las Comunidades Europeas y la RDA. El texto disponía la aprobación de nuevas reglas de funcionamiento para la agencia privatizadora —de la que luego hablaremos— con el fin de acelerar y también de controlar mejor el proceso en el intento de atajar cualquier indicio de corrupción.

Respecto a las cuestiones sociales que, lógicamente, preocupaban mucho a la población, todo el sistema de seguridad social vigente en la RFA, desde el derecho a pensiones, accidentes, etc., iría incorporándose de manera paulatina en el Este para evitar perjuicios a los sectores más vulnerables. De igual forma, la legislación sobre protección medioambiental pasaría a regir en dichos territorios.

Así, pues, el 18 de mayo de 1990 los Gobiernos de la RDA y la RFA firmaron el Tratado Interestatal de Unión Económica, Monetaria y Social, cuya entrada en vigor quedaba fijada para el 1 de julio. La ceremonia oficial tuvo como sede el Gobelin Hall del palacio Schaumburg, de Bonn. En el acto, De Mazière destacó el inicio de un camino hacia una economía social de mercado con respeto por el medioambiente; Kohl expresó su entusiasmo por el nacimiento de una Alemania libre y unida. Ciertamente, el texto constituía un documento verdaderamente fundacional de la nueva Alemania, un paso definitivo hacia la unidad, ante la cual, a esas alturas, era ya muy difícil adoptar una postura contraria. Por la vía de los hechos, si bien tras arduas negociaciones, como hemos visto, el camino parecía

allanado. Gracias a él se produciría la unión económica y monetaria entre ambos Estados dentro del proceso de transformación de la economía planificada a la economía social de mercado[230]. De igual forma, todo el territorio germano-oriental pasaría a formar parte del ámbito económico de las Comunidades.

Sin duda alguna, la unión monetaria cambió la vida de los alemanes orientales y las fronteras interestatales se abrieron al eliminarse el control de pasaportes. Al comenzar las vacaciones de verano la noticia fue celebrada con entusiasmo por la población. Muchos municipios organizaron fiestas y conciertos. Se había dado un paso trascendental para la reunificación rápida de los dos Estados. El consumo desaforado fue una primera, casi instintiva, reacción de miles de germano-orientales. Después de décadas de vida en blanco y negro, los escaparates multicolores de las tiendas del Oeste atrajeron la mirada de una población privada de ciertas comodidades, acostumbrada a una cotidianidad sin apenas variaciones[231].

Con muy poca nostalgia, los ciudadanos del Este dijeron adiós a los billetes que los habían acompañado en su tránsito por la RDA, en donde se mezclaban las efigies de teólogos reformadores, poetas y, sobre todo, líderes socialistas: Thomas Müntzer en los de 5 marcos, Clara Zetkin en los de 10, Goethe en los de 20 y Engels y Marx en los de 50 y 100, respectivamente.

Respecto al tipo de cambio, una cuestión trascendental para millones de ciudadanos del Este, el Tratado adoptó el modelo de un marco oriental por uno occidental para los sueldos, pensiones, contratos y buena parte de los ahorros. Para el resto de operaciones funcionaría el 2 a 1 (la cobertura social y el régimen laboral también se aplicaron en el Este). El *Bundesbank* definiría desde este momento la política económica de ambos Estados, de forma autónoma respecto del Gobierno, como hasta entonces ocurría en la RFA. La decisión había sido fundamentalmente política: se habían levantado muchas voces autorizadas en contra del tipo de cambio establecido, porque elevaría la inflación y afectaría a las inversiones extranjeras. Era evidente que, después de las promesas que les había hecho,

Kohl no podía dejar a los ciudadanos del Este sin ahorros ni reducir estos a un valor testimonial, máxime teniendo en cuenta el previsible aumento del desempleo.

El Tratado estipulaba un «Fondo para la Unidad Alemana» de 115.000 millones de marcos para el quinquenio 1990-1994, recursos que provenían, sobre todo, de una reducción de diferentes partidas así como de la emisión de bonos de los Gobiernos federal y de los *Länder*. Así fue como se sobrepusieron las decisiones políticas a las cautelosas advertencias del *Bundesbank*, pues el Gobierno federal apostó por inyectar capital a centros y sectores en crisis y terminaría generando un gasto público mayor del previsto.

El conglomerado de empresas propiedad de la RDA se transfirió a una agencia estatal (*Treuhandanstalt*) con el fin de proceder a su venta una vez saneadas. El 29 de junio el Gobierno de la RDA nombró a Detlev Karsten Rohwedder, presidente del grupo de ingeniería de la RFA Hoescht, máximo responsable de esta agencia, que había sido creada por Hans Modrow el 1 de marzo anterior. Trece meses después sería asesinado en un atentado de la facción del Ejército Rojo y ocuparía su cargo Birgit Breuel, que a su vez había sido ministra de Finanzas del estado de Baja Sajonia. En enero de 1992 los trabajadores de las empresas controladas por la agencia habían pasado de 4 millones en 1990 a 1,6: 455.000 se habían jubilado, 640.000 habían cambiado de trabajo y 336.000 habían ido al paro[232].

Una vez firmado por los Gobiernos, el Tratado requería la aprobación parlamentaria. Como ya hemos dicho, a lo largo de la negociación Los Verdes y el PDS habían mostrado su oposición, aduciendo argumentos similares sobre la explotación capitalista mediante la hegemonía del *Deutsche Mark*. Los socialdemócratas se mantuvieron ambiguos, al menos en el Oeste. Finalmente, la *Volkskammer* ratificaría el Tratado con el apoyo del SPD —aun cuando hubo discusiones encendidas en el debate de aprobación—, mientras en la RFA Lafontaine adoptaba una postura singular: la ejecutiva del partido solicitó a Kohl una participación mayor en la toma de decisiones sobre el desarrollo del Tratado y mayores garantías

sobre, por ejemplo, el respeto al medioambiente. El canciller mostró su voluntad de dialogar sobre todos los asuntos mientras el socialdemócrata Lafontaine, en el colmo del absurdo y pensando en Kohl más como futuro rival en las elecciones, propuso dar la aprobación al Tratado en el *Bundesrat*, donde tenía mayoría, y oponerse en el *Bundestag*. Finalmente, la ejecutiva del SPD terminó calificando el Tratado de «inevitable y necesario», y sus diputados votaron en consecuencia. Así pues, el 21 de junio la *Volkskammer* lo aprobó por 302 votos a favor frente a 82 en contra y el *Bundestag* hizo lo propio por 445 frente a 60[233].

Quedaba ahora, pues, por resolver la difícil cuestión sobre cómo legislar la reunificación. En efecto, la entrada en vigor del Tratado el 1 de julio fue comúnmente interpretada como el inicio del anunciado fin de la RDA como Estado. Las voces discrepantes eran, en aquel entonces, mínimas entre una población germano-oriental dispuesta a beneficiarse de la prosperidad del Oeste. El deseo del momento por continuar avanzando, ahora hacia la unidad política, hizo volver la mirada sobre el texto constitucional de la RFA.

El artículo 23 de la Ley Fundamental afirmaba que sus disposiciones se aplicarían a «otras partes de Alemania» desde el mismo momento en que estos territorios se incorporaran a la República Federal. Fue precisamente este artículo el aplicado en 1959 cuando se produjo la integración del Sarre. Sin duda, teniendo en cuenta la respuesta popular tras las elecciones del 18 de marzo del 90, fue el más requerido por la población: extender el modelo germano-occidental al Este, donde agonizaba el sistema socialista.

En cambio, el artículo 146 conllevaba un proceso largo en tanto en cuanto declaraba: «Esta Ley Fundamental dejará de estar en vigor el día en que entre en vigor una Constitución adoptada por la decisión libre del pueblo alemán». Al abrir un proceso constituyente, sus defensores preveían una participación amplia en el debate, lo cual implicaría mayor sosiego y reflexión sobre las consecuencias de la unidad, permitiendo recoger aquellos aspectos positivos de la RDA que con un procedimiento rápido quedarían completamente suprimidos en favor de la primacía occidental.

Un nuevo texto constitucional —argüían también sus auspiciadores— permitiría introducir elementos novedosos, fruto de la evolución de los tiempos que, lógicamente, décadas antes carecían de sentido. Por ejemplo, cuestiones relevantes como la preservación del medioambiente, los nuevos derechos sociales o, incluso, el envío de tropas fuera del país podían ser objeto de consideración. De igual manera, el espinoso problema de las fronteras quedaría solucionado. Como la Constitución habría de ser refrendada por el pueblo alemán en su conjunto, los límites territoriales fijados excluirían reivindicaciones pendientes.

Los socialdemócratas y buena parte de las antiguas asociaciones de oposición en el Este pugnaron por defender la aplicación del 146 como una forma de otorgar mayor legitimidad al proceso. La nueva Constitución se elaboraría en un contexto radicalmente diferente al de 1949 y podría incorporar elementos muy reivindicados por la izquierda, además de que servirían para preservar ciertos principios inspirados en el Régimen germano-oriental adaptados a la nueva realidad, caso del multiculturalismo, la aplicación de la democracia directa para algunos asuntos o la igualdad de género.

Lógicamente, la elaboración de un nuevo texto constitucional exigiría un tiempo que la población no estaba dispuesta a esperar. El canciller Kohl entendió en seguida cómo el mandato popular apostaba por la actuación conforme al artículo 23 y se apresuró a convertirse en su máximo defensor. El SPD se mostró mucho más tibio, empeñado en mantener abierta la vía del 146, por lo que muchos ciudadanos perdieron la confianza en él, como la perdieron también en los disidentes que, tras haber luchado tanto contra la dictadura del SED, temían ahora que la absorción por la República Federal acabara con los rasgos distintivos de un Estado (el de la RDA) que todavía aspiraban a reformar. Tanto los socialdemócratas como los disidentes aparecieron, pues, cada vez más distanciados de la voluntad de los alemanes: un mes antes de las elecciones del 18 de marzo las encuestas de opinión mostraban cómo un 90 por ciento de los occidentales y un 84

por ciento de los orientales estaban de acuerdo en que la Ley Fundamental fuera la norma constitucional de la nueva Alemania unificada[234].

La alternativa del artículo 23 implicaba, por tanto, el triunfo rotundo de las tesis de Kohl: la República Federal de Alemania no se extinguiría para dar paso, junto a los territorios del Este, a una entidad estatal nueva: era la RDA la que desaparecía mientras la República de Bonn ampliaba su extensión incorporando aquellos territorios. Esta fórmula implicaba pocas modificaciones, no alteraba los compromisos de seguridad ni las políticas exterior, europea o económica del Estado. Era obvio que la Ley Fundamental habría de modificarse en puntos concretos pero, como decimos, sin grandes cambios. En buena medida, el debate había quedado zanjado antes, tras las elecciones de marzo a la *Volkskammer*, en la cual ni siquiera se llegó a discutir, por carecer ya de sentido, el llamado «Proyecto del Grupo de Trabajo "Nueva Constitución de la RDA" de la Mesa Redonda para una Constitución de la República Democrática Alemana»[235]. Con el fracaso de esta iniciativa se hacía evidente, por otro lado, cómo los movimientos cívicos, de cuya relevancia para acabar con la dictadura del SED nadie podría dudar, quedaban marginados por la aceleración de los acontecimientos. La unidad política aparecía en el horizonte como el siguiente paso del proceso.

En efecto, pocos días después de la entrada en vigor de la Unión Económica, Monetaria y Social, negociadores de ambos Estados iniciaron los contactos en Berlín Este para firmar lo antes posible un tratado de unificación. Los temas para el debate eran múltiples y presentaban muchas aristas, pero desde el primer momento la voluntad política de llegar con rapidez a un acuerdo se impuso sobre las cuestiones técnicas, que encontrarían repuesta concreta sin enturbiar ni desviar el objetivo central de la unidad. Asuntos como la aplicación de la legislación comunitaria a los nuevos *Länder*, la transformación del sistema educativo o la adaptación de la ley del aborto —por poner ejemplos dispares— mostraban la variedad y complejidad de los temas discutidos. A pesar de todo, se cumplió el

calendario previsto. Los meses de verano fueron intensos para las partes y las rondas de trabajo concluyeron a finales de agosto.

Lo sustancial del documento establecía la forma y el procedimiento según los cuales el territorio de la RDA incorporaría las normas legislativas occidentales y, por tanto, también comunitarias. Ya el día 22 de julio la *Volkskammer* aprobó una ley según la cual variaba la administración territorial del Estado al reinstalarse los cinco *Länder* suprimidos en 1952 (Mecklemburgo-Antepomerania, Sajonia, Sajonia-Anhalt, Brandeburgo y Turingia), que mantendrían los límites de posguerra. El principio federal eliminaba el centralismo característico de la época socialista.

Mientras tanto, los grandes desafíos y la disparidad de criterios existente dentro del gabinete provocaron entre finales de julio y finales de agosto la salida de los liberales y, poco después, de los socialdemócratas. El modo de afrontar la crisis económica y los plazos para la firma del Tratado de unidad acabaron con la precaria estabilidad del Gobierno de De Mazière. También se convirtió en caballo de batalla una cuestión tan sensible como la ley electoral. Para las elecciones de diciembre del 90 el SPD y los liberales de ambas partes pretendían extender a toda Alemania el sistema vigente en la República Federal, mientras la CDU, el PDS y los cristianos sociales del Este preferían mantener sistemas diferenciados. A pesar de los desacuerdos, la presión popular y la mirada internacional, unidas a la postura adoptada finalmente por el SPD y el FDP en el Oeste, influyeron en la decisión que la *Volkskammer* tomó el 23 de agosto, con consecuencias de gran calado para la conclusión del proceso: el 3 de octubre de 1990 la Ley Fundamental de Bonn tendría validez como norma suprema para el territorio de la RDA. De los 363 diputados presentes 294 votaron a favor; 62, en contra y 7 se abstuvieron.

No había sido nada fácil; de hecho, el tren había estado a punto de descarrilar cuando el 20 de agosto el SPD se retiró de los altos puestos de responsabilidad tanto en los ministerios como en las secretarías de Estado. La salida definitiva de la coalición gubernamental parecía dejar a De

Maziére sin el apoyo de los dos tercios de la cámara necesarios para sacar adelante el Tratado.

El Tratado de Unificación y las primeras elecciones de la Alemania unificada

Las elecciones de marzo a la *Volkskammer* habían certificado lo que pensaba la inmensa mayoría de la sociedad germano-oriental: la RDA tenía los días contados. La catástrofe económica, agravada por la disolución del Consejo de Ayuda Económica Mutua, acrecentaba la inquietud de la población, necesitada urgentemente de esperanza. La tesitura exigía respuestas claras, sin la ambivalencia de los mensajes lanzados por algunos líderes del SPD o de los antiguos movimientos cívicos.

Los negociadores de Bonn y Berlín Este se guiaron desde un primer momento por el pragmatismo. Por parte del Gobierno federal el principal interlocutor fue Wolfgang Schäuble, ministro del Interior y fiel seguidor de las ideas de Kohl. Según Schäuble, no había razones de peso para modificar la Ley Fundamental, como repitió durante aquellos meses en distintos foros. Por su parte, el Gobierno de la RDA optó por Günther Krause, secretario de Estado, para llevar las riendas de un proceso que su jefe de filas, Lothar de Mazière, prefería que se desarrollase más lentamente. Ambas delegaciones intercambiaron los primeros documentos base del Tratado a finales de mayo. Pretendían llegar a redactar un texto final atento a tantos puntos delicados, con un preámbulo y una serie de artículos específicos, con el fin de que las posiciones más detalladas fueran recogidas en los apéndices. Así sería suficiente, teniendo en cuenta la continuidad de la Ley Fundamental, sobre la que todos estaban de acuerdo.

La primera reunión tuvo lugar el 6 de julio, pocos días después de que entrase en vigor el Tratado de Unión Económica. Fue una puesta en común de suma importancia para fijar un calendario realista y establecer las cuestiones principales que debían abordarse; entre ellas, concretar la legislación transitoria para los asuntos sociales, determinar cómo y en qué

medida la RFA asumía las obligaciones internacionales suscritas por la RDA, definir la forma de aplicar las leyes comunitarias y acordar el reparto presupuestario entre los estados federados.

La segunda ronda de negociaciones se celebró a comienzos de agosto. En ella se puso de manifiesto la buena voluntad de las partes y se alcanzó el acuerdo sobre la transferencia a los *Länder* del Este de la mayor parte de las normas referidas a ámbitos como trabajo y justicia. También se introdujo en el preámbulo de la Ley Fundamental un parágrafo para reconocer las diferencias legales que se producirían durante la transición.

Los mayores obstáculos aparecieron a finales de agosto, a lo largo del tercer y último encuentro negociador. Cuestiones como la indemnización a las víctimas del Régimen del SED, las medidas específicas para la reconversión a la economía de mercado y la onerosa regeneración medioambiental provocarían un coste muy elevado, lo cual explica la vaguedad con la que aparecerían reflejados en el Tratado[236].

Una cuestión especialmente sensible enturbió las semanas previas a la firma: la Ley del Aborto. Regulado de manera mucho más abierta en la RDA (podía interrumpirse el embarazo durante los primeros tres meses), en la legislación occidental se dejaba en manos del médico la decisión por motivos psicológicos, socioeconómicos o de peligro para la madre. Ante las posiciones encontradas entre las diferentes fuerzas políticas y el duro debate provocado en la sociedad, se decidió posponer la solución hasta después de la unificación, cuando el Parlamento discutiera y aprobara una ley para todo el país.

Otro gran tema pendiente fue el de las restituciones de propiedades privadas nacionalizadas por el Gobierno de la RDA. Los socialdemócratas se inclinaban por establecer compensaciones para los antiguos propietarios de tierras, inmuebles o negocios con el fin de evitar perjuicios a ciudadanos de la República Democrática que, en función de la legislación propia del Estado, habían sido beneficiarios durante el largo periodo de la dictadura. Por otro lado, en muchas ocasiones era muy difícil probar los derechos de propiedad, lo cual conduciría a procesos judiciales dilatados en el tiempo,

como así fue. No obstante, finalmente se impuso el criterio defendido por la CDU y el FDP: devolución de lo requisado desde el nacimiento de la RDA en octubre de 1949. No menos sensible era la cuestión de la depuración de responsabilidades, que trataremos más delante de forma pormenorizada.

Por fin, el 31 de agosto se rubricaba en el *Kronprinzenpalast* de Berlín el Tratado de Unificación de la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana bajo la atenta, y desmayada, mirada de Wolfgang Schäuble y Günther Krause, verdaderos muñidores del proceso y del resultado final. Las últimas negociaciones habían servido para aclarar temas pendientes e introducir matizaciones provenientes de los partidos de oposición, muy en especial del SPD. Así, las coberturas sociales, el camino para solicitar la devolución de propiedades confiscadas durante la época comunista o las competencias de los nuevos estados federados habían recibido un tratamiento consensuado. Aunque Los Verdes habían sido muy críticos y continuaban manifestando su desacuerdo en muchos aspectos, fue el PDS, heredero del SED, la formación que había quedado voluntariamente al margen; ello no obstante, hubo de aceptar el nuevo escenario político donde a partir de ahora tendría que actuar. El Tratado (*Deutsch-Deutscher Vertrag*) estaba compuesto por un preámbulo, cuarenta y cinco artículos más tres apéndices y un protocolo con aclaraciones.

Frente a la vieja legislación comunista, el documento establecía un sistema democrático de carácter liberal y abierto. Aquellos aspectos más controvertidos se dejaban para el debate y aprobación una vez unificado el país mientras recogía los periodos transitorios, sobre los cuales habían pugnado los interlocutores del Este, hasta producirse la convergencia. Había un hecho incontestable: el Tratado extendía los principios, valores y legislación occidentales a la antigua RDA. La unidad alemana se producía bajo el modelo de la RFA.

Para Berlín, la capital hasta hacía poco escindida por el Muro, el Tratado contenía un elemento muy especial: volvía a recuperar su condición de capital de Alemania. Meses después, en junio de 1991, el *Bundestag*

decidiría que la capital fuera también la sede del Gobierno y del propio Parlamento.

El 20 de septiembre de 1990 el *Einigungsvertrag* era aprobado por una amplia mayoría de la *Volkskammer* (229 votos a favor, 80 en contra y 1 abstención) y el mismo día por el *Bundestag* (442 a favor, 47 en contra y 3 abstenciones)[237]. En el caso de la RDA los diputados disconformes eran del PDS y de *Bündnis*'90/Los Verdes. En el *Bundestag*, a Los Verdes se sumaron varios diputados democristianos que se oponían a reconocer la frontera del Oder-Neisse. El *Bundesrat* lo ratificó al día siguiente y el 24 lo sancionó el presidente federal, Richard von Weizsäcker. El 3 de octubre entró en vigor, y con ello los antiguos territorios de la República Democrática Alemana se convirtieron en estados federados de la nueva República Federal de Alemania.

El preámbulo mencionaba la continuidad histórica y el vínculo con la integración europea:

> Conscientes de la continuidad de la historia alemana y recordando la especial responsabilidad por el desarrollo democrático de Alemania, derivada de dicha historia, obligada por el respeto de los derechos humanos, en el empeño de contribuir a través de la unificación alemana a la unidad de Europa y a la creación de un orden pacífico en Europa, en la que las fronteras no separen y que garantice a todos los pueblos de Europa una convivencia sobre la base de la confianza […].

Para evitar las suspicacias generadas por la frontera Oder-Neisse, el preámbulo también marcaba el reconocimiento de los límites y de la soberanía nacional de los Estados europeos.

De acuerdo con este espíritu de concordia, unos meses después, el 16 de enero de 1992, los Gobiernos de Bonn y Varsovia firmarían el Tratado de Buena Vecindad, que otorgaba carta de naturaleza a los derechos políticos y culturales de sus minorías en el otro país: casi un cuarto de millón de alemanes en Polonia y medio millón de polacos en Alemania.

Un día después de la desaparición oficial de la RDA se constituyó formalmente en Berlín el primer Parlamento conjunto. En efecto, el día 4 de octubre el *Reichstag* berlinés presenció otro hito histórico en su larga y

accidentada trayectoria al acoger a los 663 diputados, de los cuales 144 provenían de la extinta Cámara Popular. Pocos cometidos tendrían los representantes del pueblo alemán más allá de la relevante función simbólica, pues unas semanas más tarde, el 2 de diciembre, tendrían lugar las primeras elecciones legislativas para toda la Alemania unificada.

Como nuevos ministros sin cartera provenientes del antiguo Gobierno de la RDA se sumaron al gabinete cinco: tres de la CDU (Lothar de Mazière, Günther Krause y Sabine Bergmann-Pohl), un liberal (Rainer Ortleb) y un socialcristiano (Hansjoachim Walther). Kohl y su nuevo equipo reiteraron en aquellos primeros días del mes la importancia de la fecha del 3 de octubre para todos los alemanes después de años de ruptura. Sin excesos retóricos nacionalistas, sobre los que estaban muy prevenidos, el discurso no solo de los líderes cristianodemócratas y liberales, sino también de importantes sectores del SPD, coincidió en celebrar el día de la unidad como una jornada satisfactoria a la vez que llena de retos para el futuro. Las críticas continuaron desde las filas de Los Verdes, el PDS y grupos procedentes de los movimientos cívicos de Alemania del Este. Los más extremistas calificaron de catastrófica la unidad, cuyas repercusiones negativas, insistían, pronto podrían apreciarse en el coste social del proceso.

Los primeros días de octubre habían contemplado la desaparición de los símbolos del Estado germano-oriental. La bandera negra, roja y amarilla con el martillo y el compás pasó a los desvanes de los edificios oficiales y a las viviendas de los primeros nostálgicos. A pesar de algunos agoreros, el inicio de la particular transición iba a resultar tan pacífico y ordenado como su desarrollo posterior. No hubo manifestaciones violentas en contra de lo ocurrido ni provocaciones a personas o grupos. Se había instalado en la población tanto occidental como oriental una sensación de conformismo u optimismo ante el futuro. Era el momento de que comenzaran poco a poco a cumplirse las promesas realizadas.

El 3 de octubre, en un acto solemne en la sala de la Filarmónica de Berlín, el presidente federal Richard von Weizsäcker agradecía el apoyo internacional, desde la Unión Soviética hasta las Comunidades Europeas y

Estados Unidos, así como a los movimientos cívicos tanto de la antigua RDA como de los países del Este por haberse mantenido firmes en su lucha por la libertad y los derechos humanos:

> «Nosotros somos el pueblo»: esas cuatro palabras, grandes y sencillas, hicieron tambalearse y caer a todo un sistema. En esas palabras se encarnaba la voluntad popular de tomar las riendas de la comunidad, de la *res publica*. En este sentido, la revolución pacífica alemana fue verdaderamente republicana. El hecho de que triunfara después de casi sesenta años de represión la hace más asombrosa y digna de crédito.

Los alemanes eran considerados socios respetables, cumplidores de sus compromisos; por tanto, era la hora de proseguir el trabajo iniciado para que la unificación fortaleciera la democracia y la cooperación en Europa, para extender la paz. La fiesta popular con Berlín como centro transcurrió sin incidentes, exceptuados algunos pequeños enfrentamientos entre anarquistas y la policía.

Tras la fiesta de la unidad vendría la cita con las urnas para dar legitimidad al proceso. El 2 de diciembre era la fecha convenida para celebrar las primeras elecciones generales en la Alemania unificada (con 357.386 km^2 y cerca de 80 millones de habitantes constituía el tercer país por extensión y el más poblado del Viejo Continente). La decisión la habían tomado en mayo los comisionados de ambas cámaras parlamentarias; posteriormente, en agosto, los negociadores aprobaron una ley electoral para toda Alemania que, en realidad, extendía la norma de la RFA al resto de territorios.

El nuevo Parlamento contaría con 656 diputados. Como parecía lógico considerando la evolución de los últimos tiempos, las formaciones políticas occidentales se fusionaron con sus homólogos del Este sin alterar los principios fundamentales de sus programas. Para la CDU, fusionada a comienzos de mes, la defensa de la economía social de mercado y su resuelta defensa de la profundización y ampliación de las Comunidades seguirían siendo sus señas de identidad.

La campaña se centró en presentar a Kohl como artífice de la unidad: el que mejor había percibido la posibilidad de alcanzarla y quien había

actuado en consecuencia, con firme criterio, sin importarle las críticas de sus adversarios. Para los estrategas del partido, la presencia del canciller en actos públicos, en foros de distinta naturaleza, en los medios de comunicación, era un valor añadido; representaba el éxito de la unificación rápida. El eslogan de la CDU «Sí a Alemania, sí al futuro» centró el discurso del partido en un horizonte halagüeño, sin costes adicionales para la población. Respecto a la CSU, aun cuando hizo sus maniobras de aproximación a partidos minoritarios de derecha en la zona oriental, supo preservar su fuerza en Baviera y mantener así su influencia en el Gobierno —en Bonn y, luego, en Berlín— incluso después de fallecer en 1998 su carismático líder, Franz Joseph Strauss, cuyo puesto pasó a ocupar otro personaje importante durante aquellos años: Theo Waigel, ministro federal de Hacienda.

El 27 de septiembre se había aprobado de manera oficial la unión entre los SPD de ambas zonas; a su frente estaría Hans-Jochen Vogel, si bien como candidato a canciller el partido mantuvo a su vicepresidente y primer ministro del Sarre, Oskar Lafontaine. Las fuertes discrepancias emergidas en el congreso celebrado en diciembre de 1989 no habían, sin embargo, alterado las bases de su programa, en el cual, junto a la línea socialdemócrata, se había acentuado la preocupación por el medioambiente y por ampliar las políticas sociales. Precisamente en la vertiente ecológica y social insistió en su discurso de campaña Lafontaine, incidiendo en las falsedades en las que, según él, había incurrido Kohl para estimular la vía rápida hacia la unificación. El dirigente del SPD no había aprendido la lección y en algunas ocasiones su mensaje, pretendidamente libre de los principios nacionalistas, llegó a resultar excéntrico a los ojos de muchos de los militantes. El atractivo de Lafontaine para los sectores de población joven y contestataria en el Oeste no caló en el Este, donde muchos no le perdonaban sus constantes recelos ante la unificación e incluso lo consideraban un político un tanto frívolo.

Por su parte, los liberales del FDP, también fusionados con su partido hermano y con otros pequeños grupos de ideología similar, acudían con la

carta de presentación de Genscher, aunque su mensaje quedaba diluido dentro de la omnipresencia cristianodemócrata. Tampoco las elecciones para la *Volkskammer*, ni las regionales ni municipales del Este, celebradas semanas antes y cuyos resultados habían sido magros, les hacían concebir grandes esperanzas.

En efecto, antes de la cita de diciembre, el 14 de octubre, se celebraron elecciones en los cinco nuevos *Länder* federados. Los candidatos presentados eran poco conocidos y la campaña se desarrolló en clave económica, siempre sometida al discurso del bien supremo de la unidad lanzado por los cristianodemócratas, así como al catastrófico futuro augurado por Lafontaine, a la cabeza de los críticos del SPD. No hubo novedades, solo la insistencia en los problemas de paro, en la previsible falta de crecimiento económico, en las perspectivas de desigualdad; todo ello frente al optimismo recalcitrante ejemplificado por Kohl.

La participación (68,7 por ciento) fue importante, aunque sin alcanzar los porcentajes de otras citas con las urnas. La CDU volvió a arrasar en Sajonia, con casi un 54 por ciento de los votos frente al 19 por ciento del SPD y el 10,2 por ciento del PDS. En Turingia los cristianodemócratas obtuvieron un respaldo del 45,4 por ciento, seguidos del SPD con un 22,8 por ciento. En Sajonia-Anhalt gobernarían en coalición la CDU, con casi el 39 por ciento de los sufragios, y los liberales del FDP, con el 13,5 por ciento; el SPD solo alcanzó el 25 por ciento. También venció la CDU en Mecklemburgo-Antepomerania, con un 38,3 por ciento, y el segundo lugar fue para el SPD, con el 27 por ciento. Tan solo Brandeburgo se resistió al partido del canciller: los socialdemócratas llegaron al 38,3 por ciento y la CDU, al 29,4 por ciento. Aquí los socialistas acabarían formando Gobierno con los liberales del FDP. Las expectativas de que los poscomunistas del PDS alcanzaran buenos resultados se vinieron abajo mientras se desvanecía lo que quedaba de los movimientos cívicos.

A la vista de estas cifras, ningún experto dudaba de una amplia victoria para la CDU en diciembre, como tampoco lo hacía la inmensa mayoría de la población. A un mes de la cita electoral el porcentaje de encuestados que

asumían el triunfo de la actual coalición de Gobierno ascendía al 90 por ciento, un porcentaje verdaderamente inusitado[238].

Con todo, ¿cuáles eran las preocupaciones fundamentales de los ciudadanos una vez pasada la euforia por la reunificación? Sin duda, el tema estrella era la economía, el coste de la unidad y la manera en que iba a afectar a los alemanes, sobre todo, a los occidentales. El canciller Kohl, como hemos indicado, había venido insistiendo en que la recuperación de la unidad no tendría impacto en los bolsillos de la población. No habría subida de impuestos y las inversiones que se presumía que llegaran al Este contribuirían a regenerar a medio plazo la estructura productiva de los nuevos *Länder*. En los medios de comunicación circularon informes, previsiones, datos estadísticos de toda índole, desde los más optimistas hasta los que auguraban un futuro negro, la mayoría apoyados en análisis económicos y financieros de prestigiosas firmas y universidades. A tenor de los resultados electorales, la población confió más en las palabras del canciller que en quienes en sus artículos veían a Alemania poco menos que precipitándose por un abismo.

La ecología fue otra cuestión candente durante la campaña. Todos los días llegaban noticias de nuevos desastres medioambientales perpetrados por la dejadez de los responsables políticos de la RDA. La manera de afrontar con rapidez la toma de medidas drásticas para revertir el proceso de degradación preocupó mucho a una población —en especial, la occidental— muy sensibilizada con estos temas desde hacía décadas.

Para los nuevos ciudadanos de la República el mayor interés residía en el bienestar, en la mejora de sus condiciones de vida. El paraíso prometido tras la reunificación debía empezar a concretarse a través de la legislación social, las ayudas, la reconversión de los puestos de trabajo: había llegado la hora de la realidad y quienes habían confiado en el mensaje del canciller Kohl esperaban cosechar los frutos.

Con una elevada participación (en torno al 78 por ciento), la votación no deparó muchas sorpresas, salvo la ausencia de Los Verdes en la cámara, sumidos como estaban en una profunda crisis interna y después de haber

desarrollado una campaña poco o nada realista, basada en acerbas críticas a la unificación. La CDU/CSU casi alcanzó el 44 por ciento, lo cual, unido al 11 por ciento cosechado por su más que previsible socio, el FDP, aseguraba un Gobierno estable. Rozando el 34 por ciento de los sufragios, los socialdemócratas obtuvieron los peores resultados desde 1959. Desde luego, el reiterativo mensaje lanzado por Lafontaine sobre lo inapropiado de haber utilizado el artículo 23 y las gravosas consecuencias económicas del proceso había carecido de acogida favorable; de igual forma, ni siquiera la campaña había logrado acallar voces históricas de su partido claramente distanciadas de sus tesis, como las de los dos últimos cancilleres federales del SPD, Willy Brandt y Helmut Schmidt. Los comunistas reconvertidos del PDS —con un 2,4 por ciento en el conjunto de Alemania, pero un 11 por ciento en los *Länder* orientales— entraron en el *Bundestag* gracias a que en dicha zona no se aplicó la cláusula del 5 por ciento. La extrema derecha, ejemplificada en Los Republicanos, no accedió a la cámara al conseguir poco más del 2 por ciento de los votos en toda Alemania. Había temor ante los resultados de esta formación después de las buenas cifras alcanzadas en el Parlamento de Berlín occidental, un territorio tradicionalmente abonado a la izquierda y en donde habían logrado el 7 por ciento de los sufragios en enero de 1989. El voto de protesta se difuminó o se inclinó hacia otras alternativas.

En algunos estados el voto a la CDU/CSU había sido arrollador: en Baviera estuvo a punto de alcanzar el 60 por ciento y en Sajonia, el 50 por ciento, mientras en Baden-Württemberg y en Renania-Palatinado subió al 46,5 por ciento y al 45,6 por ciento, respectivamente. El mensaje de la CDU había calado entre los más variados sectores sociales, extendiéndose desde las zonas ricas de los *Länder* occidentales hasta las más empobrecidas regiones y ciudades del Este[239].

El reparto de escaños quedó de la siguiente forma: la coalición CDU/CSU ocupó 319; el SPD, 239; los liberales del FDP llegaron a los 79, y a 17 el PDS. La coalición *Bündnis'90*/Los Verdes, que solo había presentado candidaturas en el Este, obtuvo 8. Los Verdes occidentales, radicalmente

contrarios a la unificación, se quedaron sin representación parlamentaria, hecho insólito en las últimas décadas y que reflejaba el castigo de los ciudadanos a este partido por su completa falta de compromiso con la realidad. Indudablemente, si, como para muchos analistas, estas elecciones habían sido el verdadero plebiscito sobre la unificación, esta había quedado plenamente legitimada. Helmut Kohl pasaba a la historia como «el canciller de la unidad», según había vaticinado *Der Spiegel* el 12 de marzo de 1990 si todo sucedía como parecía que iba a suceder[240].

El nuevo Parlamento quedó oficialmente constituido el 20 de diciembre en el edificio del *Reichstag* y el 16 de enero de 1991 el reelegido canciller federal Helmut Kohl presentaba su Gobierno, tres de cuyos miembros provenían de la antigua Alemania del Este: los cristianodemócratas Günther Krause en Tráfico y Angela Merkel en Mujer y Juventud, y el liberal Rainer Ortleb en Educación y Ciencia. Días después Kohl expuso las líneas maestras de su acción de Gobierno. El primer gran objetivo era lograr lo antes posible una auténtica unidad en todos los ámbitos de la esfera pública con el fin de asegurar un nivel de vida digno para todos los ciudadanos. En segundo término, recordando sus compromisos con Bruselas, Kohl abogaba por edificar una Europa pacífica, próspera, dentro de la cual Alemania fuera un motor de la integración. Por último, insistió en trabajar por la seguridad y la paz en el mundo fomentando los derechos humanos y los valores democráticos.

Por lo que al primero de estos objetivos se refiere, Kohl emprendió el camino hacia la consolidación de la economía de mercado en el Este mediante la puesta en marcha de un amplio programa que no variaba sino que profundizaba en las líneas de actuación previas, tales como las ayudas para mejorar las infraestructuras, los incentivos a la inversión, etc. No obstante, en este caso, su atención se fijaba más en las pequeñas y medianas empresas, que corrían el riesgo de quedar desatendidas frente a las grandes corporaciones, en proceso de privatización a través de la *Treuhandanstalt*.

La oposición de izquierda en el Parlamento encabezada por el SPD planteaba la necesidad de establecer nuevos impuestos e, incluso, la

creación de un ministerio específico para la reconstrucción económica del Este, pero el Gobierno de Kohl se mantuvo firme en su defensa de una unificación que se costease fundamentalmente tanto con los beneficios generados por la venta de las propiedades industriales, inmobiliarias y agrícolas del Estado de la RDA —ahora en vías de enajenación— como con los que provocarían las inversiones productivas en esta zona del país. Había que contar, sin embargo, con el impacto negativo que una economía colapsada iba a producir en las cuentas generales de la RFA, así como con la repercusión en el desempleo. De hecho, en 1990, la producción industrial del Este cayó casi un 54 por ciento y a finales de año el paro rondaba el 33 por ciento[241].

La situación que reflejan estos datos afectaba a la marcha de la economía alemana en su conjunto. La unificación fue tan rápida en efectuarse como en proyectar su sombra sobre la inflación (del 3 al 4,8 por ciento entre 1990 y 1992), sobre la pérdida de dinamismo y la frustración de una población que solo había reparado en la imagen de una Alemania potente, motor de Europa, sin pararse a pensar siquiera superficialmente en el tiempo requerido para equilibrar las condiciones de todo tipo entre el Este y el Oeste. A mediados de 1992 un magro 36 por ciento de los alemanes occidentales expresaba una opinión favorable a la unificación[242].

[227] KREILE, Michael, «The Political Economy of the New Germany», en STARES, Paul (ed.), *The New Germany and the New Europe*, Washington D. C., The Brookings Institution, 1992, pp. 68-71.

[228] MARSCH, David, *Germany and Europe. The Crisis of Unity*, Londres, Mandarin, 1994, pp. 84-85.

[229] *La Comunidad y la unificación alemana. Comunicación de la Comisión en vista de la reunión especial del Consejo Europeo de Dublín de 28 de abril de 1990. Bruselas, 20 de abril de 1990*; https://learneurope.eu/files/4153/ 7518/4396/La_Ce_y_la_reunificacin_alemana_pdf (consultado el 19 de junio de 2018).

[230] HASSE, Rolf, «German-German Monetary Union: Main Options, Costs and Repercussions», en GHAUSSY, A. Ghanie y SCHÄFER, Wolf (eds.), *The Economics of German Unification*, Londres, Routledge, 1993, p. 35.

[231] Las reacciones de todo tipo al cambio de vida tras el Tratado pueden encontrarse en HUMANN, Klaus (Ed.), *Wir sind das Geld. Wie die Westdeutschen die DDR auskaufen*, Reinbeck, Rowohlt, 1990.

[232] CHILDS, David, *Fall of the GDR*, *op. cit.*, p. 142.

[233] JARAUSCH, Konrad J., *The Rush to German Unity*, *op. cit.*, pp. 147-148.

[234] GÖRTERMAKER, Manfred, *Unifying Germany, 1989-1990*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994, p. 200.

[235] Véase PREUSS, Ulrich K. y ULLMANN, Wolfgang (eds.), *Eine Verfassung für Deutschland: Manifest, Text, Plädoyers*, Munich, Hauser, 1991.

[236] JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity*, *op. cit.*, pp. 171-172.

[237] El texto del Tratado puede encontrarse en https://www.gesetze-im-internet.de/einigvtr/EinigVtr.pdf (consultado el 9 de septiembre de 2018).

[238] SEMETKO, Holli A. y SCHOENBACH, Klaus, *Germany's «Unity Elections». Votes and the Media*, Creskill (Nueva Jersey), Hampton Press, 1994, p. 3.

[239] GIBOWSKI, Wolfgang y KAASE, Max, «Auf dem Weg zum politischen Alltag», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, n.º 11/12 (1991), pp. 3-7.

[240] MASER, Werner, *Helmut Kohl*…, *op. cit.*, p. 254.

[241] DORNBUSCH, Rudiger y HOLGER, Rolf, «East German Economic Reconstruction», en BLANCHARD, Olivier; FROOT, Kenneth y SACHS, Jeffrey (eds.), *The Transition in Eastern Europe*, Chicago, Chicago University Press, 1994, p. 161.

[242] ANDERSON, Jeffrey, *German Unification and the Union of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 40.

10. LAS CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA REUNIFICACIÓN

El coste económico

Desde la caída del Muro Helmut Kohl había insistido hasta la saciedad en que la reunificación no tendría coste alguno para los ciudadanos de la RFA, convencido como estaba de que la situación general de los territorios del Este no era tan desoladora como luego mostrarían los datos contrastados. Pronto hubo de retractarse. Tan solo unos meses después de los fastos por la unidad, introdujo una tasa «solidaria» del 7,5 por ciento en el impuesto sobre la renta, en principio para un año: volvió a establecerse en 1995 y estuvo en vigor hasta 2002. De hecho, el Tratado de Unificación preveía hasta 1994 un plazo de tiempo durante el cual los *Länder* orientales participarían de forma excepcional en el reparto federal con la finalidad de equilibrar la estructura económica de ambas zonas. Obtendrían así una parte proporcionalmente mayor de los impuestos totales, además de los recursos del Fondo de Unidad Alemana, que sumaron los 100.000 millones de marcos entre 1991 y 1994. Además, el Gobierno federal sufragaría una parte notable del gasto por acondicionamiento o edificación de escuelas, hospitales, tendido ferroviario, etcétera. A finales de 1994 un exultante Kohl declaraba respecto a los nuevos *Länder*: «Una tercera parte de las autopistas, más de la mitad de las carreteras federales y tres mil kilómetros de ferrocarril han sido modernizados y ampliados […]. Entre 1990 y 1994 cerca de 800.000 millones de marcos han sido transferidos a los nuevos Estados federados, 500.000 de ellos con cargo a fondos públicos»[243].

Tan ingente esfuerzo perjudicó, incluso, a una economía de la solidez de la alemana. Después de un crecimiento cero en los seis últimos meses de 1992, en 1993 se quedó en un -1,2 por ciento. El Gobierno aceptó las

medidas propuestas por el *Bundesbank* y elevó los tipos de interés para fortalecer la moneda. El sistema se resintió hasta el punto de que en aquellos últimos meses de 1992 la lira italiana y la libra esterlina abandonaron la disciplina monetaria europea, lo cual puso en evidencia la hegemonía del motor económico alemán dentro de la UE.

Cualquier índice que se utilizara mostraba las abruptas diferencias existentes entre los dos Estados ahora unificados: como ejemplo suficientemente elocuente, bastaba con citar la productividad: en la ex RDA no llegaba a la tercera parte de la occidental. Las carreteras exigían, en su conjunto, una reforma estructural; el 11 por ciento de los bloques de pisos, tan característicos del paisaje urbano, no reunían las condiciones mínimas de habitabilidad según los criterios germano-occidentales y solo el 25 por ciento de las unidades familiares disponían de teléfono[244].

El Gobierno de Kohl tenía las manos atadas por la insistente promesa, durante los meses previos, de que la reunificación no iba a repercutir en los bolsillos de los ciudadanos de la RFA. Sin embargo, en marzo de 1991 hubo de diseñar un programa de «recuperación en el Este» que implicaba la citada subida del 7,5 por ciento del impuesto sobre la renta. Al tomar conciencia de que la situación en los territorios orientales era más grave de lo esperado, el volumen de transferencia financiera a los nuevos estados federados tuvo que multiplicarse hasta 150.000 millones anuales de marcos en los años siguientes. El sector primario y las industrias básicas continuaron perdiendo peso y, aunque la construcción y los servicios comenzaron a recuperarse, a la altura de 1993 fue necesaria una inyección de capital, que se plasmaría en el llamado «Pacto de Solidaridad» para rescatar al Este.

Aun cuando el esfuerzo económico dentro del presupuesto federal aumentó para lograr cuanto antes un equilibrio entre los *Länder* antiguos y los nuevos, lo cierto es que más de las tres cuartas partes de las inyecciones financieras en los años noventa tuvieron que dedicarse a pagar los gastos derivados del Estado del Bienestar (educación, sanidad, jubilaciones…) y de ello se resintieron las inversiones productivas. A tenor de la calamitosa

situación heredada en el Este, no cabía otra opción que no fuera la de atender en primer lugar las necesidades de la población para ir acercando niveles de vida tan dispares.

En esta coyuntura excepcional, el canciller Kohl propuso el citado Pacto de Solidaridad, aunque la idea había sido del presidente Von Weizsäcker, con el objetivo de continuar ayudando económicamente a los cinco *Länder* orientales después de que en 1995 concluyeran los Fondos para la Unidad. Tanto las fuerzas políticas parlamentarias como todos los estados federados aprobaron el pacto para invertir en la modernización de las estructuras económicas y sociales, evitando el crecimiento de las diferencias entre una y otra parte del país.

La estructura del empleo en la ex RDA empeoraba las salidas laborales de la población. La fuerza laboral dedicada al sector primario se acercaba todavía al 11 por ciento, en unas condiciones muy alejadas de la extensa mecanización de la agricultura y la ganadería en el Oeste. De igual forma, la industria, en general anticuada y con baja productividad, ocupaba al 47 por ciento de la población activa, una cifra hipertrofiada en comparación con el 41 por ciento del Oeste, de alta cualificación y con factorías punteras en Europa y en el mundo. En cambio, el sector servicios (en torno al 42,2 por ciento) era mucho más reducido y sus características respondían, lógicamente, a los principios de un Estado socialista, de modo que la distribución laboral en el interior del sector era muy distinta de la equivalente en la parte occidental, donde los servicios privados bancarios, de seguros, sanitarios, etc. acaparaban un porcentaje muy notable de los trabajadores.

Uno de los retos más importantes era la gestión de las extensas propiedades del Estado —especialmente, las industriales— en la antigua RDA. La industria no era competitiva ni satisfacía los índices de calidad exigidos: la solución fue privatizar lo más rápidamente posible. Ya en marzo de 1990, antes de producirse *de iure* la reunificación, el Gobierno de Modrow había traspasado el conjunto de las propiedades a la *Treuhandanstalt*, la agencia encargada (según el artículo 25 del Tratado de

Unión Económica) de «estructurar y privatizar» las empresas de la RDA. Ahora, una vez consumada la unidad, el Gobierno federal pasó a controlar la agencia con el objetivo de transferir estas propiedades a titulares tanto alemanes como extranjeros. En junio de 1991 se vendieron más de 2.500 empresas y, tres años después, la *Treuhandanstalt* fue clausurada tras enajenar un total aproximado de 15.000. A lo largo de aquel año se vendieron sociedades tan señeras como Interflug (la compañía aérea de bandera) y la automovilística Trabant.

La actividad de la agencia fue muy criticada, por un lado, debido a la denominada «política de regadera» desarrollada por sus directivos: en algunas ocasiones, las ayudas recibidas por las empresas para sanearlas antes de la venta se repartieron sin hacer una estimación rigurosa de su viabilidad, con el consiguiente despilfarro de recursos; en otras, se compraron por un precio simbólico y, después de trasladar al personal más cualificado y reutilizar lo más aprovechable de su maquinaria o infraestructuras, se cerraron.

En resumen, la transformación de las estructuras económicas de los *Länder* orientales precisó, tras caer el Muro, de una inmensa aportación tanto financiera como de recursos humanos especializados cuya cuantía hubiera supuesto la quiebra de cualquier otro país que la hubiera intentado. En 1997 los cálculos más rigurosos hablan de que la parte occidental del país había gastado más de un billón (10^{12}) de marcos en la oriental.

Uno de los grandes desafíos que hubo de afrontar el Gobierno federal fue el penoso estado del medioambiente en los *Länder* orientales. Si la RDA había sido una referencia en el campo socialista por sus teóricas iniciativas a favor de regenerar áreas del planeta devastadas por un capitalismo sin escrúpulos, las décadas de crecimiento extensivo de un tejido industrial sin auténticas medidas de protección del entorno habían provocado verdaderos desastres ecológicos. Un solo dato era lo suficientemente elocuente para valorar las proporciones del desastre: solo el 3 por ciento de los cursos fluviales llevaban agua potable. El abuso descontrolado de herbicidas y otros productos químicos afectaba a la calidad de la tierra y la polución del

aire sobrepasaba con creces cualquier límite aceptable dentro, por ejemplo, del marco comunitario europeo. La polución atmosférica cuatriplicaba la media de las Comunidades y casi el 60 por ciento de los vertidos industriales se eliminaban sin ningún tipo de control, mientras las centrales nucleares carecían de medidas de seguridad adecuadas. Por todo ello, el Gobierno clausuró la mayoría de las instalaciones[245].

Resultaba contradictorio cómo, dentro de la estrategia propagandística del bloque socialista, institutos de investigación de la extinta RDA habían dedicado sus esfuerzos a censurar con acritud los desastres ecológicos provocados por el capitalismo a lo largo y ancho del mundo mientras los destrozos medioambientales en su país eran, en muchos casos, irreversibles. Algunos ejemplos eran dramáticos: la fauna piscícola del Elba no era apta para el consumo por la alta contaminación de las aguas. En cuanto a la explotación del lignito a cielo abierto, había provocado una destrucción sistemática de miles de hectáreas por la erosión y el abandono de ingentes depósitos de residuos.

Ante la gravedad de la situación, y teniendo en cuento el riesgo para la salud pública, el Gobierno encontró en esta materia el apoyo de la oposición parlamentaria para extender lo antes posible los estándares de calidad occidentales. Las inversiones empresariales habrían de tener presente la exigente legislación en vigor a la hora de entrar en el territorio del Este. El problema estribaba en cómo actuar con las factorías en funcionamiento, la inmensa mayoría de las cuales eran altamente contaminantes y obsoletas, pero cuyo cierre inmediato provocaría un insostenible aumento del desempleo y un desplome todavía mayor de la estructura productiva. Esto explica que, por presión del Gobierno federal y salvo en algunas áreas concretas, la CEE aceptase periodos de transición de hasta seis años para lograr la completa adecuación a los requisitos estipulados por la política europea.

Nada más producirse la unificación, el Ministerio de Medioambiente de la República Federal libró 5.000 millones de marcos para emprender las mejoras, plasmadas en el Programa de Acción para la Reconstrucción

Ecológica, para cuyo desarrollo se irían sumando más recursos. Las estimaciones más fiables del coste de este amplio programa de limpieza de los nuevos *Länder* hablan de hasta 600.000 millones de marcos entre 1990 y 1992[246].

El nuevo juego político

Como hemos visto, el sistema de partidos de la República Federal se trasladó prácticamente invariado a los territorios orientales, exceptuada la incorporación del PDS, que introdujo una alteración en el panorama de la izquierda pero, en principio, no generó conmoción en el SPD, llamado a ser su rival más destacado en esa franja ideológica.

La transformación del panorama existente desde el nacimiento de la RFA había sucedido a principios de la década de los ochenta con la entrada en el Parlamento federal de Los Verdes en 1983. La primacía, dentro de la organización ecologista, de una línea de actuación favorable a la integración en la vida política, colaborando en las actividades parlamentarias e, incluso, participando de Gobiernos de coalición en algunos *Länder,* redundó en su fortalecimiento, en general, a costa de los socialdemócratas. En cualquier caso, la nueva realidad posterior a la unificación evidenció la progresiva pérdida de músculo electoral de las dos formaciones clásicas, aunque en Alemania, frente a lo ocurrido en aquellas fechas o en las inmediatamente posteriores en países como Francia o Italia, la estructura de partidos resistió: entre 1980 y 1994 los votos de la CDU/CSU y el SPD se redujeron del 87,4 por ciento al 78 por ciento[247].

Aquellos sectores caracterizados por su pesimismo ante la evolución alemana, con un acendrado espíritu crítico con el sistema capitalista global (un espectro de voto parecido al de Los Verdes en el Oeste), fueron un campo abonado para la aceptación de propuestas izquierdistas como las contenidas en el programa del partido para las convocatorias electorales de 1994. Por otro lado, la izquierda alemana atravesaba una profunda crisis de identidad después de la caída del Muro, la desaparición de la Unión

Soviética y el aparente triunfo del capitalismo. El SPD, convertido en una máquina electoral, había tratado de adaptarse lo mejor posible a la nueva realidad potenciando su vertiente reformista, bien edulcorada, para mantener sus clientelas tradicionales dentro de un obrerismo perfectamente integrado en el sistema capitalista[248]. Los Verdes habían caído víctimas de una intelectualidad urbana, bien educada y mejor pagada, formada políticamente en la revolución de 1968, y que no podía ocultar su decadencia[249]. Esta amalgama posmoderna de posiciones vagas e indefinidas atravesaba el eje articulador de ambos partidos; no era una muestra de pluralidad, sino de ausencia absoluta de la coherencia y seguridad con las que históricamente la izquierda alemana había asumido la misión de mejorar la sociedad sobre la que actuaba[250].

Al respecto, más que por su capacidad de ofrecer un mensaje socialista renovado que movilizase sectores hasta entonces poco interesados en política o de cosechar apoyos entre los votantes de la izquierda ya establecida en Alemania, fue el contexto donde actuó el PDS el factor más importante a la hora de obtener rentabilidad electoral en los primeros años de su vida: el recuerdo nostálgico de la RDA y el voto de protesta por la pérdida de confianza en las expectativas de la unificación.

La posunificación no se sustrajo a la tendencia general percibida en Europa occidental de alejamiento progresivo de los partidos, de pérdida de confianza en los líderes. Los casos de corrupción y las expectativas no cumplidas pasaron factura y así se reflejó en la pérdida de militancia en las organizaciones y en la volatilidad del voto, en este caso, mucho mayor en los grandes partidos[251]. No obstante, la CDU continuó concitando las mayores esperanzas del electorado, como pudo comprobarse en las elecciones de 1994, el primer gran test político tras la unidad. Resultaba interesante constatar que las diferencias eran considerables dentro de su base social, más vinculadas a las clases medias profesionales en el Oeste y a los trabajadores menos cualificados en el Este. Las vacilaciones respecto a la reunificación y el hecho de competir con el PDS y Los Verdes pasaron factura a los socialdemócratas. En el Este su militancia era muy reducida y

contaba con los problemas derivados de poner en marcha una organización completamente nueva, al no haber existido, ni siquiera de forma subsidiaria, durante la dictadura comunista.

El año 1994, en el que se preveían nada menos que diecinueve convocatorias electorales, supuso un momento óptimo para comprobar si había desaparecido el apoyo ciudadano a la CDU y su política a favor de la unificación[252]. Los analistas vaticinaban una caída importante del voto a los cristianodemócratas a causa, fundamentalmente, del elevado coste del proceso, muy superior al previsto en un principio por el Gobierno y cuyas repercusiones en la vida cotidiana del alemán occidental se dejaban sentir en forma de reducción del gasto social, mayor desempleo y aumento de las cargas impositivas.

A pesar de la costosa reunificación y de los problemas de corrupción que habían salpicado a la CDU a lo largo de 1993 (incluso, hubo de dimitir el ministro de Economía Jürgen Möllemann), en el congreso de su partido celebrado en febrero el canciller había logrado reforzar su posición. Además, en 1994 el paro descendió en doscientas mil personas y el crecimiento económico volvió a ser ostensible, incluso en los *Länder* orientales. El 23 de mayo Roman Herzog, también cristianodemócrata, tomaba las riendas de la presidencia de la República en sustitución de Von Weizsäcker.

¿Cómo iban a influir todos estos acontecimientos en la intención de voto? Los resultados de las distintas elecciones demostraron la validez solo relativa de las encuestas previas, puesto que todavía una buena parte de la población otorgó su confianza al partido del canciller Kohl.

Por ejemplo, las elecciones del 12 de junio al Parlamento Europeo dieron la victoria a la coalición CDU/CSU con el 38,8 por ciento de los votos, casi un 7 por ciento más que el SPD. Los Verdes lograron salir de su crisis interna con el 10 por ciento de los sufragios y gracias a ello volvieron a enviar representantes a Europa. En cambio, ni el FDP ni el PDS ni la extrema derecha de Los Republicanos franquearon el umbral del 5 por ciento necesario para ganar algún diputado[253].

De todo aquel elenco de citas electorales, las legislativas de ámbito federal celebradas el 16 de octubre fueron las más importantes para el caso que nos ocupa. La CDU/CSU obtuvo el 41,55 por ciento de los votos, que se tradujo en 244 escaños para la formación cristianodemócrata (veinticinco menos que en las elecciones de 1990) y cincuenta para los socialcristianos bávaros, uno menos que hacía cuatro años. El SPD optó por un mensaje moderado y europeísta, muy del gusto de Rudolf Scharping, que había accedido a su presidencia en junio de 1993, cuando era ministro-presidente de Renania-Palatinado. Los resultados fueron algo mejores que en la convocatoria anterior, aunque solo consiguió trece escaños más, con un 36,4 por ciento de los sufragios. Las luchas intestinas continuaban minando el partido: a finales de 1995, después de varios años de confrontación, el tenaz Oskar Lafontaine lograría convertirse en su máximo dirigente. Por su parte, los liberales perdieron cuatro puntos (del 11 por ciento al 6,9 por ciento de los votos), mientras Los Verdes recuperaron una parte ostensible del electorado perdido al pasar de 1,7 a 3,4 millones de apoyos (del 3,8 por ciento al 7,3 por ciento). El temor a que la extrema derecha entrara en el *Bundestag* se disipó al comprobar que Los Republicanos no llegaban ni al 1 por ciento del respaldo popular[254].

Especialmente importante fue esta convocatoria para el PDS, pues aunque algunos analistas aseguraban que iba a suponer su desaparición, pasaría del 2,4 al 4,4 por ciento. En estas circunstancias, la campaña electoral de 1994 fue difícil para el sucesor del antiguo SED, criticado con dureza por los principales partidos, especialmente por la CDU, que lo denominaba «mutualidad de seguros para los antiguos empleados de la Stasi», ya que el 90 por ciento de los 128.000 militantes de la organización había pertenecido al SED. André Brie hizo gala de una enorme habilidad para utilizar los recursos y las técnicas publicitarias más avanzadas, propias de la sociedad de consumo masificado de la que tanto renegaba el partido. El cartel que mostraba a una pareja de jóvenes besándose, imagen bajo la que podía leerse «La primera vez, PDS», causó, como otros, un gran impacto que fue recogido y amplificado por los medios de comunicación.

La incertidumbre ante la situación económica, interpretada como un freno a la promoción y a la igualdad social en todo el territorio federal, fue capitalizada por el PDS a partir de su fortalecimiento electoral en 1994. Sin olvidar sus apelaciones al verdadero socialismo, apuntaló su carácter representativo de los intereses y la identidad germano-orientales, aplastados por la anexión al Oeste.

En efecto, una cuestión era la percepción de los votantes al identificar la defensa de los intereses de los alemanes del Este con el PDS, y otra muy distinta era la plasmación concreta de esa percepción en los programas del partido. Fue en el «Manifiesto de Ingolstadt», defendido por Gysi como propuesta de acción para el año electoral de 1994[255], en donde se propuso la creación de una tercera cámara parlamentaria para representar los intereses del Este alemán. El programa electoral de aquel año incluiría referencias específicas a las necesidades compartidas por los *Ossies* dentro de la República Federal: consideraba completamente injusta la «anexión» y denunciaba cómo el proceso privatizador había desmantelado la infraestructura industrial, consecuencias de lo cual habían sido el paro, la pérdida de poder adquisitivo y de nivel de vida; en definitiva, la exclusión social.

Ante el estupor de muchos, el PDS fue el partido más votado en las elecciones federales de 1994 en ciudades tan importantes como Rostock, Halle o Schwerin, mientras la CDU perdió votos en cuatro de los cinco *Länder* orientales, así como en todo Berlín. A sus aliados liberales del FDP les fue mucho peor al lograr solo una cuarta parte de los votos obtenidos en las elecciones anteriores.

Teniendo en cuenta los resultados conseguidos en las elecciones al *Bundestag* de 1994, el crecimiento del número de votos del PDS en los *Länder* orientales fue considerable. En Berlín Este cosechó un 34,7 por ciento de sufragios; en Brandeburgo, el 19,3 por ciento y en Mecklemburgo-Antepomerania, un 23,6 por ciento. Tampoco le fue mal en Sajonia (16,7 por ciento), Turingia (17,1 por ciento) y Sajonia-Anhalt (18 por ciento)[256]. Estos resultados marcaron un hito en la evolución del partido

poscomunista. Los apoyos en el ámbito regional circunscrito a los *Länder* orientales eran un hecho manifiesto. A pesar de los intentos por extender su mensaje en la parte occidental de Alemania, el PDS solo alcanzó el 1 por ciento frente a prácticamente el 20 por ciento del voto en los cinco estados orientales y Berlín Este.

La depuración de responsabilidades

Una cuestión que de forma inmediata saltó a la discusión pública fue la depuración de responsabilidades de quienes habían ostentado cargos relacionados con la represión en la administración del Partido-Estado. De igual manera, las nuevas autoridades debían afrontar la reconversión de cientos de miles de funcionarios cuyos cometidos habían desaparecido con el Estado al que servían. Según algunos sectores sociales, el mero hecho de haber trabajado para un Régimen de naturaleza no democrática los invalidaba para continuar en la Administración de la refundada República Federal; incluso, en algunos círculos conservadores del país llegó a pesar la idea de una suerte de desnazificación para comunistas, pero terminó por no llevarse a cabo.

Donde las autoridades fueron más expeditivas fue en los casos de colaboración con la Stasi, por la flagrante conculcación de los derechos humanos, así como con quienes habían participado en el asesinato de las personas que pretendían huir cruzando el Muro. Además de Erich Honecker, su sucesor Krenz y otros miembros del Comité Central fueron condenados a mediados de los años noventa por su responsabilidad política en las muertes de aquellos fugitivos. En el verano de 1993 había unos mil setecientos casos abiertos de dirigentes comunistas acusados de delitos criminales.

En los meses finales de existencia de la RDA, la *Volkskammer* encomendó a Joachim Gauck, un pastor protestante muy conocido por su labor en la oposición democrática, la misión de custodiar los archivos de la Stasi. Con la entrada en vigor del Tratado de Unificación, Gauck —que con

el tiempo llegaría a ser presidente de la República Federal— siguió en el cargo como «representante especial del Gobierno federal para los documentos de la Stasi» y en él permanecería hasta el año 2000. El objetivo de esta autoridad consistía en gestionar, preservar e investigar sobre el ingente volumen de documentación proveniente de la Seguridad del Estado.

La población esperaba impaciente la apertura de dichos archivos. La decisión definitiva había sido postergada porque las autoridades dudaban de que una documentación de este tipo, basada en cómo un Estado sin escrúpulos intervenía en la vida privada de sus ciudadanos, no era el mejor medio para la reconciliación. De hecho, las relaciones entre parientes, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, etc. podían quebrar aún más los precarios lazos de solidaridad interalemana existentes tras la unificación. En el verano de 1990 la cuestión estaba en el ojo del huracán del debate público. Para evitar un uso desproporcionado del material que atentara contra la privacidad y alimentara el sentimiento de venganza, Bonn propuso controlar hasta después de la unificación el acceso a los documentos. Los cerca de ciento ochenta kilómetros lineales de ficheros eran todo un reto para la convivencia futura. A finales de agosto la *Volkskammer* aprobó una ley sobre la utilización de los documentos con la voluntad expresa de que en breve pasaran a los archivos de Coblenza. Unos días más tarde, el 4 de septiembre, algunos miembros de los movimientos cívicos ocuparon la antigua sede del Ministerio de Seguridad del Estado para reivindicar el derecho a consultar los papeles[257]: a partir del 1 de enero de 1992 cualquier ciudadano pudo leer los informes relacionados con su persona[258].

Los cálculos más exactos estiman en unos seis millones los ciudadanos tanto de la RFA como de la RDA espiados por el aparato del Estado germano-oriental[259]. El ingente volumen de documentación sorprende menos al considerar que en la RDA trabajaban directamente para la Stasi unas ochenta mil personas, unidas al millón de *colaboradores*. Cuando se trataba de funcionarios, abogados, profesores y tantas otras ocupaciones que exigían una relación cotidiana con la Administración, raro era el caso en que dicha persona no apareciera reflejada en alguno de los papeles, lo cual,

en principio, tampoco quería decir mucho. Por otra parte, la fiabilidad de los informes, por su propia naturaleza, quedaba en entredicho, cuando no se trataba de intoxicaciones flagrantes, tal y como sucedió con demasiada frecuencia.

La situación creada por la apertura de los archivos generó una atmósfera enrarecida en donde los medios de comunicación iniciaron una suerte de inquisición permanente sobre cualquiera —en especial, sobre quienes comenzaban a asumir responsabilidades políticas en el proceso de transición— de modo que su presencia en algún expediente era interpretada como estrecha colaboración con lo más oscuro del Régimen comunista. En definitiva, en aquellos momentos resultaba fácil atribuir a miles de ciudadanos responsabilidades en la elaboración de los siniestros planes de la Stasi, por muy circunstancial que hubiera sido su trato con esta. La persona encargada de coordinar los trabajos sobre todo este material, Joachim Gauck, alertó desde el principio sobre el inicio de una presumible *caza de brujas* contra la que había que adoptar una solución. Teniendo en cuenta sus fines, el celo perseguidor de la policía secreta había sido modélico. El cantante Wolf Biermann, internacionalmente conocido, había abandonado la RDA en 1976, obligado por el Gobierno. Su expediente constaba de unas treinta mil páginas y en él aparecían los nombres e información proporcionada por unas cuantas personas que daban cuenta hasta «de las observaciones más nimias sobre mi vida amorosa»[260].

La apertura de los expedientes provocó una sensación de vértigo entre la población al comprobarse la magnitud de la degradación moral alentada por el SED: decenas de miles de personas informaban sobre sus familiares, amigos, compañeros de trabajo; nadie, por escasa que fuera su influencia social, parecía haber quedado libre de los tentáculos del espionaje patrocinado por la Stasi. La convulsión social fue a más cuando los papeles comenzaron a delatar a algunos de los más sobresalientes actores de la transición democrática en la antigua RDA. En diciembre de 1990, el líder cristianodemócrata Lothar de Mazière dimitió de todos sus puestos de responsabilidad después de probarse su colaboración con la policía secreta.

En marzo del mismo año había dimitido por el mismo motivo Wolfgang Schnur, el presidente de Despertar Democrático. Informante de la Stasi desde 1965, había ejercido de abogado para la Federación de Iglesias Evangélicas de la RDA y desde mediados de los ochenta había sido uno de los enlaces más importantes entre esta y el Estado comunista. Un caso que generó gran escándalo fue el de la activista pro derechos humanos Vera Wollenberger: muy conocida y respetada, su marido había Estado redactando informes sobre ella durante muchos años[261]. Como hemos visto, también en marzo de 1990, cuando estalló el asunto Schnur, el presidente del SPD en la RDA, Ibrahim Böhme, hubo de dimitir de sus responsabilidades y abandonar la política tras quedar patente su vinculación a la Stasi[262].

La sospecha sobre el espionaje masivo a favor de la Stasi también se extendió hacia la RFA y provocó algunas reacciones peculiares. En junio de 1990 el Gobierno federal ordenó la destrucción de un kilómetro de documentos de la Seguridad del Estado germano-oriental con información sobre dirigentes políticos de la RFA y reconoció no haber revisado sus contenidos[263].

Caso particular en esta polémica fue la forma de abordarse en el PDS, el partido heredero del SED. La relación de los militantes del PDS con la Stasi fue desde estos primeros momentos una cuestión recurrente y constante en el discurso del resto de partidos alemanes, sobre todo de la CDU, para deslegitimar al PDS ante la población. Es cierto que la temida Policía de Seguridad del Estado contaba con agentes en todos los sectores sociales, incluida la disidencia, lo cual no eximía de su responsabilidad a los miembros del PDS pero, en cualquier caso, sería una responsabilidad compartida con las figuras prominentes de las demás organizaciones políticas cuya vinculación al aparato represivo de la República Democrática quedaría demostrada durante los primeros años de la reunificación. Los ejemplos de Böhme y De Maizière hablan por sí solos.

Con todo, el verdadero problema para el PDS sería que una parte importante de la sociedad, alimentada por las sucesivas campañas de

desprestigio orquestadas por la CDU, identificaba en esencia al PDS con la Stasi y la represión, mácula imposible de limpiar por el momento. El partido poscomunista tuvo que afrontar pronto el problema, consciente de que era un eslabón débil en su organización y blanco fácil del ataque de sus rivales políticos. En el congreso de junio de 1991 se acordó pedir responsabilidades a cualquier militante que hubiera tenido relación con la policía secreta así como la dimisión inmediata en el caso de que formaran parte de algún órgano representativo del partido. Las críticas de los afiliados fueron de tal envergadura que en junio de 1993 hubo que cambiar de tono: solo se exigiría la dimisión de la persona implicada si hubiera perdido la confianza del órgano que representara[264].

Recogida en el preámbulo del programa, la afirmación de que «no tenemos respuesta para numerosas cuestiones concernientes a nuestra propia historia» no ha variado desde entonces. La ausencia de respuestas claras no presuponía la aceptación de las constantes críticas lanzadas contra el sistema político y económico de la RDA. Según Gregor Gysi, los grandes partidos alemanes trataban de «criminalizar» la historia de la RDA al reducirla a una historia de represiones; de ahí la permanente lucha de los órganos del PDS por rechazar categóricamente la expresión «Estado sin derecho» aplicada al Régimen comunista germano-oriental, como venía siendo aplicada al Tercer Reich.

La necesidad de afrontar la relación con el pasado no se hizo esperar. Ya en el congreso extraordinario de diciembre de 1989 Michael Schumann había abogado por analizar la historia del SED con detenimiento, sin ambages ni censura, para aclarar desde un principio cuál iba a ser la posición oficial de la nueva organización respecto al partido nodriza[265]. Sin duda, era demasiado pronto. Una crítica radical al SED no hubiera sido tolerada por una parte sustancial de los delegados, que desarrollaban su labor dentro del Estado socialista y para quienes ese análisis detenido hubiera supuesto poner en entredicho su propia trayectoria vital. Gysi y Modrow se conformaron con pedir en sus alocuciones perdón por los posibles abusos cometidos por el Partido en el pasado. Respecto al espinoso

tema de la Stasi, Gysi apenas lo trató salvo para recordar que no todos sus miembros debían ser sin más condenados.

La cuestión del nacionalismo

La reunificación intensificó el debate sobre el nacionalismo en la esfera pública[266]. La pertenencia a una nación alemana, incluso la existencia de un cierto «sentimiento de comunidad», había sido negada por los ideólogos del SED ya que «los sentimientos de los trabajadores en factorías de su propiedad son radicalmente diferentes de los sentimientos de los propietarios capitalistas de bancos y fábricas de la República Federal»[267]. En cambio, el sentimiento de pertenencia a la RDA, el vínculo sentimental de sus ciudadanos con el Estado, se mantuvo durante parte del proceso de crisis terminal; las manifestaciones de Leipzig a lo largo de septiembre y octubre de 1989 fueron muy explícitas al respecto al clamar por la permanencia de la población en el país para impulsar la reforma radical del sistema.

Este sentimiento de pertenencia a la clase trabajadora como eje articulador del discurso del SED se vino abajo después de los acontecimientos de 1989 y 1990. La caída del Muro y la conciencia generalizada de la inviabilidad de un Estado socialista facilitaron el desarrollo de una conciencia de unidad alemana, siempre latente y activada en aquellos momentos. También aquí Leipzig nos sirve de paradigma con el cambio de eslogan entre los manifestantes del mes de diciembre: «Somos un pueblo» en lugar de «Somos el pueblo». De hecho, la *etnificación de la política* desde la caída del Muro hasta las últimas elecciones en la RDA fue una tendencia constatable. El componente nacional se fue haciendo hegemónico dentro del discurso político: la unidad nacional era la mejor opción posible, por lo que terminó marginando a todas las demás[268].

Aunque extendida en ambos Estados, la voluntad de unión quedó más patente entre los alemanes del Este, los cuales, tras décadas de sometimiento a un Régimen despótico, revitalizaron los lazos familiares,

albergaron expectativas de mejora y recuperaron una idea de nación donde, superando las ideas de solidaridad e igualdad proporcionadas por la RDA, se valoraba más la seguridad y la estabilidad que, en principio, les proporcionaría su ciudadanía occidental. Considerando los acontecimientos que de forma simultánea se sucedían en los países de Europa centro-oriental, así como la propia descomposición de la URSS, los germano-orientales sentían que la acogida en uno de los territorios más desarrollados del mundo era la mejor protección ante la incertidumbre que los rodeaba. El pujante nacionalismo estaba relacionado con las posibilidades reales de mejora a corto plazo y no con un patriotismo exacerbado de naturaleza sentimental.

De este modo, las autoridades germano-occidentales cubrieron el vacío que dejaba la desaparición de la RDA con una identificación nacional basada en intereses materiales: el progreso y la mejora socioeconómica como meta muy por encima del orgullo de la germanidad. La euforia por la rápida unificación no logró disipar las dudas sobre la aceptación de una comunidad nacional única. Más allá de las distancias del «Muro mental» (*Mauer im Kopf*), también se puso de manifiesto la importancia de diferentes modelos de comportamiento y la sensación de extrañamiento entre alemanes del Este y del Oeste[269].

En efecto, preocupados por las diferencias entre *Ossies* y *Wessies*, los medios de comunicación discutieron por extenso los problemas derivados de la reconstrucción de una identidad alemana conjunta; tema estelar fue la colaboración con la Stasi de figuras literarias destacadas como Christa Wolf, Sascha Anderson o Heiner Müller para erosionar su autoridad moral. Aunque la cuestión de una identidad germano-oriental separada fue objeto de debate, la naturaleza normativa de la identidad germano-occidental, fundamentada en el compromiso con el sistema democrático, se daba a menudo por supuesta, ya que parecía que era la meta obligada en la carrera de los ciudadanos del Este por la asimilación.

La integración social fue, por tanto, muy precaria. La convivencia cotidiana no pudo superar en poco tiempo los cuarenta años de escisión,

apenas matizados por un sentimiento de unidad histórica y cultural o por los lazos de parentesco. La rápida absorción de la República Democrática por la Federal provocó un encuentro brusco entre dos comunidades con memorias de vida, con biografías y vivencias muy diferentes. Además, tampoco contribuyeron a resolver la quiebra social y cultural algunas consecuencias directas del proceso unificador, de modo particular, los costes políticos derivados de esa asimilación forzosa de la población del Este a los patrones de vida occidentales y la consiguiente desaparición de los rasgos característicos de aquella sociedad, acuñados durante décadas. Nos referimos al proceso conocido como «colonización interna»[270].

La unidad recobrada puso de manifiesto una evidencia: la falacia de una República Democrática mucho más avanzada económica y socialmente que el resto de los países sovietizados en Europa. El socialismo de Estado solo había servido para mantener en el poder a unas elites que a lo largo de los cuarenta años de existencia habían cooptado para fortalecer un Régimen despótico. El anticomunismo como reacción a las décadas de dictadura se trasladó al discurso público y al sentimiento de millones de alemanes del Este, como lo hizo en el resto de las Repúblicas centro-orientales que caminaban hacia la democracia en aquel mismo momento; un sentimiento anticomunista que contrastaba con una cierta nostalgia de lo que fue cotidiano bajo el Régimen de la República Democrática.

La unificación rápida supuso un trauma para las generaciones de mayor edad, cuya forma de vida, pautas de comportamiento e, incluso, valores se vieron drásticamente apartados y sustituidos por otros como el consumo y la competitividad —a veces desmedida— erigidos sobre el principio del individualismo. Las estrecheces económicas, el crecimiento del paro, la falta de perspectivas para una parte de los ciudadanos cuya vida profesional en la Administración del antiguo Estado o en las fábricas y granjas colectivas estaba llamada a concluir, en muchos casos de forma abrupta, aumentaron la experiencia conocida como *Ostalgie*[271]. La sensación de orfandad, desprotección y extrañamiento de la nueva realidad favoreció esa nostalgia, en la mayor parte de los casos no de un sistema político ni de una

ideología —porque no tuvo su reflejo en las urnas—, sino de una manera de vivir, en buena parte reconstruida por la imaginación ante la quiebra de una identidad personal y también colectiva.

Atento a las secuelas que la unificación había dejado en la sociedad de la antigua RDA, el Partido del Socialismo Democrático las recogió hasta convertirlas en clave de su estrategia política, manifestando, tanto en sus declaraciones programáticas como en los discursos de sus líderes, un profundo rechazo a la forma en que se había llevado a cabo el proceso. Las enormes expectativas puestas en el crecimiento económico y en las mejoras sociales habían sido defraudadas; los índices de paro continuaban su marcha ascendente y ahí estaba el PDS para canalizar la frustración de amplios sectores de la población del Este. El creciente recelo hacia la hegemonía de las formas de vida occidentales demostraba que las distinciones entre *Ossies* y *Wessies* no eran meros recursos retóricos utilizados para contar chistes sobre uno y otro tipo de alemanes, sino que respondían a talantes diferentes y al hecho de que una parte de la población estaba sometida por la otra parte, que era la «kohlonizadora».

En efecto, la recuperación de la libertad personal, el contacto con el «paraíso occidental», con el aumento espectacular de las posibilidades de consumo y la apertura a nuevas realidades, había facilitado el camino a la CDU, considerada el gran apoyo a la unificación rápida, para gobernar en los nuevos territorios. Así, al menos hasta 1992, un sentimiento generalizado de entusiasmo había embargado a la población del Este y se había traducido tanto en los magros resultados del PDS como en la ostensible reducción de su militancia en comparación con la del SED. Sin embargo, ya durante 1993 y 1994 la integración alemana comenzó a resentirse de la traumática implantación de la economía de mercado en los *Länder* orientales. Por ejemplo, una encuesta realizada entre 1991 y 1992 arrojaba un significativo dato: el 75 por ciento de la fuerza laboral en el Este dejó o cambió su puesto de trabajo, en muchos de los casos a uno de inferior categoría[272].

La centralización del poder —primero en Bonn y luego en Berlín— se convirtió en un elemento decisivo al provocar disensiones respecto a cómo se efectuaba y, en consecuencia, respecto al deseo de tener una voz propia y diferenciada. Había fracasado, por tanto, el intento de dotar de unidad inmediata al país. En la vida pública de la Alemania unificada desapareció toda evocación a la República Democrática y, de este modo, los alemanes del Este se vieron privados, de un golpe, de la historia del país en el que habían vivido desde 1949. Tan solo quedaron, perdidas en el maremágnum, algunas referencias anecdóticas, como los famosos *Ampelmänner* en los semáforos de Berlín Este[273].

Aun cuando los poscomunistas del PDS alentaron la *Ostalgie*, presente en los años inmediatamente posteriores a la unificación por la frustración de algunos sectores de la población del Este que no veían cumplidas las promesas gubernamentales, pesaron más en ella las críticas de académicos e intelectuales que la influencia real de aquellos en los ciudadanos. La lucha contra el fascismo y el internacionalismo socialista, pilares del sentimiento de pertenencia nacional en la RDA, se habían difuminado después de haber servido de argamasa del consenso social en el «Estado socialista de los obreros y los campesinos». No existió la posibilidad de edificar una identidad nacional diferenciada, con rasgos propios añadidos a los impuestos por su pertenencia al ámbito soviético.

Literatura e historia en la reunificación

En noviembre de 1976 el cantautor germano-oriental Wolf Biermann no pudo regresar a su país después de una serie de conciertos en el territorio de la RFA. Aunque siempre dentro de un pensamiento de izquierda anticapitalista, sus sátiras al poder de la República Democrática, a las contradicciones entre el discurso y la práctica del Régimen, molestaban sobremanera a los dirigentes del SED, que optaron en aquella fecha por retirarle su carta de ciudadanía para impedirle el retorno. Biermann era muy conocido y valorado en las dos partes de Alemania y su caso fue muy

publicitado por los medios de comunicación, lo cual generó en el mundo intelectual un sentimiento de rechazo a la acción emprendida por las autoridades.

La expatriación forzosa de Biermann supuso un auténtico golpe para literatos y artistas germano-orientales cuyas ideas, en general favorables al socialismo, chocaban sin embargo con la cerrazón del Partido-Estado a cualquier crítica interna. Durante la década de los ochenta la preocupación por la amenaza nuclear y el desarme tendió a unificar el interés de los escritores de ambos Estados. Estos temas, junto a la defensa del medioambiente, aparecían en las obras de creadores que habían abandonado la RDA después de lo ocurrido con Biermann, como Reiner Kunze y Erich Loest.

El caso de Erich Loest es particular. Nacido en 1926 cerca de Chemnitz, de joven se había afiliado al SED para enseguida trabajar de periodista y publicar su primera novela. Pronto hubo de enfrentarse a la censura y a la cárcel, donde permaneció entre 1957 y 1964 por la naturaleza antisocialista de sus escritos. A finales de los setenta consiguió un permiso para trasladarse a la RFA y no regresaría a la parte oriental hasta abril de 1990.

Las traumáticas experiencias de su vida marcaron su producción, máxime cuando tuvo acceso a las más de trescientas páginas que ocupaba su expediente en la Stasi, relativo a los años comprendidos entre 1975 y 1982[274]. La vigilancia de la Stasi sobre su persona quedó reflejada en *La Stasi fue mi Eckermann o Mi vida con la chinche*[275], un original ejercicio literario en el que Loest publica partes de los informes y documentación de la Stasi ofreciéndonos la imagen que los Servicios de Seguridad del Estado habían construido de él. El resultado es devastador: muestra hasta dónde puede llegar la obsesión por la vigilancia y el espionaje en un Estado totalitario, pervirtiendo voluntades para alcanzar el objetivo del control absoluto. El libro recoge tanto conversaciones en su casa, transcritas literalmente, como el registro sistemático de la vivienda o copias de sus cartas. Por supuesto, la miseria moral queda patente cuando confirma cómo

compañeros de trabajo, vecinos e incluso amigos habían colaborado con la Stasi proporcionando información sobre su vida.

Con la caída del Muro comenzó a proliferar un tipo de literatura, la llamada «literatura del cambio» o *Wendeliteratur*, relacionada con las transformaciones provocadas por la unificación en un sentido muy amplio. Serían autores del Este quienes con mayor dedicación trabajaran estos temas; para ellos, generacionalmente, el fin de la escisión entre las dos Alemanias y la incorporación a la República Federal alteraron profundamente su forma de vida, y así lo reflejaron en sus escritos. Ingo Schulze y Thomas Brussig son al respecto paradigmáticos. Nacido en 1965 en Berlín Este, e hijo, por tanto, de la era Honecker, Brussig juega con los recuerdos de su infancia y juventud en la RDA, describiendo con espíritu crítico y gran pulso literario la cotidianidad y la capacidad de adaptación de los individuos. En 1995 publicó *Héroes como nosotros*[276], un enorme éxito editorial con múltiples traducciones cuyo eje central era la caída del Muro. Irónico, sarcástico a veces, el narrador es Klaus Uhltzsch, un personaje oportunista y con un punto de ridículo que, primero, se hace colaborador de la Stasi y aspira a hacer carrera en la policía secreta y, después, se convierte en un héroe al lograr convencer a los guardias de la Bornholmer Strasse para que abran la frontera la noche del 9 de noviembre. Sátira social y un gran conocimiento de la realidad germano-oriental convergen en esta novela, considerada una de las principales manifestaciones de la «literatura del cambio»[277].

Por su parte, la producción de Ingo Schulze, nacido en Dresde en 1962, retrata el ambiente social y político durante y después de la caída del Muro. Sus excelentes dotes de observación quedan patentes en el análisis minucioso de la realidad que conoció, le contaron y leyó, aunque otorgue una relevancia especial a la libertad imaginativa. Publicada en 2005, *Vidas nuevas*[278] constituye un fresco impagable de cómo se vivió en la RDA en los meses que siguieron al colapso del Muro. No sitúa la acción en Berlín, sino en Altenburg, una pequeña localidad del Este, a unos cuarenta kilómetros al sur de Leipzig, plasmando de forma magistral el clima de incertidumbre e

inseguridad que se respiraba en Alemania oriental en torno a los años 1989 y 1990, un periodo marcado por las rupturas y los cambios en el que todo se antojaba posible, incluso nuevas concepciones de la existencia opuestas diametralmente a las hasta entonces vigentes[279].

En los jóvenes autores del Este el proceso de reunificación resultó ser uno de los acontecimientos más trascendentales no ya para la evolución de lo que había sido su país, sino para sus trayectorias personales; de ahí la impronta que dejó en sus obras, mucho más que en las de los autores occidentales. En contrapartida, la mayoría de estos autores quedó al margen de las polémicas suscitadas entre algunos miembros de la generación anterior a causa de su mayor o menor implicación en la RDA: a Christa Wolf, por ejemplo, se le achacó falta de sinceridad después de publicar *Lo que queda*[280]. En el revuelo suscitado en aquella primavera de 1990 por su publicación, muchos críticos calificaron la obra de oportunista al mostrarse en ella el temor de una escritora a ser espiada y detenida por las fuerzas de Seguridad del Estado, angustia que la hace cambiar de temperamento. Incapaz de enfrentarse al sistema, acaba por ser consciente de que el miedo habita en su persona sin posibilidad de salir del encierro que la autocensura le genera. Los periódicos *Die Zeit* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung* denunciaron que Wolf quería aparecer ante los ciudadanos de la nueva Alemania como víctima del Régimen represor de la RDA cuando ella, militante del SED, premiada por sus obras y defensora hasta los últimos momentos de preservar la República Democrática, había sido favorecida por aquel. En su apoyo desde posiciones de izquierda salieron, entre otros, Günter Grass y Stefan Heym, argumentando tanto la calidad de la novela como la moral intachable de su autora.

Lo relevante a nuestros efectos es cómo una discusión intelectual, propia de las secciones culturales, traspasó con rapidez el interés por la literatura para trasladarse a las primeras páginas y, desde allí, provocar no solo interrogantes sobre la colaboración en distintos niveles con el Régimen totalitario, sino también las comparaciones con la época nacionalsocialista. La carga política era inevitable. Si antes de la caída del Muro figuras como

Wolf (que permanecían en la RDA y mostraban con el ejercicio de su profesión un cierto talante crítico con el Régimen) aparecían sobrevaloradas en Occidente al margen del valor de su narrativa, al deteriorarse su imagen pública los méritos de su obra parecían sufrir quebranto. Wolf tardaría seis años en publicar una nueva novela, *Medea*[281], una reinterpretación del mito clásico.

A partir de estas diatribas, los autores entraron de lleno en la relación de algunos de ellos con la Stasi, caso de Wolfgang Hilbig en *Yo*[282], donde cuenta la historia del escritor M. W., colaborador de la policía secreta con el seudónimo de «Cambert». La pérdida de la identidad individual, diluida entre las varias personalidades que parece asumir, transcurre a lo largo de los años posteriores a la caída del Muro[283].

En cuanto a los escritores occidentales, quien más alzó la voz en contra de las consecuencias de la reunificación fue, con toda seguridad, Günter Grass. Todavía el 18 de diciembre de 1989 pontificaba desde la tribuna del Congreso del SPD en Berlín sobre la vigencia y futuro de la República Democrática. La unificación, escribiría más tarde, solo serviría para perjudicar a Alemania y a toda Europa. También alertaba sobre el autoritarismo del nuevo poder, obsesionado por eliminar los valores del socialismo: la unificación de 1990 pretendía ser la cara amable del hipernacionalismo, del imperialismo, de los componentes más negativos de la historia reciente alemana. Esta crítica a la unidad alcanzada se refleja en *Es cuento largo*[284]. Publicado en 1995, consiguió un enorme éxito de ventas y generó una encendida polémica. Además de augurar que la «insensata» unificación conduciría a la decepción, al final del «cuento de hadas»[285], faltó en ella un juicio siquiera levemente crítico con el Régimen del SED, alguna opinión o comentario que reflejara cierta empatía con los ciudadanos que sufrieron la cotidianidad de un sistema de naturaleza represiva. Marcel Reich-Ranicki, escritor y crítico literario que había sobrevivido al Holocausto, sacó la fusta de la indignación para espetar al autor de *El tambor de hojalata*:

> Mi querido Günter Grass: no pretendo discutir con usted sobre sus opiniones políticas, que, discúlpeme, no siempre puedo tomar del todo en serio. No me corresponde a mí el darle lecciones sobre la RDA. Pero tengo el derecho de mostrarme sorprendido. Sabe usted tan bien como yo que el Régimen del SED causó la infelicidad de millones de personas, robándoles varios años de su vida, como, por ejemplo, a nuestros colegas Walter Kempowski y Erich Loest. Sabe usted mejor que yo cómo fue oprimida la literatura de ese país. Sabe usted perfectamente que la RDA fue un Estado terrible, que no hay nada que embellecer. Y, sin embargo, en su novela no hay rastro de odio ni de indignación. Debo reconocer que no puedo comprenderlo; me deja sin aliento[286].

El contradictor más destacado de Grass fue Martin Walser, que abogó en distintos foros por llevar a cabo el proceso unitario a través de la vía rápida. Con *La mañana de un escritor*[287] incidía en el protagonismo del pueblo alemán en la sucesión de acontecimientos, en la voluntad expresada en la calle y en las urnas por aunar ambas sociedades dentro de un único Estado democrático, defensor de los derechos y las libertades.

Resulta interesante constatar el hecho de que los escritores germano-occidentales apenas consideraran la caída del Muro como un recurso literario para contar historias relacionadas con sus consecuencias. No hay, en este caso, narrativas que sirvan para reconstruir e interpretar los acontecimientos desde una perspectiva individual, vivida.

El escepticismo —cuando no el rechazo— ante muchos de los efectos de la unificación constituye un sentimiento bastante generalizado entre los autores de Alemania occidental. Un ejemplo paradigmático es el de Peter Schneider, nacido en Lübeck en 1940 y muchas de cuyas obras están ambientadas en Berlín, la ciudad más indicada para abordar estos temas. En la producción de Schneider es constante la presencia del Muro y de un pesimismo ante la posibilidad de que su desaparición sirva para suturar las heridas abiertas. La unidad política es tan solo superficial; la separación real permanecerá entre las generaciones de alemanes de uno y otro lado: el muro mental será muy difícil de superar. Las premoniciones de este autor sobre la irreparable escisión de los alemanes ya existían en sus trabajos previos a noviembre de 1989. Por ejemplo, la trama de *El saltador del Muro*[288] gira en torno a historias de vida que «tematizan literariamente la desintegración de

la personalidad que ha traído consigo la situación esquizofrénica que caracteriza las relaciones intraalemanas»[289].

Es probable que Günter Grass haya sido la personalidad literaria más crítica con la unificación. Ya lo había sido previamente al abrazar la causa de una suerte de Estado confederal en lugar de la solución que finalmente se alcanzó, y continuó siéndolo hasta que falleció en 2015. La actitud del premio príncipe de Asturias de las letras en 1999 se fundamentaba en el recelo que le inspiraba una Alemania extensa territorialmente, bajo un único Gobierno y con un gran potencial económico. La evocación de un pasado no tan lejano le hacía pensar en un país más temido que respetado, a pesar de su anclaje en la Europa comunitaria. Según su interpretación, el concepto y el desarrollo histórico de la unificación habían supuesto siempre una debacle de calamitosas consecuencias para los propios alemanes y para el resto de europeos. Sin concesiones, Grass identificaba la unidad recobrada con lo más oscuro del pasado alemán; en su lugar abogaba por la «nación cultural», esto es, una Alemania rica en expresiones culturales cuyos vínculos hunden las raíces en la larga tradición literaria y artística. Nada que ver, pues, con la «nación política», concepto del que renegaba por su potencial peligrosidad.

Una vez pasado el 3 de octubre de 1990, Grass mantuvo sus posiciones y llegó a radicalizar las diatribas contra el proceso emprendido y sus artífices, de modo particular contra los políticos de la CDU. El autoritarismo, el afán por convertirse en una gran potencia, la obsesión por el lucro y los beneficios económicos rápidos constituían el auténtico sentido de una unificación solo teórica; en la práctica, el nuevo Estado sería incapaz de acabar con la división e, incluso, levantaría más muros mentales y materiales entre los alemanes[290].

La reflexión sobre la historia reciente no fue ajena a los cambios producidos en torno a la caída del Muro y la reunificación. La República Democrática Alemana había justificado su existencia por la lucha antifascista, de tal manera que la íntima conexión entre el pasado histórico fascista y la realidad capitalista e imperialista de la República Federal había

excluido a la RDA de la responsabilidad de tener vínculos con el nazismo. El ciudadano germano-oriental, el *hombre nuevo* socialista, logró imponerse al legado militarista —que ahora representaba a la perfección la RFA— para ofrecer una alternativa de progreso en comunión con el resto del mundo comunista. Según el discurso oficial, pues, la RDA reflejó la victoria contra el fascismo en una continuidad histórica cuya meta sería también el triunfo sobre el capitalismo representado por los territorios al Oeste de sus fronteras.

La caída del Muro y las perspectivas de unificación alentaron los augurios provenientes de la izquierda sobre el peligro de una renacionalización cuyo final fuera el establecimiento de una suerte de «Cuarto Reich», exabrupto matizado por quienes abogaban por la permanencia de los dos Estados. Uno de sus más destacados mentores fue Günter Grass, para quien Auschwitz dictaba la imposibilidad de crear un Estado unitario, un Estado nacional. Sin embargo, muchos otros pensaban que precisamente un Estado tan descentralizado e incardinado en la Comunidad Europea como lo era la RFA constituía una oportunidad para cifrar el principio de libertad en el de unidad, sin contradicciones ni ambigüedades. Todos los ciudadanos podían aprovechar el nuevo marco jurídico para desarrollar sus potencialidades. El peso de la historia en el contexto de la unidad alcanzó la vida parlamentaria al crearse en el *Bundestag*, en la primavera de 1992, una comisión de investigación denominada «Superación de la historia y consecuencias de la dictadura del SED en Alemania», en donde el rigor en la búsqueda de la verdad histórica se combinó con la manipulación política[291].

La reunificación volvió a dar alas a la conocida *Historikerstreit*, surgida en la RFA en los años ochenta después de las aceradas críticas de Jürgen Habermas a un grupo de historiadores sobresalientes tales como Ernst Nolte, Andreas Hillgruber y Hermann Lübbe, según los cuales el nacionalsocialismo era equivalente al estalinismo, como la figura de Hitler a la de Stalin. De ser así, Auschwitz era equiparable a los gulags soviéticos, y ese punto de referencia insustituible para evitar repeticiones del pasado y consagrar a Alemania como Estado defensor de la paz desaparecería,

quedaría minimizado o diluido dentro de cualquier otra política dirigida a conculcar los derechos humanos. En definitiva, para Habermas, como también para historiadores de la talla de Hans Mommsen, semejante perspectiva trataría de relativizar el peso del nazismo en la historia alemana comparándolo con otros fenómenos de su tiempo. De esta manera, la contextualización del nazismo limitaría su naturaleza singular; más aún: en la extensión del estalinismo a la República Democrática se identificaba el desarrollo histórico del país con lo peor del totalitarismo nazi. Por el contrario, Habermas sostuvo que Auschwitz debía seguir siendo el punto de partida del «patriotismo constitucional» del Estado, un patriotismo fundamentado en el resurgir no de la conciencia nacional sino de la solidaridad entre alemanes, siempre dentro del marco europeo[292].

Con la recuperación de la polémica, que fue trasladada profusamente a los medios de comunicación y en la que intervinieron, además de científicos sociales, muchos políticos, los sectores conservadores, partidarios de la vía rápida hacia la unidad, extendieron la condena moral del nazismo al comunismo germano-oriental y, de ahí, a la izquierda en general. Esta habría actuado alentando y justificando el Régimen de opresión hasta que las circunstancias —debacle económica, fortalecimiento de la oposición, cambios en el panorama internacional— convirtieron en insostenible su posición.

Por lo que a esta perspectiva se refiere, y aun considerando la coerción y la sistemática represión ejercidas por la dictadura del SED, consideramos que la historia de la República Democrática no puede reducirse a un mero «Estado sin derecho» (*Unrechtsstaat*)[293], y menos aún al Tercer Reich.

[243] Cit. en DÍEZ ESPINOSA, José Ramón y MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *Historia contemporánea de Alemania (1945-1995)*, *op. cit.*, p. 275.

[244] JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya…*, *op. cit.*, p. 207.

[245] CIMADEVILLA GARCÍA, Eva, «Problemas medioambientales en la reunificación alemana», *Cuadernos del Este*, n.º 4 (1991), p. 85.

[246] Ibid., p. 89.

[247] JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya…*, *op. cit.*, p. 236.

[248] Sobre la evolución del SPD en este aspecto, véase RODER, Knut, *Social Democracy and Labour Market Policy: Developments in Britain and Germany*, Londres, Routledge, 2003, pp. 77-95.

[249] TALSHIR, Gayil, *The Political Ideology of Green Parties: from the Politics of Nature to Redefining the Nature of Politics*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2002, pp. 91-96.

[250] SCHULL, Tad, *Redefining Red and Green Ideology and Strategy in European Political Ecology*, Albany, State University of New York Press, 1999, pp. 42-51.

[251] ARZHEIMER, Kai y FALTER, Jürgen W., «Annährung durch Wandel? Das Wahlverhalten bei der Bundestagswahl 1998 in Ost-West Perspektive», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, n.º 52 (1998), pp. 33-43.

[252] Para un análisis pormenorizado de este año electoral, véase ROBERTS, Geoffrey K. (ed.), *Superwahljahr. The German Elections in 1994*, Londres, Routledge, 2013.

[253] DÍEZ ESPINOSA, José Ramón y MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *Historia contemporánea de Alemania (1945-1995)*, *op. cit.*, p. 278.

[254] Estos datos se encuentran en https://www.bundeswahlleiter.de/ (consultado el 3 de agosto de 2018).

[255] *Ingolstädter Manifest, Wir-mitten in Europa, Plädoyer für einen neuen Gesellschaftsvertrag*, Berlín, O. J., 1994, p. 8.

[256] http://www.bundeswahlleiten.de/ (consultado el 10 de septiembre de 2018).

[257] JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya…*, *op. cit.*, p. 185.

[258] BÖGEHOLZ, Hartwig, *Wendepunkte – Die Chronik der Republik. Der Weg der Deutschen in Ost und West*, Hamburgo, Rohwolt, 1999, p. 720.

[259] GAUCK, Joachim, *Die Stasi-Akten. Das Umheimliche Erbe der DDR*, Hamburgo, Rowohlt, 1991, p. 11.

[260] MARTÍ FONT, J. M., *El día que acabó el siglo xx. La caída del Muro de Berlín*, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 109.

[261] BURNETT, Simon, *Ghost Strasse: Germany's East Trapped between Past and Present*, Montreal, Black Rose Books, 2007, pp. 161-171.

[262] Sobre este caso concreto véase BAUMANN, Christiane, *Manfred «Ibrahim» Böhme, Das Prinzip Verrat*, Berlín, Lukas Verlag, 2015.

[263] O'DOCHARTAIGH, Pól, *Germany since 1945*, *op. cit.*, p. 231.

[264] El texto se encuentra en MOREAU, Patrick, LANG, Jürgen P. y NEU, Viola, *Was will die PDS?*, Francfort del Meno, Ullstein Verlag, 1994, pp. 134-137.

[265] SCHUMANN, Michael, «Zur Krise in der Gesellschaft un zu ihren Ursachen, zu Verantwortung der SED», en BEHREND, Manfred y MAIER, Helmut (Eds.), *Der schwere Weg…*, *op. cit.*, pp.72-74.

[266] JARAUSCH, Konrad H., «Normalisierung oder Re-nationalisierung? Zur Umdeutung der deutschen Vergangenheit», en *Geschichte und Gesellschaft*, 1995/4, pp. 571-584.

[267] Cit. en GARTON ASH, Timothy, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent*, Nueva York, Random House, 1993, pp. 104-105.

[268] VIEJO VIÑAS, Raimundo, «Transición a la democracia y "etnificación de la política": los partidos políticos y la unificación de Alemania», en *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, n.º 28/29 (1999), pp. 105-108.

[269] Véase FRITZE, Lothar, «Irrationen im deutsch-deutschen Vereinigungsprozess», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, n.º 27 (1995), pp. 3-9.

[270] Véase DÜMCKE, Wolfgang y VILMAR, Fritz (Eds.), *Kolonialisierung der DDR. Kritische Analysen und Alternativen des Einigungsprozesses*, Münster, Agenda Zeitlupe, 1999, pp. 125-190.

[271] Véase TROEBST, Stefan y BRUNNBAUER, Ulf, *Zwischen Amnesie und Nostalgie. Die Erinnerung an den Komunismus in Südosteuropa*, Colonia, Böhlau, 2007.

[272] Cit. en RÜSCHEMEYER, Marilyn y WOLCHIK, Sharon L., «The Return of Left-Orientated Parties in Eastern Germany and the Czech Republic and their Social Policies», en COOK, Linda J.; ORENSTEIN, Mitchell A. y RÜSCHEMEYER, Marilyn (eds.), *Left Parties and Social Policy in Postcommunist Europe*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1999, p. 111.

[273] LEVER, Paul, *Berlin Rules. Europe and the German Way*, Londres, I. B. Tauris, 2017, p. 107.

[274] BORRERO, Víctor M., «Erich Loest», en MALDONADO ALEMÁN, Manuel (coord.), *La narrativa de la unificación alemana*. *Autores y obras*, Berna, Peter Lang, 2009, p. 216.

[275] LOEST, Erich, *Die Stasi war mein Eckermann oder: Mein Leben mit der Wanze*, Göttingen, Steidl, 1991.

[276] BRUSSIG, Thomas, *Helden wie wir*, Berlín, Volk & Welt, 1995.

[277] HOLLMER, Holmer, «*The Next Generation*. Thomas Brussig erzählt Erich Honeckers DDR», en ARNOLD, Heinz Ludwig (ed.), *DDR-Literatur der neunziger Jahre*, n.º extra, Text und Kritik, 2000, pp. 80-81.

[278] SCHULZE, Ingo, *Neue Leben*, Berlín, Berlin Verlag, 2005.

[279] BLANCO, Margarita, «Ingo Schulze», en MALDONADO ALEMÁN, Manuel (coord.), *La narrativa de la unificación alemana*. *Autores y obras*, *op. cit.*, p. 286.

[280] WOLF, Christa, *Was bleibt*, Berlín, Aufbau, 1990.

[281] WOLF, Christa, *Medea. Stimmen*, Munich, Luchterhand, 1996.

[282] HILBIG, Wolfgang, *Ich*, Francfort del Meno, Fischer, 1993.

[283] BAUMGART, Reinhard, «Quasi-Stasi. Zu dem Roman Ich», en WITTSTOCK, Uwe (ed.), *Wolfgang Hilbig. Materialen zu Leben und Werk*, Francfort del Meno, Fischer, 1994, pp. 216-221.

[284] GRASS, Günter, *Ein weites Feld*, Göttingen, Steidl, 1995.

[285] GOEPPER, Sibylle, «*Ein weites Feld* et la canonisation par le champ littéraire. Étude d'une oeuvre dans son contexte polémique», *Études Germaniques*, n.º 62, vol 3 (2007), pp. 667-680.

[286] Cit. en CIFRE WIBROW, Patricia, «Controversias literarias», en MALDONADO ALEMÁN, Manuel (coord.), *La narrativa de la unificación alemana*, Berna, Peter Lang, 2006, pp. 89-90.

[287] WALSER, Martin, *Vormittag eines Schriftstellers*, Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1990.

[288] SCHNEIDER, Peter, *Der Mauerspringer*, Darmstadt, Luchterhand, 1982.

[289] HERNÁNDEZ, Isabel, «Antecedentes», en MALDONADO ALEMÁN, Manuel (coord.), *La narrativa de la unificación alemana*, *op. cit.*, p. 70.

[290] Las intervenciones públicas, discursos y textos varios sobre esta cuestión pueden encontrarse en GRASS, Günter, *Artículos y opiniones*, Barcelona, Debolsillo, 2003.

[291] WOLFRUM, Edgar, «Historia y memoria en Alemania, 1949-2009», *Historia del Presente*, n.º 13,

1 (2009), p. 89.

292 PIPER, Ernst Reinhard (ed.), *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigskeit der Nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Munich, Pieper, 1987, p. 71.

293 DENNIS, Mike, «Constructing East-Germany: Interpretations of GDR History since Unification», en DENNIS, Mike y KOLINSKY, Eva (eds.), *United and Divided. Germany since 1990*, Nueva York, Berghahn Books, 2004, pp. 17-35.

11. EUROPA DESPUÉS DEL MURO

La caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 marcó el comienzo de una nueva era en Europa. Entre aquella fecha y los inicios de 1992 los sistemas comunistas desaparecieron en el Este y el desmoronamiento de la Unión Soviética, la reunificación de Alemania y la firma del Tratado de la Unión Europea constituyeron una sucesión de hechos trascendentales para configurar un espacio europeo radicalmente distinto del característico de la Guerra Fría. Había que redefinir papeles en el nuevo marco continental, entre ellos, la posición que ocuparía Alemania y la seguridad continental, la diversidad y el elevado número de países que aspiraban a formar parte cuanto antes de la Unión, la conflictiva realidad de los Balcanes con el inicio del fin de Yugoslavia, las relaciones con la Federación Rusa: en definitiva, toda una serie de cuestiones cuya evolución influiría en la forma en que se iba a construir la Europa posterior al Muro.

La unidad alemana representó un estímulo para redefinir el sistema de seguridad en el Viejo Continente ante los cambios que dicha unidad y la disolución del mundo soviético —ejemplificado, en este caso concreto, por el final del Pacto de Varsovia— abrían en el horizonte europeo e internacional. Estrechamente enraizada en las instituciones comunitarias, la reunificación resolvió la sempiterna cuestión alemana eliminando cualquier amenaza a la estabilidad en la zona.

Por supuesto, la presencia norteamericana en Europa continuó haciéndose notar durante el inicio de aquella pos Guerra Fría. El presidente Bush desempeñó un papel muy importante en los comienzos de la transición a la democracia en el Este; a través del G-7 impulsó un plan de ayuda administrada por la CEE, asegurándose así la gratitud de quienes hasta hacía muy poco habían sido sus enemigos irreconciliables. De igual modo,

con talante abierto, avalaría el programa reformista de Boris Yeltsin en la convulsa Federación Rusa heredera de la URSS, una vez que esta desapareciera del mapa de los Estados en diciembre de 1991.

Una vez unificada Alemania, Bruselas hubo de afrontar una nueva y masiva ampliación. La incertidumbre ante el futuro inmediato golpeó a las capitales de los países y a las sedes comunitarias debido a las insistentes peticiones de ayuda por parte de los Gobiernos de transición en el Este. Era evidente que estos volvían la mirada hacia la Europa comunitaria con la voluntad expresa de integrarse lo antes posible en su espacio. Ya en 1990 se puso en marcha el Programa PHARE para estimular la reconstrucción económica de los antiguos países socialistas y, a pesar de algunas reticencias, la Cumbre de Copenhague de junio de 1993 y el Consejo Europeo de Essen de diciembre del año siguiente avalaron las expectativas de ampliar la Unión hacia el Este, poniendo en funcionamiento los instrumentos de preadhesión. La apuesta era, ciertamente, arriesgada a causa de las febles economías —sobre todo, de su abultado sector primario — y de los niveles de vida, muy por debajo de los comunitarios, por lo que la repercusión del proceso de adhesión podía hacer naufragar la arquitectura institucional del momento.

La democratización debía conllevar la aceptación del amplio catálogo de derechos y libertades fundamentales exigidos por los criterios de Copenhague, pero, además, Bruselas había de acomodar la citada arquitectura comunitaria a la llegada de un número tan elevado de miembros sin provocar un colapso como podía ocasionarlo la deplorable situación de las economías sovietizadas, ya que, más allá de la base material, el comunismo había dinamitado las formas capitalistas de producción y la mentalidad de trabajo vinculada a ellas. Décadas de ausencia de libertades en todos los ámbitos dificultaban los procesos de transición en marcha; de ahí las enormes dificultades psicológicas y sociales —por encima, incluso, de las económicas— que se afrontaron para consolidar las instituciones democráticas en aquel ámbito continental, y de ahí, también, la problemática marcha del proceso de integración de estos

países en la Unión, a causa de las exigencias establecidas en 1993 para lograr la incorporación plena. Los citados criterios de Copenhague los obligaban a consolidarse, a ser Estados de derecho, garantes de las libertades y con economías abiertas e instituciones democráticas lo suficientemente sólidas como para aplicar de forma correcta el acervo comunitario.

Desde 1989 distintos programas de ayuda habían alentado los cambios políticos y económicos en la Europa del Este, algunos de los cuales fueron especialmente activos, como el citado PHARE (Polonia-Hungría: Ayuda a la Reconstrucción Económica), pronto ampliado al resto de países del Este, y el BERD (Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo). Sin duda, un avance sobresaliente en el robustecimiento de los lazos comunitarios con las antiguas capitales comunistas vino de la mano de la firma, entre 1991 y 1992, de los denominados «Acuerdos Especiales de Asociación» con, respectivamente, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía.

La presentación de las candidaturas oficiales para la adhesión se demoró poco en el tiempo: el primero en solicitarlo fue el Gobierno húngaro en marzo de 1994, al que imitaron los restantes entre 1995 y 1996. El inicio de negociaciones entre Bruselas y los candidatos tuvo lugar en marzo de 1998, abriéndose un periodo en el que las instituciones comunitarias fueron amplias de miras y valoraron los enormes esfuerzos emprendidos por estos países considerando sus precarias condiciones de partida.

Mientras tanto, los primeros años de la década verían una nueva ampliación del espacio comunitario, un hecho trascendental ante los retos abiertos por la crisis del modelo soviético. La ampliación al Sur, con la incorporación en 1986 de España y Portugal, se equilibró con la llegada a la Unión de una serie de países con alta renta per cápita: en junio de 1994, después de una rápida fase negociadora, Austria, Suecia y Finlandia firmaron sus tratados de adhesión. Sus desarrolladas economías y sus largas y experimentadas trayectorias en cooperación internacional serían muy útiles para la Europa que comenzaba a forjarse para entonces.

Algunos de los retos asumidos por esta nueva Europa resultaron especialmente traumáticos. La desastrosa gestión del conflicto yugoslavo entre 1991 y 1999 evidenció no solo la ausencia de una estrategia europea conjunta, sino una inacción clamorosa que trasladó a Washington la capacidad decisoria a la hora de enfrentarse con la situación de guerra. Este acontecimiento mostró en toda su crudeza la debilidad del Viejo Continente y que las discrepancias de criterio ante desafíos tan relevantes como el desarrollo de una guerra en su propio suelo paralizaban toda voluntad de reacción.

En efecto, Estados Unidos resultó un actor primordial en la resolución de la crisis de los Balcanes. El modelo de transición en el Este, por lo general pacífico y pactado, se quebró por completo en el caso yugoslavo hasta el punto de desencadenar un conflicto armado. En junio de 1991 Eslovenia y Croacia declaraban la independencia; en septiembre las seguía Macedonia y, al año siguiente, en marzo de 1992, Bosnia-Herzegovina. Por su parte, al mes siguiente Serbia y Montenegro pactaban el nacimiento de la Federación Yugoslava. Las armas, no obstante, ya habían empezado a sonar: las fuerzas militares de la antigua República, ahora controladas por Slobodan Milosevic desde Belgrado, intervinieron con el objetivo de derrotar al secesionismo. En distinta medida según los escenarios, la guerra afectó a todo el antiguo espacio yugoslavo. El optimismo por el final pacífico de la Guerra Fría en Europa rompía pronto su tendencia ante un conflicto sangriento que, en ocasiones, recordaba lo peor de la condición humana: la limpieza étnica, el empleo sistemático de la eliminación de todo aquel considerado ajeno a la comunidad nacional ideal, evocaba en suelo europeo la barbarie de la Segunda Guerra Mundial.

Los dirigentes europeos fueron incapaces de poner coto a las hostilidades. Para Yugoslavia el tiempo nuevo se escribía con palabras viejas. Los últimos coletazos del siglo xx vinieron de la mano de la fragmentación, el nacionalismo exacerbado y el dogmatismo ideológico; una mezcla letal. En gran medida, Yugoslavia significó el final, demasiado temprano, de las

expectativas puestas en un mundo más estable, donde por fin la seguridad colectiva pudiera estar garantizada por la ONU.

Los despachos de Bruselas fracasaron en alcanzar una política conjunta de mínimos respecto a qué hacer. Fue Washington quien, como otras veces en la historia, hubo de intervenir directamente para acabar con la guerra. Con el demócrata Bill Clinton en la Casa Blanca desde enero de 1993, el Gobierno norteamericano auspició la Asociación para la Paz a comienzos del año siguiente como plataforma de cooperación entre la OTAN y los países del Este, bombardeó posiciones serbias y el 21 de noviembre de 1995 se apuntó un tanto de enorme trascendencia al propiciar en Dayton un acuerdo de paz entre serbios, croatas y bosnios. La vieja Europa volvía a parecer, después de este flagrante fracaso, más vieja.

Por otro lado, el final de la Guerra Fría, de la política de bloques, manifestó cómo la fuerza de la economía mantenía una traducción directa en la influencia internacional. El occidente de Europa había vivido muy confortablemente gracias a que los elevados presupuestos militares norteamericanos habían servido de paraguas protector; ahora, con la pérdida de protagonismo del continente en las relaciones globales, una vez desaparecida la Unión Soviética, los países de la Unión comenzaban la década de los noventa con una fuerza militar muy reducida mientras la Administración norteamericana daba muestras de su hartazgo por la falta de mayor colaboración económica en esta materia. Además, la Federación Rusa, una vez superados los años más dramáticos tras el final de la URSS, recuperó el empuje militar presionando en las zonas de frontera con la nueva Europa ampliada tanto en términos de la UE como de la OTAN, tras entrar en ambas organizaciones, a finales de la década, los antiguos países sovietizados del Este y del Báltico. Así recordaba el Kremlin a los Gobiernos europeos que no renunciaría a desempeñar un papel tradicional de influencia en la «zona gris» —esto es, en territorios como Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, muy inestables en aquellos momentos— ni tampoco en aquellos otros países que ahora habían orientado sus políticas hacia la Unión Europea.

En el interior de Rusia, los años del presidente Yeltsin no fueron, ni mucho menos, tan positivos como se esperaba que lo fueran. Las expectativas de la población habían sido muy elevadas desde que el mediático líder se pusiera al frente de los opositores al golpe de Estado que en agosto de 1991 intentó derribar a Mijaíl Gorbachov. La rápida y descontrolada política privatizadora del inmenso sector público benefició principalmente a algunos pequeños grupos, encumbrados ahora en el poder — los llamados «oligarcas»— mientras las desigualdades económicas se iban haciendo todavía más escandalosas. Tampoco las instituciones políticas fueron un dechado de democratización, en buena parte debido a una corrupción bastante generalizada. Además de todo ello, las tensiones nacionalistas, en parte teñidas de fundamentalismo islámico, alcanzaron su punto culminante en la guerra de Chechenia de 1994; aunque las armas se acallaron en el verano de 1996 y las elecciones celebradas en enero del año siguiente volvieron a dar la victoria a Yeltsin, su política no consiguió la pacificación completa del territorio. El agravamiento de la crisis económica en 1998 y los problemas de salud del mandatario condujeron a este a ceder el puesto a Vladímir Putin, su delfín y primer ministro.

En definitiva, en 1989 se extinguía el orden bipolar en Europa, difuminándose hasta desaparecer la implacable lógica de dominación y dependencia impuesta por las superpotencias tras 1945. La estabilidad del mosaico europeo dentro de la tensión entre bloques había sido posible gracias al mantenimiento de la presión de estas sobre sus áreas de influencia, una presión que se quebró con la profunda crisis a la que se vio sometida la URSS a mediados de los ochenta. En 1989 Europa, escindida artificialmente después de haber sido campo de batalla, transformaba de raíz su fisonomía política, económica y militar.

Por lo que se refiere a la forma en que todos estos procesos afectaron a la población de nuestro continente, los cambios sociales en la Europa comunitaria no fueron sustanciales, aunque en aquellos primeros años noventa aparecieron algunas tendencias, consolidadas años más tarde, tales como la ampliación del concepto tradicional de la familia y el aumento de

los flujos migratorios, no solo de los países excomunistas, sino de todo el mundo. En efecto, lo sucedido en noviembre de 1989 abrió las puertas a que cientos de miles de ciudadanos de los antiguos países sovietizados buscaran mejorar sus situaciones personales en el «paraíso comunitario» sin esperar a que las políticas reformistas en sus respectivos países rindieran el debido fruto cumpliendo sus expectativas. La libre circulación en Europa, establecida por el espacio Schengen, y las modernas infraestructuras de comunicación facilitaron estos movimientos.

El desplome del Muro obligó tanto a Gobiernos como a intelectuales y, en general, a muchos ciudadanos a volverse a plantear preguntas que habían sido un tanto soslayadas, como los fundamentos culturales de Europa y los principios sobre los cuales debería continuar construyéndose la sociedad civil una vez que el liberalismo en un sentido amplio se enseñoreaba del Viejo Continente y las bases político-ideológicas de la izquierda real, las referencias de la alternativa comunista, se venían abajo tal como lo había hecho la URSS. Sin embargo, el fracaso comunista no conllevó la desaparición de las ideologías, algo que auguraban quienes percibían una inminente expansión del liberalismo. De hecho, algunos de los antiguos líderes de las democracias populares y de las Repúblicas surgidas de la disolución de la Unión Soviética abrazaron con fe renovada el nacionalismo como sustituto efectivo de la vieja idea revolucionaria, convirtiéndose en los máximos defensores de las fronteras y las tradiciones.

La caída del Muro de Berlín, el final de la Unión Soviética y la desintegración de Yugoslavia clausuraron definitivamente la Guerra Fría en Europa. Resultaba evidente que el estrepitoso fiasco del modelo comunista ensayado durante décadas en su suelo preludiaba un tiempo nuevo.

CONCLUSIONES

Durante la primavera de 1989 Vernon Walters, recientemente nombrado embajador norteamericano en Bonn, había afirmado, sin ofrecer datos concretos, que durante el periodo de su representación diplomática vería una Alemania unificada. En contraste con lo que estaba sucediendo en Hungría, Polonia y la Unión Soviética, el descontento social por las consecuencias del deterioro económico en la vida diaria y la falta de voluntad de cambio por parte de las autoridades despertaron la conciencia de muchos germano-orientales hasta entonces alejados, por temor o por escaso convencimiento, de las protestas callejeras alentadas por los primeros grupos de oposición. Sin duda, la imponente manifestación en Leipzig del 9 de octubre, un mes exacto antes de la caída del Muro, provocó un reguero de optimismo. A pesar del control totalitario ejercido durante décadas sobre la población, una parte muy amplia de esta salía del letargo impuesto por el Partido-Estado.

El 9 de octubre fue un éxito rotundo para los intereses de la oposición. Había demostrado su capacidad de convocatoria en momentos muy difíciles, logrando ofrecer una imagen pacífica pero firme. Los manifestantes dejaron patente su firme apoyo a un cambio real en las estructuras de poder por la vía del entendimiento. A pesar de contar con ingentes medios materiales y humanos para reprimir la marcha, el SED no se atrevió a tanto. Los sectores más ortodoxos de la cúpula del Partido estaban cada vez más aislados; una acción violenta hubiera podido generar una auténtica masacre. El triunfo de la concentración en Leipzig se evidenció unas jornadas más tarde: el día 18 Erich Honecker fue destituido de su cargo de secretario general de la organización. La presión popular había hecho mella en la dura coraza del «Estado socialista de los obreros y

campesinos» y los siguientes lunes de octubre fue aumentando el número de personas que salían a la calle en la ciudad sajona: el 16 acudieron unas 120.000 y el 23, más de un cuarto de millón.

El contexto internacional había variado mucho desde la primavera de 1985, cuando Mijaíl Gorbachov fue designado secretario general del PCUS. La gerontocracia que hasta ese momento había controlado los resortes del poder se dio cuenta de que, ante la gravedad de los problemas económicos y la pérdida de legitimidad en el interior y de prestigio en el resto del mundo, era necesaria una renovación que comenzara con la llegada de un líder joven y resolutivo. En muy poco tiempo las palabras *perestroika* y *glasnost* aparecieron por doquier en periódicos, radios y televisiones, familiarizando a la sociedad internacional con unos términos cuyo contenido estaba ligado a la voluntad reformista en la economía y en la política, así como a la transparencia que las nuevas autoridades pretendían dar a sus actuaciones para contar desde el primer momento con el apoyo ciudadano.

El entierro de la Doctrina de Soberanía Limitada dejó en manos de sus aliados en el este de Europa la capacidad de decidir sobre sus propios asuntos, relativizando la influencia soviética. Algunos regímenes, como el húngaro y el polaco, utilizaron de forma inmediata las posibilidades que se les ofrecían para abrir procesos internos de cambio en las estructuras políticas y económicas, iniciando, además, una aproximación a los países occidentales. En cambio, en Rumanía, Bulgaria y la República Democrática Alemana la reacción fue la contraria: trataron de preservar la naturaleza del sistema comunista al margen del camino emprendido por la URSS. Es celebérrima la contestación de Kurt Hager, ideólogo y miembro del Politburó del SED, a la revista *Stern* en abril de 1987 en relación con la perestroika y la glásnost: «El hecho de que tu vecino quiera decorar de nuevo su casa no implica que tú debas hacer lo mismo»[294].

Los líderes europeos no tardaron en simpatizar con Gorbachov. En diciembre de 1984, antes, incluso, de llegar a la Secretaría General del PCUS, mantuvo una entrevista con Margaret Thatcher, la cual, aunque poco inclinada a las apreciaciones positivas sobre sus colegas, sacó una

impresión muy favorable. Lo mismo sucedió con Ronald Reagan, algo todavía más llamativo, teniendo en cuenta su acendrado anticomunismo. Diez meses después, en octubre de 1985, Gorbachov elegiría París como primer destino de Europa occidental al que viajar como máximo dirigente soviético; también el encuentro con Mitterrand se desarrolló en un clima de manifiesta cordialidad y buena sintonía. Curiosamente, fue Kohl quien con menos entusiasmo trató la figura de Gorbachov durante los primeros años. En la CDU había sectores tradicionalmente opuestos a la *Ostpolitik* y, en el caso del propio canciller, la férrea defensa de la OTAN y de la presencia de misiles norteamericanos en suelo alemán era para él irrenunciable. Incluso, en octubre de 1986 se atrevió a comparar a Gorbachov con Goebbels, algo de lo que luego se arrepentiría[295].

En efecto, durante los primeros años de su mandato, Gorbachov intensificó las conversaciones y encuentros con mandatarios de Europa occidental, tanto en el Gobierno como de la oposición; además de cuidar los contactos con Estados Unidos, si bien en el primer año de la Administración Bush las reticencias de este enfriaron la relación por un tiempo. Desde el principio el soviético se interesó mucho por los aspectos de la integración europea, precisamente cuando, en enero de 1985, acababa de llegar a la presidencia de la Comisión el francés Jacques Delors: impulsor convencido del proceso, de forma inmediata iba a propiciar avances tanto en la profundización comunitaria (Schengen, Libro Blanco sobre el mercado interno, etc.) como en la ampliación hacia el Sur, incluida la firma, en Maastricht en 1992, del Tratado de la Unión Europea.

En el verano de 1989, conforme se agravaba la situación política de la RDA, los fundamentos de la *Ostpolitik* empezaron a tambalearse. Con el fin de preservar el *statu quo*, dentro del cual las posibilidades de mejorar y fortalecer estos vínculos en todos los ámbitos irían acompañadas de cambios paulatinos, la mayor fluidez de las relaciones interalemanas entró en una nueva fase. El Gobierno federal debía afrontar el desafío que suponía el creciente malestar social en la RDA, bien alimentándolo, bien

adoptando una posición más moderada, a la espera de la evolución de los acontecimientos.

En París, las autoridades habían hecho declaraciones en favor de los huidos de territorio germano-oriental durante aquel verano, subrayando la defensa del derecho a la libertad de tránsito y de residencia. Los lazos tanto políticos como económicos e, incluso, militares entre la RFA y Francia eran enormemente sólidos y el paraguas de la CEE había contribuido todavía más a cerrar viejas heridas. Sin embargo, la aceleración de los sucesos en Europa centro-oriental y la debilidad de la RDA preocupaban a François Mitterrand en un sentido: aun cuando en aquellos meses de julio y agosto no imaginaba la posibilidad de una reunificación, la capacidad de influencia de Bonn en los asuntos continentales podía aumentar hasta oscurecer un tanto a París. Siempre inquieto ante la perspectiva de que se rompiera el equilibrio entre las grandes potencias europeas, Mitterrand se mantenía muy alerta también ante el futuro inmediato.

En última instancia, si el curso de la historia viraba hacia una improbable unidad, la Unión Soviética no lo permitiría. Por tanto, convenía preservar la misma línea política respecto a la renacida «cuestión alemana»[296]. Sin embargo, la caída del Muro y la salida de Honecker del poder dentro de una crisis institucional sin aparente remedio cambiaron el terreno de juego. La Alemania de Kohl cobró un inusitado protagonismo político mientras la decadencia soviética desmentía que el Kremlin fuera a tomar una posición más firme respecto a cómo encarar la crisis terminal del Estado germano-oriental.

Por consiguiente, las buenas relaciones entre París y Bonn se pusieron a prueba con el éxodo de ciudadanos de la RDA en aquel verano y el inicio del fin del Régimen comunista. La Guerra Fría, en cuyo origen había estado la división de Alemania y de Europa, comenzaba a resquebrajarse ante la incapacidad de Moscú para resolver sus propios problemas y, menos aún, canalizar las transformaciones, cada vez más radicales, que se observaban en algunos de los países del Este. La República Federal de Alemania, nacida de aquella coyuntura del enfrentamiento de bloques, había aparcado

en la práctica la siempre espinosa cuestión de su unidad con la otra zona, pero tras los últimos acontecimientos, para asombro de muchos, resurgía de forma inopinada. Mitterrand entendía que la tranquilidad que se había disfrutado en Europa en los últimos años, la paz social y el crecimiento económico —frutos de las bondades de la integración— peligraban si la reunificación alemana volvía a ponerse sobre la mesa. Es más, como reconoció aquel verano, su país no podía oponerse: solo las superpotencias tendrían capacidad de hacerlo[297]. Esto explica su constante insistencia para que, de producirse, el proceso de unidad de las dos Repúblicas alemanas se desarrollara fijando todavía más a la República de Bonn en el marco comunitario.

El 3 de noviembre de 1989, después de una reunión entre Kohl y Mitterrand, el presidente francés declaró ante los periodistas que, a tenor de la rapidez con que se sucedían los hechos, la previsible reunificación debería tratarse dentro de las negociaciones sobre la integración europea, lo cual beneficiaría a todos y salvaría las dudas de Moscú al respecto, ya que la CEE amortiguaría las posibles veleidades de Alemania. Fueron la Comisión y su presidente quienes con más regocijo acogieron el nuevo panorama. Ya antes de la caída del Muro Delors había mostrado sus deseos de que las grandes manifestaciones cívicas en la República Democrática condujeran a una vía de democratización efectiva del Régimen y de que la Comunidad trabajara para solucionar la cuestión alemana con generosidad y altura de miras y, finalmente, liberase a Europa de «las cadenas de Yalta»[298]. En la trama de los discursos y alocuciones de aquellos meses de octubre y noviembre, el presidente de la Comisión evitó recordar el peso de la historia para advertir sobre una hegemonía alemana; por el contrario, si se producía el fin de la Guerra Fría y la cuestión alemana entraba en vías de solución, la unidad del país dentro de Europa no haría otra cosa que fortalecer el proceso de integración, impulsando el necesario carácter federalista por el que venía luchando Delors.

Para el Reino Unido la perspectiva de una Alemania unificada no resultaba halagüeño. El final del orden de posguerra le supondría una

pérdida de influencia tanto en la Comunidad Europea como en el resto del mundo e, incluso, podría aumentar la presión franco-alemana sobre Londres para que aceptara la unión monetaria y se pudiera avanzar en las cuestiones de seguridad conjunta. El temor a la pérdida del equilibrio europeo por el mayor ascendiente alemán no era menor en Londres que en París. En cambio, es posible que el Gobierno español fuera el más entusiasta de todos.

La caída del Muro desbarató las ideas preconcebidas en París, Londres y Bruselas sobre una reunificación lenta y paulatina. Como bien expone Juan Carlos Monedero, el Muro «golpeó con sus cascotes no solo a las cancillerías occidentales, sino también a los científicos sociales, incluidos los expertos en países del Este o de la República Democrática que, casi sin percibirlo, perdían hasta su objeto de investigación»[299]. Fuera de Alemania, la caída del Muro fue muy bien recibida tanto en las sedes de Gobierno como entre la población de los países occidentales. Para Washington suponía el triunfo de la Doctrina de Contención del Comunismo, actualizada durante los años de Reagan y Bush. El final de la herida abierta en Berlín, en Alemania y en toda Europa suponía una victoria moral y política de las democracias europeas frente al sistema del socialismo realmente existente.

Otra cuestión era cómo abordar la consecuencia inmediata de lo ocurrido, esto es, cómo afrontar la unificación de ambos Estados. En efecto, la idea unitaria había sido avalada a lo largo del tiempo por multitud de declaraciones de líderes políticos de los países occidentales, haciendo de ella un recurso fácil cuando en el horizonte la viabilidad de que se produjera era prácticamente nula. Ahora, con la desaparición del Muro, el discurso de lo apropiado debía ajustarse a una realidad —la de la reunificación exprés — de la que no participaban con tanto alborozo algunos de los mandatarios europeos. Sin embargo, la positiva reacción en Washington y la inevitabilidad del proceso —así lo consideró Mitterrand, uno de los menos fervientes defensores de la idea— condujeron al apoyo general de los

Gobiernos aliados, que en esto siguieron la pauta marcada por la opinión pública de sus respectivos países[300].

Por si esto no fuera suficiente, la descomposición de la República Democrática invalidaba la apuesta de Margaret Thatcher por democratizar el Régimen y así ralentizar el proceso de acercamiento entre los dos Estados alemanes. Tras asumir la presidencia comunitaria en el segundo semestre del año, Francia optó por convocar, para el 19 de noviembre en París, una cumbre extraordinaria de las Comunidades. Con ello pretendía hacer valer su propuesta de profundizar en las políticas comunes implicando más a la República Federal, así como aprobar instrumentos conjuntos de ayuda material y de todo tipo a los países sovietizados de Europa que pugnaban por iniciar procesos de transición. Para esto último contaba con el respaldo de Margaret Thatcher, convertida en paladín de la ampliación al Este en tanto en cuanto el mayor número de socios diluiría la posibilidad de lograr acuerdos supranacionales, lo que reduciría la efectividad de la acción comunitaria a mera cooperación política.

La sagacidad de Kohl se puso a prueba al aparecer ante sus socios como un convencido europeísta, aquietando las aguas revueltas en Lisboa y Atenas, cuyos Gobiernos temían en la estrategia comunitaria un giro hacia el Este en detrimento de la llegada de fondos. Kohl aseguró que los recursos más sustanciosos para ayudar a la RDA a superar la crisis saldrían del presupuesto de la RFA; de este modo el canciller, además de limar asperezas con algunos países menos desarrollados, obligaba a Modrow a tratar con él los asuntos interalemanes, anulando la intención del jefe de Gobierno germano-oriental de tener como interlocutor principal a Bruselas.

Respecto a la URSS, la reunión de Kohl y Gorbachov en el Cáucaso en julio de 1990, que abrió las puertas a la firma de los tratados de unificación, enterró la idea de la Casa Común Europea del líder soviético y, con ella, la capacidad real de la URSS de influir decisivamente en el futuro inmediato del Viejo Continente. La mejora paulatina de relaciones entre los dos bloques (bajo la premisa de la coexistencia pacífica de dos modelos de organización política, social y económica cuyo mayor entendimiento

permitiría una colaboración estrecha, a pesar de las diferencias, en un camino hacia la Casa Común Europea) se vino abajo bruscamente cuando la República Democrática fue absorbida por la República Federal. La crisis y descomposición de los sistemas comunistas en el este de Europa dio lugar a unas transiciones —más o menos traumáticas— hacia la democracia pluripartidista y la economía de mercado, y no a una reforma de los regímenes existentes. La extrema preocupación de Gorbachov por la seguridad en Europa y por el equilibrio del potencial militar concluyó con la desaparición del Pacto de Varsovia y el fortalecimiento y extensión de la OTAN no solo a la Alemania unificada, sino a Europa del Este, lo cual supuso un fracaso sin paliativos de la política de Gorbachov.

Poco podía hacer este en un contexto de disolución de la propia Unión Soviética. Cuanto más valorada era en el exterior su apuesta decidida por la paz y el entendimiento entre los pueblos, más caía su consideración dentro de la URSS, donde la constante pérdida de influencia fuera de sus fronteras, la incapacidad para dar una salida real y efectiva a la profunda crisis socioeconómica, el robustecimiento de las fuerzas nacionalistas a lo largo de todo el espacio soviético y el caos institucional conducían a una inevitable desintegración de la superpotencia. En la memoria colectiva rusa muchos achacan a Gorbachov el inicio de un proceso de decadencia continuado y agravado por su sucesor, Boris Yeltsin. Al introducir drásticamente una política económica cuyas consecuencias no redundaron en las mejoras sociales sino en la consolidación de una elite, corrupta en demasiadas ocasiones, Yeltsin generó un sistema económico inestable a la vez que constreñía, aún más, la dimensión exterior del país permitiendo la expansión de la OTAN a Checoslovaquia, Hungría y Polonia, perdiendo así terreno, frente a Estados Unidos y Europa occidental, en el Cáucaso y hasta en algunas repúblicas centroasiáticas que antes habían formado parte de la URSS.

Tanto para muchos estudiosos como para una parte considerable de la población, la caída del Muro y la descomposición del orden soviético en Europa del Este hasta alcanzar a la propia URSS constituyeron el final

lógico de una época histórica iniciada en 1945. La solidez de la democracia liberal y de la economía de mercado, el éxito del proceso de construcción europea, el fin de las últimas dictaduras en Europa occidental y su progresiva incorporación a dicho proceso, el abandono de la fuerza para dirimir los conflictos surgidos entre los socios y aliados a favor de una seguridad conjunta, las excelentes relaciones atlánticas, a pesar de inevitables altibajos… en otras palabras: la superioridad moral del sistema liberal hizo posible la victoria sobre regímenes comunistas sin que entrara en juego la fuerza militar.

A los líderes comunistas chinos, en cambio, la intensa concatenación de sucesos a lo largo de 1989 y 1990 los hizo reaccionar paralizando las ideas sobre una reforma política a la vez que reacomodaban la agenda económica a las exigencias de los nuevos tiempos, iniciando una suerte de liberalización comercial férreamente controlada por el aparato del Estado. La «doctrina del beneficio mutuo» inspiró la política exterior china con el objetivo de firmar acuerdos de cooperación con países americanos, africanos y asiáticos, poniendo de manifiesto su voluntad de ejercer, al menos de momento, un *soft power* en sus relaciones internacionales.

Para buena parte de la sociedad rusa, sumida en una profunda crisis económica y social, la disolución de la superpotencia conllevó la pérdida de rumbo de la política exterior, sometida desde antes de la desaparición de la URSS a la voluntad de los poderes occidentales, como muestra la expansión de las Comunidades Europeas y de la OTAN hacia el Este. La incapacidad de Gorbachov y su vergonzosa entrega a Washington y Bonn habían conducido al desastre[301].

Por lo que al gigante norteamericano se refiere, la caída del Muro de Berlín había alimentado las expectativas del presidente Bush de dar un salto definitivo a la hora de desempeñar un papel relevante en el escenario internacional. Con un equipo que incluía, como hemos visto, algunos de los mayores expertos en asuntos exteriores, Estados Unidos podía trazar a grandes rasgos el orden global que se vislumbraba. Ya antes de la desaparición de la URSS la Primera Guerra del Golfo mostró la capacidad

de iniciativa norteamericana frente a la fallida estrategia negociadora de Gorbachov cuando intentó que Irak se retirase de Kuwait. Con la rápida victoria Washington iba a reafirmar su hegemonía dentro del sistema internacional y a fortalecer su posición ante sus aliados occidentales.

El 11 de septiembre de 1990 el presidente estadounidense George Bush habló ante el Congreso norteamericano sobre la futura ordenación de las relaciones internacionales, «más libre de la amenaza del terror, más vigorosa en la realización de la justicia y más segura en la búsqueda de la paz; una era en la que las naciones de todo el mundo, Este y Oeste, Norte y Sur, puedan prosperar y vivir en armonía»[302]. Recordando el moralismo wilsoniano, el presidente apeló a un «nuevo orden mundial» donde la primacía del derecho y el respeto a la legalidad internacional terminasen por imponerse sobre los ataques indiscriminados y el abuso de poder en los que había incurrido el Régimen iraquí. En este contexto, lo inapropiado de justificar la guerra del Golfo en términos de control estratégico de los recursos petrolíferos contribuyó a orientar el discurso oficial de Washington hacia motivos de índole humanitaria o de justicia internacional.

En efecto, la hiperpotencia tomó buena nota del éxito propagandístico de la primera guerra de Irak. Aun cuando su capacidad militar le permitía batir por sí sola a los ejércitos de Sadam Hussein y expulsarlos de Kuwait, la legitimidad internacional lograda al encabezar una amplia coalición demostraba a las autoridades norteamericanas la pertinencia de la vía diplomática para lograr un apoyo multilateral a sus intervenciones en el exterior. De hecho, a partir de entonces, en algunos de los conflictos de la inmediata pos Guerra Fría la Casa Blanca optó por justificar su participación a través de operaciones de «mantenimiento de la paz» e «intervención humanitaria»[303]. Gracias a ello contaría con la ayuda de sus aliados occidentales, tratando de diluir sus objetivos como potencia mundial dentro del conglomerado más amplio de países defensores de la democracia.

La posición de preeminencia norteamericana, revestida de una voluntad de distensión en los puntos calientes del planeta y, en especial, en Oriente

Medio, tendría su plasmación en el discurso pronunciado por Bush ante el Congreso el 6 de marzo de 1991. Su exposición resultó muy clarificadora respecto a la necesidad de detener el alarmante crecimiento del arsenal armamentístico en aquella región y prometió empeñar sus esfuerzos en frenar hasta desactivar por completo el secular enfrentamiento árabe-israelí. No obstante, Bush tampoco olvidó, en los planes trazados para después del conflicto de Irak, mantener una presencia militar más activa en los países del Golfo.

Otros gestos de la superpotencia norteamericana parecían anunciar una mayor voluntad de acercamiento a las preocupaciones de amplios sectores de la población mundial. Entre el 3 y el 14 de junio de 1992 Río de Janeiro albergó la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, conocida como «Cumbre de la Tierra», adonde acudieron más de cien de jefes de Estado o de Gobierno y 6.500 delegados de 68 países. Por primera vez en la historia un presidente de Estados Unidos y el líder de la revolución cubana posaron juntos al lado de los demás mandatarios tras haber escuchado sus intervenciones. La Cumbre de la Tierra había sido diseñada para discutir sobre la preservación de la naturaleza y los límites del crecimiento económico. Aunque fueron aprobados varios documentos, como el Convenio sobre Diversidad Biológica y Cambio Climático, destacaron más las diferencias de perspectiva entre los participantes, sobre todo entre Estados Unidos, China y otros grandes productores mundiales, por un lado, y quienes los acusaban directa o indirectamente de contribuir al deterioro del planeta, por otro. Por si esto fuera poco, a solo unos kilómetros de la sede oficial del encuentro, casi quince mil representantes de organizaciones no gubernamentales se habían reunido en un «Foro Global» para llegar a unas conclusiones muy distintas.

En definitiva, la unidad de Alemania traería consigo un desequilibrio de fuerzas en Europa. Esta Alemania unificada, vencedora de una Guerra Fría cuya primera manifestación había sido, precisamente, la escisión del antiguo Reich, suscitaba temores respecto a su futura capacidad militar. Esto explica que los actores protagonistas a finales de la década de los

ochenta estuvieran convencidos de que la Unión Soviética impediría su vinculación con la OTAN, sin olvidar que las otras tres potencias ocupantes mantenían el derecho a veto. La seguridad europea constituyó uno de los grandes retos abiertos entonces. Con el Pacto de Varsovia profundamente criticado desde dentro y con francas posibilidades de que se diluyera, la situación se tornaba aún más complicada ante una perspectiva de hegemonía absoluta de la OTAN. Era evidente, pues, la necesidad de plantear un sistema de seguridad renovado en el que la OTAN desempeñara, además de los cometidos tradicionales, otros en consonancia con los cambios que se venían produciendo en el Viejo Continente. Si la URSS se cerraba en banda ante la entrada de la nueva Alemania en la OTAN o, incluso, si reiteraba su petición de disolverla y los miembros de la Alianza, encabezados por Estados Unidos, no la concebían sin el Estado alemán, la vía de entendimiento quedaba cegada. Tampoco era viable la neutralidad del nuevo país, una posibilidad rechazada por el bloque occidental por considerarla un subterfugio para facilitar el control soviético.

Las autoridades de Bonn lanzaron un mensaje que pretendía tranquilizar pero que, en principio, no convencía ni a unos ni a otros. La posición asumida por el canciller fue confirmar la negativa a fabricar y poseer armas nucleares, químicas y bacteriológicas, apoyar el proceso de reducción de los arsenales convencionales y nucleares y apostar por un cambio en la doctrina de la OTAN, por dotarla de un tono más político que permitiera mantener un diálogo permanente con la URSS en torno a la seguridad europea.

El desarme era un tema muy sensible para Francia y el Reino Unido porque, dependiendo de cómo y en qué medida se materializara, la influencia de estos países en el ámbito internacional quedaría mermada y aumentaría aún más su dependencia de Estados Unidos. Finalmente, el Acuerdo 2+4 y la progresiva debilidad de la URSS derivaron el problema hacia una solución de máximos cuyo marco de seguridad pronto extendería su radio de acción hacia las denominadas «democracias populares», quebrando así el viejo sistema de enfrentamiento entre bloques.

La delimitación fronteriza estaba estrechamente relacionada con la seguridad. Al respecto, como hemos visto, Kohl se había mostrado evasivo a la hora de definir con claridad la posición de su Gobierno. Sobre la línea Oder-Neisse había evitado pronunciarse de forma explícita hasta que las perspectivas de una unidad rápida abiertas en los últimos meses de 1989 avivaron tanto la presión de sus socios comunitarios como de la Unión Soviética y Estados Unidos. En las alocuciones públicas, en conversaciones con los mandatarios de otros países, incluso en el Programa de los Diez Puntos, sus intervenciones siguieron siendo ambiguas: aceptaba la integridad territorial de los Estados, pero no concluía con una afirmación contundente acerca de las fronteras orientales de Alemania. El peso de las asociaciones de antiguos refugiados del Este en el apoyo electoral a los democristianos era muy evidente y Kohl pospuso una declaración expresa, y mucho más, un tratado, hasta después de alcanzada la reunificación.

En este caso, sí hubo entre los actores implicados unanimidad para presionar al canciller. De todos ellos, Mitterrand fue el más vehemente a la hora de exigirle que en el marco de las conversaciones 2+4 reconociera las fronteras, aunque el tratado pudiera firmarse más tarde. Resultaba fundamental como símbolo de reconciliación que tanto la RDA como la RFA formalizaran una declaración al respecto. Es más: la coincidencia de pareceres entre los aliados occidentales, la Unión Soviética y Polonia tenía apoyos importantes dentro de la República Federal y en el propio Gobierno. El ministro de Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, había sido muy claro desde un primer momento, apremiando a Kohl e instando a los Parlamentos de ambos Estados alemanes a que emitieran las correspondientes resoluciones institucionales. El *Bundestag* lo hizo el 8 de marzo de 1990, pero Kohl no lo secundó con una declaración similar.

El canciller soportó la presión hasta pasadas las elecciones a la *Volkskammer* el 18 de ese mismo mes de marzo, como había sido su intención inicial. Los excelentes resultados para la formación cristianodemócrata le dejaban las manos libres para el control de la política germano-oriental hacia la unidad y fue en este punto cuando afirmó ante su

grupo parlamentario que el mantenimiento de la frontera del Oder-Neisse era una pieza clave en el proceso unificador. Finalmente, el 21 de junio de 1990, el *Bundestag* y la *Volkskammer* adoptaron sendas resoluciones según las cuales Alemania respetaría sus fronteras definitivas con la firma de un tratado internacional.

Con la desaparición de la República Democrática Alemana el 3 de octubre de 1990 y la integración inmediata de sus territorios en el espacio comunitario terminó una etapa de aceleración histórica iniciada con la caída del Muro de Berlín menos de un año antes. Las polémicas políticas, los inagotables debates teóricos, los temores y las frustraciones de unos, las esperanzas y el optimismo de otros, concluyeron aquel día. La reunificación se había producido, finalmente, a través de una vía muy rápida, inimaginable pocos meses antes para los actores implicados en el proceso y, además, dentro del marco europeo, lo cual contribuiría a impulsar su propia integración.

Con todo, el proceso generó una gran incertidumbre entre los socios comunitarios. El colapso de la RDA en un proceso paralelo a la descomposición del bloque socialista iniciaba la liquidación del orden de Guerra Fría vigente desde el final de la Segunda Guerra Mundial y afectaba de lleno a la propia construcción europea. Esta era fruto de un proceso de integración regional nacida de los rescoldos de aquel conflicto bélico: había tenido un desarrollo singular, pero siempre dentro del sistema internacional que ahora se tambaleaba. Los temores a que un cambio brusco incidiera de manera negativa en el bienestar logrado y paralizara o ralentizara la integración flotaron sobre las capitales europeas y en Bruselas. Solo en Bonn el giro de los acontecimientos se interpretó como la posibilidad real de alcanzar la unidad de los dos Estados superando así el pesado lastre de la escisión de posguerra.

La transformación operada en la política exterior soviética desde la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS, su defensa del fin de la Doctrina de Soberanía Limitada y la propia debilidad económica de la superpotencia impulsaron los cambios internos en los países del bloque,

dejando en evidencia a los líderes comunistas que, como en el caso de la RDA, pretendían perpetuar su omnímodo poder. La disidencia salió a las calles para reclamar políticas alternativas, cambios democratizadores, leyes efectivas contra la corrupción. El signo de los tiempos iba en contra de las gerontocracias que, enquistadas en las estructuras del Estado, continuaban mirando atrás. En aquella atmósfera de descomposición de los viejos regímenes sovietizados, la actitud de Helmut Kohl respecto a la URSS fue muy inteligente. Conocedor de su vulnerabilidad, de la necesidad de Gorbachov de obtener recursos para modernizar el país y evitar así una creciente crítica social interna que terminara por apartarlo del poder, Kohl se presentó ante el Kremlin como el hombre de mayor confianza de entre los socios europeos, aquel capaz de ayudarlo económicamente además de servirle de puente con los demás miembros de la Comunidad Europea.

Fueron, por otro lado, años en los que la seguridad y la paz constituían componentes clave del escenario internacional y el Gobierno federal. Así, Kohl, aunque firme en su posición de anclar a la posible Alemania unida en la OTAN, jugó ante Moscú la baza de la cooperación permanente y reforzada, del mantenimiento de unas Fuerzas Armadas reducidas en número y con un arsenal controlado, de tal manera que el nuevo país no constituyera una amenaza, sino todo lo contrario: un pilar de la estabilidad continental.

Por su parte, los restantes socios comunitarios, después de las primeras dudas y temores, y ante la inevitabilidad del proceso, comprendieron que la solución residía, precisamente, en la CEE. La reunificación debería producirse dentro del marco de Bruselas, fortaleciéndose así la propia Comunidad con una Alemania sobre la cual los mecanismos de vigilancia serían efectivos. Es más: el proceso hacia la unidad debería servir de estímulo para dar un salto cualitativo en la integración; las profundas transformaciones de la realidad europea e internacional obligaban a una adaptación estratégica al nuevo escenario y la respuesta ante el desafío de una unión monetaria y política podía venir de la mano, entre otras cosas, de una mayor implicación de la economía alemana.

En efecto, tanto la Declaración Solemne del Consejo Europeo de Stuttgart de junio de 1983 como los acuerdos de 1986 constitutivos del Acta Única Europea habían reactivado el proceso hacia la Unión Económica y Monetaria, fundamentado en la coordinación y convergencia de las economías nacionales. A continuación, el 27 de junio de 1988, el Consejo Europeo de Hannover dio el visto bueno a la creación de un comité de expertos que analizara las fases de su desarrollo. Bajo la dirección de Jacques Delors, entonces presidente de la Comisión Europea, el equipo concluyó los trabajos en abril de 1989, dos meses antes de que el Consejo Europeo de Madrid, celebrado los días 14 y 16 de junio, decidiera convocar una conferencia intergubernamental para fijar en el 1 de julio de 1990 el inicio de la primera etapa de la UEM. Un año más tarde, el Consejo Europeo de Dublín convocaba a su vez dos conferencias intergubernamentales que tendrían lugar simultáneamente a partir de diciembre: una sobre la UEM y otra sobre la Unión Política. El Consejo de Maastricht de 9 y 10 de diciembre de 1991 pondría fin a ambas.

De esta forma, el Tratado firmado por los Doce el 7 de febrero de 1992 en la localidad holandesa de Maastricht abrió las puertas a un periodo cualitativamente distinto de los previos al crear la Unión Europea y proporcionar para ello un nuevo impulso al desarrollo socioeconómico, a la coordinación de asuntos de justicia e interior, al establecimiento de una política exterior de seguridad y defensa común y al fomento de los valores comunes de una ciudadanía europea. Como escribió Dusan Sidjanski para la ocasión, «cuarenta años de integración económica han abierto la vía a la integración política»[304].

Sin embargo, de cara a la consecución de estos objetivos, la unificación de los dos Estados alemanes repercutió en la crisis de toda Europa. Ante el ingente traspaso de recursos públicos (que en 1992 y 1993 constituyeron casi los dos tercios del PIB de los nuevos *Länder)*, debido en parte a la tibia respuesta de los capitales privados, el crecimiento del déficit impulsó al *Bundesbank* a incrementar los tipos de interés, política seguida en otros países del continente. Obligada al enorme esfuerzo de absorber la

deteriorada economía de Alemania del Este, el déficit presupuestario golpeó a la floreciente economía alemana, motor de la europea. Las tasas de desempleo alcanzaron cifras desconocidas dentro del espacio comunitario (cuatro millones de parados en Alemania) y, ante los problemas sociales generados por los elevados índices de desempleo, los Gobiernos europeos se sintieron tentados a romper la austeridad presupuestaria que requería la aplicación del Tratado.

Unidas a estas complicaciones financieras, la pérdida de empuje de los restantes países europeos por el fracaso de las mejoras previstas en la economía de Japón y Estados Unidos, las dificultades para la aplicación del Tratado de Maastricht después de la negativa danesa (expresada en el referéndum de 2 de junio de 1992) y la precariedad del Sistema Monetario Europeo auguraban momentos difíciles para lograr la tan ansiada Unión Monetaria. A finales de julio, para poder mantenerse, el maltrecho Sistema Monetario Europeo optó por extender la banda de fluctuación de sus monedas, justamente lo contrario de lo que preveía el Tratado de Maastricht. Pocos meses después, en septiembre, el Reino Unido e Italia abandonaban el SME y Portugal, España e Irlanda procedían a devaluar sus respectivas monedas. Con todo, los mercados financieros tendieron a normalizarse y los gobiernos europeos asumieron que la moneda única continuaba siendo la mejor opción, incluso si la crisis económica y los desajustes del SME golpeaban, sin derribar, el proyecto de unión monetaria[305].

La reunificación tuvo lugar dentro del proceso general de extinción del orden internacional de Guerra Fría, durante el cual la nueva República Federal de Alemania se convirtió en una potencia no solamente económica, sino también política. El peso de sus ochenta millones de habitantes, unido a su capacidad productiva, la transformó en un actor destacado en Europa y en el resto del mundo. Ello no obstante, los ajustes internos efectuados para asumir el coste económico fueron inevitables, y más todavía lo fueron los sociales. Ciertamente, apenas hubo alteraciones en la forma de vida de los ciudadanos del Oeste, pero sí en la de los germano-orientales, a quienes tan

difícil resultó el aprendizaje, sobre todo a los de mayor edad. Por tanto, la integración de ambas sociedades no corrió paralela a la institucional.

La integración de la ex República Democrática supuso un elevado coste socioeconómico: la espectacular bajada de los índices de producción y el aumento del paro fueron las facetas más negativas del proceso de adaptación de la economía socializada a la competencia del mercado. En primer lugar, el aumento de la demanda de la población del Este se dirigió hacia productos occidentales y se vio facilitado por la tasa de cambio establecida. El efecto sobre la producción propia fue calamitoso: mientras los *Länder* occidentales pudieron presentar elevados índices de crecimiento, los nuevos Estados federados perdieron hasta un 40 por ciento de su capacidad económica. A finales de 1990 el PIB de estos *Länder* había descendido en un 18,5 por ciento[306]. El problemático paso de la economía planificada al capitalismo, la Unión Monetaria y las privatizaciones tuvieron un enorme coste social que se tradujo en la pérdida drástica de puestos de trabajo. Entre 1990 y 1994 desapareció una tercera parte de los empleos en los *Länder* orientales —de 9,6 a 6,3 millones de asalariados en esos cuatro años—; mientras, la tasa de paro ascendió al 17 por ciento, en torno al doble de la existente en Alemania occidental[307].

Desempleo y unidad de mercado fueron inseparables en la percepción de muchos alemanes, sobre todo mujeres y jóvenes; como resultado, en 1992 el 41 por ciento de los jóvenes germano-orientales apostaba por eliminar el sistema capitalista y en 1993 un 43 por ciento pensaba que las condiciones de vida para la juventud eran mejores en la República Democrática[308]. El desempleo, la incertidumbre laboral y la pérdida de nivel adquisitivo estuvieron siempre presentes en la conciencia de los germano-orientales, que todavía se consideraban menos privilegiados que sus vecinos. Ciertamente, las inversiones en infraestructura y regeneración del tejido industrial habían mejorado las expectativas de vida, pero en los años noventa las diferencias socioeconómicas no se solventaron ni tampoco pudo alcanzarse una integración cultural: ni la mayor intensidad de los contactos entre alemanes de uno y otro lado, ni los reencuentros familiares, ni la

movilidad personal lograron generalizar entre la población una conciencia unitaria.

El final del Muro y la reunificación coincidieron con un tiempo convulso en algunas partes del planeta, y entre ellas, la propia Europa. Las guerras en los Balcanes provocaron oleadas de emigrantes forzados por las circunstancias, un hecho que puso a prueba la capacidad de acogida de Alemania, sometida en esas fechas a la dura tarea de organizar el nuevo país reunificado. La RFA había sido receptora de refugiados y, a pesar de las dificultades, continuó siéndolo: desde 1945 hasta 1990 unos quince millones de personas habían emigrado a la RFA, un hecho no comparable con ningún otro país occidental en el mismo periodo de tiempo[309]. En 1990 la parte occidental concentraba a unos cinco millones de extranjeros, en torno al 8 por ciento de la población, a los que se unieron durante los primeros años de la década unas 345.000 personas provenientes de Yugoslavia.

El número de peticiones de asilo fue en aumento mientras se vivían los momentos más álgidos del proceso. En 1991 la RFA aceptó 255.000 y 450.000 al año siguiente. La procedencia era, fundamentalmente, de una Europa del Este a la deriva, inmersa en procesos de transición que generaban graves costes sociales y falta de perspectivas para el futuro.

Con el apoyo de las grandes formaciones políticas (CDU, CSU, SPD y FDP), en julio de 1992 entró en vigor una ley sobre el derecho de asilo que endurecía las condiciones previas, lo cual provocó un aumento de los ilegales dentro del país. Inmigrantes y refugiados se convirtieron en un tema recurrente en los foros públicos y en las campañas electorales, poniendo en el centro del debate al multiculturalismo como política de Estado que comenzó a cuestionarse en algunos sectores sociales, máxime con el aumento de los casos de xenofobia.

En efecto, ese mismo año, en octubre, el *Bundestag* señaló que los extranjeros formaban parte de la vida cotidiana del país como trabajadores que aportaban y enriquecían los ámbitos sociales y culturales alemanes. La declaración cobraba sentido si se tenía en cuenta el resurgimiento de

movimientos xenófobos relacionados con grupos neonazis causantes de multitud de actos violentos, fundamentalmente racistas, a lo largo y ancho del territorio unificado. Jóvenes desclasados formaban parte de este proceso de reactivación de la extrema derecha con Los Republicanos y la Unión Popular Alemana como máximos exponentes que, incluso, lograron obtener representación en algunos *Länder*: Los primeros obtuvieron un 8,3 por cierto en las elecciones de Hesse en marzo de 1993 y en abril del año anterior los segundos, con un 6,3 por ciento, entraron en el Parlamento de Schleswig-Holstein.

Este fenómeno presentaba la cara más oscura del exitoso proceso puesto en marcha después de 1989. El aumento del paro y la pérdida de oportunidades para determinados sectores de la población del Este relacionados con el colapso económico en aquellos *Länder* favorecieron el rechazo al *otro*, nutriendo de activistas las organizaciones de extrema derecha. Más relevante que su escaso ascenso electoral fue el antes citado crecimiento de atentados racistas, perpetrados, en ocasiones, por jóvenes marginales —*skinheads*— poco organizados pero muy violentos. La juventud era, también, uno de sus rasgos distintivos: en 1991 solo tres de cada cien detenidos por este tipo de delitos eran mayores de treinta años[310].

Por muchas y oscuras que sean las sombras proyectadas en el proceso reunificador alemán (coste económico, dificultades para la integración Este-Oeste y para la asimilación de inmigrantes, ajuste de cuentas con el pasado inmediato), no bastan para desviar la atención del significado verdaderamente histórico que supone su éxito. La caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría abrieron las puertas a una nueva era. En este caldo de cultivo favorable al cambio, el empeño político y el ingente esfuerzo económico condujeron, bajo la sabia batuta de Helmut Kohl, a lo que hasta entonces había parecido un imposible: la reunificación de Alemania.

[294] Cit. en GÖRTERMAKER, Manfred, *Unifying Germany*…, *op. cit.*, p. 49.

[295] KOHL, Helmut, *Erinnerungen 1982-1990*, *op. cit.*, pp. 450-451.

[296] BOZO, Frédéric, «Mitterrand's France, the End of the Cold War, and German Unification: a Reappraisal», *Cold War History*, vol. 7 (2007), pp. 455-478.

[297] LION BUSTILLO, Javier, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, *op. cit.*, p. 116.

[298] Discurso pronunciado por Jacques Delors en Bonn el 5 de octubre de 1989, en DELORS, Jacques, *El nuevo concierto europeo*, Madrid, Acento, 1993, pp. 184-185.

[299] MONEDERO, Juan Carlos, «El hechizo de la montaña mágica. El proceso de unificación alemana: causas y consecuencias», en MONEDERO, Juan Carlos (comp.), *El retorno a Europa*…, *op. cit.*, p. 95.

[300] Sobre las reacciones, véase JAMES, Harold y STONE, Marla (eds.), *When the Wall Came Down: Reactions to German Unification*, Londres, Routledge, 1992.

[301] ZUBOK, Vladislav, *A Failed Empire: the Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007, pp. 303-335.

[302] BUSH, George H. W., *Toward a New World Order*, U. S. Department of State Dispatch 1, 3 (17-9-1990), p. 91. Para una interpretación de los hechos acontecidos entre 1989 y 1993, véase BUSH, George H. W. y SCOWCROFT, Brent, *A World Transformed*, *op. cit*.

[303] IGNATIEFF, Michael, *El nuevo imperio americano. La reconstrucción nacional en Bosnia, Kosovo y Afganistán*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 24.

[304] SIDJANSKI, Dusan, *El futuro federalista de Europa. De los orígenes de la Comunidad Europea a la Unión Europea*, Barcelona, Ariel, 1998, p. 241.

[305] ALONSO ZALDÍVAR, Carlos, *Variaciones sobre un mundo en cambio*, Madrid, Alianza, 1996, p. 155.

[306] DÍEZ ESPINOSA, José Ramón, «Diez años de unidad alemana. Reconstrucción económica e integración nacional de los Länder orientales», *Investigaciones Históricas. Épocas moderna y contemporánea*, n.º 21 (2001), p. 366.

[307] *Statistisches Bundesamt Deutschland*, http//www.statisk-bund.de/presse (consultado el 18 de abril de 2018)

[308] *Jahresbericht 2000 des Bundesregierung zum Stand der deutschen Einheit*, Berlín, 13 de octubre de 1999, p. 107, en http//www.bundesregierung.de/frameset/index.jsp (Aufbau Ost) (consultado el 18 de abril de 2018).

[309] JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya*…, *op. cit.*, p. 289.

[310] PANAJI, Panikos, «Radical Exclusionism in the New Germany», en LARRES, Klaus (ed.), *Germany since Unification: the Development of the Berlin Republic*, Houndmills, Palgrave, 2001, p. 139.

EPÍLOGO. 1989-2019: EUROPA Y EL MUNDO, TREINTA AÑOS DESPUÉS

El momento en que se cumplen treinta años de la caída del Muro coincide en Europa con un periodo de incertidumbre por la incapacidad de dar respuesta a desafíos provenientes de distintas cuestiones, muchas de ellas abiertas tras el fin de la Guerra Fría, agravadas con el paso del tiempo y frente a las cuales remedios como la improvisación, el simplismo o las recetas populistas parecen ser los únicos que alzan la voz entre la confusión reinante.

Síntomas muy inquietantes pudieron detectarse ya en las elecciones al Parlamento Europeo celebradas el 25 de mayo de 2014, que provocaron un gran desasosiego en las elites políticas y económicas, mucho mayor que entre la población, un tanto ajena a las consecuencias que podría provocar el ascenso de los partidos euroescépticos y eurófobos. Aun cuando triunfaron las formaciones mayoritarias (conservadores, liberales, socialistas), en países como Francia y el Reino Unido las listas del Frente Nacional y del Partido por la Independencia del Reino Unido fueron las más votadas en sus respectivos países, poniendo así en evidencia la fuerza social de sus propuestas extremistas. Además, por si la sensación de inestabilidad no fuera suficientemente intensa, enseguida surgieron las discrepancias entre los Veintiocho a la hora de nombrar a los presidentes de la Comisión y del Parlamento. Todo ocurría cuando algunos de los retos a los que se enfrentaba la Unión exigían medidas urgentes: cómo proseguir con el tratado comercial con Estados Unidos, cómo afrontar las relaciones con la Federación Rusa, cómo desarrollar políticas efectivas de integración mientras el euroescepticismo creciente fundamentaba parte de su discurso en la lucha contra la inmigración.

Entre noviembre de 1989, que abrió el proceso de descomposición del modelo soviético en el Viejo Continente hasta conducir a la disolución de la URSS en diciembre de 1991, y la salida a bolsa de *Netscape* en agosto de 1995 transcurrió un periodo de vertiginosa aceleración en las transformaciones sufridas por las relaciones internacionales: la época en que el concepto de globalización pasó a formar parte del acervo colectivo, un concepto que ha ido cobrando creciente presencia hasta nuestros días. La globalización ha hecho —y continúa haciéndolo— más interdependientes a los actores estatales, a las economías, a las sociedades. Es algo que debería beneficiar a todos, reduciendo la pobreza y generalizando el crecimiento económico; sin embargo, la pobreza no parece disminuir en la medida prevista por los defensores de la globalización mientras, en cambio, la propagación de la delincuencia internacional organizada —desde el tráfico de seres humanos hasta el terrorismo— continúa su marcha ascendente.

La Europa posterior a 1989 salió del insidioso marco de la Guerra Fría esperanzada por el futuro inmediato. A pesar de los gravosos problemas económicos, la reunificación alemana fue un hecho, las transiciones a la democracia en el Este insuflaron aires de renovación y de vitalidad en el proceso de integración, la Rusia de Yeltsin mostró su vertiente más colaborativa e, incluso, la OTAN planteó un cambio de doctrina para acomodarse a un mundo alejado del conflicto bipolar. El optimismo reinante en los últimos años de la década de los ochenta y primeros noventa con la esperanza de concebir unas relaciones internacionales más armónicas prevalecería hasta las guerras de Irak, los atentados de las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001 y la permanente amenaza del integrismo islámico. Por supuesto, la pacificación de las relaciones no vendría de la mano de un cambio en la condición humana, sino de un cierto consenso sobre cómo la expansión y crecimiento de la economía abierta y la multiplicación de los flujos inversores —consecuencias de la globalización— tenderían a limitar los conflictos. Sobrepasando las fronteras nacionales, los intereses económicos crearían redes o entramados en beneficio de todos. La impresión de prosperidad que siguió al final de la Guerra Fría

contribuyó a generar expectativas sobre cómo los mercados harían más por la paz que los sistemas de seguridad y defensa. Los ejemplos de la unidad alemana y de la entrada de los países del Este en la Unión Europea eran ilustrativos: potencialmente convulsos (con graves problemas económicos, de identidad nacional, de minorías y fronterizos), su adhesión al proceso integrador eliminó muchos focos de conflictividad. Es más, los países salidos de las guerras balcánicas llegarían a ver en la integración europea el anhelado horizonte de paz.

Por tanto, mientras la caída del Muro abrió paso a un europeísmo entusiasta y a la reivindicación del papel de la UE como actor global, las consecuencias del descalabro financiero de 2008 han herido a la Unión en profundidad y en todas sus vertientes, tanto como motor económico, con los problemas del euro y del Bréxit, como en su búsqueda de una mayor proyección internacional. Si ya en el caso de Yugoslavia se mostró incapaz de consensuar una acción conjunta y coherente, en Libia y en Siria su fracaso es todavía, si cabe, más estrepitoso.

Con el comienzo de siglo y hasta la actualidad, el multilateralismo fundamentado en la colaboración entre países no ha gozado precisamente de gran protagonismo. La sociedad internacional persevera en una estructura de Estados, fortalecida, incluso, ahora que los procesos de integración regional y subregional (sin olvidar el más exitoso de todos: la UE) se encuentran en fase crítica. El caso europeo es paradigmático a causa de las graves disputas en las que se debaten muchos de sus miembros sobre la recuperación de políticas renacionalizadoras frente a la voluntad de mayor integración que observábamos en los años en torno a la caída del Muro. Gran número de ciudadanos olvidan la «ilusión de la cosmópolis», según la afortunada expresión de Norbert Bilbeney: la certeza de formar parte de un mundo global sin fronteras ha dejado paso al rearme ideológico y práctico del Estado, el único que ofrece garantías para afrontar crisis con solvencia.

La Europa salida de la debacle económica de 2007-2008 muestra un semblante descorazonador, menos dispuesto a garantizar y profundizar en

las políticas sociales y en la extensión de los derechos de ciudadanía que a vigilar que los Estados miembro cumplan rigurosamente las condiciones impuestas por la austeridad. Ante ello, la desconfianza y el ataque sistemático y, a menudo, simplista a las instituciones de Bruselas, aun cuando tuvieran una base real, han servido a populistas de uno y otro signo para legitimar su discurso y ganar numerosas adhesiones. Si de algo está sirviendo esta deriva, inimaginable unas décadas antes, cuando la euforia posterior a 1989 se enseñoreaba del Viejo Continente, ha sido para estimular la preocupación ciudadana por el funcionamiento comunitario, al menos para hacer más conscientes a los ciudadanos de lo mucho que se juegan en lo que sea o vaya a ser la Unión.

El Tratado de Lisboa, en vigor desde el 1 de diciembre de 2009, identificaba a la Unión Europea como un «actor global», considerando su peso económico y político en todo el mundo. Con el Tratado se cerraba un periodo de dudas e incertidumbre sobre lo que la Unión había de ser en un futuro próximo, apostando por una arquitectura institucional más sólida y compacta. En efecto, la Comisión y el Consejo establecían con mucha mayor claridad las materias objeto de su competencia con el fin de dirigir con más firmeza el Gobierno de la Unión, al cual se añadía un Alto Representante para asuntos exteriores y política de seguridad.

Hoy en día, sin embargo, esta vitola de «actor global» se acerca cada vez más a una declaración de intenciones y no a una realidad activa ahora que Estados Unidos, Rusia, China, Japón y otras potencias medias pugnan por controlar espacios económicos y manifiestan su poderío militar —creciente en algunos casos y en otros, muy consolidado— marginando a una Unión Europea ensimismada en sus problemas y diferencias internas. Es más, si van aumentando las discrepancias sobre problemas como la inmigración o la meta hacia la que avanzar, la coincidencia es casi general cuando se habla del declive de Europa, tal como revela meridianamente la crisis humanitaria en el Mediterráneo. La UE como tal y sus Estados miembro en particular se han mirado en el espejo sin poder reconocer el compromiso con los valores humanos que aseguran salvaguardar desde su fundación.

El fin de la bipolaridad elevó a Estados Unidos a hiperpotencia, pronto discutida por la emergencia o consolidación económica, militar y política de los competidores ya citados. La multipolaridad, sin embargo, no ha sido la conclusión de este proceso, un mundo en el que varios países convertidos en focos de influencia internacional compitan pero también cooperen para preservar un orden y un cierto equilibrio. Antes bien, parece imponerse una falta de polaridad en la que los distintos Estados luchan por mantener sus intereses propios, renacionalizando políticas y debilitando todavía más las organizaciones de carácter global. No obstante, y considerando el poderío norteamericano, la creciente intervención rusa en conflictos de otros países y el peso que en las relaciones con Estados americanos y africanos está adquiriendo China, algunos analistas entienden que la evolución del sistema internacional camina hacia un modelo denominado *Worldfalia*, cimentado tanto sobre la base de actores estatales como de las organizaciones supranacionales, pero en el que las grandes empresas, las organizaciones no gubernamentales, o algunos individuos particulares, etc. tienen un papel cada vez más influyente, tanto que, sin eliminar el concepto de soberanía, lo constriñen.

Por si esto no fuera suficiente, el gran aliado norteamericano sufrió el zarpazo de la recesión de 2008 sabiendo que su endeudamiento y el cansancio de los ciudadanos por el esfuerzo bélico realizado desde el comienzo de la década habían de reconducir su política hacia los problemas internos y restringir su presencia en el exterior. Fue muy significativo que el presidente Obama entrase en conversaciones con el G-20, y no con el G-8, para hacer frente a la crisis, síntoma de cierta debilidad de la potencia, acuciada por la necesidad de contar con más voces con influencia en un mundo en profunda transformación.

La crisis financiera de 2008 disipó las últimas expectativas puestas en un orden internacional construido sobre el pilar de la democracia y la supranacionalidad para evitar, en lo posible, las consecuencias más perjudiciales de los conflictos, y ello a pesar de que aquel año concluyó con la elección, el 4 de noviembre, de Barack Obama para la presidencia de

Estados Unidos. En el senador norteamericano habían visto no solo millones de sus compatriotas, sino de ciudadanos de todo el mundo, la persona que mejor podía, entonces, llevar la paz al escenario internacional. El presidente organizó la retirada del Ejército estadounidense desplegado en Irak y Afganistán a la vez que alcanzaba acuerdos con las partes involucradas en estas guerras con el objetivo de promover un entendimiento duradero. Tampoco faltó en su agenda una aproximación a los Gobiernos de Moscú y Pekín para insuflar nuevos aires a unas relaciones estancadas: la firma del Tratado SALT III con la Federación Rusa y la del Protocolo de Kioto fueron síntomas inequívocos —y así lo consideró la opinión pública internacional— de su esforzado empeño por promover la distensión y de su auténtica preocupación medioambiental.

Con el inicio de la segunda década del siglo XXI se hace evidente que estos proyectos han fracasado. El orden internacional ha cambiado su fisonomía ante la creciente competencia de Rusia y China con Estados Unidos. La política desplegada por el presidente Vladímir Putin apenas tiene que ver con la de su predecesor, Boris Yeltsin, tras la disolución de la URSS. Putin manifiesta una irrevocable ambición de devolver a su país la condición de gran potencia presionando con gran éxito no solo sobre su área tradicional de influencia, sino sobre todo el escenario mundial. Por ejemplo, la crisis ucraniana iniciada en 2014 —y cuyo final no es previsible a corto plazo— mostró cómo los escenarios inestables afectaban de lleno al espacio postsoviético, y la anexión de Crimea a la Federación Rusa y el levantamiento de las regiones más orientales contra Kiev, sostenido militarmente por Moscú, pusieron en tela de juicio la capacidad del aparato estatal ucraniano para controlar la situación en su territorio nacional. Más allá de su *glacis* de seguridad, la resuelta intervención de Putin en la guerra de Siria a partir de septiembre de 2016 sorprendió a norteamericanos y europeos y ha mostrado el relevante papel que desempeña en el desarrollo de la conflagración. Por otra parte, las profundas discrepancias entre el mandatario ruso y los Gobiernos occidentales respecto a los conceptos de democracia, defensa de los derechos humanos, libertad de información, etc.

han llevado al Kremlin a buscar en Pekín un aliado que, por añadidura, ha contribuido a aliviar la tensión en las antiguas repúblicas soviéticas de Asia central.

La aspiración de China a ganar peso en las relaciones globales, consolidar su fuerza como potencia internacional y acercar su renta per cápita a la de los países más avanzados ha sido un hecho constatado desde principios de siglo, con Hu Jintao, y más aún desde la llegada al poder, a finales de 2012, de Xi Jinping. Durante estos últimos años su poderío económico ha llevado a este a replantearse la inveterada posición aislacionista de su país promoviendo un amplio programa armamentístico y acercando posiciones con la Federación Rusa. Esta nueva estrategia ha provocado un enfrentamiento de intereses con Washington tanto por la expansión militar, que podría amenazar la posición norteamericana en el Pacífico, como por el exponencial desarrollo de los intercambios comerciales de China no solo en la región, sino en todo el mundo. Aun así, y dejando a un lado la estructura profundamente autoritaria del aparato institucional, la compleja realidad social —esto es, las abismales diferencias entre el ámbito urbano y rural, traducidas en la práctica miseria en la que todavía viven millones de campesinos— puede poner en peligro el ensayo modernizador del Partido Comunista.

También detrás de las denominadas «revoluciones árabes» de 2011 latían profundas diferencias socioeconómicas, como pusieron en evidencia las reivindicaciones de los movimientos e, incluso, el fracaso en la consolidación de algunos Estados como Libia. En aquellos meses la comunicación audiovisual tradicional se vio ampliamente superada por las nuevas tecnologías, lo que permitió un contacto directo entre protagonistas de las revueltas y personas de todo el mundo, multiplicando el impacto de lo que ocurría en las calles. A pesar de los intentos de apagón informativo, los Estados no pudieron frenar la avalancha de imágenes e informaciones generadas por miles de ciudadanos anónimos de cualquier lugar del planeta. Mientras los Gobiernos occidentales ofrecían su apoyo a los líderes egipcios o tunecinos, cuyos regímenes adolecían de falta de libertades, en

aquellas sociedades venían gestándose, desde hacía décadas, movimientos de oposición que irían cobrando fuerza hasta estallar en aquella fecha. Frente a la simplista identificación de los países musulmanes con el integrismo islámico, estos grupos difundían un discurso democratizador, favorable a celebrar elecciones verdaderamente libres que dieran paso a constituciones y Gobiernos verdaderamente democráticos. El fracaso de estos movimientos volvió a quebrar la soñada esperanza de un planeta menos conflictivo.

En definitiva, la caída del Muro y los acontecimientos desencadenados en los años inmediatamente posteriores albergaron la esperanza de generar un orden más democrático y, en consecuencia, más pacífico; por el contrario, el presente muestra cómo, en buena medida, tales expectativas se han visto frustradas. Si a finales de 1989 se abrieron grandes desafíos a la sociedad europea e internacional ante la sensación de vértigo producida por la precipitada sucesión de acontecimientos, la actualidad, treinta años después, presenta igual incertidumbre, pero en un contexto muy diferente. El gélido clima de las relaciones con Estados Unidos y con Rusia, con reiterados desencuentros e, incluso, amenazas, resulta poco alentador. La elección del republicano Donald Trump para la Casa Blanca en noviembre de 2016 atizó los temores que su polémica campaña electoral había suscitado. Que un populista alcanzara la presidencia de Estados Unidos confirmaba los pésimos augurios respecto a la extensión de esta particular forma de entender la política. La profunda hostilidad del magnate hacia los emigrantes, de modo especial, a los mejicanos —para los que ideaba la construcción de un muro de separación entre ambos países que el Gobierno mejicano se encargaría de sufragar— reactualizaba uno de los momentos más funestos de la Guerra Fría. También inquietó a los mercados con sus ideas de renegociar el TLCAN, así como las relaciones con otros ámbitos de integración económica, además de criticar con saña a quienes defienden la existencia de las nocivas repercusiones del cambio climático.

Por todo ello, los presidentes Putin y Trump, en opinión de muchos expertos, ejemplifican el peor tipo de praxis que se podía esperar de las dos

potencias para aquietar las procelosas aguas de la política internacional. Además, la buena salud del populismo, para muchos convincente en su desaforada simpleza, las crisis medioambientales, el terrorismo global, los movimientos migratorios incontrolados y la conculcación de los derechos humanos en ciertas regiones del planeta son manifestaciones inquietantes de una realidad mundial estimulante pero inestable, una realidad necesitada de mayor integración y no del aislamiento o la fragmentación que tratan de alimentar los fundamentalismos religiosos y los fanatismos nacionalistas.

Tampoco las relaciones con China son fluidas. Trump ha cumplido su promesa electoral de sancionar al gigante por su política comercial. De hecho, la Administración norteamericana ha activado aranceles a la mitad de los productos importados de aquel país, lo cual, sin duda alguna, ha abierto una guerra comercial cuyas consecuencias pueden ser muy negativas para Estados Unidos en particular y para los mercados mundiales en general. Por ello, durante 2018 la directora del Fondo Monetario Internacional, Christine Lagarde, ha reiterado sus críticas al proteccionismo y, de forma explícita, al presidente Trump.

Volviendo a Europa y retomando lo que decíamos unas páginas atrás, a lo largo y ancho del continente europeo la población manifiesta un cierto hastío por las alternativas políticas tradicionales. Si la caída del Muro y el final de los sistemas comunistas en el Este provocaron una readaptación del escenario político alemán (con escasos cambios, ciertamente) y el surgimiento de un confuso panorama en el este de Europa con la irrupción de un variopinto elenco de partidos, desde finales de los años noventa las ofertas electorales volvieron a un cauce mucho más homologable con el occidental. En cambio, con claridad a partir de la crisis financiera mundial, un multiforme populismo extiende sus tentáculos por el escenario europeo y norteamericano después de haber recorrido América del Sur. Las rígidas políticas de austeridad y las consecuencias de la deslocalización industrial, con el corolario del paro y la indefensión de muchos ciudadanos, unidos a la amenaza psicológica que supone la inmigración masiva, han allanado el camino a las fuerzas populistas. La pérdida de confianza en la clase política,

golpeada por casos de corrupción en toda Europa, y el crecimiento sostenido de una burocracia tanto estatal como comunitaria generalmente —y, sobre todo, la última— bien pagada, aparentemente ajena a las necesidades de la calle, han sido realidades que, aun cuando grotescamente deformadas, han calado en una parte de la población europea y mundial. Así lo demuestran el reciente ascenso de Jair Bolsonaro en Brasil o el colapso de la CSU en Baviera en las elecciones del *Land* celebradas el 14 de octubre de 2018. Con el 37 por ciento de los votos, la Unión Socialcristiana ha cosechado el peor resultado en seis décadas, alejándose de sus tradicionales mayorías absolutas. Parecido impacto ha tenido el hundimiento de los socialdemócratas del SPD, con menos del 10 por ciento de los sufragios y superado, entre otros, por la formación nacionalpopulista Alternativa para Alemania.

Los éxitos en las urnas y la presencia del populismo en el Parlamento y en distintos niveles de decisión de las administraciones públicas tienden a erosionar los valores liberal-democráticos de los sistemas en los que operan. La deriva, por ejemplo, del Gobierno del húngaro Víktor Orbán, su permanente tirantez con Bruselas, es una muestra de estos peligros en auge. De igual forma, la Comisión advierte que la evolución de Polonia está llevando al país a un horizonte poco esperanzador, que pone en riesgo la separación de poderes, la independencia del judicial y la libertad de información, acusaciones muy graves ante una situación que puede acabar con el funcionamiento democrático del sistema.

Desde la perspectiva económica, las estimaciones de futuro para Europa son poco optimistas. Si en 2010 Estados Unidos, Japón, Alemania y Francia, cuatro países occidentales, se hallaban entre las cinco economías más potentes del mundo —la quinta era China—, el afamado grupo de inversión y valores Goldman Sachs prevé para 2050 que solo los norteamericanos y, por supuesto, los chinos sigan figurando en el elenco, al que se incorporarán India, Brasil y Rusia: el deslizamiento del poder geoeconómico hacia ámbitos extraeuropeos con déficits democráticos es alarmante.

A finales del siglo XX, una vez consumada la desaparición de la Unión Soviética y de la mayoría de los regímenes comunistas, la pérdida de fuerza de las ideologías parecía alentar un pragmatismo político que favoreciera un escenario global más pacífico. El siglo XXI lo ha desmentido: los mesianismos religiosos en forma de islamismo y los políticos en forma de nacionalismo gozan de buena salud e influyen decididamente en el mundo que nos toca vivir. La caída del Muro, que auguraba una sociedad europea e internacional más integrada y próspera, parece tornarse hoy en día más fragmentaria e intolerante. El orden liberal internacional, fundamentado en una idea abierta, multilateral, de las relaciones internacionales que se expresa en un entramado normativo de carácter supranacional, parece desmoronarse. Nos encaminamos, pues, hacia un nuevo orden/desorden, algo que, por otra parte, ha sucedido en muchos otros momentos de la historia.

APUNTE BIBLIOGRÁFICO

ANDERSON, Jeffrey, *German Unification and the Union of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

CHILDS, David, *Fall of the GDR*, Harlow, Pearson Education Limited, 2001.

DENNIS, Mike y KOLINSKY, Eva (eds.), *United and Divided. Germany since 1990*, Nueva York, Berghahn Books, 2004.

FULBROOK, Mary, *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR 1949-1989*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

GARZÓN, Dionisio, *El Muro de Berlín. Final de una época histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

GONIN, Marc y GUEZ, Olivier, *La Caída del Muro de Berlín. Crónica de aquel hecho inesperado que cambió el mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

GÖRTERMAKER, Manfred, *Unifying Germany, 1989-1990*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994.

JANUÉ I MIRET, Marició, *La nova Alemanya. Problemes y reptes de la unificació*, Vich, Eumo Editorial, 2003.

JARAUSCH, Konrad H., *The Rush to German Unity*, Oxford, Oxford University Press, 1994.

KEMPE, Frederick, *Berlín 1961. El lugar más peligroso del mundo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.

KOHL, Helmut, *Erinnerungen, 1982-1990*, Munich, Droemer, 2005.

LION BUSTILLO, Javier, *La reunificación alemana y la seguridad europea*, Alzira, La Xara, 2008.

—, *La Comunidad Europea y la unificación alemana*, Logroño, UNIR Editorial, 2013.

MAIER, Charles S., *Dissolution: the Crisis of Communism and the End of East Germany,* Princeton, Princeton University Press, 1997.

MARTÍ FONT, J. M., *El día que acabó el siglo xx. La caída del Muro de Berlín*, Barcelona, Anagrama, 1999.

MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, *1989, el año que cambió el mundo. Los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría*, Madrid, Akal, 2012.

O'DOCHARTAIGH, Pól, *Germany since 1945*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2004.

SAROTTE, Mary Elise, *1989. The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2009.

TAYLOR, Frederick, *El muro de Berlín. 13 de agosto de 1961 – 9 de noviembre de 1989*, Barcelona, RBA, 2009.

TELTSCHIK, Horst, *329 días: desde la caída del Muro hasta la reunificación alemana*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1994.

Document Outline

- INTRODUCCIÓN. EL MURO DE BERLÍN, EMBLEMA DE UNA ALEMANIA DIVIDIDA
- 1. LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA: UN ESPEJISMO EN LA EUROPA SOVIETIZADA
- 2. LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA EN LOS AÑOS SETENTA Y OCHENTA
- 3. DOS CAÍDAS ESTREPITOSAS: EL TELÓN DE ACERO Y HONECKER
- 4. UNA FECHA PARA RECORDAR
- 5. LA RFA Y LA QUIEBRA DE LA RDA
- 6. LAS ELECCIONES DE MARZO A LA VOLKSKAMMER
- 7. LA RDA TRAS LAS ELECCIONES DEL 18 DE MARZO
- 8. EUROPA Y EL MUNDO ANTE LA UNIDAD ALEMANA
- 9. ALEMANIA RECUPERA LA UNIDAD
- 10. LAS CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA REUNIFICACIÓN
- 11. EUROPA DESPUÉS DEL MURO
- CONCLUSIONES
- EPÍLOGO. 1989-2019: EUROPA Y EL MUNDO, TREINTA AÑOS DESPUÉS
- APUNTE BIBLIOGRÁFICO